3 1761 09546027 5

BIBLIOTECA

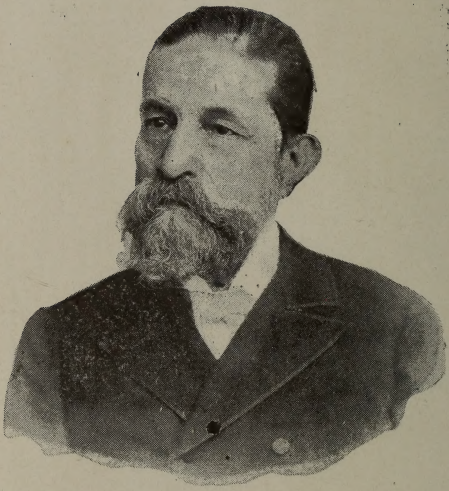
DE

AUTORES MEXICANOS

BIBLIOTECA

DE

AUTORES MEXICANOS



S. Moreno

LS
-M8427

BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS
32

OBRAS

DEL LIC.

D. SILVESTRE MORENO

TOMO I

OPÚSCULOS VARIOS.

I

400637
27.2.42

MÉXICO.
IMP DE V. AGÜEROS, EDITOR,
Cerca de Sto. Domingo No. 4.

1901

LS
M825J

32

OBRAS

DEL

D. SEBASTIAN LERDO DE TEJADA

TOMO I.

Discursos Varios.

MÉXICO.

Imp. de V. Agüeros, Editor,
Calle de S.ta Domingo No. 4

1901

APUNTES BIOGRAFICOS.

I

NADIE menos á propósito que el discípulo para juzgar del maestro cuando son tantos y tan subidos los méritos de éste, y tan exiguas y modestas las aptitudes literarias del otro; ninguno menos capaz que quien escribe estos *apuntes* para emitir opinión acerca del talento y de la doctrina del autor de este libro, ofrecido con laudable empeño á la cultura hispano-americana por el diligente editor de la *Biblioteca de Autores Mexicanos;* colección destinada á dar á conocer en ambos mundos las obras literarias de nuestros ingenios; á reimprimir libros escasos ó rarísimos; á publicar otros nuevos; á sintetizar nuestra actividad intelectual en todos los ramos del saber humano, durante las ocho décadas transcurridas desde la consumación de nuestra independencia política.

Parécenos inútil encomiar esta empresa, tan noble y valerosamente acometida por el Sr. Lic. don Victoriano Agüeros, y—sin duda alguna,—merecedora del favor público y de la protección leal y franca de un gobierno ilustrado, ajeno á prejuicios de partido y á mezquindades de bandería.

En esta *Biblioteca* podrá hallar quien aspire á informarse de nuestra literatura muchos libros que, sin los esfuerzos de tan desinteresado editor, permanecerían en el olvido, ignorados de la generación actual; libros de los cuales no se tiene noticia en las librerías; conservados por uno que otro amante de las cosas de la tierra; rarísimos en las bibliotecas públicas; por caso raro anotados en catálogos y monografías bibliográficas, y de tan difícil adquisición que parecía cosa rayana en lo imposible hacerse con un solo ejemplar.

Gracias al Sr. Agüeros, tenemos hoy á mano el teatro de Gorostiza, lustre y regocijo de la escena española y de la nuestra; un volumen de don José Bernardo Couto [gloria purísima de Orizaba], sabio eminente, de quien se ha dicho que en su tiempo fué el primer hombre de letras de la América latina, después de Andrés Bello, y cuya famosa defensa del General Reyes sigue siendo perdurable monumento de castiza elocución y de finísima dialéctica; las obras de don José Fernando Ramírez, desconocidas para tantas personas, y los numerosos é incomparables trabajos del inolvidable García Icazbalceta, indagador concienzudo é ilustrador maravilloso de nuestro siglo XVI.

Mas en esta compilación debían tener cabida, asímismo, obras de escritores contemporáneos, no sólo de aquellos que en la capital de la República brillan y florecen, sino de otros muchos que en diversas y distantes regiones del país han cooperado, activos é incansables, al desarrollo de nuestra cultura, y de los que, al presente, van siendo, por decirlo así, creadores de la literatura regional.

De tales ingenios tenemos ya en esta *Biblioteca* algo del Sr. Lic. don Joaquín Baranda, en cuyos escritos corren apareadas con la delicadeza y la nitidez del estilo la intención y la profundidad; los donosos cuentos de don José María Roa Bárcena, el intachable periodista de agitados tiempos, crítico perspícuo, galano poeta é historiador sereno é imparcial de nuestra gloriosa guerra con los Estados Unidos; y

una preciosa novela regional, *La Parcela*, del Sr. Lic. don José López-Portillo y Rojas; libro encantador, sin precedente en nuestros anales literarios, cuadro interesantísimo de la vida rústica, opulento de luz, de color y de movimiento, hecho según la expresión de un amante de toda belleza artística (*) *muy adentro de nuestra propia vida.*

¡Qué mucho que también tengan sitio en esta larga serie de tomos, las obras de un modesto y sabio maestro, de un jurisconsulto distinguidísimo, á quien buena parte de la juventud veracruzana debe profundo cariño discreto estímulo, nobles ejemplos y atinada frutífera doctrina!

II.

El Sr. Lic. don Silvestre Moreno, hijo del Sr. Lic. don José Manuel Moreno y Cora y de la Sra. doña Manuela Castillo, ambos de muy antiguas y muy distinguidas familias de Orizaba, nació el 31 de Diciembre del año de 1837 en la ciudad de Méjico, (**) donde á la sazón residía su familia, con moti-

---

(*) El poeta D. Jesús E. Valenzuela,

(**) Sello tercero.—Dos reales.—Para los años de mil ochocientos treinta y ocho y ochocientos treinta y nueve.—El Dr. D. Manuel Ignacio de la Orta, Cura propio de la Parroquia de San Sebastián, de México, certifico que en el libro núm. 17 en que se asentaron las partidas de bautismo de los hijos legítimos de los fieles de la expresada, el cual comenzó en veinte y dos de Julio de mil ochocientos treinta y cinco y concluyó en diez y ocho de Febrero del presente año de mil ochocientos treinta y ocho, á la foja 172 se encuentra una que á la letra es como sigue: "En esta Parroquia de San Sebastián de México á primero de Enero de mil ochocientos treinta y ocho; yo el Sr. D. Pedro Verdugo (V. P.) bauticé solemnemente y puse los santos oleos á un infante qne nació el treinta y uno de Diciembre de mil ochocientos treinta y siete y le puse por nombre SILVESTRE, MANUEL, José, Juan Nepomuceno, de la Santísima Trinidad, hijo de legítimo matrimonio del Sr. Senador Lic. D. Manuel Moreno Cora, y de la Sra. Da. María Manuela Castillo, nieto en línea paterna de D. José Mariano Moreuo, y de Da. Ana Josefa de Cora, y por la materna, de D, José Antonio Castillo y de Da. María Josefa Roldán. Fueron sus padrinos el Sr. Diputado teniente coronel D. José Ramon Malo y la Sra. Da. Luisa Moreno y Alvarez, quienes quedan advertidos de su obligación y parentesco espiritual, y en testimonio de verdad lo firmé con el Señor Cura." —D. Manuel Ignacio de la Orta.—L. Pedro Verdugo.

La cuál partida está fiel y legalmente copiada, concuerda con su original del libro y foxa á que me remito.— Parroquia de San Sebastián de México y Mayo siete de mil ochocientos treinta y ocho,—Dr. Manuel Ign° de la Orta

vo de que el Sr. don Manuel ocupaba un asiento en el Senado de la República, durante la administración del Presidente don Anastasio Bustamante; alto puesto á que había sido elevado por su respetabilidad é inteligencia y por la proverbial honradez con que se había distinguido en el empleo de Secretario del Ayuntamiento de Orizaba, en el cargo de Diputado á la H. Legislatura veracruzana y en el ejercicio de su profesión como notario y abogado.

No puedo fijar con certeza la época en que nuestro don Silvestre, niño aún, volvió á Orizaba, (*) la pacífica y ya próspera ciudad. Supongo que tal regreso sería ocasionado por el término del período legislativo para el cual había sido electo el Sr. Moreno Cora; pero me ocurre pensar que fué debido á cambios políticos, antaño tan rápidos como frecuentes, y cuyas consecuencias resentían penosamente las personas que, sin grandes bienes de fortuna, eran llamadas á ocupar un puesto en la política ó en la administración, y del cual, á las veces, tenían que separarse de pronto, viéndose obligadas á acogerse al terruño nativo.

El Sr. Moreno no era rico; (**) entiendo que ni siquiera logró gozar de la dulce mediocridad cantada por el poeta, y tengo para mí que, á pesar de la modestia de su vida, sin brillo ni lujos, como la de todas las familias orizabeñas de aquel entonces, (por mucho que fuesen distinguidas y hasta ilustres), necesitaba contar de diario con el producto de sus tareas profesionales, que en ese tiempo y en tal ciu-

---

(*) Según parece fué por el año de 1841 ó 42.

(**) Se trató primero por el señor Presidente y capitulares de que con arreglo al art. 33 de la Constitución se procediese al nombramiento de Secretario y habiéndose acordado de que fuese por votación secreta para la mayor libertad en el votar, el mismo Señor Presidente recibió los votos de todos, por los que salió reelecto D. José Manuel Moreno Cora, quien después de haber dado las debidas gracias, expresó que el sueldo que le estaba asignado anteriormente no era equivalente al trabajo que impendía en el despacho de los asuntos del Ilustre Ayuntamienio, y mucho menos ahora que se le recargaba con motivo de la constitución nuevamente publicada, á lo que se le contestó que se tendría en consideración lo alegado para aumentarle el sueldo.

Libro de Actas del Cabildo de Orizaba.—Acta de la sesión celebrada el 26 de Junio de 1826.

dad no podían ser, ni para el más laborioso, origen de considerable patrimonio.

Muerto el buen caballero en julio de 1850, debió ser muy difícil la situación de la familia, y cortísimos los recursos con que la viuda hubo de contar para las atenciones de aquel hogar entristecido y para subvenir á la educación de los dos únicos hijos que le quedaron. Yo, que conocí á personas y familias de aquella época, puedo imaginarme, seguro de acierto, qué suma de bondad y de abnegación prodigarían á los dos niños las personas de tan honorable familia.

Estuvo á punto de verse destinado nuestro don Silvestre á los trabajos mercantiles, con esperanza de que en el comercio tuviera lucros, y en breve tiempo pudiese prestar eficaz auxilio á su familia. Y para el efecto se tenía ya solicitado el lugar que había de ocupar en una casa de comercio y se habían preparado los modestos utensilios de uso personal que á ella debía llevar; pero estaba dispuesto que todo había de suceder de distinta manera, y que el mozuelo en vez de pasar los años ocupado en las faenas de una tienda para labrarse una fortuna, entrara en aulas y vistiera toga, y tomara asiento en academias y en el más alto tribuual de la República.

Tal cambio de propósitos en la familia provino de cierto examen, en el cual el futuro mercader dió patente muestra de su clara inteligencia y de su *expedición,* como se decía entonces en las escuelas; examen á que concurrieron con el carácter de maestros y de examinadores varios amigos de la familia, ilustrados, á no dudarlo, y finos observadores, y que vino á cambiar todos los planes domésticos. Algunos de aquellos, satisfechos del examen del chico, aconsejaron que no le separaran del Colegio y que le dedicasen á los estudios. Y así se hizo.

De fijo que varios de los que dieron tal consejo pudieron después felicitarse de ello, cuando corridos los años vieron al mozo muy afamado en aulas y señaladísimo entre los alumnos más distinguidos del *Colegio Nacional de Orizaba,* el primero y el más anti-

guo del Estado, el único durante mucho tiempo, y tan fecundo en ingenios y en maestros de muchas diversas disciplinas. En él han leído ciencias catedráticos eminentes como Tornel, del Llano, Gutiérrez, Villanueva, los dos López (don Clemente y don Alberto), Carrillo (don Francisco), Moreno, (don Aniceto) Sumichrast, y Bottery, ambos insignes naturalistas; el último políglota extraordinario y poseedor de toda clase de conocimientos; de allí salieron jurisconsultos como Elguero; políticos como la Llave; varones venerables por su virtud y su doctrina como Suárez Peredo, primer Obispo de Veracruz, y oradores sagrados,—gloria del púlpito mejicano,—como Martínez Caballero y como Cueto; (francisco), el uno, en quien resplandecía la dulce elocuencia de Fenelón; oratoriense el otro, en quien flameaba y parecía conservarse siempre activo el fuego divino de Manssillón. De seguro que los buenos examinadores del niño hubieron de felicitarse cuando más tarde le vieron ejercer su noble profesión con laboriosidad modesta é incansable, con honradez por nadie puesta en duda, y luego regentar habilísimamente, con general aplauso y éxito envidiable, y rico en prudencia y en saberes, aquel mismo Colegio en que había hecho tan brillante carrera.

III.

Aquí sería oportuno, aunque fuese á grandes rasgos, trazar la historia del Colegio Nacional, con objeto de apreciar debidamente la obra de nuestro don Silvestre en dicho establecimiento, durante las dos épocas en que le tuvo bajo su sabia dirección; (*)

(*) Fué fundado á solicitud del clero de Orizaba, y particularm ente del Sr. Presbitero Lic. D. José Miguel Sánchez Oropesa, el 17 de marzo de 1825, por orden de la Legislatura del Estado, de 12 de Outubre de 1824.— Orizaba fué designada por las Cortes de Madrid, como una de las poblaciones en que deberian fundarse las Universidades de Méjico, á promoción del Sr. Dr. D. José Maria Couto é Ibea, diputado por la Villa de Orizaba y canóni go de la

pero no lo permite la brevedad de estas noticias, destinadas á ser como á manera de breve introducción á los discursos y artículos contenidos en este volumen.

Recibió el Sr. Moreno el título de abogado el año de 1861 en la ciudad de Veracruz, de donde regresó inmediatamente á su tierra natal. De fijo que en los exámenes sustentados en cumplimiento de la ley, daría patentes pruebas de su claro talento y de su amplia y sólida doctrina; así debemos suponerlo en vista de la estimación en que desde entonces fué tenido por los principales jurisconsultos del Estado, para quienes fueron y han sido siempre respetables los juicios y opiniones de nuestro biografiado á quien frecuentemente han consultado sobre diversos puntos, como lo hizo el Sr. Lic. don Fernando de Jesús Corona,—insigne criminalista,—antes de presentar al Gobierno del Estado los Códigos promulgados en el año de 1868. Quede á otro, perito en tales materias, y que esté ó haya estado en condiciones propicias para ello, el juzgar al Sr. Moreno como jurisconsulto, y estimar y quilatar el mérito de sus labores en la formación y revisión de los Códigos actualmente vigentes en el Estado de Veracruz, Limitémonos á consignar, de paso, que en éstos trabajó con suma actividad y diligencia (*), y que en el curso de su carrera tuvo por maestros al Sr. Lic. don Domingo Ravelo y al Sr. Doctor don José Julian Tornel y Mendívil (**), y que hizo la práctica al lado del Sr. Lic. don Ramón María Seoane, jurisconsulto muy renombrado y distinguido. Nosotros nos de-

---

Catedral de Valladolid. Queda hecha, y muy cumplidamente, la historia de Colegio, por el autor de los escritos contenidos en este libro. VID: "Noticias Históricas acerca de la fundación y vicisitudes de el "Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba," por Silvestre Moreno," en el "Boletín de la Sociedad Sánchez Oropesa," —Orizaba.—Año de 1845, — Tipografía del Hospicio,

(*) VID:—"Periódico Oficial del Gobierno del Estado de Veracruz," de 8 de Octubre de r896, Sesión de la H. Legislatura de 8 de Agosto del año citado.

(**) VID "Noticias Biográficas del Sr. Dr. D. José Julián Tornel y Mendivil, Catedrático de Jurisprudescia en el Coiegio de Estudios Preparatorios de Orizaba," por Silvestre Moreno, publicadas en el "Boletín de la "Sociedad Sánchez Oropesa."—1886.

tendremos á considerar al Sr. Moreno en su obra docente como rector del tantas veces mencionado Colegio, y en la apreciación de sus méritos literarios, qne son tantos, que apenas da corta idea de ellos los escritos suyos coleccionados en este volumen de la *"Biblioteca de Autores Mexicanos."*

IV.

Todavía mozo dedicó el Sr. Moreno al magisterio buena parte del tiempo que los estudios profesionales le dejaban libre, y muy oportunamente, en la mejor sazón, ingresó en el Cuerpo de Profesores del Colegio Nacional, (en 1857) durante el fecundo é inolvidable rectorado del Sr. don Alberto López, á quien debe tal establecimiento el esplendor con que ha brillado en épocas recientes. El Sr. López, persona de muy sólida y profunda instrucción, de cultura esquisita, de altas miras y de corazón hidalgo, recibióse de la dirección del Colegio al triunfar la revolución de Ayutla, y desde luego, con prudencia suma y fino tacto, atacó en su raíz toda rutina; destruyó usos inveterados y viciosos; dió vida nueva á todo, y puso el Colegio en vía segura de prosperidad y de adelanto, para que más tarde correspondiera á las necesidades y exigencias de los actuales tiempos. Abrió clases nuevas; inició la enseñanza de ciencias que sólo de nombre eran conocidas entre nosotros; introdujo nuevos métodos de enseñanza, y con su ejemplo, con sus consejos y con su doctrina, no menos que con la alteza de su carácter, vigorizó el ánimo de sus compañeros de trabajo, y, como era natural, buscó para colaboradores suyos en tal obra personas hábiles y jóvenes. De ellas fué nuestro don Silvestre, quien entonces tomó asiento en la cátedra de Filosofía, la cual le fué concedida por oposición, teniéndose en cuenta sus aptitudes y

especiales estudios. Hemos dicho que el Colegio Nacional debió y debe al Sr. López la cultura con que brilló más tarde; debemos agregar que, como consecuencia de esto, la ciudad de Orizaba le debe también toda su moderna ilustración. Tales deudas.—preciso es decirlo,—no estan aún debidamente pagadas con la formación de un *square*, que lleva su nombre, y la erección en él de un monumento mezquino, casi ridículo, primeramente dedicado á otro objeto.

Del rectorado del Sr. López data la vida moderna del Colegio, el cual, merced á sus empeños dejó, la rutina seminarista, y lo que era peor, la rutina seminarista despojada ya de su vigoroso carácter escolástico, para entrar de lleno por los senderos de la enseñanza contemporánea.

Tuvo el Sr. López en su discípulo el Sr. Moreno un eficaz colaborador, un heredero de sus nobles miras, quien pasados algunos años había de levantar muy alto el crédito del Establecimiento y contribuir eficazmente al progreso de la instrucción pública en el Estado de Veracruz.

V.

Dos veces ocupó el Sr. Moreno las clases de Filosofía: en el año de 1857 y en los de 1863 y 64; dos veces ha estado al frente del Colegio. Durante su primer rectorado, que comprende el período transcurrido desde enero de 1868 á diciembre de 1873, fué convocado por el Gobierno del Estado un Congreso de Profesores que se reunió en Jalapa, durante la administración del Sr. don Francisco de Landero y Cos, para formar, con el concurso de los delegados de todos los colegios preparatorios del Estado, un proyecto de Ley Orgánica de Instrucción Pública, ley que fué sancionada y expedida el 1°. de agosto de 1873.

XIV

En esa obra colaboró activamente nuestro biografiado, y puede decirse que casi toda la ley es obra suya, pues su proyecto y sus indicaciones prevalecieron siempre hasta recibir la aprobación de la H. Legislatura y la sanción del Poder Ejecutivo. He aquí lo que acerca de dicha ley dice un escritor cuyo testimonio no será sospechoso para nadie.

"No es posible, ni por el carácter de este informe "ni por su extensión hacer en él un análisis de la "ley y programa de la instrucción pública en el Es- "tado de Veracruz. Baste decir que tanto una como "otro están concebidos bajo los principios más pro- "gresistas, y según las prescripciones de la ciencia; "puede afirmarse que son unas de las mejores dis- "posiciones de este género que hay en la República. "y que si su formación honra á los profesores que "hicieron este notable trabajo, con la sanción que "les dieron los poderes del Estado han hecho estos "un verdadero servicio tanto á aquellos pueblos como "á la causa de la civilización." (*)

VI.

Motivos que no es del caso referir determinaron la separación del Sr. Moreno del rectorado del Cólegio, en los últimos días del año de 1873 y no hay para que decir si su separación fué sentida por los profesores, algunos de ellos jóvenes, que á su lado se habían formado, y todos amigos suyos, testigos de su celo, de su desinterés y de sus afanes por el bien del Colegio; (**) y de los alumnos, á quienes veía

---

(*) "La Instrucción Pública en México," por José Díaz Covarrubias.—México.—Imprenta del Gobierno.—1873.

Sobre los antecedentes de esta ley puede verse la Memoria del Gobierno del Estado de Veracruz de 1873, en la cual se encuentran insertas las actas del Congreso Pedagógico del cual fué Presidente, por elección de sus colegas, el Sr. Moreno.

(**) Los sueldos de los servidores del Colegio estaba por aquel entonces tan mal pagado que se dió el caso de que en un año sólo les hubieran dado, á prorrata, cantidades equivalentes á la tercera parte del sueldo anual que disfrutaban.

como miembros de su propia familia, y entre los cuales se encontraba el autor de estas líneas.

El Colegio, por los trastornos que sufrió con la ausencia del Sr. Moreno, y más que todo por los que ocasionó la guerra civil que en aquella época se propagó por toda la República, vino muy á menos á pesar de los nobles esfuerzos de la persona encargada de dirigirle, y de los antiguos y de los nuevos profesores, entre los cuales se contaban el Sr. don Juan Zenón González, decano probablemente de los empleados en el ramo de Instrucción Pública en el Estado, y con toda seguridad el más antiguo de los de Orizaba; y entre los segundos don Justo P. González, hábil y meritísimo maestro, y modesto y tierno poeta, cuyos juicios literarios han sido vistos con respeto por los que le han conocido, y el autor de estos *Apuntes*, que por primera vez entró á regentar la cátedra de Historia y Geografía, como substituto del Sr. Dr. don Ismael Talavera, hijo también, y muy distinguido, del Colegio de Orizaba.

Por duras pruebas hubieron de pasar en aquellos días los que con tanto desinterés como decidido afán se empeñaban en sostener el buen nombre y el antiguo crédito del Colegio, el cual, según se decía, no era visto con buenos ojos, por el Gobierno del Estado, deseoso de favorecer los adelantos del que recientemente había fundado en Córdoba.

Si á esto se añaden las perturbaciones que tenía que causar el estado de guerra en que se encontraba la nación, se comprenderán facilmente las escaceses que tenían que sufrir el Rector y los Profesores, cuyos sueldos eran tan mezquinos, que habiéndose solicitado el pago de la nómina correspondiente á un mes, cuando se había ya declarado el estado de sitio y se encontraba al frente del Gobierno y de la Comandancia Militar de Veracruz el General don Marcos Carrillo, ordenó éste que se librara orden de pago por todo su importe, creyendo, equivocadamente, que sólo comprendía el medio sueldo que se pretendía pagar á los empleados.

El Sr. Moreno, durante su separación del Colegio,

después de haber desempeñado una ó dos cátedras en el Colegio de Córdoba, muy transitoriamente, por súplica del Sr. Lic. don José María Mena, Gobernador del Estado en aquella época, fué á ocupar, por elección popular, un puesto con el carácter de fiscal en el Tribunal Superior de Justicia del Estado, residente en Jalapa.

El triunfo de la revolución de Tuxtepec cambió el curso de los acontecimientos, y el Sr. Moreno, que en las nuevas elecciones volvió á salir electo Magistrado del mismo Tribunal y á quien se le ofrecieron otros empleos importantes, que rehusó porque siempre ha esquivado los empleos públicos, volvió á su ciudad natal en el año de 1875.

El Sr. General don Luis Mier y Terán tan luego como tomó posesión del Gobierno del Estado, mostró el más decidido empeño en que el Sr. Moreno volviera á hacerse cargo de la dirección del Colegio de Orizaba; pero él lo rehusó, manifestando con insistencia que nunca entraría á desempeñar un empleo que estuviere confiado á otra persona.

El fallecimiento del Sr. Dr. don Ignacio Orozco, cuyo elogio fúnebre pronunció el Sr. Moreno, después de haber pronunciado un año antes el del Sr. Bottery, uno de los más distinguidos profesores del Colegio, abrió de nuevo á nuestro don Silvestre en agosto de 1878, las puertas de este establecimiento, donde había pasado casi toda su vida, primero como alumno, después como catedrático y como rector. La opinión pública, el amor de sus discípulos, el cariño de sus compañeros le llamaban á él.

El Sr. Moreno no volvió á ocupar la clase de Filosofía. Enseñó Jurisprudencia (*) y Literatura; pero podemos decirlo con toda verdad, sentóse con brillo en todas las cátedras, ora substituyendo á los catedráticos, ora ayudando á los alumnos en horas extraordinarias, cuando creía necesarias para ellos ma-

---

(*) Esta cátedra fué siempre desempeñada por él gratuitamente y no fué dotada sino hasta su separación del Colegio.

yor número de explicaciones y frecuentes horas de práctica y ejercicio.

Siempre los alumnos contaron con su auxilio en todo estudio, por molesto que fuese, y no era raro verle, después de las horas de trabajo, prescriptas por el Reglamento, dedicado en sitio apartado, á resolver con sus discípulos (que todos los alumnos lo eran suyos), difíciles problemas matemáticos, ó traduciendo largos trozos de los poetas, de los oradores y de los historiadores latinos. Y todo esto, hecho sin vanos alardes de matemático, y sin humos de humanista, sencillo siempre, siempre modesto y al parecer poco seguro de su erudición y de su ciencia.

Nosotros que nos enorgullecemos y siempre nos preciaremos de haber recibido enseñanza de tan amable profesor, jamás olvidaremos el ahinco con que favorecía en los alumnos toda idea generosa, toda afición al estudio de cualquiera materia, poniendo á disposición del alumno su saber, su tiempo y los libros más valiosos de su numerosa biblioteca, que es, sin duda alguna, la más rica y selecta de las bibliotecas particulares del Estado de Veracruz.

¡Qué mucho que jurisconsulto tan eminente, maestro tan sabio y tan hábil para comunicar á sus alumnos el tesoro de sus conocimientos haya sido llamado en muchas ocasiones á ocupar los puestos más distinguidos!

VII

Orizaba ha visto siempre al Sr. Moreno, asociado á toda empresa generosa, celoso como el que más del adelanto y del engrandecimiento de la ciudad, que le respeta como hijo suyo, que con justo título le tiene por tal por mucho que en ella no haya visto la primera luz. Individuo del H. Ayuntamiento en diversas ocasiones y bajo el imperio de todos los par-

tidos, á él tocó presentar dictamen, en el Cabildo cuando el malogrado Arróniz, hijo, solicitó del Concejo le fuesen franqueados los archivos del Municipio para escribir la "Historia de Orizaba," y acaso, merced á tal dictamen, en todo favorable á su amigo el futuro historiador, á pesar de la juventud de éste y de ciertos menosprecios provinciales, siempre activos en contra de quien aspira á elevarse sobre el nivel vulgar, la I. Corporación estuvo propicia y concedió lo que con tan noble propósito se le pedía. (*)

En muchos periódicos de Orizaba, en distintas épocas, colaboró el Sr. Moreno, distinguiéndose en todas ocasiones porla corrección de su estilo y por la serenidad é imparcialidad de sus juicios. Sus ideas y sus opiniones —como las de todo hombre sabio—no siempre habrán dejado satisfechos á los opuestos bandos políticos, contendientes ardorosos en las luchas religiosas y sociales; pero siempre tales ideas y tales opiniones han sido informadas por una sana filosofía, por una ilustración poco común y por un convencimiento firmísimo.

Miembro de varias sociedades literarias allá en los alegres años de la mocedad, señalóse en ellas por la seriedad de sus estudios, por lo severo de sus apreciaciones y por su amor al Arte en sus múltiples y variadas manifestaciones.

Tenemos entendido que por los años de 1869 ó 1870 fué nombrado miembro de la Sociedad de Geografía y Estadística. Al presente lo es de la

---

(*) El propósito formado por el Sr. Arróniz de escribir una historia de Orizaba nació en una "Academia de Literatura" de carácter privado, de la cual fué presidente, por elección de sus consocios, el Sr. Moreno. De ella formaban parte, además del Sr. Arróniz ya citado, los Sres. Peón y Contreras, vecino de Orizaba, en aquella época, y tan ventajosamente conocido después en la República de las Letras; Rincon, poeta igualmente estimable; Jiménez, autor de unos Pensamientos Filosóficos, y de varias obras didácticas; Orozco, Ariza y Huerta y algunas otras personas aficionadas á este género de estudios.

El Sr. Moreno comunicó después muchos datos y noticias al Sr. Naredo, autor de un Estudio Geográfico, Histórico y Estadístico del Cantón y de la Ciudad de Orizaba, publicado recientemente, y le facilitó, por las influencias que tenía como Secretario de Gobierno, la publicación de esta obra, que sin su auxilio, tal vez no hubiera visto la luz pública por falta de recursos de su autor.

Academia de Legislación y Jurisprudencia, Correspondiente de la Real de Madrid, Individuo Correspondiente de la Academia Mejicana de la Lengua, y de alguna otra fundada recientemente en el Estado de Veracruz.

Pero sin duda alguna, que de todas las asociaciones que le han contado en su seno, ninguna más querida para él que la Sociedad *"Sánchez Oropesa,"* fundada por solicitud suya en el Colegio Preparatorio de Orizaba, en memoria de su benemérito fundador, y la cual, durante años, fué el centro intelectual de lo más culto de la Sociedad Orizabeña. Veladas periódicas, en las cuales se congregaba lo más granado y florido de nuestra juventud, proporcionaban á los amantes de las letras gratas horas de entretenimiento y de plácido, instructivo, solaz. En ellas no dejaba de escucharse nunca la sabia palabra del Maestro, y el *Boletín* de tal asociación registra en sus páginas buena parte de la labor literaria del Sr. Moreno, quien, á pesar de las atenciones de su profesión, y de las tareas escolares, tenía tiempo de escribir ya para el periódico, ya con destino a las veladas

Para el Sr. Moreno es el trabajo literario ameno y grato pasatiempo, y la lectura diaria, constante, ineludible, una verdadera necesidad. Desde joven adquirió el hábito de consignar en cuadernos sus juicios é impresiones acerca de las obras que lee, y serían voluminosos, si se imprimieran, sus escritos acerca de las literaturas antiguas y modernas, lo cual no ha sido parte á impedirle la traducción de muchos libros para su uso particular, la enzeñanza de sus hijas, que no quiso confiar á maestro alguno; los trabajos profesionales y docentes, y entre estos un curso de Derecho, del cual se hacen lenguas sus discípulos, curso dado por los años de 18 8, 1869, 1870 y 1871.

VIII.

Con su presencia siempre echada de menos, con su afán nunca olvidado, con su diligencia no debilitada, tornó al Colegio la animación, y con ésta la actividad y el entusiasmo que habían caracterizado otra vez las tareas escolares de la tantas veces mencionada Escuela.

Si en la primera época del rectorado del Sr. Moreno fuimos sus discípulos, en la segunda tuvimos el gusto de ser, bajo su sabia dirección, colaboradores suyos en la noble empresa de hacer del Colegio una Escuela digna de la Ciudad, del Estado y de la República; de manera que estamos en las mejores condiciones para estimar y apreciar los servicios que tiene prestados á la juventud veracruzana. Nosotros le hemos visto día á día, en el largo período de más de diez y seis años, en el interior de aquel Colegio, centro, por decirlo así, de su vida intelectual, dirigiéndolo todo, atento á todo, desde la parte económica de él, hasta las juntas académicas; informándose del menor incidente; siguiendo al alumno en todos sus pasos, lo mismo en su vida escolar que en su vida doméstica; compartiendo sus penas y sus alegrías, amándole como padre y como amigo, apartándole de malos senderos, reanimando su ánimo desfallecido, robusteciendo su espíritu con sabios consejos y estimulándole á seguir por el buen camino, para bien de su familia y de su patria. Nosotros le hemos visto durante todo ese tiempo en aquellas aulas llenas de tan dulces memorias para quien en ellas ha pasado los mejores años de la vida, estudiar todos los días, sin descanso ni tregua, confundido con sus discípulos, siempre modesto, siempre seguro de no saber nada y siempre ansioso de saber. Consignemos aquí, porque es de justicia el hacerlo, que el Sr. Moreno, siempre al tanto de los progresos científi-

ficos y del movimiento literario del mundo, al hacerse cargo de la rectoría del Colegio en el año de 1868, rehizo todos sus estudios y emprendió otros nuevos, exigidos por la cultura contemporánea, á fin de poder suplir, en caso necesario, sin vacilación y sin temer el mal juicio de los estudiantes, á cualquiera de los profesores del Colegio. ¡Ejemplo digno de ser imitado por cuantos sean llamados á dirigir tal clase de establecimientos! Nada puede tanto en los niños y en los jóvenes como el ejemplo. El profesor que no ama apasionadamente la materia cuya enseñanza le está confiada no será jamás un buen maestro, y nunca sacará buenos discípulos, ni despertará en ellos ese amor invencible al estudio, que imprime carácter, y que produce y producirá indefectiblemente grandes maestros, así de ciencias como de letras.

Gusta en extremo el Sr. Moreno de la literatura francesa, y ha tenido singular predilección por aquellas pléyades de artistas, poetas, dramaturgos, oradores y filósofos hijos del romanticismo, lo cual no ha sido parte á alejarle de la lectura de todos los escritores de las últimas décadas.

Pero si ha tenido una verdadera pasión por la bella literatura, y no ha desdeñado la lectura atenta y reposada de los escritores contemporáneos, puede afimarse que los estudios serios han sido para él, objeto de particular predilección. Todos los problemas religiosos, filosóficos y sociales que hoy conmueven el mundo intelectual le han proporcionado motivo de serias y detenidas meditaciones, de las cuales su alma naturalmente inclinada al bien y siempre dispuesta á recibir inspiraciones generosas, se aparta algunas veces triste y desalentada, pero más frecuentemente animosa y resuelta á seguir con paso firme por el camino de la verdad, alumbrada por una esperanza indeficiente.

De aquí procede el carácter profundo, serio, algunas veces amargamente, triste y desconsolador, pero más á menudo entusiasta y ardoroso de sus escritos. Si pudiéramos decir en pocas palabras nuestro jui-

cio acerca de ellos diríamos sencillamente que habiendo vivido siempre su autor en medio de la juventud, ha continuado siendo joven á pesar de los años, contándose entre las cualidades y las imperfecciones de sus obras literarias las mismas imperfecciones y las mismas cualidades que se notan en las obras de la juventud: el mismo entusiasmo para todo lo que es noble y generoso; el mismo deseo de hacer el bien, así como los mismos desfallecimientos, los mismos desencantos; la misma impetuosidad, y tal vez algo de irreflexión; todo esto templado por la indulgencia que dan los años y el espíritu de moderación y tolerancia, que es una de las cualidades que inspira la verdadera sabiduría.

IX.

Mas ¡á qué hablar de los artículos y discursos contenidos en este tomo! Léalo quien le tiene en las manos, y diga y piense de él cuanto le plazca, que no seremos nosotros quienes tratemos de imponerle nuestro criterio y nuestras opiniones, acaso parciales é indulgentes en fuerza del afecto que á su autor profesamos como compañeros y amigos, y del respeto profundo que nos inspira un maestro á quien debemos no sólo enseñanza, aliento y doctrina, sino algo más: un cariño y una benevolencia inolvidables y en quien nos complacemos en encontrar perfectamente adunadas las más altas dotes de la inteligencia con las más nobles prendas del corazón.

A fines del año de 1894 dejó el Sr. Moreno la direción de su amado Colegio para ir á encargarse, en la ciudad de Jalapa, de la Secretaría del Gobierno del Estado, llamado á tal puesto por un patricio cuya obra administrativa ocupará en la historia de Veracruz páginas brillantes; y de allí salió para tomar asiento en el más alto de los tribunales de la

República, en la Suprema Corte de Justicia de la Nación, al lado de los Zamacona y de los Sierra, y al cual ha llevado el concurso de su saber indiscutible y de su intachable probidad.

RAFAEL DELGADO.

Orizaba, á 10 de septiembre de 1900.

DISCURSO

leído al inaugurar sus trabajos la sección literaria de la sociedad

SANCHEZ OROPESA,

en la noche del dia 31 de Diciembre de 1888.

SEÑORES:

LA Sociedad "Sánchez Oropesa," cumpliendo una de las obligaciones que se impuso en sus estatutos, y realizando uno de sus más vivos deseos, inaugura en esta noche sus trabajos literarios. No estando aún definitivamente organizada la sección que debe tomar á su cargo estas tareas, no ha hecho la elección de Presidente, y por este motivo, siéndolo yo de la Sociedad, me ha tocado dar principio á nuestros estudios, leyendo este discurso. ¡Empeño doblemente satisfactorio para mí, porque me proporciona la oportunidad de dar un testimonio público de agradecimiento á las personas que han organizado esta modesta fiesta de familia, y de decir algo en elogio de las letras á cuyo culto he consagrado los

breves ratos de solaz que he robado á ocupaciones de otro género!

¡Grato es para nosotros, señores, vernos tras largos años de apartamiento y de desvío, reunidos de nuevo en esta casa, que fué el abrigo de nuestra infancia, y el limitado teatro donde se desarrollaron las variadas é interesantes escenas de nuestra primera juventud! El amor puro y desinteresado de las ciencias y de las letras tiene para nosotros dobles atractivos, cuando viene unido al recuerdo de nuestros pesares comunes y de nuestras comunes alegrías. Al través de los años nos reconocemos todos como miembros de una sola familia, y alimentados por la misma doctrina, conservando las mismas tradiciones, hemos puesto nuestra asociación bajo el amparo de un nombre por todos venerado, consagrando así la memoria de un sacerdote respetable, cuyos beneficios han llegado hasta nosotros.

Pero si han sido grandes y sinceros mis deseos de obsequiar la invitación que se me ha hecho de hablar en esta ocasión no han sido menores las dificultades que he experimentado cuando me he detenido á meditar por un momento, en el asunto que debiera elegir como tema de este discurso Se trata, señores, de un discurso inaugural, y éste debiera ser una obra pulida y acabada, mo-

delo en el arte del bien decir, producción digna de vuestra cultura y del renombre de nuestra sociedad; debiera ser un cuadro compendiado sí, pero brillante, lleno de movimiento y de calor, de las bellezas sin cuento de la literatura general. La persona á quien hubieseis encomendado este discurso debería someter á vuestra consideración algunas apreciaciones nuevas sobre la literatura contemporánea, debería hacer la exposición clara y completa de sus ideas literarias; ó cuando menos, presentaros algo que fuese como el programa de nuestros estudios subsecuentes.

Pero nada de esto he podido hacer yo: diré más, nada de esto convenía que hiciese. La índole de esta reunión, repugnaría todo estudio dilatado y prolijo, y cualquiera de los asuntos que he indicado, exigiría para ser tratado con mediano acierto, un ámplio desarrollo.

He preferido pues, aun á riesgo de infringir aquella conocidísima regla de oratoria que nos prohibe hablar de nosotros mismos en nuestros discursos, evocar mis recuerdos personales. Me ha parecido que de esta manera podría tal vez llegar á descubrir cual es el orígen de ese secreto atractivo que tiene para nosotros el cultivo de la bella literatura, en cuyo elogio nos legó la

antigüedad clásica por boca de Cicerón aquellas magníficas frases tan frecuentemente repetidas; aquellas palabras tan hermosas, sobre la utilidad y el deleite que proporciona el cultivo de las letras. ¡Tal vez de esta manera logremos formarnos una idea clara del fin que nos proponemos en nuestros estudios!

Os he dicho que para explicar mi pensamiento tendría que evocar mis recuerdos personales.

Me encontraba yo en la adolescencia. Los pesares que turbaron la tranquilidad de los primeros años de mi vida, habían modificado notablemente mi caracter, ántes festivo y bullicioso. Natural era que después de haber visto á la muerte visitar aquella humilde morada asilo de paz y de ventura, y á la miseria llamar á las puertas de aquella casa, donde reinaba antes un modesto bienestar, y se albergaban tan gratas ilusiones al abrigo de un padre cariñoso; era natural, repito, que mi alma se encontrase atormentada por profundos dolores, y que como todos los desgraciados buscase en la soledad y en el comercio con los libros, aquellos consuelos que no se encuentran en el trato de los hombres y en el bullicio de las ciudades.

Dominado por estos sentimientos me di-

rigí un día á uno de esos poéticos lugares que tanto abundan en las cercanías de nuestra hermosa ciudad.

Un sol canicular agostaba las plantas y hacía que se doblasen como desfallecidos sus delicados tallos. Los frondosos árboles, más comunes entónces que ahora, en los lugares inmediatos á los sitios poblados de la ciudad, apénas si prestaban algún abrigo á los pájaros, que silenciosos buscaban en su tupido follaje un lugar en que librarse de los ardores del sol. Escuchábase apénas el zumbido de los insectos, y allá á lo lejos, de tiempo en tiempo, el de alguna oveja descarriada, el ronco crujir de las ruedas de algún carro, ó el cantar agudo y melancólico del humilde labrador, dirigiendo el tardo paso de sus bueyes.

Llevaba yo un libro bajo el brazo. Era uno de tantos que la casualidad había hecho caer en mis manos, y que devoraba con verdadera ansiedad.

Le abrí al acaso, y encontré un artículo firmado *Aimé Martin*, nombre para mí, en aquel entónces, enteramente desconocido Comencé á leerle: se intitulaba "Los Mundos imaginarios." Se explicaba en él con encantadora sencillez la insuficiencia de la vida real para satisfacer las necesidades del espíritu, dar cumplido lleno á las inextin-

guibles aspiraciones del alma y calmar las perpetuas agitaciones del corazón.

El autor se proponía, á lo que recuerdo, demostrar que el hombre vive perpetuamente una vida ideal, distinta de la vida real, y frecuentemente en oposición con ella. Allí pasaba revista á todas las edades y á todos los hombres, desde el niño que abandonando los juegos propios de la infancia, viene presuroso, al lado de su nodriza para escuchar, pendiente de sus labios, las maravillas del mundo de las hadas, y oír hablar de los palacios encantados guardados por el terrible ogro, hasta el guerrero árabe que fatigado por los ardores del sol en la inmensidad del desierto, olvida de noche los peligros que le rodean, y á la luz de las estrellas, escucha atento, bajo su portátil tienda, las relaciones maravillosas de un anciano ó las hazañas extraordinarias de los jefes de la tribu. En ese precioso libro me pareció comprender cómo Napoleón, el genio más vasto y más universal de los tiempos modernos, el guerrero de inquebrantable voluntad y de triste y sombría mirada, de rostro pálido é impasible, como modelado sobre un bronce antiguo, perseguía un ideal de grandeza, de gloria y de poderío, que nunca llegó á realizar; como en Beethoven, naturaleza eminentemente ar-

tística, la vida del espíritu, venciendo la impotencia de los sentidos, se desbordaba en inimitables armonías en el último banquete dado á sus discípulos bajo la enramada de un jardín, rompiéndose su pecho en seguida, como se rompen las cuerdas de una lira bajo la presión poderosa de la mano del artista, que embargado de entusiasmo pretende sacar de ella nuevos y más vigorosos sonidos.

Este libro no era mas que la expresión poética de esta verdad tan frecuentemente repetida: que el hombre no puede encontrar una felicidad completa acá en la tierra, que busca siempre algo que está más allá de este mundo, que siente dentro de sí algo que es como el presentimiento de sus altos destinos. Pero no sé por qué despertó en mí algo que me atrevería á llamar, si no temiera que se tomase como un rasgo de vanidad, el sentimiento literario.

Porque, en efecto, señores, ¿qué cosa es la literatura, sino esa incesante aspiración á la belleza ideal, á alguna cosa que no existe aquí en el mundo que nos rodea, más allá del cual el espíritu entreve horizontes sin límites, oceanos de luz que ofuscan nuestras miradas, torrentes de armonías que no pueden expresar ni las palabras ni los sonidos que conocemos? Nuestra alma presiente in-

tensísimos placeres, en nada comparables á lo que en este mundo sentimos, amores sin límites y sin medida, sin reservas y sin flaquezas, que nunca llegarán á saciarse ni á extinguirse.

Y como este bello ideal de la humanidad se le presenta bajo todas las formas; como es perseguido por el hombre bajo todos sus engañosos aspectos; como se extiende á todas las esferas en que el alma puede ejercer su actividad, resulta que lo bello, objeto supremo de las aspiraciones de la voluntad del hombre, y la literatura, expresión de la belleza sentida ó presentida por él, abrazan y comprenden todas las manifestaciones de la vida intelectual.

Esta especie de presentimiento mío, me hizo después acoger con entusiasmo la definición de literatura que han dado algunos críticos modernos, diciendo que su objeto es la expresión de la belleza ideal, de preferencia á aquellos otros que le señalan como fin y como medio la imitación sencilla de la naturaleza.

Pude entónces explicarme, por qué Lamartine, renunciando á definir la poesía, la más bella de las formas literarias, dice que no es ni el ritmo, ni la rima, ni el canto, ni las imágenes, ni el color; que es todo esto y más que esto todavía, concluyendo con

estas palabras: "Varias veces he oido decir ¿qué es la poesía? Cuestión vaga, que en mi concepto equivaldría á preguntar, ¿qué es la naturaleza?; ¿qué es el hombre? No es posible definir cosa alguna, y esta misma impotencia constituye la suprema belleza de toda cosa indefinible." Y ya no me fué tampoco difícil comprender después, por qué el mismo escritor nos enseña, en otra parte, que la palabra literatura, en su significación más universal, comprende la Religión, la Moral, la Filosofía, la Legislación, la Política, la Historia, la Ciencia, la Elocuencia, la Poesía: en una palabra, todo lo que bendice, todo lo que consagra, todo lo que civiliza, todo lo que enseña, todo lo que gobierna, todo lo que perpetúa, todo lo que encanta al género humano."

De esta noción tan vasta de la literatura, se deducen varias consecuencias que me atrevo á apuntar aquí, por la importancia que tienen en los estudios que vamos á emprender.

Siendo la literatura la expresión del bello ideal, bajo todas sus formas y bajo todos sus aspectos, se deduce necesariamente, que si bien esta belleza ideal tiene un principio de unidad por la unidad fundamental de la naturaleza humana, es frecuentemente modificada por el carácter de cada indi-

viduo, y por las circunstancias exteriores que le rodean. De aquí procede el carácter que podemos llamar subjetivo ú objetivo, sirviéndonos de los términos empleados por la moderna crítica alemana, de cada una de las obras literarias, producto muchas veces de la elaboración de muchos siglos, manifestación vigorosa de toda la vida intelectual de un pueblo, como la Iliada de Homero, ó de una época, como la Divina Comedia del Dante.

Dedúcese también que cada período literario, tiene, aparte de un fondo común del que no es posible prescindir, sus caracteres propios, resultado de la manera de concebir el bello ideal. Así se explica el carácter panteista de la literatura india, el carácter antropomórfico de la literatura griega, y el carácter sintético de la literatura romana. En la India, donde una naturaleza exuberante y prodigiosamente vigorosa todo lo avasalla y todo lo domina creeriase que desaparece el hombre, y que se pierde bajo un sol abrasador, en presencia de las encumbradas cimas del Himalaya, á las orillas del Gánges, cuyas caudalosas aguas inundan gran parte de las tierras, depositando en ellas gérmenes de muerte. El bello ideal de la India es la grandeza, lo colosal: sus ídolos representan, no la suprema

belleza de la forma humana, sino la asombrosa fecundidad de la madre naturaleza; su sistema religioso es una silenciosa espectativa de los males ó bienes que vienen sobre el hombre; su sistema filosófico es el panteismo, en el que todo se pierde en la inmensidad de un Sér único, principio y fin de todas las cosas, y del cual todas las cosas existentes no son sino diversas y divinas manifestaciones; y su sistema literario corresponde como es natural, á estas dos concepciones generadoras de todas sus ideas y orígen de todos sus sentimientos.

Viene después la Grecia. Su bello ideal es la forma humana. El Oriente—dice un escritor—revela al hombre los secretos del mundo de la naturaleza, del mundo de Dios, la Grecia, los secretos del mundo del arte; del mundo del hombre.

Este mira frente á frente los terribles problemas, cuya solución definitiva buscó en vano la humanidad por tantos siglos, y en la poesía dramática de la Grecia, la más perfecta y la más acabada, nos presenta á Prometeo eternamente castigado de su osadía, por haber robado el fuego celeste, condenado á que un buitre le devore eternamente las entrañas, encadenado allá en las cumbres del Cáucaso; á Edipo, víctima inocente de la ciega fatalidad, y también algu-

nas veces, tipos purísimos del amor conyugal y filial en Andrómaca y Antígona.

El culto de la forma humana fué llevado por los griegos hasta la exageración. No solo dieron á sus dioses forma y pasiones humanas, sino que también humanizaron, divinizándolas, las fuerzas de la naturaleza. Los bosques de Grecia están poblados de sátiros y faunos, sus fuentes de náyades y nereidas: el viento que sopla obedece los mandatos de Eolo, las tempestades son suscitadas por Neptuno, y sus dioses tienen su morada en la poética cumbre del Olimpo.

"Roma—dice Castelar—fundió en un solo molde la idea del Oriente y la idea griega, el mundo del Dios-Naturaleza y del hombre divinizado; y esta idea trascendental constituye la vida de la sociedad romana, se refleja en la división social de patricios y plebeyos, aquellos con sus formas religiosas y legales, estos con su constante aspiración á la igualdad, y por eso vemos que en su religión se congregan todos los dioses, en sus leyes se funden todos los derechos en sus actos se reproduce el génio de todos los pueblos y en su parnaso guarda laureles para todos los poetas."

La idea cristiana vino á cambiar radicalmente la concepción de la belleza suprema, y produjo, como era natural, una nueva li-

teratura, manifestaciones nuevas de la vida intelectual del hombre. No tengo tiempo de hablar aquí detenidamente de este asunto, y me limito, por lo mismo, á llamar vuestra atención acerca de un hecho por demás interesante.

La idea cristiana produjo en el espíritu del hombre una concepción nueva de la naturaleza. Aparte de la pureza de las creencias y de su reconocida influencia en las concepciones puramente metafísicas, dió orígen á lo que después hemos llamado poesía descriptiva.

Esta es una observación curiosa que encontraréis en los escritos de un sabio ilustre, en los cuales sorprende el encontrársela, atendiendo al carácter exclusivamente científico de sus elucubraciones. Me refiero al célebre Baron de Humboldt, en su obra intitulada *Cosmos* ó Ensayo sobre la descripción física del Mundo. "El mundo nuevo—dice—no ha podido romper bruscamente con el antiguo; pero los cambios verificados en las aspiraciones religiosas de la humanidad, en los sentimientos morales, y aun en la vida exterior de los hombres, obrando sobre el espíritu de la multitud han hecho brillar repentinamente lo que hasta entónces había escapado á la imaginación. El cristianismo dispuso á los espíritus á buscar en

el órden del mundo y en la hermosura de la naturaleza el testimonio de la grandeza y de la excelencia del Creador. Esta tendencia á glorificar á la Divinidad debió guiar el gusto de las descripciones."

Algún crítico ha creido encontrar en Lucano, poeta que floreció en tiempo de Nerón, una tendencia á la poesía puramente descriptiva. Sin tener este poeta ni el sentimiento vivo de la belleza artística que poseía Virgilio, ni la inspiración de Horacio, ni la ternura de Tíbulo; tenía algo más humano, algo que era como la síntesis del génio romano en aquella edad, y la revolución que se iba verificando en el mundo antiguo, en ninguna otra parte se revela mejor que en las descripciones de la naturaleza, que nos ha dejado este poeta. (1)

Pero sea lo que fuere de esta opinión, no por eso es ménos cierto que las más hermosas descripciones del mundo sensible se encuentran después del advenimiento del Cristianismo. Esas armonías misteriosas entre el estado de nuestra alma y de los objetos que nos rodean, esa tendencia del hombre á hacer subjetivas todas sus concepciones, que

---

(1) Veáse la descripción del Bosque de Marsella en el lib. 3. de la Farsalia, y á Nizard "Estudios sobre los poetas latinos de la decadencia."

forma uno de los carácteres de las literaturas modernas, se encuentran bien determinadas en algunos pasajes de los padres de la Iglesia. Son tan hermosas y poéticas algunas de sus descripciones, que sólo el temor de fatigar vuestra atención, me priva del placer de copiarlas aquí. Si os las leyese, sin deciros de donde las había tomado, creeriais escuchar uno de los más bellos pasajes de alguno de nuestros poetas contemporáneos. (1)

La edad media persiguió también su bello ideal, y excusado es decir que esa época de grande fé y de grandes crímenes, de sentimientos purísimos y delicados y de ásperas y rudas costumbres, en que todo estaba en fermento y confusión, preparándose el feliz alumbramiento de las sociedades modernas, está magníficamente representado en el sublime poema del Dante.

Los tiempos modernos manifiestan una tendencia muy marcada al individualismo. Va desapareciendo el Estado como personificación de todas las fuerzas sociales, para ser sustituido por la política, que es la participación de todas las clases en los ne-

---

(1) Vease á Villemaine "Cuadro de la elocuencia cristiana en el siglo IV" y la obra de San Basilio, intitulada: "El Hexameron ó Discurso sobre la obra de los seis días de la Creación."

gocios públicos de una nación; las creencias se han en gran parte individualizado por el respeto que hoy se profesa á la libertad del pensamiento. Es, por lo mismo, más difícil, si no imposible sintetizar la sociedad moderna. Esto explica por qué entre las varias formas literarias predomina la poesía lírica, eminentemente subjetiva; y por qué han sido vanos cuantos esfuerzos se han hecho hasta ahora para dotar á la literatura contemporánea de un poema épico, comparable, aunque de léjos, á los grandes poemas de la antigüedad.

La segunda consecuencia que se deduce de la noción de la literatura, en el vasto sentido en que la hemos tomado, es su influencia sobre las costumbres y las instituciones de los pueblos, así como la que las ideas dominantes en una época, las aspiraciones al bello ideal, tal como se le concibe en un período histórico determinado ejercen sobre las producciones literarias de la misma época. No tengo tiempo para detenerme en este punto. Me basta recordaros ¡que él ha servido de materia á una obra escrita por una mujer, justamente célebre, cuya profundidad de miras y cuyo elevado talento serán siempre dignos de admiración, por más que en su época sus opiniones y doctrinas literarias hayan sido acerbamente censuradas.

Todos vosotros conocéis la obra de Madama de Stael á que me refiero, intitulada: "De la literatura considerada en sus relaciones con las instituciones sociales."

La última consecuencia, derivada de la definición que he dado de la literatura, es que ella abraza y comprende todas las manifestaciones del espíritu humano.

Siendo la aspiración á la belleza ideal, que no es mas que una de las formas con que se revela lo infinito, una necesidad inmanente del espíritu del hombre, resulta que este encuentra, ó cree encontrar la belleza en todo lo que le rodea. Hay la belleza de la naturaleza, la belleza de la ciencia, la belleza de las acciones, la belleza de la virtud. Un filósofo profundo y pensador eminente de nuestra época, Royer Collard, decía con este motivo las siguientes palabras, que sin querer se vienen á mi memoria: "Lo bello se siente, y no se define. Se halla en todas partes, en nosotros y fuera de nosotros, en las perfecciones de la naturaleza y en las maravillas del mundo sensible, en la energía independiente del pensamiento solitario, en en el órden público de las sociedades, en la virtud y en las pasiones, en el llanto y en el placer, en la vida y en la muerte."

He aquí por qué, señores, nunca he dado importancia á las rivalidades de las escue-

las literarias. En mi humilde juicio, hay en en este género de discusiones, más presunción y vanidad que sentimiento sincero y profundo de la belleza. He aquí por qué no desdeño la escuela literaria que florece en nuestros días y que ha dado en llamarse naturalista, debiendo á mi parecer, llamarse más bien realista, siempre que, manteniéndose fiel al concepto legítimo de lo bello y satisfaciendo la aspiración eterna de la mente humana á la belleza ideal, sepa descubrirla á través de las escenas más comunes de la vida, que tienen también sus encantos y su poesía, cuando están animadas por los sentimientos morales, manantial perpétuo de fecundas inspiraciones.

Señores. Apenas he tenido tiempo de escribir este discurso, y os ruego que disimuléis sus muchas imperfecciones. He tomado la palabra literatura en su acepción más general; y por eso no os he hablado en particular de las ciencias, á cuyo estudio pensamos también dedicarnos con afán. Hubiera sido interminable este discurso si os hubiera hablado de todo lo que tenemos que estudiar, de lo mucho que trabajar debemos para cumplir con la obligación que voluntariamente nos hemos impuesto.

Lo que os he dicho basta para que comprendáis cuan fecunda es la materia, cuan

grandes han de ser nuestros esfuerzos y cuánto el provecho que alcanzaremos si continuamos con fé y constancia los trabajos que ahora comenzamos. Ayudándonos los unos á los otros, comunicándonos mutuamente nuestras reflexiones y el resultado de nuestros estudios, todos trabajaremos en nuestro común aprovechamiento.

Señores: os felicito cordialmente porque la Sociedad "Sánchez Oropesa" ha dado una prueba más de que sabe cumplir sus compromisos. Inaugurada hace apenas tres meses, ha dado comienzo en esta noche á los estudios literarios que tenía ofrecidos; y como esta festividad se verifica en una noche que es para todos, noche de serias y graves meditaciones, algunas veces de hondas tristezas, y también de gratas ilusiones noche en que nos despedimos del año que ha pasado, llevándose parte de nuestra propia vida, para saludar al año que viene, simbolizando para muchos la esperanza, ocultando para todos los misterios del porvenir; como también habéis querido al elegir esta noche darme una prueba que en mucho estimo, pero que no era necesaria, de vuestro sincero aprecio, muy de antemano cordialmente correspondido; y aun habéis determinado que se verificara en este lugar que guarda para todos nosotros tan gratos y dul-

ces recuerdos, á la vista de estos jóvenes en cuyo beneficio principalmente nos proponemos trabajar y á quienes profeso paternal cariño; como á esta nuestra modesta reunión no han faltado ni los atractivos de las gracias ni los encantos de la belleza, termino este desaliñado discurso, haciendo los votos más sinceros por los adelantos y progreso de nuestra sociedad, por el mejoramiento de este Colegio á cuyos profesores y alumnos debo esta manifestación de mi sincero agradecimiento, y por nuestra común felicidad en el año que en este momento va á comenzar.

DIJE.

DISCURSO

leído con motivo de la inauguración de los nuevos salones á los cuales fué trasladada la biblioteca del Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba.—Septiembre de 1889.

Asinio Polion había mandado construir una biblioteca más grande aún, y ¡qué hermoso nombre le dió Le llamaba EL ATRIO, es decir, el santuario de la libertad, como para dar á entender que no hay libertad posible sino donde el pensamiento se recoje y se eleva sobre las debilidades de los hombres.—M. Beulé. "AUGUSTO, SU FAMILIA Y SUS AMIGOS".

SEÑORES:

ALGUNAS personas han creido conveniente que al abrirse por primera vez en esta noche el nuevo salón destinado á contener la Biblioteca del Colegio de Estudios Preparatorios, dijese yo algunas palabras, con el fin de llamar la atención de las personas que me escuchan hacia la importancia de un establecimiento hasta hoy tan poco frecuentado, seguramente porque no se ha conocido su verdadero carácter. La Biblioteca que se ha trasladado á este lugar, tiene por objeto satis

facer las necesidades literarias de los profesores y alumnos del Colegio, proporcionándoles obras de consulta en que puedan ampliar sus conocimientos; pero ha sido también, y continuará siendo en lo de adelante, una biblioteca pública, para todos los que quieran instruirse, y consagrar, en medio de sus diarias ocupaciones, algunos breves ratos al cultivo de su inteligencia, por medio de la lectura y del estudio. Poblaciones menos importantes y populosas que Orizaba no carecen, en otros países, de establecimientos de esta clase, y la Sociedad "Sánchez Oropesa," que tiene por objeto, entre otros, fomentar y protejer la ilustración en general, pero con especialidad en todo lo que con los adelantamientos de este Colegio se relaciona, puede gloriarse con razón, si no de haber creado, sí de haber contribuido á mejorar la biblioteca pública de la ciudad de Orizaba.

Justo era por lo tanto que eligiese para su inauguración la noche en que la Sociedad celebra el primer aniversario de su fundación, verificada hace un año, en el día consagrado al recuerdo de la primera entre todas las glorias de nuestra patria: la proclamación de la independencia nacional. Si en mi calidad de Director de este Colegio debía hablar en esta noche, y debo hacerlo, á

pesar de la pequeñez de mis talentos, sobre asunto que tiene en mi concepto tanta importancia, en una noche de gratos recuerdos para todos los que me escuchan, y en un lugar que ha sido por largo tiempo el santuario de mis más puros afectos y como el centro de mi vida; sí debía hablar de la biblioteca del Colegio, de los libros que han sido el encanto de mis primeros años, y serán probablemente el consuelo de mis últimos días, era natural que buscase en una esfera más elevada la inspiración que necesito, la luz que ha de iluminar mi pobre inteligencia. Los nombres sagrados de la *juventud*, la *ciencia* y la *patria* se han venido sin quererlo á mi memoria. La juventud, edad de las más bellas ilusiones y de las resoluciones generosas; la ciencia, luz que ilumina nuestra vida; la patria, centro de todos nuestros afectos! Nombres gloriosos cuyos brillantes resplandores llegan á iluminar hasta el fondo más profundo de nuestras conciencias muchas veces obscurecidas por las sombras de la duda, haciéndonos ver con claridad lo horrible de nuestro egoismo!

La juventud, que estudia y que medita; la *ciencia*, que enseña y engrandece; la *patria* que espera, que alienta y recompensa: he aquí los únicos nombres que mis humildes labios osan pronunciar en esta noche; los

únicos que encuentro dignos de ser pronunciados en una ocasión cual la presente. Permitidme, pues, señores, que en los breves instantes de que me es lícito disponer, contando con vuestra benévola atención, haciendo aplicación á esta solemnidad de la idea expresada en las palabras que he tomado como epígrafe, os muestre cómo la fundación de una biblioteca pública es una obra patriótica por la influencia que la ilustración general ha ejercido siempre en bien de las sociedades; pero muy particularmente, por la que debe ejercer en las sociedades modernas y en los países constituidos democráticamente como el nuestro.

Señores: Hay dos casos de bibliotecas públicas: las unas que se llaman populares y contienen las obras más elementales de las ciencias, propias para instruir al pueblo de una manera general, y darle, con especialidad los conocimientos necesarios en las ciencias de aplicación, favoreciendo el adelantamiento de las artes y la industria; las otras que yo me atrevería á llamar eruditas, que solo contienen obras clásicas; fruto muchas veces de grandes esfuerzos de laboriosidad de los sabios de otras épocas, y enriquecidas, además, con las grandes obras producidas por la ciencia moderna. Las primeras son tal vez las que tienen una utilidad más

inmediata y las que con especialidad deberían fomentarse entre nosotros; pero las segundas no carecen de importancia y son, en mi concepto, las que mayor influencia tienen que ejercer en las costumbres públicas, porque en ellas se forman los grandes hombres, los hombres verdaderamente sábios, que señalando nuevos horizontes á la ciencia, y abriendo caminos nuevos á las corrientes siempre agitadas de las ideas, ejercen tan notable influencia en sus contemporáneos.

Si hay un fenómeno social que llame justamente la atención de los hombres pensadores, es el carácter de universalidad que en nuestros tiempos afectan todos los conocimientos; la estrecha relación que existe entre todas las cuestiones filosóficas, políticas y sociales. El advenimiento de la democracia, hecho culminante de los tiempos modernos, no consiste, como algunos lijeramente suponen, en el simple llamamiento de las clases populares á la dirección de los negocios públicos. Por una ley de la Historia, que yo llamo sin embozo ley de la Providencia, el poder público ha sido depositado siempre en manos dignas de ejercerle; manos que le han dejado escapar, que no han podido conservarle tan luego como han dejado de serlo. Y si el pueblo en nuestros días pre-

tende gobernarse por sí mismo, es porque se siente ó cree sentirse bastante fuerte, bastante poderoso, bastante sensato para resolver los problemas sociales con el elevado criterio de una razón ilustrada y no por los movimientos ciegos de una voluntad inconstante y caprichosa. Si el pueblo ha acertado en el juicio que ha formado de su aptitud y de sus fuerzas, tendréis las repúblicas libres, grandes, poderosas, donde caben todos los derechos y se respetan todas las opiniones; repúblicas que llenan de admiración al mundo y que están destinadas á ser las institutoras del género humano por la perfección de sus instituciones, la sabiduría de sus leyes, y el alto criterio que preside á todas sus resoluciones. Si el pueblo se equivoca, tendréis esas repúblicas entecas y enfermizas, continuamente turbadas por estériles agitaciones, movidas casi siempre por intereses puramente personales, y que en su insensato orgullo suelen tomar como síntomas de virilidad y de fuerza las angustiosas convulsiones de una prolongada agonía.

De aquí nace la necesidad, puedo decir mejor, la obligación de instruir al pueblo, de instruir á las nuevas generaciones. Instruir á la democracia, dice un hombre de notable talento que ha tenido la gloria de dar á

conocer y hacer amar en Europa la República de la América del Norte, reanimar sus creencias, acendrar sus costumbres, arreglar sus movimientos, sustituir poco á poco la ciencia de los negocios á su inexperiencia, el conocimiento de sus verdaderos intereses á sus ciegos instintos.....este es en la actualidad el deber impuesto á los que se encuentran al frente de las sociedades. (1)

Hay también otro hecho igualmente general y de una verdad indisputable, y es la asombrosa difusión de los conocimientos en nuestro siglo. La ciencia ha dejado de ser el patrimonio de unos cuantos para convertirse en el alimento diario de las multitudes. El periodismo, el teatro, la propagan y vulgarizan; hasta los usos ordinarios de la vida la hacen indispensable, por la multitud de aplicaciones prácticas que de ella se han hecho. Puede decirse sin exageración, que la ciencia, verdadera señora del mundo, viene realizando, en nuestros días, aquel sueño que turbó la mente de los grandes conquistadores, estableciendo una dominación universal.

Pero en esto mismo hay un peligro; que es la ley también de la humanidad, que la

---

(1) Alejo de Toqueville. "De la democracia en América."

posesión del bien nunca deje de estar turbada por el temor de graves males, que la sabiduría de los hombres debe prever y evitar. La rápida y fácil propagación de las luces trae consigo, como consecuencia necesaria, los peligros, el del saber incompleto, de la superficialidad de los conocimientos, de la falta de estudios sérios, de los orgullos ilegítimos, de la insubordinación de las inteligencias; y este mal se traduce en el órden de los hechos y de las costumbres sociales por la lijereza de los juicios, la escasez de convicciones profundas y verdaderas, la indiferencia pública, el triunfo de las medianías sobre los hombres de talento, la falta de sensatez y de cordura, y la carencia completa de templanza; dotes que forman á los grandes hombres y constituyen el fondo del carácter de los pueblos destinados á vivir eternamente en la historia.

Este peligro sólo puede evitarse con el estudio y la instrucción; pero no con esa instrucción superficial que se adquiere tan fácilmente con la lectura de la primera obra literaria que llega á nuestras manos, sino con esa instrucción que sólo puede adquirirse, viviendo, por decirlo así, la vida de los tiempos pasados, penetrando los resortes secretos de la historia, consultan-

do el gran caudal de la experiencia de los siglos, siguiendo paso á paso los progresos del espíritu humano, los adelantamientos de las ciencias y el perfeccionamiento de las instituciones sociales, revolviendo esos inmensos archivos donde se halla depositada la sabiduría de nuestros padres. Porque, —forzoso es también rectificar otro error:—se acostumbra á decir á los pueblos que todo lo pueden, que su voluntad es omnipotente; y esto no es cierto. El impulso de las ideas viene de los hombres pensadores. Los sabios siembran la fecunda semilla de las ideas, cuyos frutos deben cosechar los pueblos. Todo mejoramiento social, comienza por ser una concepción abstracta, muchas veces una utopía que se considera impracticable.

Pues bien, señores, una biblioteca pública, siquiera sea modesta y pobre como lo es la nuestra, satisface esta doble necesidad de nuestros tiempos y de nuestra patria.

Recorred si no, los títulos de las obras que tenéis á vuestra vista, y cualquiera que sea el ramo de los conocimientos humanos que elijáis, allí encontraréis siempre algo que aprender, algo que despierte en vuestra mente saludables reflexiones; y lo diré también, algo que haga palpitar vuestros corazones de profunda gratitud hacia los

autores de esas obras que nos legaron en sus libros el fruto de sus trabajos, el resultado de sus desvelos, aquella parte de ciencia que les fué dado alcanzar. Una biblioteca sintetiza, por decirlo así, los esfuerzos hechos por el hombre, en todos los tiempos, para resolver el insondable problema del Universo, descubrir el secreto de sus destinos, investigar las leyes de la naturaleza, y las no menos misteriosas que unen el mundo visible, al mundo invisible, la criatura á su Creador. Una biblioteca es un inmenso panteón, donde se encuentran, cubiertos por el inmenso sudario de los siglos, los restos de las generaciones pasadas; pero bajo esas cenizas, al parecer yertas, en esas páginas, al parecer mudas, palpita la vida que anima á la humanidad, se agita el espíritu del hombre, y á través de los siglos podemos presenciar los grandes acontecimientos que han conmovido al mundo, escuchar la voz elocuente de Demóstenes y de Cicerón, asistir al grandioso espectáculo de la tragedia griega, constituirnos jueces en los encarnizados combates entre patricios y plebeyos, tomar parte en las agitaciones del *forum*, recoger los últimoo acentos del paganismo agonizante, cuyo último intérprete fué el elocuente orador Libanio, así como fué su última sacerdotisa la hermosa y sim

pática Hypathiá, ver nacer una nueva civilización de las ruinas de la civilización antigua, escuchar el acento inspirado de los Crisóstomos y Naciancenos, que resonó allá en las Basílicas de Constantinopla y Antioquía, presenciar el terror y el espanto que sobrecogió á los pueblos en las irrupciones de los bárbaros del Norte, cuando los monjes como Jornandes, escribian sus crónicas dominados por el terror, á la luz siniestra de los campos incendiados, trémulos de espanto bajo la impresión terrible que causaban en su espíritu los gritos de los combatientes, los gemidos de las mujeres, los niños y los ancianos, muertos sin piedad por los soldados victoriosos, el espantoso estrépito de un mundo que se estremecía sobre sus propios fundamentos.

Pero me he separado de mi objeto, hablandoos en términos demasiado generales, cuando me proponía solamente daros á conocer algunas de las obras que contiene esta Biblioteca. La historia de España, después de la historia nacional, debe ser la más importante para nosotros por las relaciones de filiación que nos ligan con España y por las grandes, profundas y severas enseñanzas que contiene. Allí tenéis los anales de Aragón, de Zurita, obra de inmensa laboriosidad y erudición donde se contienen

raros ejemplos del heroismo de aquel pueblo que hizo del Pirineo el baluarte de la libertad celtíbera, y allí encontraréis también la fórmula de aquel célebre juramento que las Cortes Aragonesas hacían prestar á sus reyes, cuando las libertades españolas se mostraban fuertes é inquebrantables, haciendo más eficaz, á juicio de algunos historiadores, el gran principio de respeto á la libertad individual, y al derecho de propiedad, consignado en la gran Carta del Rey Juan, fundamento de las liberales instituciones que constituyen hoy el orgullo y la gloria de la vieja Inglaterra, los anales de Cataluña, rival en otro tiempo de las poderosas repúblicas de Génova y Venecia, la vida del Emperador Carlos V, de Sandoval, documento importante, por ser coetáneo, para la historia de aquella época; la España sagrada del P. Flores, uno de los estudios más laboriosos y eruditos que se produjeron en el siglo pasado, y también algunas obras contemporáneas, y por lo mismo bastante conocidas, como los trabajos históricos de Prescot y W. Irving, distinguidos historiadores norteamericanos.

La escolástica fué, señores, como la gimnástica en que el espíritu humano ensayó sus fuerzas durante la Edad Media. Si bien cayó en su último periodo en una completa es-

terilidad, entregándose á vanas especulaciones, desdeñando la experiencia y abusando lastimosamente del método deductivo, enseñado y practicado por Aristóteles, es sin embargo, digna de particular atención. No, nunca merecerá nuestro desprecio una época en la cual, en el orden de las ciencias, sembraron el germen de muchos de los descubrimientos de que hoy nos gloriamos, Alberto el Grande, Raymundo Lulio y Rogerio Bacón, y en la cual floreció el elocuente y apasionado Abelardo; época en que se escribió la Suma de Santo Tomás, obra llena de regularidad y de grandeza, la obra de filosofía y de moral más profunda y más completa, verdadera enciclopedia de la ciencia humana, en el siglo XIII, como la llama uno de los más distinguidos filósofos contemporáneos (1) Cualquiera que sea el juicio que se forme de aquellas obras y de aquellos tiempos, es forzoso conocerlos y estudiarlos, y nuestra pequeña biblioteca puede, en este punto satisfacer la natural curiosidad de los hombres estudiosos.

La historia de la iglesia, se ha dicho con exactitud, es la historia del mundo y de la humanidad. Ahí tenéis preciosos documentos sobre la historia eclesiástica: desde la

---

(1) Victor Cousin.

historia de Eusebio, obispo de Cesárea, que escribió en tiempo de Constantino, hasta la colosal y monumental Colección de los Concilios Generales del sabio jesuita Labée. Ahí están los concilios de España, donde se encuentran las actas de los Concilios Toledanos, fundamento del derecho público y político de la Monarquía Gótica en España.

En materias puramente literarias podemos presentar la mayor parte de las obras clásicas del siglo de Luis XIV, y no pocas de las del siglo XVI, que fué la edad de oro de la literatura española, tan rica, tan variada, tan copiosa, sobre todo en escritores místicos, que todavía deleitan nuestra alma por la viveza de sus afectos, por la ternura de su expresión, por la pureza y corrección de su estilo; modelos inapreciables, sin los cuales no es posible conocer ni apreciar la belleza y gallardía de la hermosa habla castellana.

Con razón, señores, no puede uno acercarse á estos lugares sin sentirse como sobrecogido por un religioso respeto. Si la imprenta no hubiera sido inventada, yaceríamos, como los monjes de la Edad Media, sepultados en el fondo obscuro de un claustro, copiando pacientemente los manuscritos antiguos, obra de inmensa laboriosidad que la vida de un hombre no era muchas

veces bastante para dejar concluida. Era forzoso, en muchas ocasiones, que otro de sus hermanos viniese triste y pensativo á ocupar el lugar que había quedado vacío y así se salvaron los tesoros de la antigüedad.

A costa, pues, de grandes sacrificios, hemos llegado á ser los ricos herederos de una herencia preciosa, que no siempre sabremos apreciar. Para conocer la época presente y juzgarla con imparcialidad, igualmente distantes del desaliento que mata y del necio orgullo que ofusca la razón, es necesario compararla con las épocas que la han precedido. Y seame ahora lícito preguntaros: ¿Cómo podremos dudar de la influencia que el estudio y la instrucción ejercen en nuestro espíritu? ¿Qué influencia no deben tener en nuestros juicios estas serias reflexiones? Y pasando á más generales consideraciones: el estudio y la comparación de las legislaciones antiguas, las investigaciones prolijas y concienzudas sobre el mecanismo de las instituciones de otros pueblos, el espectáculo de la historia de la humanidad, siempre patente á nuestra vista, el choque contínuo de encontradas ideas y de opiniones contrarias, el ejemplo de los grandes hechos y de los grandes caracteres, las rudas enseñanzas del pasado y las

esperanzas del porvenir, las verdades y hasta los errores de los que nos han precedido; todo esto, repito, ¿no ejercerá una influencia saludable en nuestra alma? ¿No será bastante á darnos esa rectitud de juicio, esa superioridad de criterio esa fé inquebrantable en la justicia y el derecho, esa calma tranquila que sabe poner un freno á todas las impaciencias y vencer todos los obstáculos, ¿todas estas virtudes que forman el caracter de los grandes hombres y que cuando se propagan, se comunican, se extienden y, se filtran, por decirlo así, en el espíritu de una nación, forman los grandes pueblos? Y si cuidamos de proporcionar á las clases populares, al obrero y al labrador que viven del trabajo de sus manos, lecturas fáciles y agradables, de una aplicación inmediata y de provechosas enseñanzas, ¿cómo no llegarán á preferir la biblioteca que instruye á la taberna que pervierte, el placer intelectual que fortifica el alma para luchar con las adversidades de la vida, á los placeres materiales que enervan el alma y quitan la salud al cuerpo.

Hé aquí, señores, por qué os he dicho que la fundación de una biblioteca es una obra patriótica.

La ignorancia sería posible en otros tiempos, y podrá serlo en la actualidad en otros

países; allí donde el hombre vive aislado, sujeto á la dura ley que quiere imponerle su señor, sometido siempre al criterio ajeno, sin participación alguna en los negocios públicos; allí donde no teniendo voluntad propia, todo le es extraño, porque nada es obra de su voluntad, y el dulce sentimiento de la patria tiene que limitarse al pobre rincón de tierra donde reposan las cenizas de sus padres. Pero en un tiempo como el presente y en un país como el nuestro, cuando la ciencia ha llegado á someter á su imperio hasta la fuerza bruta de la materia, cuando se reconoce y proclama el derecho de todos los gobernados á tomar parte en los negocios que á todos interesan, cuando podemos decir que todo lo que vemos y todo lo que nos rodea es ó tiene que ser obra de nuestros esfuerzos y de nuestros sacrificios, cuando el sentimiento de la patria se dilata porque abraza los adelantamientos artísticos que alcanzamos, los descubrimientos científicos que llegamos á realizar, la perfección que buscamos con nuestros libres esfuerzos y la tierra que cultivamos con el sudor de nuestras frentes para que sea la herencia de nuestra familia, las instituciones políticas que fundamos, las leyes que hacemos, el gobierno que levantamos con el concurso libre de nuestros votos y

nuestras voluntades: no, ahora es de todo punto imposible la ignorancia.

¡Bendita sea la Providencia, que parece reservar días más serenos para nuestra patria! Pero sea sobre todo bendita por los más gloriosos que prepara sin duda á nuestros hijos. Para ellos, para esa generación naciente, es para quien particularmente trabajamos. En ella están depositadas nuestras esperanzas, á ella acudimos para recibir nuevo aliento cuando sentimos desmayar nuestras fuerzas en las luchas contínuas de la vida.

Por eso la sociedad "Sánchez Oropesa" formada, según sabéis, por todos los antiguos alumnos y profesores de este Colegio, por todos los que en él hemos aprendido ó hemos enseñado, ha querido dispensar su protección á la juventud estudiosa, dando con ello, los individuos que la forman, una muestra de su agradecimiento por el bien que en esta casa en otro tiempo recibieron.

A esta Sociedad y al gobierno del Estado se debe la mejora que en esta noche celebramos. Doy á ambos las debidas gracias por su generosa protección y me complazco en repetirlo: aquella y este pueden gloriarse de haber hecho algo en bien de nuestra patria: la realización de una obra eminentemente patriótica y digna de todo

elogio, porque ella contribuirá á mejorar nuestras costumbres sociales, á hacer prácticamente fecundo el principio de libertad en que descansan nuestras instituciones políticas, pues según habéis oído, "*sólo puede haber verdadera libertad donde el pensamiento se recóge, elevándose sobre las debilidades de los hombres.*"

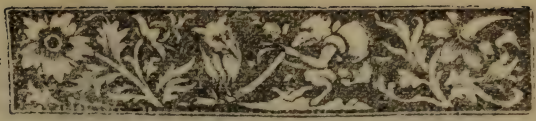
DIJE.

ESTUDIO

acerca de la

POESIA DESCRIPTIVA,

leido en una de las sesiones de la sección literaria de la Sociedad "Sánchez Oropesa."



Señores:

El desaliñado escrito á que voy á dar lectura es una nueva prueba de mi buena voluntad en cumplir con las reglas que para nuestro común aprovechamiento hemos establecido, y de mi empeño en mantener vivo el entusiasmo con que esta Academia dió principio á sus trabajos, procurando, en cuanto esté de mi parte, que por ningún motivo dejemos de presentar un estudio original cuando nos toque en turno. El mío fue señalado para el mes entrante; pero habiéndose puesto después mi nombre entre los de los socios á quienes correspondía hablar en esta noche, he preferido escribir con alguna precipitación, á faltar

á las reglas establecidas. Mi trabajo tiene que ser, por esta causa, incompleto, y tal vez, por falta de tiempo, no pueda concluirlo, teniendo que dejarlo en suspenso para terminarlo en otra ocasión.

He elegido para materia de este estudio un asunto que he apuntado en otra vez; tanto porque me ha parecido interesante en sí mismo y digno de ocupar vuestra atención, como porque puede servir de preliminar á otros estudios posteriores, igualmente interesantes. Trato de investigar ahora cuál es el origen de la poesía puramente descriptiva, y seguir su desarrollo á través de los tiempos, porque es curioso y sobremanera instructivo, ver cómo se despertó entre los antiguos lo que podemos llamar el sentimiento de la bella naturaleza, qué obstáculos se opusieron á su completo desenvolvimiento, y hasta qué punto es cierta la opinión que atribuye á la influencia del Cristianismo el nacimiento de un afecto del alma que tan vivamente se ha manifestado en la literatura moderna. Si no me engaño, este fenómeno fué observado por algunos literatos del pasado siglo, pero no ha sido suficientemente comprendido sino hasta el presente, merced á la tendencia profundamente filosófica que determina un progreso visible en la crítica literaria.

En la literatura, señores, acontece lo que se verifica en casi todos los ramos de los conocimientos humanos. Toda materia es fácil si se ha de estudiar superficialmente, y es harto difícil si nos detenemos á profundizarla como se debe. Esto me ha acontecido con el asunto de que voy á hablaros.

Si abrimos los cursos elementales de literatura, y aun algunas obras que contienen algo más que los conocimientos comunes, encontraremos que apenas si en aquellos ó éstas se hace mención del género descriptivo, el cual, según algunos literatos, no tiene carácter propio, y es como un accesorio del género descriptivo, el cuál, según algunos literatos, no tiene carácter propio, y es como un accesorio del género didáctico. Marmontel es de esta opinión y sus palabras son tan significativas por el desdén que muestra hacia este género de poesía que no puedo dejar de copiarlas. "La poesía descriptiva, dice, no fué conocida de los antiguos, y es una invención moderna que no aprueban, á mi juicio, ni la razón ni el gusto.» ¡Cuánto distan estas frías palabras de las profundas observaciones de los críticos modernos! ¡Cuánto ha adelantado en poco más de medio siglo la crítica literaria!

La opinión de Marmontel descansa en un

concepto erróneo, en una noción falsa del género descriptivo. Supone este crítico que el poeta describe sólo por el placer de describir; y esto no es cierto. La poesía descriptiva se llama así porque tiene por objeto expresar las impresiones que en nuestro ánimo causa la contemplación de la bella naturaleza, establece relaciones entre los fenómenos del mundo físico y los afectos del mundo moral, penetra en lo más íntimo del alma, despertando en ella sentimientos de admiración y asombro, unas veces, de entusiasmo y arrobamiento otras, y más frecuentemente de suave y dulce melancolía.

Marmontel se imaginó ver en la mente del poeta un espejo que no hacía mas que reflejar fielmente el paisaje exterior, y esto no es exacto.

Si el carácter de este género de poesía es principalmente objetivo, tiene también mucho de subjetivo, porque el hombre, por un privilegio de su naturaleza, que constituye su grandeza ó su miseria, todo lo llena, refiriéndolo todo á sí mismo. La naturaleza sin el hombre sería un templo vacío en cuyo ámbito silencioso se perderían, sin encontrar eco los más dulces cánticos y las más suaves melodías.

Así es que, desdeñando por inútiles todas

las reglas que pudiéramos tomar de algunos críticos acerca de un género literario cuyos caracteres esenciales creo que no han sido bien estudiados, sino hasta nuestros días, me limitaré á decir, que, á mi juicio, todas ellas pueden reducirse á una sola, á saber: es necesario que el poeta ó el escritor que trata de pintar la incomparable hermosura del mundo visible, siempre antigua y siempre nueva, tenga un sentimiento vivo y profundo de la belleza de la madre naturaleza; es preciso que las disposiciones particulares de su espíritu le lleven sin esfuerzo á la profunda contemplación de las bellezas naturales; que sepa descubrir y revelar á sus lectores esas relaciones misteriosas que existen entre los fenómenos del mundo visible y las vagas aspiraciones de un alma inmortal.

Se necesita, pues, una cierta disposición particular del espíritu; y quizá por este motivo, este género de poesía ha sido cultivada con mayor éxito después del advenimiento del Cristianismo, y ha venido recibiendo mayor desenvolvimiento en la literatura moderna. Las ideas puramente metafísicas de Dios, del hombre y del mundo las nociones morales acerca de nuestros destinos y de nuestros deberes, han debido ejercer una grande influencia en las producción-

nes puramente literarias, y de este modo las concepciones de la razón han venido á influir en las obras de pura imaginación.

Y si no, ved lo que pasó en Grecia. Si hubo un pueblo especialmente dotado para sentir y cantar las bellezas del mundo sensible, fué sin duda éste, que por la situación topográfica de la comarca que habitaba, gozaba del doble paisaje de la tierra firme y del elemento líquido. Nada le hacía falta para despertar y avivar en él tan poético sentimiento; ni las pintorescas montañas, ni los juguetones ríos, ni un cielo siempre puro, ni las riberas adornadas de graciosos arbustos y de hermosas flores, ni un sol radiante, ni las azuladas aguas del Mediterraneo, el más hermoso de los mares, agitándose con vario movimiento y brillando con sus divinos reflejos. Tampoco le faltaba el sentimiento artístico, llevado por él á su mayor perfección, en la representación de la forma humana y en las demás manifestaciones de la concepción estética.

Y sin embargo, señores, poco nos queda en este género de un pueblo tan admirable. "Si se recuerda, dice Schiller, en sus reflexiones sobre la poesía sencilla y sentimental, la bella naturaleza que rodea la Grecia si se piensa en la libre intimidad en que el hombre vivía con ella, bajo un cielo tan

puro, como entre estos pueblos el arte, los sentimientos, las costumbres estaban en tan íntimo contacto con la naturaleza, y se tiene presente de qué finas expresiones estaba dotada su poesía; debe uno admirarse de encontrar entre los griegos tan poco de ese desinterés del corazón, por el cual nosotros los modernos permanecemos como suspensos ante las escenas naturales.»

"Los griegos llevaron á un alto grado de perfección la fidelidad y exactitud en la pintura del paisaje, entraron en numerosos pormenores, pero sin que su alma tomase en ello mas interés que el que tendría en la descripción de un vestido, de un arma ó de un escudo. Parece que en esta clase de descripciones tenía más parte su inteligencia que el sentimiento moral; nunca se unieron á la naturaleza con aquella simpática y dulce melancolía que caracteriza á los modernos."

No debemos por esto asegurar que los antiguos, y con especialidad los griegos, hayan sido insensibles á las gratas emociones que despierta en el alma el espectáculo del mundo material; pero en ellos el sentimiento de la naturaleza iba unido á la pintura de las pasiones y á las leyendas fabulosas. El arte griego se agitaba todo entero en el círculo de la humanidad: los dioses

tenían pasiones como los hombres, y las fuerzas de la naturafeza se hallaban personificadas bajo la forma humana.

Citaré, no obstante, algunos pasajes aislados para demostrar que los griegos, y después de ellos, los romanos, no carecían de facultad descriptiva. Estas citas nos servirán de punto de comparación al estudiar después la literatura cristiana y la literatura moderna.

La poesía de Hesiodo tiene, por decirlo así un carácter sacerdotal y sagrado. El poeta en la infancia de la civilización es el maestro, el sacerdote de la humanidad. El destino de la poesía en los tiempos primitivos no es puramente deleitar, como en los tiempos modernos, en los cuales, cuando más, obrando sobre sentimientos universalmente aceptados, los anima y vivifica, sino que en esa su primera época la poesía verdaderamente creadora. Por eso su primitiva forma ha sido religiosa.

Pero sea de esto lo que fuere, es cierto que Hesiodo en su conocido poema "Los trabajos y los días," si bien se distingue por su exquisita y noble sencillez, se aparta poco de la sequedad del género didáctico, no levantándose á una inspiración más alta sino cuando lamenta las miserias de la huma-

nidad en algunos de sus más notables episodios.

En Homero encontramos algunas preciosas descripciones de las bellezas naturales; pero estas ocupan un lugar secundario en un poema épico. Sin embargo, en esto, como en todo, sobresale el genio divino del cantor de Ilión, quien parece referirse á sus impresiones personales cuando dice: "el poeta se complace en la calma de la noche, en la pureza del aire, en el fulgor de las estrellas que brillan bajo la bóveda celeste. Escucha de léjos el ruido del torrente que se hincha, y precipitándose, arrastra en su negro limbo, las destrozadas encinas."

En el Edipo de Sófocles, la obra más perfecta de la dramática antigua, en la cual tienen tan amplio desarrollo las pasiones, y el dolor sube á tan alto grado, el poeta, como por un notable contraste entre las agitaciones de Edipo y la calma de la naturaleza, hace que el coro cante, cuando el desgraciado rey de Tebas se dirije al bosque de las Euménides "recordando la mansión tranquila y deliciosa de Colona, los verdes arbustos que el ruiseñor se complace en visitar, y que se estremecen al sonido de su voz clara y melodiosa, la obscuridad produ cida por el follaje entre el cual se enlaza la yedra, los narcisos humedecidos por el ro-

cío celeste, el dorado azafrán, y el olivo indestructible que sin cesar se reproduce.» Algunos han creído descubrir en estos versos de Sófocles el deseo de inmortalizar la ciudad de Colona, que fué su cuna; pero sea ó no cierta esta opinión, lo que no puede negarse es que estas palabras revelan un instinto delicado de la belleza artística al colocar la gran figura del rey errante y persegnido cerca de las rápidas aguas del Cephiso, rodeado de imágenes serenas. El reposo y la quietud de la naturaleza añaden algo al dolor que causa la presencia de este anciano ciego, constantemente agitado por el recuerdo de sus desgracias, perseguido por la implacable fatalidad, sin más amparo que la compañía de su hija Antigone, uno de los más hermosos tipos de la piedad filial.

En la literatura latina tenemos, particularmente en Virgilio, pasajes hermosísimos de la misma clase. La poesía pastoril, cultivada por los griegos, y después por los latinos, se prestaba más que otra alguna, á este género de descripciones. Anacreonte trazó algunos breves cuadros de los espectáculos campestres, y todos recordamos aquellas imágenes llenas de suave melancolía que se encuentran en Virgilio, sobre todo en las Geórgicas, poema didáctico, y

en sus Eglogas. ¿Quién no recuerda las columnas de humo que se elevan de las cabañas, las sombras de los montes que van creciendo cuando el sol declina, hasta confundirse con la penumbra del crepúsculo, la luna que derrama su triste claridad sobre los campos solitarios?

No sólo en la poesía sino también en otro género de escritos se encuentran imágenes de esta especie La contemplación de la naturaleza es de lo más apropiado para calmar las agitaciones de alma, y al mismo tiempo se aviene perfectamente con esa labor interior del pensamiento, que constituye el mayor encanto de los trabajos del espíritu cuando está gobernado por una razón serena. Platón y Cicerón nos proporcionan un ejemplo de esta verdad. El primero, entregado á sus altas meditaciones, consagrado á ese culto de la inteligencia que constituye en él, como una religión cuando en aquel lenguaje que le valió el sobrenombre de divino, habla en su Phedon de la inmortalidad del alma, cuando analiza la idea de justicia y traza los fundamentos de su República imaginaria, no puede dejar de expresar en breves rasgos lo que su alma siente en presencia de la hermosa naturaleza, y nos pinta, aunque en breves palabras "la sombra espesa del elevado plátano, el per-

fume que exhala el *agnus castus* en flor, la brisa que nos refresca en el verano, y el triste canto de las cigarras."

El segundo, actor y víctima de las terribles y recias borrascas que turbaron su vida y ensangrentaron la República Romana, encuentra algún consuelo en su casa de campo, yendo unas veces á Tusculum y otras á Arpinium. "No hay cosa tan agradable para mí, escribe á su amigo Atico, como esta soledad; nada más gracioso que esta casa de campo, la ribera cercana y la vista del mar." Y en otra ocasión: "Nadie aquí me importuna cuando voy á ocultarme desde por la mañana á un bosque espeso y salvaje, y no salgo de él sino hasta que ha caído la tarde. Después de mi caro Atico, nada me es tan querido como esta soledad aquí sólo converso con las letras, empero mis estudios son frecuentemente interrumpidos por mis lágrimas. En cuanto me es posible, lucho con mi dolor, pero este combate es muchas veces, superior á mis fuerzas."

Haría interminable este discurso si hubiese de copiar en él otros muchos pasajes de la literatura antigua que vendrían á confirmar la tesis que he establecido. No, nunca el sentimiento profundo y vivo de la naturaleza ha dejado de ejercer su influencia

en el ánimo de los hombres, pero en los antiguos, la manifestación de este sentimiento es como el grito aislado y perdido de un alma demasiado llena de los acontecimientos exteriores, como el esfuerzo de una imaginación encerrada dentro de las estrechas formas poéticas á que la condenaba la noción erronea del mundo y de la naturaleza divina, ó bien, preocupada en su lucha constante con los elementos y con los hombres.

Tito Livio, por ejemplo, el más poético y el más pintoresco de los historiadores antiguos, el que con incomparable maestría ha trazado los más hermosos y los más vivos cuadros de las escenas en que el hombre ha tenido que luchar con sus semejantes, en su famosa descripción del paso de los Alpes por Aníbal, tan justamente alabada, nos pinta con mano maestra los esfuerzos extraordinarios y sorprendentes de la lucha del hombre con la naturaleza, los obstáculos casi insuperables que aquellas enormes peñas oponían al paso de los ejércitos, el cansancio y los peligros del soldado, el indomable valor de los guerreros, pero no se detiene ni un momento á describirnos aquella naturaleza que tanto debió llamar la atención de hombres nacidos bajo el cielo abrasador del Africa. Es una observación digna de llamar nuestra atención que los romanos

no nos hayan dejado ninguna descripción del hermoso país de Helvecia. Las cimas nevadas de los Alpes, los ventisqueros, los aludes, aquellos bosques de obscuros pinos aquellos lagos deliciosos, aquella variedad de paisajes, ahora risueños y placenteros, ahora severos é imponentes, todo esto que tanto ha ocupado á los modernos hasta darle el nombre de un mundo aparte—el mundo de los Alpes—pasó inadvertido para ellos.

No sé si estaré equivocado; pero cuando recuerdo cuán felices fueron los antiguos en describir escenas de otra naturaleza, cuando traigo á mi memoria la descripción de la peste de Atenas en Tucídides, la muerte de los ganados en las Geórgicas; cuando leo tantas descripciones de batallas y de combates, me parece que su alma se derramaba, por decirlo así, en las escenas de la vida exterior, y que la parte más preciosa de nuestro sér tenía poco mérito á sus ojos, que les faltaba algo de ese sentimiento íntimo y reflexivo que, á mi modo de ver, en la literatura moderna es el resultado de la noción más clara acerca del hombre y su destino, que debemos al Cristianismo.

Fuese, como dice un crítico, la tendencia nueva del espíritu cristiano á admirar la grandeza y providencia del Creador, glori-

ficándole en sus obras; fuese la inclinación á la tristeza que domina al hombre cuando le ha tocado vivir en una de esas épocas de violentas transiciones en que una civilización muere para que nazca una nueva civilización; fuese la ausencia de todos los otros placeres vedados por el espíritu ascético obrando con enérgico poder sobre el espíritu sensual del paganismo expirante; fuese la necesidad de vivir una vida, por decirlo así, espiritual que se dividía entre las meditaciones del espíritu y las mortificaciones de la carne: cualquiera que fuese de estas causas, ó todas ellas á la vez, es lo cierto que la naturaleza se presentó á los hombres después del advenimiento del Cristianismo, y desde los primeros tiempos en que éste comenzó á ejercer su imperio sobre las almas, como una cosa soberanamente hermosa, antes no admirada ni comprendida. Los más hermosos cuadros de la poesía descriptiva en aquella época, se encuentran en las obras de los Padres de la Iglesia.

Minucio Félix, abogado romano, que floreció á mediados del 2º siglo, nos ha dejado uno de los más hermosos monumentos de las antigiiedades cristirnas en su opúsculo intitulado "Octavio". Es un diálogo, ó mejor dicho, una discusión filosófica entre el autor, recientemente convertido al Cristia-

nismo y entusiasta defensor de las nuevas creencias, y su amigo Octavio, imbuido todavía en los errores del paganismo. Es un espectáculo encantador por su sencillez y originalidad el de estos dos personajes tiernamente queridos y cuya amistad no ha sido parte á entibiar la diversidad de creencias, comunicándose sus ideas en un lugar pintoresco, tapizado de blancas arenas y refrescado por una suave brisa á orillas del Tíber.

Minucio Félix habla con entusiasmo de la Providencia, del Dios Creador y Conservador de todas las cosas, describe con graciosa sencillez los espectáculos y las admirables armonías del universo, de una manera tan poética y tan verdadera, que no hay en la literatura pagana nada que se le pueda comparar, en este género. Sus palabras son una exposición llena de sobriedad y de nobleza, de lo que en las escuelas se ha llamado pruebas en el orden físico, de la existencia de Dios.

San Basilio, nacido en Cesarea, por el año de 329 de nuestra era, renunciando á la edad de treinta años, á la vida tranquila que gozaba en Atenas, visitó las Tebaidas de la Siria y del Egipto Meridional, y se retiró á un desierto á las orillas del Iris, en Armenia. Lamentando la muerte de un hermano

suyo, á quien había amado tiernamente, escribía desde ese lugar: "Creo, en fin, haber encontrado el término de mi errante carrera. Renunciando con trabajo á la esperanza de vernos reunidos, ó mejor diré, á mis engañosos sueños, porque la esperanza no es más que el sueño de un hombre despierto, he venido á este lugar en busca de la vida que me conviene. Dios me ha proporcionado un sitio conforme á mis deseos. Cuanto podemos representarnos en nuestra loca imaginación, en nuestros juegos infantiles, he podido hallarlo en la realidad. Una elevada montaña rodeada de un bosque espeso y regado hacia el Norte por frescas y límpidas aguas. A sus pies se extiende una llanura suavemente inclinada, fecundada por los húmedos vapores que se exhalan de las alturas. La selva que en su libre desarrollo rodea la montaña y donde se agrupan árboles de formas y especies diferentes parece levantar en su derredor un muro inexpungable....

.....Mi soledad se halla limitada por dos barrancos profundos. Por un lado el río que se precipita desde la cumbre, opone una barrera difícil de romper; por el otro una larga cadena de montañas cierra la entrada. La habitación está situada sobre la cresta de una colina, de manera que puede domi-

narse toda la extensión del llano, y contemplar, desde lo alto, la caída y el curso del Iris, para mí, más agradable que el Strymon para los habitantes de Amphipolis.

Este río, el más rápido, que yo haya visto se estrella contra una roca vecina y se precipita estrepitosamente en un abismo...

.....Debo, además, describirte los vapores que se levantan de la tierra y las brisas que ascienden del fondo de las aguas. Que otro admire la hermosura y abundancia de las flores ó el canto de las aves; yo no encuentro placer en aplicar mi espíritu á estos objetos. Lo que me encanta es la tranquilidad de la comarca; no es visitada sino por algunos cazadores, porque mi desierto cria ciervos y rebaños de cabras salvajes; pero no vuestros osos ni vuestros leones, ¿cómo he de querer cambiar este lugar por ningún otro?" Alcmeon se detuvo, cuando encontró las islas Echínades."

A pesar de la indiferencia que muestra San Basilio, dice un crítico, hacia algunos de los adornos de su morada, se descubren en esta sencilla pintura del paisaje, sentimientos más en armonía con los sentimientos modernos. Desde lo alto de la solitaria cabaña donde San Basilio se ha refugiado, su mirada domina la húmeda bóveda formada por los bosques. Ha encontrado, en fin,

el lugar del reposo, por el cual, él y su amigo Gregorio de Nacianzo han suspirado tanto tiempo.

Electo Obispo de Cesarea se consagró al cumplimiento de las obligaciones de su ministerio, presentándonos, en unión de San Gregorio de Nacianzo, uno de los primeros modelos de esa docta y piadosa elocuencia consagrada á la enseñanza regular del pueblo. Escribió entonces sus Homilias que llevan el nombre de Hexameron. La Obra de los seis días, destinadas á instruir á los fieles, pobres habitantes de Cesarea, elevando su corazón y su mente hacia Dios por la contemplación de la naturaleza y explicándoles las maravillas de la creación por una serie de discursos, en que la ciencia del orador formado en Atenas se oculta como dice un crítico, bajo una sencillez persuasiva y popular.

Como es fácil suponer, en todos estos discursos hay cuadros preciosísimos que representan las hermosuras de la naturaleza, embellecidos con reflexiones morales. La contemplación de la bella naturaleza es, según el orador, una feliz disposición para amar á Dios y seguir el camino de la virtud. "Si alguna vez, dice á sus oyentes, en la serenidad de la noche, dirigiendo vuestras miradas hacia el cielo, y contemplan-

do la suprema hermosura de los astros habéis pensado en la grandeza del Creador de todas las cosas; si os habéis preguntado quién es el que ha sembrado el cielo de tales flores; si alguna vez durante el día habéis estudiado las maravillas de la luz, y si os habéis elevado, de las cosas visibles á las invisibles; entónces sois oyentes bien dispuestos y podéis tomar asiento en este magnífico anfiteatro: venid. Lo mismo que tomando por la mano á los que llegan por primera vez á una ciudad desconocida se les lleva á recorrerla, así yo voy á conduciros, como á extranjeros, á través de las maravillas de esta gran ciudad del Universo."

Todas estas descripciones vienen animadas por el sentimiento religioso, objeto principal, casi exclusivo de los oradores cristianos, pero con un tinte tal de melancolía que no puedo dejar de copiar algunas de ellas. San Gregorio de Niza dice en alguna parte: "Si veo las crestas de las montañas, los valles, los llanos cubiertos de naciente yerba; si contemplo el rico atavío de los árboles, y á mis piés el lirio, al cual la naturaleza ha dado perfumes y colores brillantes; si á lo lejos percibo el mar en el que se pierden mis miradas atraídas por las nubes que flotan en el cielo, una dulce tristeza se apodera de mi alma. Los frutos desaparecen en

el otoño, las hojas caen, las ramas de los árboles se tronchan, y nosotros mismos, vencidos por una profunda tristeza, al ver estas eternas y regulares transformaciones, nos unimos á las fuerzas misteriosas de la naturaleza. Todo el que contemple este espectáculo con los ojos del alma, siente la pequeñez del hombre y la grandeza del Universo.

¿Dónde, puedo preguntar ahora, dónde se encuentran en la antigiiedad clásica sentimientos más vivamente expresados de las bellezas de la naturaleza, y animados de esa tierna melancolía que despierta en el hombre la consideración de su debilidad y pequeñez, de la brevedad de su existencia, de la vanidad de todas las cosas y de la grandeza y de las excelencias del Creador?

Tales sentimientos, origen de la poesía descriptiva moderna, abundan en los escritores religiosos de los primeros siglos, y entre estos descuella San Juan Crisóstomo, el más elocuente de los Padres de la Iglesia. Antes de ser Obispo de Constantinopla, vivió en una ermita cercana á la ciudad de Antioquía. "Ves, exclamaba lleno de entusiasmo, y con un sentimiento cercano al desprecio por las obras de los hombres, ves un magnífico monumento y te sientes encantado á la vista de una hermosa columnata,

pues vuelve luego tus miradas hacia la bóveda de los cielos, á los espaciosos campos, donde los ganados pacen á las orillas del mar. ¿Quién no despreciará todas las obras del arte, cuando en la calma de su corazón admira, al levantarse, el sol que derrama sobre la tierra sus luminosos y dorados rayos, cuando á orillas de un riachuelo, oculto bajo espesas yerbas ó á la sombra de copados árboles, dirije sus miradas como una ola que se pierde en la obscuridad." En su retiro, San Juan Crisóstomo, fortificó su espíritu con la contemplación del mundo sensible y enriqueció su imaginación, con esos vivos colores que le sirvieron después para pintar sus admirables cuadros. Parecía, dice un escritor, que la elocuencia empapada en el manantial de la naturaleza había vuelto á hallar su elemento, la libertad, en aquella comarca montañosa y rodeada de bosques, de la Syria y del Asia Menor. (*)

Así nació, señores, de la idea cristiana este nuevo género de poesía. La noción del mundo fué más perfecta, tomó proporciones que antes no había tenido, las fuerzas natu-

---

(*) Villemaine.—Cuadro de la Elocuencia Cristiana en el Siglo IV.—Véase á Humboldt en el *Cosmos*. Del sentimiento de la Naturaleza según la diferencia de las razas y de los tiempos.

rales dejaron de ser personificadas bajo formas que, si bien poéticas, eran ficticias y que sólo podían tener una significación local, para convertirse en lo que son en realidad, verdaderas manifestaciones de la Omnipotencia Divina; el mundo visible dejó de ser el teatro de los placeres afeminados de unos dioses corrompidos, para convertirse en el templo augusto de la Divinidad, y si por acaso admitimos con algunos críticos modernos que bajo las formas simbólicas de la mitología se ocultaba un conocimiento real de las leyes del mundo físico, aun así, podríamos decir que la naturaleza dejó de hablar á los hombres bajo símbolos y figuras extrañas, para tomar el lenguaje que conviene á su serena majestad. Así una revolución verificada en las ideas, vino á modificar los sentimientos, y las concepciones puramente metafísicas, influyendo poderosamente en las nuevas creaciones de la imaginación.

¿Pero cuáles son los senderos que después ha seguido la poesía descriptiva? ¿Ha perdido ó conserva todavía su carácter primitivo? ¿No ha experimentado nuevos cambios en el transcurso de los tiempos, al influjo de nuevas ideas?

Cuestiones son estas que me propongo estudiar en otra ocasión, suspendiendo aquí

este imperfecto trabajo, que como anuncié desde el principio, por la brevedad del tiempo y la extensión de la materia, no menos que por la cortedad de mis luces, nunca pudiera ser completo. Además, siempre hubiera sido conveniente suspenderle en este punto para no abusar de vuestra benévola atención.

Orizaba, Abril de 1881.

DISCURSO

pronunciado

EN EL TEATRO LLAVE,

el 2 de Julio de 1882 con motivo de la Solemne

Distribución de Premios

entre los

expositores que concurrieron al Primer Certamen Veracruzano.

SEÑORES:

NO vengo á pronunciar un discurso; ni mis circunstancias personales ni la brevedad del tiempo lo permitirían. Vengo sólo, por encargo del Gobierno del Estado, á hablaros brevemente del objeto de la presente festividad, lamentando sí, que persona más digna que yo de ocupar esta tribuna, por sus dotes oratorias, no se encuentre en mi lugar. Os ruego, señores, que me escuchéis con indulgencia, y que os dignéis prestar vuestra atención á las breves y sencillas palabras que voy á pronunciar.

Si el objeto que aquí nos ha reunido para celebrar esta fiesta es nuevo, porque no contamos en los tiempos anteriores ninguna otra semejante, no son, en mi concepto,

ni el pensamiento que la ha inspirado, ni el sentimiento que la embellece, ni el fin que nos proponemos al celebrarla. En la vida de los pueblos, como en la vida de los individuos hay momentos de esperanzas risueñas y de tristes y amargos desengaños, momentos de languidez y de fácil abandono; de terribles pruebas y dolorosas agitaciones, pero hay también momentos de paz y tranquilidad en que la razón y la reflexión imperan, en que la sensatez y la prudencia dirigen todos sus pasos y norman todas sus resoluciones.

Mas en todas circunstancias, en las múltiples y variadas escenas que se desarrollan en el vasto teatro de la vida de las naciones hay un principio que forma su carácter histórico, que constituye, por decirlo así, todo su sér; hay igualmente un sentimiento, único en su esencia, aunque variado en sus formas, que anima todos sus actos, que da vida á todas sus aspiraciones, que embellece todos sus ideales, y que consuela todos sus infortunios. Este principio es la unidad de su existencia, y este sentimiento es el amor santo de la patria.

Tomad, si no, á cualquiera de esos pueblos que hoy asombran el mundo por la gloria de su nombre, por el brillo de sus conquistas en los campos de la ciencia, por la

grandeza de su comercio, por la sabiduría de sus leyes ó la perfección de sus instituciones: es el mismo pueblo que allá en siglos pasados, vió su territorio devastado por los bárbaros, sus campos talados, y sus ríos teñidos por la sangre vertida en mil combates; es el mismo pueblo que por largo tiempo vivió sumido en la ignorancia, rindió homenaje á la fuerza, y cuyas instituciones no se perfeccionaron sino después de largas y dolorosas experiencias.

Así la industriosa y rica Inglaterra, señora hoy de todos los mares y emporio del comercio del mundo, es la misma nación oprimida un tiempo por la ferocidad de los señores sajones, invadida por los normandos, destrozada en tiempos posteriores por la guerra civil de las dos rosas, y apenas alumbrada por alguno de aquellos génios esclarecidos que brillaron en los horizontes de la ciencia, durante la Edad Media, ó en los primeros tiempos de la Edad Moderna.

Así la España de nuestros días es la misma nación altiva y orgullosa, dificilmente sometida por los romanos, en lucha por espacio de ocho siglos con el poder musulmán, que se levantó después más lozana y vigorosa para agrandar con Colón los límites de la tierra, enriquecer la literatura con la armoniosa belleza de la lengua, llenar de ad-

miración al mundo con las maravillas artísticas de sus grandes pintores, y arrojar, á su vez, algunos rayos de luz en el foco inmenso de la civilización europea.

Así la Francia contemporánea cuenta sus glorias guerreras desde las guerras de los Francos hasta las guerras de Napoleón 1º y sus glorias científicas y literarias desde los tiempos de Carlo Magno hasta los tiempos de Luis XIV, y desde los tiempos de Luis XIV hasta los de Arago y Laplace, de Chateaubriand, Lamartine y Victor Hugo; es la misma nación que conservando siempre la unidad de su carácter, parece estar destinada en nuestros días, merced á su génio fácil y expansivo, á la índole correcta y precisa de su idioma, á dar forma y belleza á todas las ideas, á generalizar todas las doctrinas, y á vulgarizar todos los conocimientos.

Así la Alemania de hoy, tan erudita y tan sabia, entregada á las más altas especulaciones del pensamiento, es la misma nación en medio de la cual Guttemberg hubo de pasar tristes y silenciosas horas á la sombra de una catedral gótica, fabricando aquellos toscos caractéres que habían de dar cuerpo á las ideas y alas al pensamiento, multiplicando más allá de lo que era dado concebir el poder de la palabra humana.

Así, por último, la poderosa y colosal República Norte americana es la nación misma fundada por aquellos cuantos colonos que huyendo de las persecuciones religiosas de Inglaterra, atravesaron el Atlántico y arribaron en 1620 á la histórica y tradicional roca de Plymouth, trayendo en sus austeras y altivas frentes algo que era como el presagio de la futura grandeza de su patria, y en el fondo de sus almas el amor práctico á la libertad, fundada en el respeto debido al derecho ageno. ¡Fecunda semilla sembrada por ellos para que diese después opimos frutos en las vastas soledades del Nuevo Mundo! Sus campos surcados hoy por innumerables canales, cruzados por caminos de hierro, envueltos en una verdadera red de hilos telegráficos son los mismos que se hallaban no ha mucho tiempo, cubiertos por bosques seculares, habitados por tribus salvajes y que eran visitados en el último decenio del siglo pasado por Chateaubriand, digno cantor de aquellas poéticas y sublimes soledades.

Ahí tenéis, señores, el principio de unidad que domina la vida de todas las naciones, que une el pasado al presente, y el presente al porvenir. Ningún pueblo despedaza voluntariamente su historia: todos miran en su poderío actual la consecuencia lógica

de sus esfuerzos, de sus sacrificios anteriores. Todos ellos han tenido que pasar por el rudo aprendizaje de la experiencia, y alec cionados por ésta, han buscado después en la paz, en el trabajo, en la industria, en el comercio, en la perfección de sus institu ciones, y en el culto rendido á la justicia y al derecho, una gloria y una grandeza que nunca hubieran alcanzado con las conquistas de la fuerza.

Por eso nosotros, que hace poco más de medio siglo no éramos mas que una colonia española; que hemos atravesado durante ese período el proceloso mar de las revoluciones, azotadas por recias tempestades y próximos muchas veces á zozobrar, nos sentimos llenos de júbilo cuando creemos ver que nuestro horizonte se aclara, y que un cielo más sereno cubre nuestras cabezas En estas circunstancias nos apresuramos, tal vez, prematuramente, á tomar parte en el concierto universal que se levanta en todos los pueblos de la tierra, y llenos de entusiasmo nos levantamos hoy para enaltecer y glorificar el trabajo, bendecir la paz, hija del cielo, y alzar templos á las ciencias, á las artes y á la industria.

Tal parece, señores, que, como decía al principio; han llegado para nosotros los momentos de sensatez y de cordura.

No sé si estoy equivocado, y temo mucho que la necesidad de ahorrar tiempo, impidiéndome dar el debido desarrollo á mis ideas, no permita que sea yo, como quisiera, por todos comprendido. Pero me parece, señores, que lo que engrandece esta nuestra modesta festividad es el recuerdo de nuestro pasado, es la luz de esperanza que alumbra nuestro porvenir. No sé sí estoy equivocado vuelvo á decirlo – pero me parece que el mismo sentimiento que dió aliento á nuestros padres para desafiar, allá en los primeros años de este siglo, la cólera de España y hacernos independientes, es el que nos mueve, cuando procuramos en la época presente, uniendo nuestros esfuerzos, dar honra y prosperidad á nuestra patria. A otros tiempos otras circunstancias y otras necesidades.

A nuestros padres tocó derramar su sangre en los campos de batalla; á nosotros toca hacer fructificar esta tierra bendita, regándola con el sudor de nuestras frentes. Ellos la ilustraron con sus hazañas en la guerra, tal vez á nosotros ó á nuestros hijos, reserva la Providencia la gloria, no menos envidiable, de ilustrar su nombre por nuestros adelantos en las ciencias y en las artes, á la sombra de una paz durable y regidos por sabias instituciones.

He aquí, señores, por qué motivo cuando

habiendo sido llamado hace pocos días á ocupar esta tribuna, hube de dedicar algunos cortos momentos á pensar en lo que debería deciros, no me preocupé ni de la forma literaria, ni de la corrección del estilo, ni de la belleza de la expresión. Creí que bastaría para que os dignáseis escucharme con benevolencia, que os recordase, siquiera fuese á grandes rasgos, cual es la importancia de esta festividad; que os hiciese ver cómo en virtud del principio de unidad que domina la vida de todos los pueblos y del sentimiento del amor á la patria que alienta á todas las almas y hace palpitar todos los corazones, la festividad presente, por sencilla y modesta que sea, se relaciona en toda nuestra historia, es la continuación de nuestro pasado, y parece ser prenda segura de un porvenir más venturoso.

¿Qué importa en vista de estas consideraciones, que este primer concurso, al que han sido convocados todos los hombres industriosos y trabajadores, como todo primer ensayo, no se haya visto exento de defectos en su organización ó en sus resultados? ¿Qué importa—repito—que hayamos obtenido algo más ó algo menos de lo que en nuestro entusiasmo nos habiamos llegado á prometer?

Si merced á la paz que disfrutamos hemos podido consagrar á esta obra civiliza-

dora las fuerzas, los recursos y la actividad que antes malgastábamos en luchas insentas; si el propietario antes empeñoso en ocultar las fuentes de su riqueza para no tentar la codicia de los gobernantes, hoy nos ha mostrado con confianza las ricas producciones de sus campos, si el labrador antes solícito en esconder sus cosechas hoy nos ha presentado con orgullo los gratos dones con que la fecunda Naturaleza recompensa sus afanes; si el artesano honrado y laborioso no oculta ya, como otras veces ocultaba su nombre, por temor de ser víctima de la arbitrariedad de la leva: y, lo diré en una palabra, si todos los que en tiempos no lejanos todavía, esquivaban la presencia de la autoridad temiendo ser perseguidos, si por acaso no pertenecían al partido dominante, vienen en esta noche llenos de júbilo á recibir de manos del primer Magistrado del Estado, los premios que han merecido: es porque parece que han pasado para no volver aquellas tristes épocas de odios y rencores y haberse abierto para nosotros una nueva era de paz, de bienestar, de sincera y durable reconciliación.

He dicho en otra vez, y no veo razón por qué no deba repetirlo en esta ocasión: la patria debe ser para nosotros, no sólo el suelo que pisamos sino el conjunto de todos

los elementos que constituyen nuestra vida material é inmaterial; la vida del cuerpo que se alimenta con las partículas de la materia y la vida del espíritu que se alimenta con todas las ideas que ilustran nuestra inteligencia, con todos los recuerdos, con todas las esperanzas, con todos los afectos que agitan nuestras almas. Debemos ver á nuestra patria en los tradiciones de nuestra historia, en la memoria santa de nuestros padres y en los recuerdos de nuestra infancia así como en las ilusiones que alientan nuestras esperanzas, en los ejemplos que dejemos á nuestros hijos y en las bendiciones que sobre ellos derramará nuestra vejez: debemos amarla en la lengua que hablamos en las doctrinas que aprendemos, en la enseñanza que recibimos y en las creencias que profesamos; debemos y podemos servirla en la magistratura y en la enseñanza, en los campos de batalla y en el humilde retiro de nuestro gabinete, consagrándonos al cultivo de las ciencias; en las más altas funciones de la vida pública y en el obscuro rincón de nuestro taller, ganando honradamente nuestro pan con el sudor de nuestra frente; debemos, por último, honrarla y enaltecerla en todas nuestras acciones, y bendecirla en todos los instantes de nuestra vida.

He concluido, señores. Mucho más pudiera deciros, pues no he hecho otra cosa sino apuntar algunas ideas generales, fecundas, según creo, en importantes consecuencias; pero el tiempo es corto y no debo abusar de vuestra indulgencia. No hay necesidad de que pronuncie yo frases banales para felicitar al Gobierno del Estado que tuvo el feliz pensamiento de convocar una primera exposición veracruzana. Comprendido el objeto y la importancia de ésta por lo que he dicho con motivo de la presente festividad, no hay necesidad de decir cuánta gratitud merecen todas las personas que por la realización de esta importante obra, con tanta decisión como entusiasmo, han trabajado. Tampoco hay necesidad de que os presente mis humildes y sinceras felicitaciones por los premios que habéis obtenido. Yo sé bien que no habéis buscado en este concurso ni vuestro medro personal ni la satisfacción de una vanidad pueril, sino la manera de acreditar, con vuestras obras, vuestro amor al suelo en que nacimos, y al Estado cuyo nombre llevamos con orgullo.

¡Que el Cielo bendiga vuestros esfuerzos y dé paz, prosperidad y grandeza á nuestra patria!

He Dicho.

LA POESÍA DRAMÁTICA DE LA INDIA.

(ESTUDIO LITERARIO.)

ES sin duda natural á la vez que poderosa la tendencia que arrastra al hombre hacia el Oriente, porque allí, según la tradición bíblica, de acuerdo con los datos de la ciencia, comenzó la vida de la humanidad. El hombre y el sol, dice un elocuente escritor, las lenguas y los pueblos, las religiones y los sistemas filosóficos, las tradiciones sagradas y los recuerdos populares, los objetos maravillosos y las plagas aterradoras; todo parece haber nacido allí donde el cielo es más puro, el sol más brillante, y la imaginación del hombre ha sido más poderosa y más fecunda.

Estas consideraciones explican el interés creciente que los sabios europeos han tenido en conocer todo lo que con el Oriente se relaciona, y muy particularmente las lenguas que allí se han hablado, porque la len-

gua es el vehículo del pensamiento y su perfección y desenvolvimiento han caminado siempre á la par con el desenvolvimiento de la civilización. Por este motivo vemos hoy establecidas en las principales universidades de Europa, cátedras de lenguas orientales, que han servido y continuarán sirviendo de auxiliar indispensable para adquirir un conocimiento cada día más amplio de la literatura de aquellos pueblos remotos, separados del movimiento civilizador europeo, no sólo por inmensas distancias en el espacio, sino también por incalculable número de siglos en el tiempo.

Nosotros, sin olvidar que al Oriente debemos los artículos más preciosos de nuestro comercio, no pocas de las comodidades de la vida y muchos de los objetos que sirven para nuestros placeres, procuraremos en este corto artículo compendiar algunas breves noticias acerca de la literatura oriental, tomándolas de diversos autores que tenemos á la vista.

Antes de todo conviene recordar aquí los nombres de Anquetil y Bournouf que son los que principalmente han contribuido, á lo menos en Francia, á elevar este género de estudios á la altura que han alcanzado. El primero, hermano del conocido historiador francés del mismo nombre, no pudiendo

resistir al vehemente deseo de conocer el Oriente, estudiar sus costumbres y darse cuenta de sus antiquísimos orígenes, careciendo de recursos, sentó plaza de soldado en un cuerpo de tropas que por el año de 1754 fué enviado á Pondichery, y se hizo á la vela para aquella lejana expedición, no llevando por equipaje, según se lee en su biografía, más que una biblia hebrea, un estuche de matemáticas, dos camisas, dos pañuelos y un par de medias. A este sabio orientalista, cuya vasta erudición corría parejas con su desprendimiento, debe la Europa la traducción del Zend-Avesta, ó libro sagrado de los persas, una vida de Zoroasto y noticias interesantes acerca de la India, que después han podido completarse y rectificarse, dice uno de sus biógrafos, pero que nunca podrán echarse en olvido.

El segundo, contemporáneo nuestro dotado tal vez de mayor sagacidad, procediendo con un método más severo á la comparación de las diversas lenguas orientales, y poseyendo sin duda mayores elementos para hacer más fructosos sus estudios, es por demás conocido por las personas instruidas para que sea necesario que nos detengamos á hablar de él. Baste decir que su traducción del primero de los libros de Zoroasto, el *Yacma*, ó libro del sacrificio, es uno de los

más raros y admirables ejemplos de sagacidad, de laboriosidad y de constancia que se registran en la historia de las letras.

Establecidas estas noticias preliminares, pasemos á ocuparnos del asunto principal, de este artículo, siquiera sea con la brevedad que este linaje de estudios requiere.

Desde que la atención de Europa se fijó por primera vez en la civilización oriental y se trató de conocer la literatura de aquellos remotos pueblos, se creyó que entre ellos se encontrarían modelos más ó menos perfectos de poesía sagrada, porque la poesía ha tenido siempre un origen religioso; no podía dudarse que en el género lírico se hallarían también notables ejemplos y aun no faltaron quienes admitiesen como probable la existencia de la epopeya, destinada allí, como en la antigua Grecia, á conservar los recuerdos y las tradiciones de los pueblos, refiriendo las hazañas de sus héroes. Pero nadie se hubiera atrevido á asegurar que la poesía dramática hubiese florecido entre los antiguos pueblos orientales, siendo muy común la opinión de que siendo ésta, entre las formas poéticas, la más perfecta, la que acusa un grado más completo en el desarrollo de la civilización, era incompatible con el estado, por decirlo

así, de infancia, en que se encuentran los pueblos en su orígen.

Tal error ha sido disipado, y hoy todos los literatos saben bien, que la India, por ejemplo, posee dramas de incomparable belleza que han sido traducidos á las lenguas europeas. Lamartine en su Curso Familiar de Literatura nos da el análisis de los dos poemas épicos el Mahabarata y el Ramayana, procedentes, como él dice, de océanos de recuerdos en los cuales convergen y se recogen las tradiciones religiosas, heróicas, nacionales y populares de la India, y de las cuales nos ocuparemos tal vez en otra ocasión, para dar á nuestros lectores en este breve artículo, una noticia, siquiera sea superficial é incompleta de la poesía dramática cuya existencia en Oriente, como dijimos antes, por mucho tiempo se había puesto en duda.

No sólo nos encontramos la poesía dramática en la India, sino que como dice un crítico, el drama es lo que caracteriza mejor su literatura; es la expresión genuina de los sentimientos de aquel antiguo y grande pueblo, de sus ideas y de sus aspiraciones. El drama indio es un raudal inagotable donde el atento observador puede satisfacer sus más vivos anhelos, añade el mismo es-

critor de quien hemos copiado las anteriores palabras.

Hay en él, además del fin moral del que después hablaremos, una fuente de patético en el amor que el hombre profesa, no sólo á los seres racionales, sino á los irracionales y aun á la naturaleza viviente. La emoción que tal amor produce, despierta en el alma afectos tan tiernos y melancólicos que bajo este aspecto puede decirse que la poesía india supera á cuanto nos ha dejado la antigüedad clásica, á lo que puede producir nuestra actual civilización.

Este amor ingénuo de la naturaleza, que llega hasta los celos y la pasión, constituye, si no el asunto, sí una de las principales bellezas del drama conocido con el nombre de *Sacountala*, del cual trascribiremos, como muestra, una sola escena.

Al abandonar la jóven vírgen el asilo de su infancia para unirse á su amante, que es el rey del país, las ninfas de los bosques preparan guirnaldas para la celeste esposa; va á partir, á alejarse para siempre del bosque en que nació, y en estas conmovedoras circunstancias, la naturaluza inanimada parece participar de su dolor, y corresponder á él, en la siguiente encantadora y poética escena, en la cual intervienen un Brahma,

Sacountala y dos jóvenes compañeras y amigas suyas.

—*El Brahma*:

¡Oh vosotros árboles copados, sagrados bosques donde habitan las divinidades, Sacountala os abandona para marchar á los palacios de su esposo; ella que nunca humedeció sus labios, antes de haberos regado, ella que por amor vuestro jamás cogió uno sólo de vuestros ramos para adornar sus cabellos, y que no tenía otra mayor alegría que el veros cargados de flores!

Coro de voces de séres invisibles:

¡Que la ventura la acompañe en su camino! ¡que los aires le traigan el aliento perfumado de las flores, que límpidos manantiales á la sombra de los lotos refresquen sus piés y que las ramas de los árboles la protejan contra los rayos del sol!

Una compañera de Sacountala:

¿Es la voz de la tórtola que desea un viaje feliz á Sacountala?

¿Son ninfas de las aguas que imitando su cantar armonioso, celebran al piadoso habitante de estos bosques?

Sacountala:

El pensamiento de ver nuevamente á mi esposo me enagena, y sin embargo me

abandonan las fuerzas en el momento de separarme de este bosque, asilo de mi juventud.

Una jóven virgen:

¡Escucha! ¡Escucha! la enramada gime también á medida que la hora de la separación se acerca; la gacela rehusa la yerba que hemos cogido para ella, los pavos reales no hacen ya en el prado su magnífica rueda, las plantas en los bosques dejan caer sus pálidas hojas: su perfume y su belleza han pasado ya.

Sacountala:

¡Oh padre mío! déjame hablar aún de esta flor del *machari*, que yo llamaba mi hermana y cuyas rojizas hojas brillan como la llama en el bosque.

El Brahma:

Hija mía, conozco tu amor hacia esa planta,

Sacountala:

¡Oh la más bella de las plantas! recibe mis abrazos; que tus tallos enlazados á mi cintura me devuelven sus caricias. De hoy más, y á pesar de la ausencia, siempre seré tuya. ¡Oh padre mío! ten cuidado de esta planta como de mí misma!

El Brahma:

Sí, enlazaré tu planta querida con su pro-

metido el arbol de *amīra*, que esparce junto á ella su perfume. Valor, hija mía, prosigue tu viaje.

Sacountala:

¡Ah! ¿Quién ha cojido los pliegues de mi vestido? quién me detiene aún?

El Brahma:

Es el pequeño cervatillo, sobre cuyos labios has aplicado tantas veces el bálsamo sagrado, cuando fuera herido por las penetrantes espinas: es aquel que tantas veces has alimentado en tu mano con los granos del *ciamaha*. El pobrecillo no quiere abandonar á su bienhechora.

Sacountala:

¿Por qué lloras tú, dulce criatura, por mí que debo abandonar nuestro común asilo? Cómo he cuidado de tí, (porque perdiste á tú madre poco después de haber nacido) del mismo modo el que me ha servido de padre te dará tu alimento. Retírate, vete; es preciso separarme (abrazando á su padre.) Arrancada del seno del que me dió la vida, como el tierno árbol del *tamala* de la tierra de los montes Himalaya, ¿cómo podré crecer en extranjero suelo?

. . . . . .

Otro ejemplo podemos citar de este mismo sentimiento en virtud del cual el alma

humana se derrama por decirlo así y abarca en la inmensidad de su amor á la naturaleza entera, haciéndola participar de los afectos que á ella la dominan.

Lo tomaremos de una trajedia histórica y mitológica del semidiós Rama, cuyo análisis trae Lamartine en su Curso Familiar de literatura.

En la escena que vamos á copiar, Rama, que se ha visto obligado á separar de su lado á su amada Sita, por exigirlo así lo que pudiéramos llamar la razón de Estado, lamenta de esta suerte su desgracia, asociando á su dolor toda la naturaleza.

"¡Qué risueño horizonte se desplega ante mi vista! Aun me es dado contemplar estas bóvedas sombrías en que tan misteriosa obscuridad vierten los añosos árboles; aun divisan de nuevo mis ojos embelesados estas corrientes que iracundas y espumosas se precipitan de los montes vecinos, haciendo temblar la tierra. El tigre famélico asecha su presa en las montañas, ó se oculta en las tenebrosas cavernas, en el mullido césped se enrosca la sierpe enorme, en cuyos anillos salpicados de mil colores, resalta el negro y ruidoso grillo que apaga su sed en las gotas de rocío, chispeantes en las escamas del mónstruo. En el espeso bosque cunde un silencio profundo, interrum-

pido tan sólo por los murmullos lejanos de los manantiales que de los peñascos brotan, el eco de la montaña que repite el rugido del tigre y el chirrido de las voraces llamas que allí á lo léjos mujen silbadoras, tiñendo de rojiza luz el azulado firmamento. Sí, mi vista reconoce esta escena y todo el pasado vibra palpitante en mi memoria. Estas sombras terribles no amedrentaban á Sita, dichosa de arrostrar los horrores del bosque obscuro teniendo á Rama á su lado. ¡Con qué alegría atravesaba el desierto esta muger, á quien amor inspiraba audacia! ¿Qué mayor riqueza puede desear el hombre á quien otorgó el cielo una dulce compañera de su vida, un sér que toma para sí la mitad de las penas que abruman el corazón y cuyo inefable afecto compensa todos sus dolores?

¡Escena de reposo, continúa el entusiasta amante, plácidas grutas que engalanan los tesoros infinitos de la Creación! ¡Apacibles guaridas, en que incautas trinan las tímidas aves y rumian apacibles las ciervas ariscas! ¡Espumosos torrentes que casi ocultan los verdes puentes salpicados de flores, formados por los olorosos arbustos! Mi corazón os reconoce y ruidoso á vuestra vista late Por este lado, la faja serpentina que al horizonte ciñe, á la manera de abatidas nubes.

me indica la cumbre del monte Pravana, morada del rey de las aladas tribus, de cuyas escarpadas pendientes se precipita impetuoso un río.... Al pie de la montaña, en el declive de esta frondosa espesura se elevan los copados y simétricos árboles, en cuyas ramas espesas inclinadas sobre el río, se anidaban los pájaros. ¡Qué suaves eran sus gorgeos! ¡Qué armoniosos sus cantos! Allí también se elevaba nuestra cabaña pajiza.... Esta era la habitación de la bella Vasanti, tierna amiga de Sita, ninfa oficiosa de este antiquísimo bosque. ¡Ay de mí! ¡Cómo ha mudado mi suerte! Triste y solitario me consumo en la viudez, y el negro pesar difunde en mis venas su mortal ponzoña. La desesperación, como una flecha cruel, en mi pecho se hunde, desgarrando incesantemente la herida que al entrar hiciera. ¿No me concederán los númenes supremos el triste consuelo de perder la memoria de mis dolores, fijando mis ojos en estos lugares cuya vista mi corazón lacera? Pero estos mismos sitios han cambiado de aspecto. Allá, en el cauce del exhausto arroyo, se extiende una alfombra de cesped; aquí, en vez del emparrado que formaban los árboles para resistir á los ardores del mediodía, una dilatada llanura refleja risueña la luz del sol. Apenas puedo

acertar á creer que sea el mismo el paisaje que mis ojos divisan: y sin embargo, esas pujantes barreras continúan limitando el horizonte y siempre las mismas montañas empinan sus gigantescas cimas en el luminoso espacio.»

Creemos suficientes los dos pasajes que acabamos de copiar para que nuestros lectores se formen una idea de la literatura dramática de la India y del carácter que en ella domina, que es, como á primera vista se advierte, un sentimiento vivísimo de las hermosuras de la naturaleza. Pero mucho se engañaría quien creyese ver en las obras dramáticas que hemos citado, simples idilios de forma delicada y de exquisita y suave belleza; pues como dice un crítico, hay en ellas una acción, un interés creciente y caracteres trazados en conformidad con los que corresponden á los personajes reales en los tiempos de sencillez primitiva.

«La virtud, y no la pasión, añade Lamartine, forman el fin moral de los dramas poéticos de la India, cuya poesía, más filosófica que la nuestra tiende á calmar y no á turbar al espectador. El equilibrio de las sensaciones, que es la salud del alma, no tarda en ser restablecido después de las peripecias modernas exigidas por la curiosidad. Las reglas de la literatura teatral, reglas deriva-

das de la religión más bien que del arte, revelan en esos tiempos remotos, nociones profundas sobre la manera de conmover, interesar, tender y aflojar alternativamente los ánimos, para producir ese estado de edificación moral en que el placer aprovecha á la santidad.»

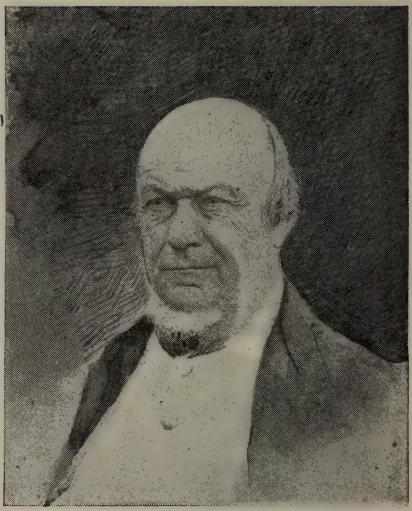
Otro escritor, tratando del mismo asunto, aunque refiriéndose especialmente al drama de Sacúntala, hace las siguientes juiciosas y fundadas observaciones que copiaremos aquí para terminar este imperfectísimo estudio. Dice así:

«Aunque el teatro indiano cuenta con gran número de dramas de géneros diferentes, Sacúntala es en el que se reproduce su carácter más fielmente. En efecto, el personaje principal del teatro indiano, el que mejor debiera representar la fisonomía del país no podía ser un Agamenón, ya cargado de todo el peso de la historia, ni un Hamlet ni un Fausto, sumidos ambos en la tenebrosa melancolía de la edad media: no debía ser un héroe arrastrado á la conquista de una nueva Ilión, ni un doctor que meditase sobre el tiempo que pasa ó sobre la vejez del mundo. Debía ser una jóven virgen olvidada en lo más oculto de un bosque primitivo, y cuyos instintos son los de las flores que han perfumado, meciéndola, su cuna.

Sacerdotes en medio de selvas vírgenes, la instruyen en el culto de la naturaleza: vive en la solitaria gruta de un brahma; riega el cesped de los sacrificios, tiene la dulzura y la gracia de las gacelas que alimenta por su mano, se aduerme lánguidamente á la sombra del *tamal* léjos de todos los rumores del mundo. ¿No es este, digámoslo otra vez, todo el carácter y toda la historia de la raza indiana? Y á pesar de la poligamia que se encuentra en el fondo de esas costumbres, los sentimientos que dan vida á este drama, tienen una dulzura casi cristiana. El politeismo griego ó romano no suministra ejemplo alguno de estos sentimientos que parecen haber nacido sólo del espíritu del Evangelio, llevado por ignorado aquilón misterioso hasta lo más oculto de las sábanas de la India. Sacúntala es una hermana perdida de esa gran familia de mujeres cristianas reunidas por los poetas: Francisca de Rimini, Julieta, Atala. Pero la que más se le asemeja es Virginia: el propio clima le ha prestado igual fisonomía. Imaginad á la desposada de Pablo abandonada poco después de su nacimiento, y que hubiera conservado el sello del bautismo en la ermita de los brahamanes.»

«A pesar de todo, preciso es confesarlo, el drama de Oriente no está aún mas que

en bosquejo. La tragedia no es aún formal, porque el hombre, fiel todavía al Dios de sus abuelos, no se halla entregado al dominio de su espíritu. Así como no tiene mas que la sombra de la libertad, así no tiene mas que la apariencia de la lucha: su corazón se siente seguro en la mano de Dios y la tormenta no puede apoderarse de él. La tierra en paz con el cielo, exhala todas sus voces; el himno, el canto, la armonía; pero la tragedia no ha nacido aún: un día estallará en la inteligencia y en el corazón del hombre con el genio del examen, con la revolución interna, la duda, la curiosidad del amor ya satisfecho. Y entonces aparecerá el arte dramático en Grecia."



Mateo Bobbett

APUNTES BIOGRÁFICOS

DEL

SR. D. MATEO BOTTERI.

Profesor de Historia Natural é Idiomas en el Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba.

I.

ESCASAS como son las noticias que tenemos acerca de la vida del distinguido naturalista Don Mateo Botteri, cumple á nuestro deber como amigos suyos y admiradores sinceros de su vasto saber y nobles prendas, consignarlas en este escrito, como una muestra de la alta estima en que siempre le tuvimos. Mengua fuera para una ciudad culta como la nuestra, ver desaparecer, sin advertirlo, á un sabio ilustre cuya modestia y cuyas sencillas costumbres no fueron parte á mantenerle en el olvido que él sin duda deseaba.

Más que la biografía, poco variada por cierto, cuando se trata de un hombre que

no figuró en la escena política del mundo, debiéramos escribir un artículo puramente científico destinado á dar á conocer á nuestros lectores la influencia que los trabajos que un hombre como Botteri, deben tener en los progresos de las ciencias naturales, particularmente con relación á nuestra patria. Es de creerse que el nombre de Botteri no será desconocido en lo de adelante á los que se dediquen á este género de estudios, y que á él se deberá en gran parte el que sean mejor conocidas la fauna y la flora mejicanas.

Mas careciendo de los datos necesarios y de los conocimientos indispensables para emprender un trabajo de esa importancia, nos limitaremos á consignar aquí lo poco que sabemos acerca de la vida íntima y de los trabajos científicos del amigo, cuya muerte amargamente deploramos.

Según las noticias que hemos podido adquirir, D. Mateo Botteri nació en 1808, en Lesina (la antigua Pharos), puerto de mar y capital de la isla de su nombre, perteneciente al círculo de Spalatro en la Dalmacia Austriaca. La importancia de este puerto por el comercio de Levante, despertó en él desde su niñez, según le oímos referir varias veces, el gusto por los viajes y el estudio de las lenguas vivas.

Sus primeros estudios fueron, sin embargo, puramente literarios, pues desde su edad temprana estudió el latín con bastante perfección, y aprendió mucho de ciencias eclesiásticas al lado de un tío suyo, canónigo de la Catedral de Lesina, á cuyo cuidado quedó encomendado, probablemente por muerte de su padre. Causaba admiración el oirle hablar de estas materias, y ver cómo después de tantos años y dedicado á estudios de tan diversa índole, conservaba en la memoria los más pequeños pormenores de la Liturgia católica. No sabemos si en esta época estudió también la lengua griega; pero sí recordamos haberle oído referir, que cuando años después visitó la Grecia, pudo hacer provechosos estudios de la lengua griega, comparando la antigua con la moderno.

Sabido es que la Dalmacia, después de haber pertenecido durante siglos á la República de Venecia, fué cedida al Austria en 1797; después á Francia en 1805, y finalmente, vuelta á la segunda de estas naciones en 1814, así como que aquella nación ha hecho bien poco para desarrollar los elementos de prosperidad que existen en esta singular comarca. Probablemente estos tristes acontecimientos tuvieron una influencia notable en el carácter de nuestro

difunto amigo, quien pocas veces hablaba de ellos sin conmoverse; y de seguro la tuvieron en los sucesos de sus primeros años, pues siendo aún muy niño, tuvo la desgracia de perder á su madre á causa de uno de esos accidentes tan comunes en tiempos de guerra.

Es de creerse que su caracter independiente y activo, así como su inclinación á las ciencias naturales, se aviniesen mal con las costumbres de los honrados traficantes del lugar de su nacimiento, y menos todavía con la vida monótona de un aspirante á canónigo, pues muy joven hubo de dedicarse al estudio de la Astronomía, con el objeto de seguir la carrera de marino. A esta circunstancia debió sin duda la grande afición que conservó siempre á aquella ciencia, en la cual poseía vastos conocimientos, y el gusto especial que mostraba por todo lo que tenía alguna relación con la ciencia náutica. Recordamos con placer haberle oído enumerar, nombrándolas con sus nombres propios en francés, en inglés, en italiano y en español, mejor que pudiera hacerlo respectivamente el que tuviera cada uno de estos idiomas, como propio, hasta las partes más pequeñas é insignificantes de una embarcación.

No sabemos con certeza en qué época ni

por qué causa visitó Botteri Grecia, las Islas Jónicas y las del Archipiélago y los Estados Berberiscos; pero creemos que sería ya adelantado en años, y que lo haría sin más designio que el de cultivar su inteligencia por la adquisición de conocimientos útiles. Probablemente ya en esta época se había despertado en él el gusto por el estudio de las lenguas vivas y muertas, que fué una de las pasiones dominantes de su vida. Curiosas por demás fueron las observaciones que hizo relativamente á las costumbres de los habitantes de estos diferentes países, las cuales observaciones se complacía en referir, con esa espontaneidad que le era genial, salpicadas de multitud de anécdotas divertidas que daban mayor gracia á su conversación siempre amena é instructiva.

Debemos suponer que su posición pecuniaria le permitía estos desahogos, pues en los papeles que trajo de su patria y que tenemos á la vista le vemos aparecer como *popietario y naturalista*, y al expresarse en ellos el objeto de su viaje se señala como tal el estudio de las ciencias naturales.

Su deseo de saber fué siempre extraordinario. En el año de 1836 estudiaba Botánica y probablemente los demás ramos de Historia Natural, en los cuales estaba ver-

sado. Sus progresos deben haber sido notable pues su nombre llegó á ser conocido y respetado de los más célebres naturalistas de Europa. Tenemos á la vista su correspondencia científica de los años del 50 al 53 y en ella encontramos cartas escritas en Londres, Friburgo (Suiza), Essling (Austria), Vise (Francia), París, Trieste, Pavia, Milán y Venecia, relativas todas á asuntos puramente científicos y firmadas por naturalistas y profesores distinguidos. En esta larga correspondencia seguida en francés, en italiano, en alemán, en inglés y algunas veces en latín, deben encontrarse noticias muy interesantes, particularmente en lo relativo á las plantas marinas del Adriático que parecen haber sido en esta época el objeto de su principal estudio.

Uno de los rasgos que caracterizaban á nuestro finado amigo era el ardor con que se entregaba al estudio especial de cualquiera materia y de aquí procedía el que sus conocimientos fuesen tan profundos. Las ciencias naturales ofrecen un campo vastísimo á la inteligencia humana, y apenas puede concebirse, cómo un hombre, que, por otra parte, no desdeñaba otro género de conocimientos pudo recorrerlo todo, descendiendo hasta los más pequeños pormenores de las ciencias que estudiaba.

Botteri no se conformaba con una explicación á medias de los fenómenos naturales; menos le satisfacían, y al contrario, desdeñaba los conocimientos superficiales; de manera que su saber comprendía en estas materias lo mismo la Ictiología del Adriático que la Ornithología de Méjico, la Conchología que la Botánica Industrial: la clasificación de los liquenes ó de las algas marinas le era tan familiar como la de las plantas terrestres; así conocía las grandes teorías geológicas con que se ha tratado de explicar la formación de la tierra como la clasificación de los minerales y las leyes de la cristalización.

Las frases lisongeras empleadas en algunas de las cartas que hemos citado nos dan á conocer la estima en que eran tenidas las dotes científicas de Botteri por sus corresponsales. En algunas de ellas se le invita á tomar parte en el concurso abierto en Abril de 1852 para proveer la plaza de conservador del Museo Zoológico de Trieste. Ignoramos si se presentó al concurso; pero es de creerse que no, porque poco tiempo después vino á Méjico con el motivo que pasamos á referir.

A principios del año de 1853 fué solicitado por la Sociedad de Horticultura de Londres (calle del Regente núm. 21) para pasar

á Méjico con el objeto de coleccionar y enviar á Europa plantas mejicanas. Llama la atención que la ciudad de Orizaba hubiese sido señalada por el Consejo de la Sociedad como el punto de residencia del comisionado, á cuya circunstancia debemos el haber contado en el número de nuestros mejores vecinos á Botteri. Salió éste de Zara, capital de Dalmacia, en Julio de 1853, y después de haber atravesado Alemania y Francia y estado en Inglaterra, desembarcó en Veracruz, también en Julio de 1854. Inmediatamente se trasladó á Orizaba á cuya población cobró tanto afecto, que según creemos, desde entonces formó el designio de morir en ella.

Cumpliendo religiosamente el compromiso que tenía contraído con la Sociedad de Horticultura de Londres, hizo varias remisiones de plantas sujetándose en todo á las instrucciones que se le tenían dadas por escrito; pero al mismo tiempo, llevado de su pasión por coleccionar, que llega á ser á veces una manía, formó otras preciosas colecciones de Zoología y aun de objetos puramente artísticos, á propósito para dar á conocer en Europa la industria y las costumbres de estas tierras.

La escasez de recursos en que se encontró la Sociedad, le obligó á rescindir su

contrato, y aunque según él, Botteri tenía derecho á que se le pagasen los gastos de regreso á su patria, prescindió de sus derechos y se conformó con quedarse aquí contando con sus propios recursos. Afortunadamente su vasto y variado saber así como las simpatías que había sabido grangearse entre las personas ilustradas, le facilitaron los medios de vivir modestamente, dando lecciones particulares.

Las personas principales de la población le ocuparon, encargándole la educación de sus hijos, con particularidad en la enseñanza de Geografía, Historia y lenguas vivas, y aun no faltaron personas ya formadas que se apresuraran á recibir sus lecciones de Historia Natural y lenguas muertas. Desde entonces, con más razón que antes, Don Mateo Botteri fué visto, no como un extranjero, sino como un compatriota nuestro; más todavía, como un amigo íntimo acogido en el seno de nuestras familias.

Su carácter leal y franco daba motivo para ello: su conversación siempre amena é instructiva, hacía que su trato se buscase con empeño; su generosidad, que era proverbial, le hacía estimar de todos; y cierto candor infantil que formaba notable contraste con su profundo saber, hacíale adquirir las simpatías de cuantos le trataban.

Háse dicho por algunos que al sorprender los secretos de la naturaleza, corría á comunicarlos con la alegría, con el alborozo de un niño, y este rasgo de su carácter retrata exactamente á la persona de quien hablamos. Nunca el egoismo, ni la envidia, ni las ruines pasiones tuvieron cabida en su pecho. Siempre estuvo dispuesto á compartir con los demás el rico caudal de sus conocimientos. Reconocía y respetaba el verdadero mérito de los otros; pero al mismo tiempo, amigo sincero y desinteresado de la verdad, nunca ocultaba sus sentimientos y aun se le podía tachar de ser demasiado franco al expresarlos.

Un amigo nuestro, que lo era también suyo, acostumbraba á decir haciendo alusión á la rudeza de sus modales en oposición con la bondad de su alma, que Don Mateo Botteri era como esos árboles medicinales, cuya corteza áspera y amarga encubre substancias preciosas para la salud.

Lo que más asombraba en él era su prodigiosa memoria, que le hacía particularmente apto para los estudios filológicos á los cuales tuvo también particular afición. No sabemos á punto fijo cuantos idiomas conocía, pero sí podemos asegurar que no bajaban de diez, comprendidos los diversos dialectos de la lengua italiana, todos los

que le eran igualmente familiares. Y el conocimiento que de las lenguas tenía, no era un conocimiento superficial. Conocía perfectamente las lenguas del mediodía de Europa, y si no le eran del todo familiares las lenguas muertas y algunas de las del Norte de las familias eslava y escandinava, sí había estudiado la gramática de todas ellas, comparado su índole y buscado sus raíces. Una sola palabra de las lenguas del mediodía bastaba para hacerle disertar horas enteras acerca de las transmigraciones de los pueblos, de las huellas que éstos dejaron impresas en el habla de cada uno de ellos, poniendo de manifiesto la amplitud de sus conocimientos etnográficos.

Aunque no se dedicó al estudio de las lenguas mejicanas, procuró formarse una idea general acerca de su número y estructura gramatical, y los trabajos de Pimentel, de Orozco y Berra y del P. Nájera, no le fueron desconocidos, habiéndolos encontrado dignos de estimación.

En Historia sagrada y profana, eclesiástica y civil, era igualmente instruido y su prodigiosa memoria le permitía retener las fechas exactas hasta de los más pequeños acontecimientos. Puede decirse que era un libro abierto, donde se podía encontrar todo lo que se deseaba, y nosotros, los que

cultivamos su amistad, teníamos como regla que aquellas noticias curiosas, aquellos pormenores generalmente ignorados que no encontrábamos en los libros, de seguro los hallábamos minuciosamente explicados, interrogando á nuestro amigo.

No eran tampoco escasos sus conocimientos en Literatura. Entre los antiguos, Homero y Virgilio eran sus autores favoritos, no siendo raro oirle recitar libros enteros de la Eneida. Sabido es que la Dalmacia aunque señoreada algún tiempo por pueblos de origen esclavo, y dividida después en dos partes, una que se sometió á los Húngaros y otra que vivió con vida propia, aunque enfermiza, bajo la protección de la República de Venecia, ha conservado en esta última parte la religión, la lengua y las costumbres de los italianos de otros tiempos. Por este motivo, sin duda, Botteri consideraba la lengua y literatura italianas como la lengua y literatura de su patria. Dante, Petrarca, Tasso y Ariosto entre los antiguos, así como Metastasio, Manzoni, Alfierï entre los modernos, le eran igualmente conocidos, y alguna vez nos deleitamos oyéndole recitar largos trozos de las tragedias de Metastasio ó los picantes versos de Casti.

Los poemas de Osian, traducidos al ita-

liano por el Abate Cesarotti, eran para él objeto de una predilección especial, sin que por eso dejara de conocerlos y estimarlos en el original de Macpherson, así como estimaba las bellezas de la literatura inglesa, recitándonos muchas veces las poesías de Pope, muchos versos franceses y no pocos españoles, tomados de los más esclarecidos poetas del siglo XVI, llamado el siglo de oro de la literatura española.

Durante su permanencia en Orizaba, de donde sólo se separó para hacer un viaje á Europa por los años de 63 á 64, siguió cultivando, aunque con menos ardor, sus relaciones con algunos naturalistas distinguidos, y por la mediación de Don Francisco Sumichrast, naturalista suizo, amigo y compañero del distinguido Saussure, hijo, según creemos, del ilustre sabio que tuvo el mismo nombre, entró en relaciones con algunos naturalistas franceses.

Su nombre era conocido y estimado en Europa. En un periódico alemán que tenemoz á la vista, se hace mención con elogio de las colecciones de plantas que había remitido, algunas de las cuales llevan su nombre.

El Presidente de la Cámara de Comercio y de Industria de Ragusa y Cattaro, le escribía con fecha 23 de Diciembre de 1835,

en términos bastante lisongeros, pidiéndole que contribuyese en clase de donación con algunos objetos de su museo particular para la formación del que la misma Cámara trataba de establecer. La respuesta fué enviar una hermosa colección de conchas y parásitas de América, por lo cual se le dieron las gracias en los términos más expresivos. Es probable que antes de esto hubiese sido nombrado miembro de la Sociedad de Zoología y Botánica de Viena, según el diploma que tenemos á la vista.

También á los Estados Unidos hizo varias remisiones, dirigidas á la Sociedad Smithsoniana establecida en Wáshington, y fué nombrado en 1866 miembro corresponsal de la Sociedad de Entomología de Filadelfia.

Por los años de 63 á 64 fué nombrado profesor de idiomas y de ciencias naturales en el Colegio de Estudios Preparatorios de esta ciudad, al cual en estos últimos años hizo donación de muchos objetos de Historia Natural, en número suficiente para formar un pequeño museo del que debe en justicia considerársele como fundador.

Cuando el infortunado príncipe Maximiliano estuvo en Orizaba, visitó este Colegio y habiendo conocido allí á Don Mateo Botteri, formó un concepto tan elevado de su mé-

rito como naturalista y sabio filólogo, que por conducto de su Ministro de Instrucción Pública y Cultos, le propuso en Enero de 1866 una cátedra en alguno de los colegios de la capital, Botteri no admitió este nombramiento porque se había formado la resolución de vivir y morir en Orizaba. A fines del mismo año (12 de Diciembre,) le envió el diploma de *Oficial de la Orden Imperial de Guadalupe.*

Nuestras sociedades científicas no se mostraron menos empeñosas en dar á conocer la estimación que á él tenían. La sociedad Mexicana de Geografía y Estadística, le nombró en Julio de 65 su socio corresponsal é igual nombramiento hizo el año de 73 la Sociedad de Historia Natural.

En estos últimos años desempeñó varias veces por elección popular el cargo de regidor del H. Ayuntamiento de esta ciudad, y la Legislatura del Estado ha dado una prueba de la gratitud á que era acreedor por sus servicios á la Ciencia y á la Instrucción pública, autorizando el gasto de una cantidad de pesos, destinada á costear sus funerales.

Encontrábase entregado á sus ocupaciones habituales, disfrutando, al parecer de una salud perfecta, cuando la muerte le sorprendió en la madrugada del día 3 de Julio

de 1877. La víspera había asistido á sus cátedras y hablado á sus amigos, con el mismo buen humor, con la misma jovialidad de siempre. Los médicos atribuyeron su muerte á una angina de pecho.

La noticia de su muerte causó honda emoción en el ánimo de sus numerosos amigos. Muchas personas pobres á quienes protegía en sus necesidades hubieron de sentir su pérdida y de atestiguar de mil maneras el afecto que le profesaban. Su carácter extraordinariamente jovial y comunicativo era á propósito para conquistar simpatías.

Los que le oían una vez, quedaban encantados de su franqueza, prendados de su ingenio y asombrados de su vasto saber. Sólo podía, con justicia, tachársele de su poco cuidado en la observancia de las reglas de la cortesía y de las fórmulas sociales.

Un hombre que lejos de su patria y familia parecía destinado á morir en el abandono y el aislamiento, si murió solo, fué efecto de lo imprevisto de su mal; mas fué sentido y llorado por sus muchos discípulos y acompañado á su sepulcro por multidud de personas de todas las clases de la sociedad. Orizaba estuvo de duelo el día de su muerte. ¡Tanto pueden las altas dotes de la inteligencia, cuando van unidas á las nobles prendas del corazón!

DISCURSO OFICIAL

pronunciado en la solemne distribución de premios á los alumnos de los Colegios y Escuelas del Cantón de Orizaba, verificada la noche del 2 de Enero de 1883. [1]

---

[1] La idea fundamental de esta alocución está tomada de la magnífica obra de Monseñor Dupanloup sobre "La Educación."

SEÑORES:

NI la consideración de mis escasos méritos, ni el temor de repetir conceptos ya enunciados por mí en las repetidas veces en que, con motivo de una festividad cual la presente, me ha tocado ocupar esta tribuna, han sido parte á hacerme declinar la honra que la Junta Académica de mi Colegio me ha generosamente dispensado, encargándome de dirigiros la palabra en esta noche. Si estas circunstancias debieran alejarme de este sitio, al cual nunca he venido sino para cumplir con mis deberes oficiales, y mi voluntad siempre firme y constante en servir á la juventud, me atraería á él, llevándome sin es-

fuerzo á hablaros de un asunto, que tiene para mí tantos encantos, y dándome aliento para vencer las dificultades de mi empresa.

¡Difícil es la situación en que actualmente me encuentro! A lo desautorizado de mi palabra hay que añadir la necesidad de encerrar dentro de los estrechos límites de una breve alocución las sérias y graves consideraciones á que dá lugar el asunto de que voy á ocuparme; el temor de abusar de vuestra paciencia ya harto cansada por lo mucho que se ha prolongado esta solemnidad, y más que todo, la dificultad de presentaros bajo una forma nueva, ideas ya conocidas pero en las cuales juzgo conveniente insistir, porque creyéndolas verdaderas y saludables, sentiría que cayesen en olvido. Trayendo á vuestra memoria el recuerdo de vuestros primeros años, he procurado alguna vez despertar en vuestras almas las más vivas simpatías en favor de la niñez desvalida; os he dado á conocer también la importancia que en el órden social tiene la educación de esos jóvenes tan llenos de ilusiones y esperanzas, cuyas mentes se abren candorosamente al soplo de todas las doctrinas, cuyas almas se encienden con tanta facilidad al calor de todas las pasiones. He intentado por último, bosquejar ante vuestra vista el cuadro de la vida del profesor

de esa vida, si llena de encantos, no exenta de amarguras, sí movida casi siempre por generosos impulsos, sujeta muchas veces á tristes desfallecimientos; vida tan humilde, tan modesta, tan poco conocida en lo que tiene de más íntimo, como de ordinario mezquinamente recompensada. Después de haber dicho todas esas cosas, ¿qué más podría añadir?

Sin embargo, señores, es tan fecundo el asunto de que debo hablaros; el espectáculo que tenemos ante nuestra vista conmueve tan profundamente nuestros pechos; habéis mostrado siempre tanto interés y tanto afán por los adelantos de la niñez y la juventud, que todavía, aun reconociendo y confesando en alta voz mi insuficiencia, me atrevo á creer que podré presentaros algunas nuevas consideraciones, si os dignáis concederme vuestra atención. Me parece que conturbados vuestros corazones por los mismos afectos que conmueven el mío, esperáis oir brotar de mis labios palabras de amor y bendición, sobre esos tiernos niños, que son hoy el encanto de nuestra vida, que serán mañana el consuelo y el apoyo de vuestros últimos años.

Voy á satisfaceros, señores, en cuanto me es posible, concretando en obsequio de la brevedad, mis observaciones á un solo pun-

to: quiero presentaros la obra, la grande obra de la educación como una obra de abnegación y de amor por parte del maestro; como una obra de sumisión y de respeto por parte del discípulo.

¡Tristes y á la par gloriosos son los destinos de la humanidad! Condenado el hombre á pasar como una sombra por el vasto escenario del mundo, puede dejar, sin embargo, por su pensamiento, por sus palabras y por sus obras una huella luminosa que señale á las nuevas generacionos el camino que deben de seguir. Nacido en la desnudez, desprovisto aun de los medios necesarios para conservar su existencia, encuentra, no obstante, al llegar al mundo, una madre cariñosa que escuche alborozada su primer vagido, que enjugue sus primeras lágrimas, é imprima sobre su frente un ósculo, que es, según la hermosa expresión de un escritor contemporáneo, el primer sacramento de amor. Desprovista su inteligencia de toda idea é inclinada su alma á buscar ante todo las satisfacciones de los placeres egoistas, halla sin embargo, en los albores de la vida quien le entregue el rico tesoro de los conocimientos adquiridos por las generaciones que le han precedido en el largo transcurso de los siglos, quien inculque en su mente la idea santa del deber, y

eleve su alma á la más altas manifestaciones del amor.

Así el niño se encuentra rico en medio de su pobreza, puede llegar á ser fuerte á pesar de su debilidad, es poseedor de vastos tesoros intelectuales cuando antes carecía aun de las nociones más comunes, y siente satisfecha, por los dulces afectos de la familia, esa sed insaciable de amor á sus semejantes que le causará después tantos pesares, pero que será también el orígen de sus más grandes acciones.

En estos primeros pasos en la carrera de la vida necesita el niño de una autoridad que lo guíe, de un amigo fiel que le aconseje, de una sombra protectora que le ampare. La autoridad paterna, la primera entre todas las autoridades, la única quizá cuya legitimidad no haya sido puesta en duda por el espíritu esencialmente investigador de nuestro siglo, no es siempre suficiente para proporcionar al niño toda clase de enseñanzas. Aquí viene el maestro en ayuda del padre. Encargado casi exclusivamente, según lo exige en las sociedades civilizadas, la distribución de los servicios sociales, de lo que podriamos llamar la parte puramente técnica de la enseñanza, no por eso puede permanecer extraño al desenvolvimiento de las facultades morales del alumno. Con

una autoridad menor que la del padre, pero sí con la que le dán su celo, su amor á la niñez, la experiencia de una larga vida y tal vez la aureola de martirio que embellece una existencia consagrada al servicio de sus semejantes, ayuda, aconseja, dirije con paternal bondad los primeros pasos del niño ó del jóven, fundando una paternidad que tiene esto de singular: que nunca acaba, que se renueva sin cesar, porque notadlo bien, la autoridad paterna en lo que tiene de más tierno encuentra un límite natural en la emancipación del hijo, en su separación de la casa paterna para fundar una nueva familia; pero la autoridad del maestro está siempre en ejercicio porque siempre se le vé rodeado de esos pequeños séres; inocentes y débiles, ignorantes aún de los bienes y de los males de la vida, suceptibles de recibir todo género de impresiones, alegres cuando él está triste, bulliciosos y alborozados cuando él está sombrío, llenos de actividad y de vida, cuando él mira con tristeza contados sus últimos días y próxima á perderse su existencia en las sombras del sepulcro.

¡Cuán grande, cuán augusto, pero también cuán penosa es el ministerio de la enseñanza para el que sabe comprenderlo dignamente! Acallár con manos firmes las

palpitaciones de un corazón turbado por las constantes agitaciones de la vida, hacer desaparecer de la frente las huellas que en ella imprimen los dolores que amargan la existencia; olvidar la pobreza, la miseria, los cuidados de la familia, los cambios de la fortuna, y tal vez los ataques de la envidia ó los tiros de la calumnia; hacerse superior al desdén de la sociedad ó á la ingratitud de los mismos en cuyo bien el maestro se sacrifica; contemplar con dulce y tranquila mirada una vida que crece, sin preocuparse de la pobre vida propia que decae, hacer todo esto, repito, con la sonrisa en los labios y la serenidad en la frente, sin sentirse turbado por las ambiciones que agitan á los hombres, ni por la sed de riqueza y honores, causa de sus discordias, no esperando otra recompensa sino la satisfacción de la conciencia propia y un recuerdo en la memoria de las generaciones crecidas á su sombra; he aquí, señores, los tesoros de abnegación y de amor que deben albergarse en el alma del maestro y que fundan los títulos legítimos de una autoridad indisputable. Destinado el maestro á tratar continuamente con los niños y los jóvenes, necesita tener una alma dotada, como alguna de las deidades de la fábula, de una juventud eterna, sensible á los encantos de la inocencia, dispues-

ta siempre á secundar las nobles y desinteresadas aspiraciones de la juventud.

Pero esta autoridad aunque grande y legítima, necesita para que sea eficaz, ser reconocida y proclamada en alta voz; y he aquí por qué he dicho que la educación es por parte del discípulo una obra de sumisión y de respeto. El respeto, señores, es un grande y fecundo sentimiento que no enaltece menos al que es objeto de él, que á quien lo tributa con lealtad. Este noble y digno sentimiento que debemos esforzarnos en inculcar á la juventud con tanta mayor razón, cuanto menos se le conoce ó se afecta despreciarle, es á mi juicio el gran resorte de la educación. Está fundado en el reconocimiento de una superioridad legítima, tiene por base la estimación de las cualidades agenas, no es mas que el homenaje, muchas veces involuntario, que tributamos á la edad, al saber ó á la virtud, y nada tiene de común con esa cobarde adulación ni con esa sumisión servil tan contrarias á la propia dignidad. Felizmente aun quedan en el mundo muchas cosas dignas de respeto. ¡Desgraciado de aquel para quien nada haya respetable, y desgraciadas las sociedades donde este sentimiento llegara á extinguirse por completo! Nosotros respetamos y debemos esperar que respetaremos siem-

pre, la memoria de nuestros padres, la inocencia y el candor de nuestras hijas, las generosas ilusiones de la juventud, la santidad del hogar doméstico; la ciencia de los sabios, la grandeza de los héroes, la virtud de tantas humildes existencias perdidas en la obscuridad y cuyos débiles gemidos son ahogados por el ruido estrepitoso del mundo. La niñez misma ha sido objeto en todos tiempos de particular veneración y la antigüedad clásica nos ha legado aquellas hermosas palabras que he tenido ocasión de recordar en otra vez: *magna pueros debetur reverentia.* (Un gran respeto se debe á la niñez.)

Aplicando, pues, estas ideas generales, al asunto de que tratamos, debemos concluir que si la obra de la educación es por parte del maestro una obra de abnegación y de amor, es también por parte del discípulo una obra de sumisión y de respeto.

En el desenvolvimiento de estas ideas que por la brevedad del tiempo no he hecho mas que apuntar ligeramente, se contiene, á mi modo de ver, toda una teoría acerca de la educación. Fundada en ellas, esta será eficaz y corresponderá á los sacrificios de los padres de familia y á los generosos esfuerzos de los Gobiernos. Sin esta base, temo

mucho que no produzca sino mezquinos é incompletos resultados.

Felizmente, señores, la atención pública se fija ya con inquieto anhelo en todos los problemas que á la educación de la juventud se refieren. Los más profundos pensadores de nuestra época no creen indigno de sus altas dotes intelectuales, consagrar á este asunto sus más prolijos estudios, y hemos visto en nuestros días á hombres eminentes descender de los más altos puestos de la Administración ó de la Política para consagrarse á las modestas tareas de la enseñanza.

El esplendor con que de algunos años á esta parte se vienen celebrando entre nosotros estas fiestas; la participación que en ellas toma la sociedad entera, alentando con sus aplausos á la juventud estudiosa; los estímulos que á esta tan generosamente se prodigan, y el interés que por ella muestran todos los gobiernos ilustrados; son hechos que revelan el convencimiento íntimo que todos tenemos de que la educación de la niñez y de la juventud será para nosotros el origen de incalculables bienes.

Al terminar esta mi sencilla y breve alocución, en la cual he querido llamar vuestra atención sobre un asunto que tanto os interesa, me linsojea la creencia de que no juz-

garéis éstas mis sencillas palabras del todo indignas de la atención que tan bondadosamente me habéis concedido. Creo que todos convendréis conmigo en que sin la abnegación y el amor por parte del maestro, sin el respeto y la sumisión por parte del discípulo, la obra en que con tanto afán trabajamos quedaría trunca é incompleta; mejor dicho, carecería de una base sólida en que poder asentarse.

Yo os felicito, señores y señoras, á todos los que, teniendo á vuestro cargo un establecimiento de enseñanza, habéis venido en esta noche acompañados de vuestros discípulos á participar de sus triunfos como antes habéis participado de sus afanes. Os felicito porque habéis demostrado que tenéis la conciencia de vuestros deberes y de la grandeza del encargo que la sociedad os ha confiado; que ejercéis dignamente el alto magisterio de la enseñanza; porque habéis trabajado con fé y constancia en la grande obra de la educación. Felicito también al Gobierno del Estado que tan noblemente secunda vuestros esfuerzos, y por lo que hace á los alumnos confiados inmediatamente á mi cuidado, sin pretender ni por un momento que en mí se encuentren los rasgos que he bosquejado y que á mi juicio constituyen el elevado carácter y la legítima su-

perioridad del maestro, reconociéndome, por el contrario, el último por sus cualidades personales en la gloriosa serie de hombres ilustres que han dirigido este Colegio, al felicitarles cordialmente en esta noche, sólo les ruego que no olviden la enseñanza que contienen mis palabras. Su triunfo será completo si á los adelantos científicos que en este año han alcanzado añaden la modestia, la sumisión, la gratitud, y todas esas hermosas cualidades que tanto realzan al méto del saber, si continúan con paso firme en la senda del honor, para llegar á ser con el tiempo, después de haber sido motivo de justa satisfacción para sus familias y de legítimo orgullo para nuestro Colegio, la gloria y el ornamento de la Patria. — DIJE.

LA LITERATURA REALISTA.

Estudio leído en una de las sesiones de la Sociedad Sánchez Oropesa.

[Abril de 1883.]

AL reanudar, después de una interrupción prolongada seguramente mayor tiempo del que hubiéramos querido, nuestros estudios literarios, me ha parecido oportuno someter á vuestro juicio algunas breves consideraciones, acerca de la revolución que en el campo de las letras se viene verificando en nuestros días, y que ha dado nacimiento á una nueva escuela apellidada, hasta hace poco, realista, y hoy, naturalista. En esta, como en otras ocasiones, no me preciaré de exponer en este lugar ideas nuevas y originales; más modestas mis pretensiones, van encaminadas tan sólo á daros cuenta de mis lecturas favoritas, con el fin de que todos saquemos de ellas el aprovechamiento que nos sea posible. En esto precisamente consiste la ven-

taja de las reuniones como la nuestra; cada uno de los que forman parte de ellas, pueden aprovecharse del estudio y del trabajo de los otros.

Ya en otra vez, y con motivo de un estudio en algo semejante á este humilde ensayo, aunque versaba sobre materias puramente filosóficas, hube de deciros que, á mi juicio, la escuela literaria que he mencionado y de la cual voy á tratar, no debía estudiarse aisladamente, porque ella obedece á tendencias más trascendentales, viniendo á ser como el corolario de una filosofía que desdeñando, como superior al alcance de la mente humana, toda investigación acerca de la esencia y el origen de las cosas, se limita al estudio de los fenómenos: Dije también entonces, que á mi modo de ver, no se opera ninguna grande revolución en la esfera del pensamiento, sin que trascienda también al arte, qne no es mas que la manifestación de concepciones puramente metafísicas, hechas sensibles por medio de signos é imágenes exteriores. Hoy puedo añadir, que esta opinión manifestada entonces sin apoyo de ninguna clase, cuenta en su abono con la autoridad de críticos respetables. Leyendo últimamente algunos de los artículos literarios del crítico contemporáneo español D. M. de la Revilla,

he encontrado las siguientes palabras que me permito copiar, por su perfecta conformidad con los conceptos que he emitido. "Es un hecho indudable, dice este estimable literato, que toda innovación producida en cualquiera de las esferas del pensamiento humano, trasciende inmediatamente á todas las demás. Nunca se ha dado el caso de que una doctrina nueva que aparece en el campo de la filosofía ó de la ciencia, no trascienda al punto á todas las manifestaciones del pensamiento y de la vida, sin duda porque así lo exige el carácter orgánico de la humana naturaleza."

Supuesta esta explicación que he creído conveniente hacer para dar á las personas que me escuchan una idea completa, en cuanto me sea posible, del asunto de que voy á tratar, propóngome en este breve ensayo estudiar el origen, las tendencias y diversas manifestaciones del arte realista, examinar los títulos en que funda sus pretensiones de dominación en el campo de las letras y de las artes, y las mayores ó menores probabilidades de que alcance un triunfo definitivo, sirviéndome, en gran parte, de las doctrinas del crítico que he citado últimamente, y procurando ser breve y conciso, como lo demanda la cortedad del tiempo para no cansar vuestra atención.

I

No es posible, cuando se trata de enseñanzas literarias, echar en olvido la gran transformación que se verificó en la literatura al terminar el primer tercio de este siglo. Todos recuerdan el encarnizado combate que hubo por entonces de trabarse, entre clásicos y románticos. El romanticismo, que no tenía la misma significación en Alemania, que en Francia y en España, acaudillado en la segunda de estas naciones por Víctor Hugo, Dumas y otros muchos literatos de gran mérito, pretendía hacer una profunda innovación en el arte, sustituyendo á la antigua fórmula de la imitación de la bella naturaleza, la del bello ideal, libre de trabas, de reglas y ligaduras, que en su concepto sólo servían para cortar los vuelos del ingenio y apagar los fuegos de la fantasía. El romanticismo, aunque despojado ya de las exageraciones propias de toda escuela revolucionaria, hubo al fin de triunfar, y por entonces las disquisiciones tuvieron que limitarse á puntos de menos trascendencia. El romanticismo, á su vez, no fué otra cosa, sino el triunfo de las doctrinas espiritualistas é idealistas que dominaban en Filosofía, notablemente exa-

geradas en Alemania, y bastante atenuadas en Francia, merced al eclecticismo de Cousin y otros filósofos de su tiempo, y que vinieron á sustituir al sensualismo moderado de la filosofía francesa del tiempo del primer Imperio.

Así las cosas, y cuando si bien no dejaban de levantarse algunas nubes en el horizonte de la literatura, se gozaba de una calma relativa, han venido en nuestros días á presentarse señales precursoras de nuevas tempestades, apareciendo la escuela literaria, cuyas doctrinas trato de daros á conocer con cuanta claridad me sea posible. El cambio radical que la filosofía positiva trata de realizar en la aplicación de nuestra actividad intelectual, ha debido hacerse sentir, como lo hice notar desde el principio, en todas las manifestaciones de la vida. La escuela filosófica positivista, ha invadido ya los dominios de la estética, y es forzoso que nos detengamos á estudiar el concepto que tiene de lo bello y los cánones y las reglas que prescribe para verle realizado en las obras literarias ó artísticas.

Nótase desde luego, que la influencia de tal escuela, viene haciéndose sentir en las artes. Dejando aparte la música, que por no poder expresar pensamientos, sino sólo afectos y sentimientos, si tiene, por un lado,

una inferioridad relativa, por otro, como lenguaje universal para todos comprensible, está menos sujeta á cambios y revoluciones; y la arquitectura, que habiendo perdido easi por completo la significación simbólica que tuvo en los siglos medios, se ha convertido en nuestros días en un arte más que bello utilitario; nótase en la estatuaria una tendencia muy perceptible á substituir la serena majestad del ideal antiguo, con el movimiento y la vida que acercan, lo más que es posible, las concepciones artísticas á la realidad viviente. La escultura moderna pretende dar vida á la mirada por medio de la pupila, y abandonando el tradicional traje talar, no se desdeña de representar á los hombres, cuya memoria perpetúa, con los trajes modernos y en las actitudes más comunes, haciendo del parecido y del estudio del natural, el objeto de todos sus conatos y el punto más alto á que pueden llegar sus aspiraciones.

Lo mismo acontece con la pintura. Los cuadros llamados de costumbres, las reproducciones de las escenas más comunes, copiadas, es cierto, con sorprendente verdad, han venido á substituir á las altas concepciones artísticas de los grandes maestros de la época del Renacimiento, al idealismo místico de los pintores de la antigua escue-

la española, y hasta á los épicos cuadros de la pintura histórica. Ultimamente he leído un estudio crítico de los grandes pintores contemporáneos, y me parece, á lo que recuerdo, que lo que acabo de decir está de conformidad con los juicios en él emitidos. La pintura, quizá la más idealista entre las bellas artes, la que más se ha acercado á la celestial belleza en las vírgenes de Rafael y de Murillo, la que contando con mayores elementos que la arquitectura, la música y la estatuaria, sus hermanas, ha tenido á su disposición la forma, el colorido, los horizontes aéreos y los reflejos del cielo para bañar sus figuras de purísima luz y suaves resplandores, reniega también en nuestros días de sus antiguos ideales, y todo lo sacrifica á la verdad de la expresión, la exactitud del colorido y la realidad del conjunto.

Natural era, pues, que la poesía, comprendiendo bajo esta denominación general todas las obras de pura imaginación, siguiese la misma corriente, y buscase las mismas fuentes para inspirarse en ellas: lo existente, lo real, apenas si levemente modificado por aquel sello de originalidad que el carácter propio y personal de su autor tiene que dejar impreso en todas sus obras. ¡Cosa rara! El naturalismo en literatura, que

es una de las más radicales revoluciones que hasta hoy se han verificado en el campo de las letras, viene á coincidir con la antigua escuela clásica en este punto; en que á semejanza de ésta, busca su inspiración en la imitación de la naturaleza aunque el naturalismo exagera este principio, conviniendo, al mismo tiempo, con la escuela romántica, en cuanto á la emancipación de toda regla, y á no tomar para nada en cuenta los antiguos modelos.

Resulta de aquí: que la escuela realista pudiera hallarse en lo cierto si sus doctrinas se ciñesen á corregir lo que han tenido de excesivo y exagerado las escuelas que la han precedido; pero siendo, como es, una escuela revolucionaria, y por lo mismo, exclusivista, ha incurrido á su vez, en mayores y más lamentables exageraciones.

En efecto, si después de haber estudiado su origen y sus tendencias, nos detenemos á examinar lo que pudiéramos llamar los cánones que constituyen su doctrina, los encontraremos compendiados por el crítico á quien antes me he referido, en estos dos preceptos fundamentales: 1º que el artista se ciña siempre á la imitación exacta y fidelísima de la naturaleza, buscando en ella constantemente sus modelos, y no introduciendo alteración alguna por mínima que

sea; y 2º que el artista conserve su personalidad original, esto es, la independencia de sus impresiones y de sus juicios, y procure manifestarlos libremente en sus obras, sin someterse á pauta alguna ni á modelo consagrado por la tradición ó la autoridad, ni tener otro maestro que la realidad, ni otra guía que su personal inspiración.

De esta manera, como he observado anteriormente, la escuela realista exagera los dos principios en que descansaban las doctrinas de las dos escuelas sus predecesoras, y tiene que caer, mientras no modere lo que hay de excesivo en sus principios, en lamentables y funestos extravíos.

Que la naturaleza sea en sí misma bella, y que el placer artístico que nace de la contemplación de sus obras, sea uno de los más vivos afectos que puede experimentar el alma humana, es una verdad que nadie, hasta ahora, ha puesto en duda; que la realidad de la vida, que el movimiento y la expresión de los séres vivientes, hasta en sus más pequeños pormenores, sea una de las fuentes de donde brota el placer estético, es cosa cierta y reconocida por todos, que la reproducción fiel, aun de las escenas más comunes de la vida, tenga su mérito y su poesía; que nos encanta cuando contemplamos los cuadros que ella inspira al pintor, ó las

descripciones que de ellas hace el poeta, es igualmente una cosa que yo no me atrevería á negar; pero en mi humilde juicio, la literatura realista olvida que en la naturaleza lo que agrada, lo que nos encanta, causando la suspensión de los sentidos y el arrobamiento del alma, es el conjunto y no cada uno de los pormenores aisladamente considerados. Del orden que admiramos en el mundo físico y del no menos admirable que reina en el mundo moral, resultan, como ha dicho no se qué filósofo, innumerables antinomias, que separadamente consideradas, nos harían ver el desconcierto y el desorden, allí donde reina la armonía más asombrosa.

Lo mismo debe decirse del mundo moral, donde los vicios y el mal, son como las sombras que hacen resaltar, formando con ella contraste, la hermosura del sacrificio, la belleza de los grandes caracteres y los encantos de la virtud. Hay entre los literatos, quienes tomando como lema aquella conocida fórmula «el arte por el arte,» despojando á éste de toda finalidad, sostienen que lo feo en la naturaleza, y el vicio y la maldad en la vida humana, cuando son artísticamente expresados ó descritos, pueden producir la emoción estética. A mí me parece más que discutible esta opinión; pero

sea de ello lo que fuere, lo cierto es que nunca se podrá considerar, ni lo feo ni lo malo como elementos exclusivos en la concepción artística.

Ahora bien, la escuela naturalista peca, y peca gravemente contra las reglas del buen gusto, cuando no solamente emplea lo bajo y lo vulgar, como elemento estético, sino que de intento procura hacerlo resaltar en sus creaciones artísticas ó literarias, sin cuidarse de otra cosa sino de la exacta y fidelísima imitación de la realidad.

De aquí procede que en las obras literarias de esta escuela, desprovista de toda idealidad, se dé tan escasa importancia al desenvolvimiento de la acción, al interés dramático, á la pintura de los caracteres y á la grandiosidad del desenlace. Las novelas realistas, aun las mejores, y aun aquellas cuyos autores no han caído en las lamentables exageraciones de Zola, son más bien cuadros destacados de la vida humana, trozos mutilados, pudiéramos decir así, de bellísimas estátuas, que si nos sorprenden, por la fiel imitación y el asombroso parecido, no nos permiten entrever nada que esté más allá de la triste y amarga realidad. La única novela de Zola que he leído, no es más que una série de fotografías, copiadas con una fidelidad desesperante de los más

repugnantes caracteres, y de los excesos más asquerosamente sensuales. Aquella muerte de Nana, la protagonista de la obra, cuyo cuerpo se convierte en objeto de asco y de horror, después de haber sido tan codiciado como objeto de placer; la muerte de aquella mujer miserable y doblemente desgraciada, como mujer y como madre, produce en el ánimo del lector un sentimiento tan amargo, tan frío, tan repulsivo, que dista mucho en mi concepto, de los que todos conocemos con el nombre de emoción estética.

Podría decirse que la emoción del artista al crear su obra, que el sello de su personalidad que en ella imprime, sin sujeción alguna y dejándose llevar por el ardor de su fantasía; en una palabra, que aquel elemento indispensable que entra en todas las creaciones de la mente humana, puede suplir, á lo menos en parte, la falta de ideal, ó hacer sus veces, puesto que no es posible concebir una idea cualquiera en la que no entre por mucho el elemento psicológico, del cual no se puede prescindir completamente. Podría añadirse que esta escuela no ha hecho otra cosa sino sustituir al bello ideal, vago, convencional, consagrado por los homenajes que todos le tributan, sin conocerle ni poderle definir claramente, la belleza

ideal que resulta de la contemplación apasionada de la realidad.

Hay algo de verdadero en esta observación. En efecto, por más que el hombre quiera fijar sus miradas únicamente en la tierra é impedir que sus ojos se vuelvan al cielo; por más que quiera persuadirse de que aquí y solo aquí, tendrán su plena realización las esperanzas que abriga su alma y los destinos á que ha sido llamado; por más que se empeñe en no ver mas que los objetos que caen bajo el dominio de sus sentidos; siempre encontrará allá en el fondo de su corazón, deseos que no podrá calmar, aspiraciones que no podrá satisfacer, temores y esperanzas que le agitarán siempre y que no tendrá nunca una explicación satisfactoria en el mundo exterior- en una palabra, por más que quiera reducirlo todo á sensaciones, se encontrará siempre con fenómenos psicológicos, que serán para él, motivos de constante agitación.

Así es que lo que algunos llaman la emoción artística, el amor del artista á su obra, elemento que la escuela realista se ve en la necesidad de admitir, aun cuando cree inspirarse sólo en la realidad, no es, á mi juicio, otra cosa sino lo que hay de ideal, de vago é indefinido en toda obra del arte, y que constituye el fondo de su suprema be-

lleza. En el arte, como en la naturaleza toda, lo hermoso, lo que cautiva nuestra mente y arrebata nuestra admiración no es lo que vemos, lo que hiere inmediatamente nuestros sentidos, sino lo que, escapando á nuestras miradas, se revela á la mente en los celestiales rostros de las vírgenes de Rafael, en las vaporosas nubes de un cuadro de Murillo, en las hercúleas formas del Lacoonte expirante; bajo las grandiosas y sublimes imagénes del lenguaje bíblico, ó en las candentes palabras, grabadas como en trozos de granito por un cincel de acero, en los tercetos del Dante.

La falta, pues, de la escuela realista, no consiste en haber prescindido del elemento psicológico, que esto le fuera de todo punto imposible, sino en haberle relegado allá al último término; así como la falta de la escuela romántica consistió en haberle concedido un lugar superior al que le correspondía, procediendo, aunque en contrario sentido, con igual exclusivismo, y la misma exageración.

Esto explica por qué dentro de la misma escuela realista, se notan diferentes matices, desde las novelas de Pérez Galdós y Ortega y Munilla, que son realistas, y se leen con grandísimo placer, hasta las novelas de Zola, cuya lectura, sólo como moti-

vo de estudio, que no de pasatiempo y de grato recreo, se puede soportar. Y esto explica también por qué, no encontrándose bastante expresiva la denominación de *realista* que se había dado á esta escuela, se ha inventado la de *naturalista* para distinguir á los escritores notoriamente exagerados y esclusivos. Entre el realismo y el naturalismo, dice el Sr. Revilla, no hay verdadera diferencia de principios, como su mismo nombre lo indica, pues realidad y naturaleza son términos idénticos El naturalismo, tal como lo formula en pintura la llamada escuela *impresionista* y tal como lo mantiene en la novela la escuela de que Zola se reputa jefe, no es otra cosa sino la demagogia del realismo.

II.

Tiempo es ya de poner término á este imperfecto estudio, deduciendo de él las consecuencias que se derivan de las observaciones hechas. Si en lo que brevemente he dicho, hay verdad y exactitud, me parece que de ello podemos sacar algunas enseñanzas provechosas. Primero y ante todo, conviene tener presente, que las doctrinas filosóficas, trascendiendo á las esferas del

arte y de la literatura, tienen una importancia mayor que la que ordinariamente se les atribuye. Por más que se diga, no es posible quitar á la filosofía el carácter de universalidad y de soberanía que la distingue, puesto que en ella se resumen y condensan todas las nociones, todas las ideas, todas las aspiraciones del hombre, para darle la solución definitiva del triple problema de su origen, de su fin y de sus destinos. La filosofía sensualista ha debido producir, y de hecho ha producido, la novela sensual y licenciosa de siglo XVIII; la filosofía espiritualista é idealista dió origen, en gran parte, á la literatura romántica de hace más de cuarenta años; por último, la filosofía positivista, formándose una estética particular, ha dado nacimiento á la escuela literaria de nuestros días, que se denomina realista, y que por haber dado mayor exageración á sus principios ha recibido el nombre de naturalista.

La segunda consecuencia que á mi juicio podemos deducir, es que en literatura, como en filosofía, como en política, toda exageración es censurable, por cuanto, fundándose en un esclusivismo inaceptable, prescinde de una parte de la verdad, echando en olvido alguno de los elementos que entran nesariamente en la solución de los

problemas filosóficos ó sociales, si de filosofía ó de política se trata; y desconociendo el carácter complejo de la naturaleza del hombre, si se trata de artes ó de literatura, que no son mas que manifestaciones diversas, pero siempre fieles y espontáneas, de los pensamientos y de los sentimientos que agitan al alma humana.

Debemos, por lo mismo, reconocer y confesar, que así como la filosofía positivista puede prestar y ha prestado ya grandes servicios á la ciencia, mientras se ha limitado á establecer la supremacía de la experiencia sobre las demostraciones *á priori*, en las ciencias naturales, pero que puede extraviarse y se ha extraviado ya cuando ha querido excluir del campo de la ciencia todo lo que no está sujeto á la apreciación sensible, extinguiendo, aunque no lo quiera ni lo pretenda, toda fe y toda esperanza; del mismo modo la escuela literaria realista tiene mucho de útil y de bello, si se limita á preferir la realidad y la observación á los extravíos de la imaginación y á la reproducción de ideales que pasaron para no volver; pero que ejercerá una influencia nociva, y acabará por matar el arte mismo, si so pretexto de reproducir la realidad, se empeña en pintar los tipos más vulgares y los más bajos caracteres, quedando satisfecha su

ambición con haber copiado servilmente las escenas que describe.

Podemos ahora preguntarnos, ¿cuál de estos dos caminos seguirán la filosofía y la literatura á que estas observaciones se refieren? ¿Moderarán ambas sus excesos, corregirán sus estravíos, y volverán al punto de donde partieron, fecundadas con algunas ideas nuevas, y enriquecidas con los resultados de la observación y de la experiencia, ó bien aquella, la filosofía, vendrá á resolverse en el materialismo científico que se ha apoderado ya de más de uno de los ingenios superiores de nuestros días, y la segunda, la literatura, renunciando á los legítimos y elevados títulos que tiene al respeto y amor de los hombres, vendrá á verse reducida, como algunos lo desean, á reproducir las más repugnantes escenas, sirviendo de combustible para encender las pasiones y de incentivo á los placeres sensuales?

No es posible augurarlo. De mí sé decir, que tengo bastante fe en los sentimientos naturales del hombre, en la eficacia de aquellas doctrinas salvadoras, que satisfaciendo las necesidades permanentes del alma humana, le marcan inflexibles el camino del deber, alimentando sus más gratas esperanzas, así como en los destinos gloriosos

de la literatura y de las bellas artes, para poder persuadirme de que lleguen alguna vez á cegarse para siempre los puros y divinos manantiales de donde nace la emoción estética.

Recuerdo, con este motivo, las siguientes palabras de un filósofo idealista, que contienen la fórmula de la escuela romántica, de la cual todos, en nuestros primeros años, hemos sido más ó menos apasionados, y de la que no nos hemos separado sin pesar: "La contemplación de lo infinito, dice Schlegel, ha revelado la nada de lo que tiene límites: la poesía de los antiguos era la del goce; la nuestra es la del deseo; la poesía de los antiguos se establecía en lo pasado, la nuestra fluctúa entre los recuerdos del pasado, y las esperanzas del porvenir."

ALFONSO DE LAMARTINE.

ESTUDIO LITERARIO.

Las veladas de nuestra Sociedad se han suspendido, como de costumbre, en estos dos últimos meses, para continuarlas en los primeros del entrante. Los trabajos extraordinarios con que se dá termino á las tareas escolares, y el descanso que á aquellos sucede durante las vacaciones, justifican esta juiciosa determinacion de nuestra Junta Directiva.

No tenemos, pues, velada de que dar cuenta á nuestros lectores en este número, y para llenar este vacío, y con el objeto de que no carezcan aquellos de una noticia completa de los trabajos literarios de nuestros socios, vamos á ocuparnos, aunque tarde, de la conversación del Sr. Delgado, dada en una de las veladas del año anterior. Bien

humildes y modestas son, sin duda alguna las producciones de los miembros de la sección literaria de la Sociedad "Sánchez Oropesa," pero ellas forman una serie de estudios que debemos ofrecer completa á nuestros lectores, al terminar con este número el tomo tercero de nuestro "Boletín." El Sr. Delgado, que ha tomado como asunto de sus conversaciones literarias el estudio de los poetas líricos más notables de nuestro siglo, según han podido verlo los lectores de este "Boletín" en algunas de las crónicas de las veladas mensuales, y que bajo este concepto ha hablado de Leopardi, Núñez de Arce, y aun de algunos poetas mejicanos, no podía olvidar al autor de las *Meditaciones* y de las *Harmonias*, y según se nos ha informado, porque nosotros no tuvimos el gusto de escucharle, su conversación acerca de este poeta, ha sido una de las más instructivas y de las más agradables.

Desgraciadamente no se publicó á su tiempo el resumen de ella, con la confianza de que más tarde el autor la escribiría, y se publicaría *in extenso*. Pero como sus muchas ocupaciones se lo han inpedido, vamos nosotros, en cuanto nos es posible, á llenar este vacío.

El nombre de Lamartine evoca para el

autor de estas líneas los más gratos y más durables recuerdos. Hoy que vivimos tan de prisa que basta una docena de años para cambiar, no ya la faz política de las naciones, haciendo caer un trono y levantar sobre sus ruinas una república, sino también para ver nacer nuevas teorías científicas, nuevas doctrinas literarias, abandonando las que poco antes eran proclamadas como la forma definitiva de la expresión del pensamiento humano, no debe parecer extraño que el nombre de Lamartine, circuido de una aureola de gloria, y tantas veces repetido en son de alabanza entre nosotros hace unos cuantos años, haya caído en olvido. En su misma patria hay quien á tan egregio escritor considere como un poeta *inofensivo*, propio para deleitar los ocios, y llenar de vago sentimentalismo la cabeza de las pensionistas de un Colegio de Señoritas.

Cuado éramos jóvenes, casi niños, en Méjico el nombre de Lamartine andaba en boca de todos nuestros poetas, quienes se empeñaban en imitarle y en traducir sus más hermosas composiciones; nuestros oradores solían tomar por epígrafe de sus discursos, algunas de esas bellas frases en que se desbordan los sentimientos de una alma noble y generosa, que tanto abundan en la *Historia de*

los Girondinos; y nuestras jóvenes sentimentales soñaban en adoradores tan ardientes y apasionados como Rafael, en amores tan castos é ideales como los de Graziela. En los días presentes, sólo los aficionados á las letras estudian las obras de este poeta, para darse cuenta de las revoluciones que los tiempos traen consigo en la región de las ideas y de los sentimientos, como estudia el anticuario las ruinas de los edificios destruidos, para formar la historia de las generaciones pasadas. Hemos dado en decir que hoy pensamos y sentimos de otra manera diferente de cómo pensaban y sentían nuestros padres y de cómo nosotros mismos pensábamos y sentíamos en nuestra juventud; y lo singular es que á fuerza de repetirlo vamos logrando que salga verdadero lo que afirmamos.

Sea de esto lo que fuere, lo cierto es que Lamartine fué y será un gran poeta. Nacido el 21 de Octubre de 1791, y educado por una madre de singular talento y de sentimientos sinceramente religiosos, á cuya memoria tributó durante toda su vida un culto tierno y respetuoso, pasó los días de su infancia en los tiempos agitados que siguieron inmediatamente á la Revolución francesa. Frescas aún las impresiones que habían dejado en los ánimos los sangrientos espectáculos

de la época; testigo presencial de las ruinas materiales y morales que amontonó á su paso el terrible huracán revolucionario; su imaginación, de suyo impresionable, y su corazón por demás sensible y generoso, tuvieron materia abundante, aquélla para desarrollarse, y éste para extender su amor con una indulgencia que algunos tachan de culpable, sobre todo los errores y todos los extravíos, cuando había en ellos algo que se asemejara á la grandeza. Educado en el culto de la Religión y de la Monarquía, amó el pasado por la belleza de los recuerdos y de los infortunios; pero seducido también por los atractivos de la libertad, y la grandeza de los sacrificios que ella exije de los que quieren conquistarla, amó también al pueblo, y saludó el advenimiento no lejano de las democracias modernas.

No hablamos aquí de Lamartine como Historiador, ni como hombre político, por más que no ignoremos ni las inexactitudes históricas que se le atribuyen, ni las vacilaciones que se le han echado en cara. Hablamos aquí sólo del poeta, y bajo este concepto nada nos interesa que se le haya culpado de indulgente para juzgar á los hombres de la Revolución, ó de inconsecuente cuando empuñando la bandera tricolor en el *Hotel de Ville*, condenaba al mismo tiempo los

excesos de la demagogía, si en cambio, su *Historia de los Girondinos* nos ha hecho derramar abundantes lágrimas y sus proclamas al pueblo francés en el 48 nos han llenado de vivo, aunque pasajero entusiasmo.

Lamartine fué, sobre todo, el poeta del sentimiento. De él puede decirse con verdad que pensaba con el corazón y no con la cabeza; para él pensar era sentir. Cuando el libro de las *Meditaciones Poéticas* apareció por primera vez, sin nombre de autor, un grito de admiración y de simpatía se hizo oír en toda Francia, difundiéndose después como un eco en todos los países de Europa, Después de *El Genio del Cristianismo,* dice un crítico, (1) ningún libro había producido una impresión más viva y más profunda. La frescura de pensamientos, la pureza de los afectos, los versos tan naturales, tan abundantes y tan melodiosos que parecían nacer expontaneamente del corazón del poeta, como la flor nace de las plantas, la savia poética que circulaba en todas sus obras, encantaban á sus innumerables lectores, y eran motivo de admiración para todos los aficionados á las letras."

Pero además de esto, Lamartine, como todos los poetas líricos se hacía eco en aque-

---

[1] Netement. Histoire de la litterature française sous la Restauration.

llos momentos de los sentimientos y de las ideas dominantes en su patria, efectuando al mismo tiempo una revolución poética, que consistía en substituir las antiguas formas clásicas, con otras formas nuevas, elaboradas en lo más íntimo de su sér, é inspiradas por la contemplación sincera y tierna de la naturaleza.

«Las primeras poesías de Lamartine, dice el crítico á quien hemos citado poco ha, fueron el reflejo del estado moral de la sociedad francesa. Todos reconocían en aquella voz que se elevaba tan suave, tan penetrante y tan pura, el eco harmonioso de su propio corazón. Se oía á toda una generación lamentarse en esas *Meditaciones* donde la duda, ese buitre voraz de las inteligencias, ensañándose en su inmortal presa, le arranca un grito de angustia. Pero la desesperación de Lord Byron miraba á la tierra, y el desencanto de Mr. de Lamartine que interpela al poeta de Inglaterra é intenta volverle á Dios, miraba al cielo. Este hijo de los últimos días del siglo XVIII era el poeta del siglo XIX, y el Cristianismo aparecía en sus versos como el término de todas las incertidumbres y la solución de todos los problemas que atormentan á la triste humanidad. Sus cantos de dolor terminan con himnos y el excepticismo se arrodilla al

fin de sus Meditaciones, golpeándose el pecho en señal de arrepentimiento, delante de Dios.»

No es posible, cómo comprenderán nuestros lectores, en un breve artículo, escrito á la ligera, como el presente, estudiar ni el carácter general de una época, ni el desenvolvimiento del ingenio poético de quien hablamos. Basta decir que después de haber ocupado el mundo con el eco de su nombre y de haber sido el encanto de toda una generación, Lamartine, arrastrado por el exceso mismo de sus sentimientos, cayó en una vaguedad de ideas y de afectos que justamente se le ha censurado por los críticos más sensatos, aun considerando sus producciones en el punto de vista de la expresión poética y de la forma puramente literaria. ¡Triste condición humana! Los afectos más profundos y más sinceros, si se extienden demasiado, pierden en fuerza y en intensidad lo que ganan en extensión! Así sucedió á Lamartine. La contemplación de la naturaleza llegó á convertirse, en él, en un afecto vago, indeciso y no bien determinado; el sentimiento religioso degeneró en una especie de panteismo mal definido, y el amor á la humanidad, se confundió con una indulgencia casi culpable, en favor de todos los

errores y de todos los extravíos de la inteligencia humana.

Dios, el Hombre y el Mundo, serán siempre los tres grandes nombres, de la cifra misteriosa que la inteligencia se esfuerza en explicar; y la poesía, producto laborioso de la mente humana ó grito expontaneo del corazón del hombre, siempre encontrará frente de sí estos tres grandes nombres que expresan á la vez concepciones de la mente y aspiraciones del corazón. El juicio crítico de las obras de todos los poetas podría hacerse fácilmente con sólo estudiar como han expresado en sus versos las ideas y los afectos que se derivan de estas tres grandes concepciones, que son el objeto del culto y del amor de la humanidad.

Con especialidad, las poesías de Mr. de Lamartine se prestarían admirablemente para hacer este estudio interesante, dadas las tendencias de su espíritu tierno y contemplativo, agitado por tantos vientos contrarios, herido por tan crueles infortunios: pero siempre fiel al culto de la belleza y del amor. Aun en sus últimas obras poéticas, en obras que merecieron justa censura bajo otros aspectos, como el "Jocelyn" ó "La Caída de un Angel," que algunos llamaron irónicamente "La caída de Mr. de Lamartine," hay versos hermosísimos que encantan por

su ternura, encienden con el fuego de sus expresiones, y conmueven profundamente el alma, dejando en ella un sonido harmonioso, que, como eco lejano, se hace oír hasta la época en que muertas las ilusiones y marchito el corazón, vemos con tristeza acercarse el término natural de nuestra vida. Si esto se llama ser poeta, no puede dudarse que Lamartine lo fué en alto grado, mereciendo que los hombresde su época le amaran y le admiraran como el genio de la poesía francesa, cuyo cetro empuñó, bien que por breves días, para perderse después en el olvido.

Lamartine murió pobre y casi olvidado el domingo 28 de Febrero de1869, á las diez y treinta y cinco minutos de la noche, ¡coincidencia fatídica! dice un escritor, á los veintiún años, día por día, después de aquél en que, desde lo alto del balcón del *Hotel de Ville*, había salvado á Francia de los horrores de la anarquía. Tuvo una muerte cristiana y el abate De Gurry le administró los últimos auxilios de la Iglesia Católica.

Hay en Francia, entre otros muchos, dos sitios que el viajero aficionado á las glorias literarias no dejará de visitar sin emoción. La estatua que sus paisanos levantaron á Lamartine en la plaza principal de Macon, su ciudad natal, y el sepulcro de Víctor

Hugo en la cripta del Panteón. Lamartine y Víctor Hugo fueron sin duda dos grandes poetas; ambos comenzaron siendo poetas cristianos y realistas, abandonando después sus antiguos ideales; los dos fueron en un tiempo ídolos del pueblo francés cuyas veleidades sólo pueden compararse con sus maravillosas aptitudes para dar á todo la forma y la apariencia de la belleza. Ambos, no contentos con el trono de la poesía, aspiraron á la gloria de tribunos y tomaron parte en los negocios públicos de su patria; sobre viviendo, por último, á quel y éste á la generación literaria de la que fueron maestros y guías, han tenido, no obstante, una suerte bien diferente. El uno, ya lo hemos dicho, murió casi olvidado, y el otro ha sido elevado hasta la apoteosis. Montones de coronas se encuentran depositadas en el sepulcro erigido en el panteón al *Gran Poeta.* En Macón, sólo alguno que otro viajero se detiene pensativo y meditabundo ante la estatua de Lamartine. En París hay una calle lejana que lleva su nombre y nada más.

Y sin embargo ¿cuál de los dos fué más grande? No lo decidiremos nosotros. Diremos sólo, refiriendo nuestras impresiones personales, que una de las omisiones de que nunca nos consolaremos, es no haber-

nos detenido en Macón á tributar al pié de su estatua, al *Cantor de las Meditaciones* el humilde homenaje de nuestra admiración y nuestro amor; así como también, que la emoción profunda que experimentemos al visitar la tumba de Víctor Hugo, iba mezclada con un sentimiento de amargura, al contemplar aquella gloria, no libre de las nubes de la pasión, que circunda la del poeta. Víctor Hugo fué el Profeta que encendió el fuego de las pasiones, muchas veces del odio, en el corazón de los hombres templados para la lucha y el combate en la atmósfera agitada de las revoluciones; Lamartine fué el Bardo del amor, de las serenas regiones del pensamiento y de la poesía, cantando lo que hay de más hondo y permanente en la conciencia del hombre, el amor á Dios, á la Naturaleza y á la Humanidad.

Tales suponemos que serían los juicios emitidos pr el Sr. Delgado en la conversación suya de que hemos querido dar cuenta á nuestros lectores, ó tales son, por lo menos, los que nosotros, bajo nuestra responsabilidad personal emitimos, para llenar el vacío que se nota en este "Boletín," sintiendo que nuestros lectores, en cambio de una conferencia bien pensada y gallardamente escrita, reciban un artículo apenas meditado y lleno de imperfecciones.

ENRIQUE PESTALOZZI.

—

ESTUDIO BIOGRAFICO.

HOY que tanto se habla de pedagogía entre nosotros, y cuando todas las cuestiones que con la enseñanza se relacionan vienen agitándose con inusitado calor, nos ha parecido oportuno dar á conocer á nuestros lectores algunas particularidades de la vida del célebre Enrique Pestalozzi, á quien se puede, con justo título, llamar el fundador de la pedagogía moderna. A falta de la crónica de la velada de nuestra sociedad que hemos acostumbrado dar, en la primeras planas de este Boletin, y robando algunos momentos á las ocupaciones escolares, notablemente aumentadas en esta época del año, diremos algunas breves palabras acerca de uno de los hombres que en la carrera de la enseñanza más se han distinguido por la nobleza de su carácter, la bon-

dad de sus sentimintos y el tamaño de sus infortunios.

Enrique Pestalozzi nació en Zurich el 12 de Enero de 1746. Su padre, que era un cirujano italiano, murió dejándole niño todavía al cuidado de una madre laboriosa, económica, tierna y cariñosa con sus hijos; pero demasiado débil para dirigir la educación de un niño de carácter ardiente, entusiasta y falto de previsión.

A pesar de todo, y de las funestas predicciones de su maestro, que aseguraba que nada bueno podría hacerse de un muchacho tan desordenado, cuando el jóven huérfano pasó á otros estudios, llegó á ser un estudiante distinguido. Es curioso y digno de mencionarse aquí lo que acerca del carácter ardiente y apasionado de nuestro futuro pedagogo dicen sus biógrafos. Seducido por el calor con que algunos de sus profesores hablaban en sus clases de la vida austera y del patriotismo de los antiguos romanos, Enrique y algunos de sus camaradas formaron la extravagante resolución de no dormir sino sobre duras tablas, sin más abrigo que sus propios vestidos y alimentándose de frutas y de legumbres. Se dice que uno de ellos murió á consecuencia de estas austeridades.

Y no fué esta la única manera como se hizo conocer su carácter severo é indepen

diente. Su amor á los romanos le llevó hasta querer desempeñar el papel de Bruto, sublevándose contra la autoridad establecida. Uno de sus compañeros fué aprisionado y nuestro jóven imprudente no se salvó de igual peligro sino por medio de la fuga.

Después de otros varios incidentes en los cuales dió muestras de los dos rasgos distintivos que costituyen el fondo de su carácter moral y que fueron la norma de toda su vida, á saber, la constancia y el valor civil para condenar toda injustica y un amor tierno, sincero y desinteresado por todos los desvalidos, Pestalozzi formó la noble resolución de consagrar toda su vida á la enseñanza de la niñez. La ignorancia del pueblo es la fuente de todas las miserias, dice; ya encontré mi vocasión; *quiero ser maestro.* Y en aquel momento arroja al fuego todos sus escritos, todas sus notas y todos sus extractos anteriores, para no pensar día y noche sino en los medios de mejorar la enseñanza.

Todos sabemos cuáles fueron los resultados de sus meditaciones. "La escuela que Pestalozzi traía en su imaginación, dice uno de sus biógrafos, era una hermosa escuela No quería tener á los niños encadenados en los bancos de una clase para enseñarles el A, B, C, ni azotarlos para corregir sus fal-

tas ó hacerles aprender de memoria un catecismo. Quería estar en la escuela como un padre en medio de sus hijos; despertar y desenvolver en ellos las facultades intelectuales, acostumbrarlos al orden y á la actividad, hacer de ellos hombres inteligentes, buenos y piadosos. De esta manera, decía, mejoraré la suerte de las clases laboriosas.

Entre las varias ocupaciones que pueden servir á la actividad del hombre, Pestalozzi dió la preferencia á la agricultura, y después de haber trabajado personalmente un año entero en una quinta del Cantón de Berna volvió á su patria con el corazón embriagado de esperanzas y con la cabeza llena de hermosos proyectos.

Por esta época de su vida se casó, y habiendo adquirido un terreno que le pareció apropiado á su objeto, edificó una hermosa casa de estilo itatiano, empleando en ello casi todo lo que poseía, y se dedicó á la agricultura. El resultado de esta empresa fué desastroso; la mala calidad de los terrenos, y tal vez, la falta de experiencia en la dirección de los trabajos, ocasionaron pérdidas considerables. Una casa de comercio á la cual se habia asociado, mirando los malos resultados alcanzados, retiró sus fondos y abandonó á nuestro filántropo á su mala fartuna.

Pestalozzi no se desanima por eso; convierte su quinta en un establo, que no tiene mejor éxito; mírase arruinado, contrae compromisos que le agobian, el hambre viene á asaltar su modesto hogar, y ¡cosa admirable y que parecería insensata sino fuera sublime, en estas circustancias! Pestalozzi convierte su establecimiento en casa de educación para los niños pobres y abandonados. Quiere alimentarlos, vestirlos y educarlos, arrancarles de la miseria y de la corrupción y hacer de ellos hombres útiles á la sociedad. Estos pequeños mendigos, dice, ganarán su vida trabajando.

Tomada esta resolución, poco tardó en ponerla en práctica. Solicitó dinero de algunos hombres generosos, hizo publicar y circular su plan de educación que era el siguiente: en la primavera los niños debían trabajar en el campo, en el mal tiempo y en el invierno se ocuparían en hilar y tejer algodón. Las niñas debían á su vez cuidar los jardines y desempeñar los quehaceres de la casa. El establecimiento se abrió en 1775, con cincuenta niños. Pestalozzi ayudado por su mujer se encargó de la enseñanza. Era para ellos al mismo tiempo padre, maestro y amigo. Sin dejar de trabajar les enseñaba á hablar, á hacer cuentas, á orar, y á perfeccionar sus sentidos por medio de la

educación: enriquecía su inteligencia por la enseñanza y daba calor á sus corazones por el cariño paternal que mostraba á aquellos pobres niños abandonados y desvalidos.

Mas estaba decretado que la amargura de las decepciones había de acompañar los no bles esfuerzos de este hombre bondadoso. Pestalozzi era demasiado bueno para dirigir aquella turba de niños incultos y viciosos. Graves desórdenes vinieron á revelar la necesidad de una disciplina mas severa, uniéndose á este mal, el desaliento de sus protectores, la enfermedad de su esposa, y otras causas, Pestalozzi se vió obligado á disolver su establecimiento en 1780, cinco años después de su fundación.

Este desastre fué, sin embargo, provechoso para Pestalozzi, porque le obligó á reflexionar, aleccionado ya por la experiencia, en los medios de fundar la educación en principios científicos, presintiendo las leyes y el desenvolvimiento de una educación racional. A estas reflexiones somos deudores de las doctrinas que publicó después bajo la forma de aforismos; pero antes de hablar de este asunto queremos citar sus propias palabras, porque vemos en ellas un espíritu de religiosa resignación que conmueve profundamente el alma. Hé aquí como se

expresaba mas tarde refiriendo el mal éxito de sus primeras empresas.

"Dios me ha enseñado—decía,—que no gusta de los sacrificios que se le hacen con frutos no maduros, y que el hombre debe esperar simpre, antes de obrar, que llegue la hora. Le doy gracias, adorándole, por haberme enseñado que sin sabiduría no hay bendición y que sin experiencia no hay sabiduría en la tierra; que las grandes acciones exigen una gran prudencia, y que sólo los locos y los niños creen tenerla cuando no tienen experiencia."

Los aforismos de Pestalozzi, fueron publicados en 1780, bajo el título de *Veladas de un solitario*. Sirven de fundamento á todas sus teorías pedagógicas, y deberían ocupar un amplio espacio en estos apuntes, si no estuviesen limitados á dar algunas noticias puramente biográficas. Dejamos á cargo de los que quieran hacer un estudio serio de la materia, el cuidado detenido de analizar las ideas de Pestalozzi, comparándolas con las de otros notables pedagogos de tiempos posteriores, y sólo citaremos, para que nuestros lectores se formen una idea de la importancia de estos aforismos, algunas de las más importantes reflexiones que contienen.

Para dirigir bien al hombre,-decía con har-

ta razón Pestalozzi, —es necesario conocerle. La educación del hombre, —añadía, —tiene sus leyes, fundadas en la naturaleza misma; en ella se encuentran las fuerzas ocultas que presiden al desenvolvimiento de las facultades. El medio de desarrollarlas es el ejercicio.

El lugar donde el hombre comienza á desarrollarse,— continuaba diciendo nuestro ilustre pedagogo,—es la familia; en la familia el hombre se prepara á la vida social; el amor paterno forma el corazón de los superiores y de los reyes; el amor filial une á los hijos de la misma patria al padre común, el amor fraternal enseña á los ciudadanos á amarse unos á otros. ¡ Hogar doméstico, familia, tú eres la escuela de la humanidad!

Mas todos estos sentimientos morales,— decía para concluir,—aunque se formen naturalmente en el corazón del hombre, descienden de Dios que los ha hecho nacer. El corazón sencillo é inocente tiene un sentido interior que le hace conocer á Dios. La fé no es el producto de la ciencia sino el resultado de un sentimiento íntimo. Por ella nos reconocemos todos hermanos é hijos del mismo Padre. La fé, es pues, el fundamento, la regla y el vínculo de toda sociedad,

Tales son las ideas fundamentales del sistema de enseñanza ideado por Pestalozzi;

ideas fecundas que muestran á la vez el poder de su inteligencia, la pureza de sus sentimientos y la serenidad de su espíritu, que no habían podido turbar ni las agitaciones de una vida tan desgraciada, ni los amargos desengaños que había sufrido.

Animado por uno de sus amigos, se decidió Pestalozzi á desenvolver ampliamente sus ideas, escribiendo un libro. Su pobreza era tan extremada, que no teniendo papel para escribirlo, ni dinero para comprarlo, tuvo necesidad de servirse de un grueso libro de comercio que contenían algunas hojas en blanco. Allí escribía, bajo la inspiración del momento, después de un largo paseo por los bosques, esas encantadoras páginas que son un retrato de la vida real, impregnadas de verdad y de sentimiento y que han llegado hasta nosotros, en forma de novela bajo el modesto título de *Leonardo y Gertrudis*, que les dió su autor.

Leonardo es un albañil, de carácter débil y de costumbres viciosas, Gertrudis, su mujer, lucha con la miseria con todo el valor que da la fé en Dios, y el amor á su familia, Sus lágrimas y su dolor acaban por conmover á su marido; pero éste no puede vencer los obstáaculos que oponen á su enmienda las mezquinas intrigas de los principales del pueblo y el trato con sus malos amigos

parroquianos constantes de las tabernas. Gertrudis, en su desgracia, encuentra algún apoyo en las autoridades superiores, y secundada por el pastor, el maestro de escuela y algunos buenos amigos, emprende la grande obra de reformar las costumbres del pueblo, sumergido en una corrupción profunda. La obra es grande y difícil; numerosos los obstáculos, y los incidentes variados, resultando de aquí el interés creciente de la obra y la ocasión de que su autor desenvuelva sus fecundos y nobles pensamientos con un objeto emimente civilizador. Puede decirse que las escenas que el autor describe, no son sino un pretesto para exponer sus teorías pedagógicas.

La obra de que venimos hablando, se publicó por primera vez en 1781 y causó gran sensación en Alemania y Suiza. La sociedad económica de Berna, concedió al autor una medalla de oro con esta inscripción: *Ciri optimo!* Más la gloria de Pestalozzi no fué de larga duración.

Los trastornos ocurridos por la revolución francesa, á fines del pasado siglo, haciéndose sentir con mayor ó menor intensidad por toda Europa, llegaron á turbar la tranquilidad de Pestalozzi. Los pequeños cantones de Suiza, especialmente el Bajo Underwald, tuvieron mucho que snfrir á con-

secuencia de la guerra. Centenares de ciudadanos perecieron con las armas en la mano, multitud de campesinos honrados abandonaron su patria y sus familias, otros fueron reducidos á prisión, las aldeas fueron saqueadas é incendiadas.

A la vista de estos desastres y de los numerosos huérfanos que vagaban entre las ruinas humeantes de sus pobres hogares, Pestalozzi se sintió movido de compasión. Por invitación del gobierno helvético se trasladó al bajo Underwald para reunir á los niños abandonados y poner en práctica sus ideas sobre la educación de la niñez. Llegó á reunir hasta unos ochenta, cuyo aspecto causaba horror. Estenuados, hambrientos, cubiertos de sarna y devorados por asquerosos insectos, en su parte moral no merecían menor compasión que en su aspecto físico. Desconfiados, hipócritas, mentirosos y entregados á la pereza, demostraban en todas las acciones y en todas sus palabras los síntomas más alarmantes de la degradación moral en que habían caído, resultado necesario del abandono en que se habían criado.

Pestalozzi lleno de abnegación, emprendió la obra grandiosa de rehabilitar á aquellas criaturas degradadas á sus propios ojos y ante la sociedad, por medio del trabajo y

el cultivo de su inteligencia. La tarea era ruda; fué necesario apelar á los castigos corporales, en lo general condenados en el sistema del gran pedagogo; pero al fin, un éxito brillante coronó sus esfuerzos. El instituto de Staws, que tal era su nombre, llegó á presentar el aspecto de una numerosa familia, cuyos miembros vivían en buena inteligencia, y los niños amaban á su benefactor como si fuera su propio padre.

Cediendo éste á la idea de hacer entrar en la escuela la organización de la familia, se propuso servirse de los niños de más edad y de más clara inteligencia, para instruir á los demás, considerándoles como los hijos mayores. De aquí nació lo que se llamó después, *enseñanza mutua* ó *método lancasteriano.*

Después de tantos trabajos y viscisitudes, los acontecimientos de la guerra vinieron á causarle nuevas amarguras, destruyendo la obra levantada con tantos esfuerzos y tan grandes sacrificios. Pestalozzi no sólo había educado á los niños, sino que los había alimentado y vestido, enseñándoles también á trabajar. Las tropas francesas, rechazadas por los austriacos, penetraron por segunda vez en el Bajo Underwal, en 1799, llevando gran número de heridos. El antiguo convento de Staws, donde estaba la es-

cuela de Pestalozzi, fué transformado en hospital. Pestalozzi despidió á los niños dando á cada uno un pequeño paquete que contenía unas cuantas monedas. La despedida fué cruel: el maestro sollozaba, los niños le abrazaban deshaciéndose en llanto, y todavía fué necesario que una veintena de entre ellos, que no tenían padres ni parientes, se quedasen en el hospital, bajo el cuidado de un eclesiástico caritativo, el cura Businger, que se hizo cargo del establecimiento Así se vió destruida por segunda vez la obra de Pestalozzi al cabo de unos siete ú ocho meses.

Después de este desastre - dice el biógrafo de quien tomamos estas noticias, - Pestalozzi que quería continuar la serie de sus experiencias, solicitó como un favor, que se le permitiera dar lecciones en la escuela elemental de Berthow, (Cantón de Berna) á la cual concurrían niños de cuatro á ocho años de edad. Las rivalidades del profesor le obligaron á abandonar este propósito, y Pestalozzi, comunicando á uno de sus amigos sus nuevas desventuras, le dirigía las siguientes conmovedoras palabras: "durante treinta años mi vida ha sido un combate desesperado con la más horrible pobreza. Muchas veces me he privado de asistir á las reuniones y aun á las iglesias porque care-

cía de vestidos y de dinero para comprarlos; soy objeto de menosprecio porque parezco un mendigo, y más de una vez me he quedado sin comer, y cuando los más pobres se sentaban á la mesa rodeados de su familia, me veía yo obligado á devorar con amargura un pedazo de pan, á las orillas de un camino."

Más á estos días de tristeza y abatimiento debian suceder mejores días. Asociado Pestalozzi á otros varios profesores y contando con el apoyo y la protección del gobierno helvético, pudo continuar sus trabajos pedagógicos, que fueron la obra de toda su vida, la aspiración constante de su alma tierna y bondadosa. Instalado en el castillo de Berthow, que el gobierno le había cedido, fundó, en unión de Krüsi, Appenzellois y otros tres maestros, una escuela normal para toda la Suiza.

No entra en nuestro propósito, como desde el principio lo tenemos advertido, analizar las ideas pedagógicas de Pestalozzi, sino solamente dar algunas noticias de su vida y de sus incontables trabajos y padecimientos. Esto no obstante, diremos, que durante el tiempo que tuvo á su cargo la escuela normal de Berthow publicó un libro bajo este título: *Cómo Gertrudis instruye á sus hijos*; el cual libro fué leído con avidez

en toda Alemania. En él expuso Pestalozzi toda su teoría sobre su educación, basándola en el siguiente principio fundamental, que ha sido el punto de partida de todos los sistemas posteriores: *El desenvolvimiento de la naturaleza humana está sometido al imperio de leyes naturales, á las cuales debe conformarse toda buena educación.* Como corolario de este principio venía este otro, cuya verdad nos parece indiscutible: *para establecer un buen método de enseñanza es necesario conocer nuestra naturaleza y sus procedimientos generales y particulares en el desarrollo del individuo.*

Escusado es advertir que por *naturaleza humana*, comprende Pestalozzi, no sólo la inteligencia, sino tambien el sentimiento, porque él no admitía esa diferencia que algunos han querido establecer entre *instruir* y *educar*. La educación debe ser el cultivo de la inteligencia y del corazón. Hacer á los hombres instruídos es hacerlos buenos y al contrario.

Las consecuencias que Pestalozzi dedujo de los principios que había establecido, son tan importantes que no podemos resistir al deseo de darlas á conocer brevemente á nuestros lectores.

1º La naturaleza desenvuelve á la vez todas nuestras facultades. El arte no debe

nacer otra cosa sino ayudar á la naturaleza.

2º El desenvolvimiento de las facultades del hombre se verifica de una manera lenta y progresiva. El educador debe proceder de la misma manera.

3º El ejercicio es el medio de que se sirve la naturaleza para fortificar y desenvolver nuestras facultades. La tarea del maestro debe consistir en elegir los ejercicios más adecuados para el desarrollo de las facultades del niño.

4º El ejercicio de una facultad no puede verificarse sin un objeto que obre sobre ella. Es, pues, necesario, saber elegir estos objetos.

5º Todo lo que nos rodea sirve para ejercitar nuestras facultades y desarrollarlas. Debe, por lo mismo, un buen educador buscar de preferencia, en la esfera en que vive el niño, los objetos más propios para cultivar sus facultades convenientemente. Nadie puede dudar que el cariño, el afecto, y sobre todo los buenos ejemplos que se le presenten, influirán notablemente en su mejoramiento moral.

6º Puesto que nuestros conocimientos nacen del ejercio de nuestras facultades sobre los objetos que nos rodean, resulta que la observación es la fuente de nuestros conocimientos. De aquí la necesidad de edu-

car nnestros sentidos. y de fortificar en los niños los hábitos de observación comenzado por aquellos objetos que están más al alcance de su tierna inteligencia.

La nueva senda trazada por Pestalozzi, y los buenos resultados que alcanzó en la enseñanza de sus discípulos le hicieron concebir las esperanzas mas lisonjeras. Creyó haber encontrado el medio de regenerar el mundo, y si en éste, comoen tantos otros sucesos de su vida práctica, se engañó, justo es perdonarle un error que tenía su orígen en el más vivo deseo de hacer bien á la humanidad. El que consagra su vida á la realización de una idea grandiosa, si algunas veses yerra, ofuscado por su mismo entusiasmo, merece no sólo el respeto sino el agradecimiento de todos los hombres de corazón

Los acontecimientos políticos de aquella época vinieron á producir un cambio importante en la vida tranquila de Pestalozzi. Napoleón Bonaparte, para hacer cesar la anarquía que reinaba en Suiza, impuso á sus vecinos su poderosa protección. Elegido Pestalozzi diputado, fué á París con los representantes de su patria, el año de 1803, y fiel á sus propósitos de mejorar la enseñanza, presentó al primer Cónsul una memoría sobre la instrucción popular, cuya memoría fué recibida con desden.

Después de sufrir este nuevo desengaño, volvió Pestalozzi á Berthaw, más como durante su ausencia habían acurrido nuevos incidentes, el establecimiento hubo de trasladarse á otro lugar

El instituto se trasladó á la ciudad de Iverdon, en 1805, y los años que siguieron á su traslación fueron sin duda los más felices de la vida de Pestalozzi, formando la época más brillante de su carrera pedagógica.

Fichte en su célebre *Discurso á la Nación Alemana*, pubicado en 1808, indicaba el método de Pestalozzi como el único medio de regenerar á su patria y sacarla del abatimiento en que yacía. No se necesitó más para atraer las miradas de toda Europa hacia el instituto de Inverdon. Comenzaron á llegar alumnos hasta de los países más lejanos; venían de Alemania, de Francia, de Rusia, de España, y de los Estados Unidos, y entre otros hechos curiosos que pudiéra, mos citar es digno de mencionarse aquí que en España se despertó un verdadero entusiasmo en los que tenían á sn cargo el gobirno de la nación, en favor del sistema de Pestalozzi, cuyas obras, según refiere el Príncipe de la paz en sus *Memorias* (1) se hacía leer Cárlos IV á medida que se le iban tradu-

(1) Tomo V. Edición de París de 1839.

ciendo, habiéndose fundado institutos pestalozzianos por el año de 1807, en Madrid, Santander y otros puntos, y teniéndose la intención de propagarlos en toda España y probablemente en Méjico, que aun no proclamaba en aquella época su independencia.

Maestros, sabios, príncipes y reyes llegaban al célebre istituto para estudiar los métodos y admirar los progresos de los alumnos que allí eran educados. Llegaron á contarse hasta doscientos discípulos y cincuenta maestros, además de los numerosos visitantes que eran recibidos, alojados, y alimentados en el mismo establecimiento.

Con el tiempo, sin embargo, comenzó á decaer tan extraordinario entusiasmo. Llegaron á notarse defectos que al principio no se habían advertido: la diversidad de nacionalidades entre los educandos se consideró como un gran defecto; la vida de familia que Pestalozzi se enpeñaba en hacer reinar en el instituto, en vez de la diciplina escolar, daba malos resultados, y estallaron al fin, las disensiones interiores que habían comenzado á hacerse sentir en Berthow. Las palabras que Pestalozzi dirigía con este motivo á sus colegas, merecen citarse aquí, porque nos harán apreciar mejor que cuanto pudiéramos decir, la bondad de su corazón, la no-

bleza de su caracter y su fé inquebrantable en la realización de sus esperanzas; "Mi obra — les decía — ha sido fundada por el amor; pero el amor ha desaparecido de en medio de nosotros y así tenía que suceder. Nos habíamos engañado acerca de la fuerza que este amor exige. Yo no puedo ya remediar el mal. . . . . Esta casa no podrá resistir las pruebas que caerán sobre ella; desaparecerá porque debe desaparecer. Sin embargo, mi obra subsistirá. Las consecuencias de mi falta no desaparecerán jamás. Yo no podría soportarlas. La tumba será mi refugio contra la adversidad; pero *vosotros*, *vosotros subsistiréis* ¡Que estas palabras brillen como una luz de esperanza ante vuestra vista!"

Esto no obstante. Pestalozzi no abandona su obra. En 1814 cuando los aliados se dirigían á Francia, la administración austriaca mandó desocupar el castillo de Iverdon para establecer en él un hospital militar. Felizmente se encontraba en Basilea el Emperador Alejandro cuyo carácter místico y cuyos sentimientos humanitarios parecían á propósito para recibir las inspiraciones del insigne pedagogo. Pestalozzi se pone en camino, desprovisto de todo recurso, tiene que dar, por falta de dinero, las hebillas de sus zapatos á un pobre mendigo que le

pide limosna en el camino, sustituyéndolas, con una cuerda. En este humilde aspecto es presentado al Emperador, quien le recibe con la mayor bondad, y escucha de su boca un largo discurso en que recomienda á sus generosos sentimientos la suerte de los millones de siervos que pueblan su vasto imperio, mostrándole todo el bien que puede hacerles por medio de la enseñanza, y de la educación. Claro está que la órden de desocupar á Iverdon fué revocada.

Una amargura mayor estaba reservada á Pestalozzi. Por este tiempo tuvo la desgracia de perder á la virtuosa mujer que durante cuarenta y cinco años le había acompañado en su larga carrera de infortunios y pobrezas, participando de sus privaciones y sufrimientos, constante siempre al lado suyo, para aconsejarle, inspirarle valor y consolarle en sus frecuentes desventuras. Pestalozzi que tenía entonces setenta años, sintió vivamente esta pérdida irreparable. Durante la noche dice uno de sus biógrafos—cuando el ruido había cesado, se habían apagado las luces, y todos se entregaban al descanso, él bajaba al jardin, donde estaba el sepulcro de su esposa, é iba á confiar sus dolores á esta tumba silenciosa, llorando como un niño, que hubiera perdido á la madre que le dió el sér.

El instituto de Iverdon, despues de varias vicisitudes, llegó al fin á cerrarse definitivamente el año de 1825, cuando Pestalozzi contaba ochenta años. Todavía después de este triste suceso, escribió dos obras nuevas, á una de las cuales puso el significativo título de *El canto del cisne*, como para significar que en ella se encontraban contenidas sus últimas ideas, y sus últimas esperanzas: que era como su testamento pedagógico. La otra se intitula *Mi destino* y es una historia de las miserias de sus establecimientos.

La primera de estas obras contiene, como lo hemos indicado, las ideas expuestas por Pestalozzi sobre asuntos pedagógicos en sus obras anteriores; pero nótase en ella, según opinión de los críticos, un conocimiento más exacto de las realidades de la vida. La experiencia y el tiempo hacen á todos los reformadores, perder muchas de sus primeras ilusiones. El estilo es tierno y sencillo; adviértese en él la sinceridad de un hombre para quien han pasado las esperanzas que halagan nuestra primera juventud, y que habla con ese tono de tierna autoridad que sólo pueden dar los años y la experiencia. «He pasado de los ochenta años, dice al comenzar, y conozco que mi fin se acerca. Y querría, no obstante, hablar de cosas que llenan mi corazón. Dignaos escuchar-

me con atención, retened de mis palabras lo que creais bueno y útil; y si podéis añadir alguna cosa á lo que voy á decir, hacedlo con amor, y por el bien de la humanidad."

Pestalozzi no tuvo mas que un hijo, que murió en el año de 1794 dejando un niño, que fué el que sirvió á su abuelo de consuelo y protección. Al lado de su nieto escribió este verdadero filántropo sus últimas obras. Sus últimos años fueron tristes; pero el respeto y la veneración de sus conciudadanos le acompañaban por todas partes. Cuando visitó el año de 1826 el instituto de Beuggen, un niño depositó una corona de encina en la encanecida cabeza del anciano; este la retiró con voz conmovida y poniéndola á su vez en la cabeza del niño, dijo:

No es á mí, es á la inocencia á quien esta corona pertenece.

Mas tarde, cuando sus fuerzas decaían visiblemente y su fin se aproximaba, dejó escrito en un papel: Mis sufrimientos de estos últimos días son inexplicables. Morir no es nada; pero ver bajar mi obra á la tumba conmigo, es espantoso. ¡Pobres oprimidos, y despreciados! El que tiene cuidado de las aves del cielo no os abandonará. El os consolará, como no se olvidará de mí y me consolará.

Antes de morir dijo á los suyos: perdono

á mis enemigos, y les deseo la paz, ahora que voy á entrar en el reposo eterno. En cuanto á vos, hijos míos, buscad la paz y la dicha en el círculo tranquilo de la familia.

Pestalozzi murió en Brongg el 17 de Febrero de 1827 y hasta el año de 1845 el gobierno de Argovia decidió erigirle un monumento que recordase á la posteridad los padecimientos y los sacrificios de una vida enteramente consagrada al bien de la humanidad Cualquiera que sea el juicio que se forme acerca de sus ideas y de sus doctrinas pedagógicas, nunca podrá negársele el mérito de haber sido el primero que llamó seriamente la atención del mundo hacia la enseñanza de la niñez, dando cuerpo á la idea de una cultura natural, formando de todas sus doctrinas un sistema racional de educación. Aparte de este mérito, tendrá siempre á nuestra vista, otro mayor, y es el de haber confirmado sus teorías con el ejemplo, y haber puesto en la enseñanza de los niños todo su corazón. El amor desinteresado á los niños, lo que acostumbramos llamar vocación para la enseñanza, es á nuestro juicio, la primera, entre las muchas cualidades de un maestro. Todas las demás pueden suplirse por otros medios, pueden adquirirse con el estudio; pero sin amor á los niños, sin vocación, nada de provecho

puede hacerse. Con maestros como Pestalozzi, la enseñanza deja de ser una tarea mercenaria, para convertirse en un apostolado. Por eso nosotros, admiradores de sus virtudes y de su noble carácter, tributamos un grato recuerdo á su memoria, deseando que su nombre sea pronunciado con amor y gratitud por los niños que frecuentan nuestras escuelas.

CONSIDERACIONES GENERALES

SOBRE LA

HISTORIA DE LA QUIMICA.[1]

---

[1] Este y los demás artículos de caráter puramente científico fueron escritos con el único objeto de estimular á los alumnos del Colegio Preparatorio de Orizaba, tomando el autor sus ideas de diversas obras que ha debido consultar, pues nunca se ha dedicado con especialidad al estudio de las ciencias naturales, y publicados en el Boletín de la "Sociedad Sánchez Oropesa."

I.

EN obsequio de nuestros alumnos del quinto año de estudios preparatorios, vamos á trazar en estas breves líneas un bosquejo histórico de una ciencia, cuyos principios más generales están obligados á aprender, conforme al plan de estudios vigente en el Estado. La historia de la Química, relacionada con la de las ciencias naturales en general, y con lo que durante algunos siglos se conoció con el nombre de *arte sagrado* y también de ciencias ocultas, no carece de interés, y demuestra, una vez más, las conquistas hechas por el espíritu humano en el vasto campo que la naturaleza ofrece á sus investigaciones.

Cualquiera que sea la etimología de la palabra Química, que algunos hacen derivar del árabe *Kemia* ó *Kimia,* vocablo que servía para designar todo tratado acerca de las propiedades de los cuerpos, ó de las voces griegas equivalentes á *fundir* y también á *jugo*, es lo cierto que, según la opinión de los eruditos, nada se encuentra en los antiguos que nos haga conocer que sospecharon siquiera la existencia de una ciencia que tiene por objeto el conocimiento de la naturaleza íntima de los cuerpos. Fuera de algunas cuantas observaciones debidas á la casualidad, no podría señalarse en las obras de Hipócrates, de Galeno ó de Dioscórides, ni aun la huella de una operación verdaderamente química. Preciso es descender hasta el siglo tercero de nuestra era, y después á los tiempos de Constantino, Teodosio el Grande y Justiniano, para encontrar algunos hechos curiosos que puedan servirnos de punto de partida para trazar la historia de una ciencia que ha hecho tan admirables progresos en nuestros días. Todos los que han tratado de este asunto están de acuerdo en señalar como precursores de los alquimistas de la Edad Media y de los químicos de nuestra época, á los filósofos llamados neoplatónicos, que fundaron la célebre escuela de Alejandría. Este es un

hecho curioso que merece ocupar por breves momentos nuestra atención.

La fundación y el predominio de esta escuela, á la vez mística y ecléctica, coincide con la extinción del paganismo, ó más bien, fué uno de tantos fenómenos producidos por la caída de la antigua religión. En el momento en que los últimos filósofos paganos hicieron, antes de caer para siempre, desesperados esfuerzos para oponerse al poder irresistible de los dogmas cristianos, una porción de misterios, guardados hasta entonces con el más profundo secreto, fueron revelados á la inteligencia de los profanos.

La filosofía alejandrina, cuya historia ha sido elocuentemente escrita en nuestros días por el ilustre Julio Simón, no fué otra cosa, como dice este distinguido filósofo, sino la tentativa más audaz efectuada por el genio humano para profundizar los misterios de la naturaleza y de Dios (1). Alianza del espíritu griego y del espíritu oriental, de la filosofía y de las religiones, la escuela de Alejandría se distingue especialmente por su carácter místico, pero al mismo tiempo se tiene como heredera de las enseñanzas ocultas del antiguo Egipto, y pretende ex-

---

[1] Historia de l'Ecole d'Alexandrie. Chap. 1º

plicar los misterios de la naturaleza, ó por lo menos, ser dueña de sus secretos, impenetrables para la generalidad de los mortales. De esta suerte, y por extraña manera, los más remotos orígenes de una ciencia esencialmente experimental, se relacionan con la ruina de una antigua religión, y la ciencia que en tiempos modernos había de contribuir más que ninguna otra á desenvolver el espíritu de observación que en la actualidad sirve de base á nuestros conocimientos tuvo nacimiento, si es lícito usar de esta palabra, entre las nebulosidades del *éxtasis* y los arrobamientos de la imaginación de los filósofos gnósticos.

Y en realidad, si reflexionamos un poco, no debe ser tan grande nuestro asombro. El químico, dice un escritor, agrega y desagrega, combina y descompone la materia en que opera, y esto da al iniciado en el *arte sagrado* á sus propios á ojos y los ojos del vulgo, un poder superior al de los demás hombres, que le hace en cierto modo participante de la virtud creadora. Tal sucedía con los sacerdotes del antiguo Egipto, de quienes se dice que tenían sus laboratorios en el interior de los templos, conociendo algunos hechos naturales, reales y efectivos, que les sirvieron de base para fundar sus teorías cosmogónicas, con el au-

xilio de una imaginación exaltada por la grandeza de sus mismos descubrimientos.

Así se explica cómo la historia de la Química en tiempos posteriores, se confunde con la de la mágia y la cábala; con aquella por lo que tienen de extraordinario y sorprendente los hechos que llega á descubrir, con ésta, por el misterio con que se les pretende ocultar. Vemos que aun en nuestros días los sorprendentes fenómenos que el químico puede realizar, dan margen á muchas de las maravillas de la prestidigitación que pasan ante el vulgo como cosas sobrenaturales, hechas por arte diabólica.

Mas, en medio de todo esto, había hechos reales y positivos que debían ser de grande utilidad para los adelantos posteriores de la misma ciencia. Citemos algunos de ellos, tomados de Zósimo, filósofo alejandrino, autor de un diccionario de Química, al cual pertenecen probablemente algunos opúsculos que se encuentran en la Biblioteca Real de París.

1º. Si se calienta agua en una vasija abierta, el agua hierve y se convierte en aire, (vapor) depositándose en el fondo de la vasija una tierra polvorienta y blanca. Luego el agua se convierte en aire y tierra.

2º. Si se pone un pedazo de hierro enrojecido debajo de una campana colocada so-

bre una cuba llena de agua, el volumen del agua disminuye y una bugía encendida inflama el aire interior de la campana. Luego el agua se convierte en fuego.

Ya tenemos, con solo citar estos hechos, explicado como nació la teoría de la transmutación de los elementos, base errónea en cuanto á la manera de explicar los fenómenos, pero perfectamente verdadera en sí misma, puesto que la Química del porvenir no será otra cosa sino la ciencia de la descomposición y de la recomposición de los cuerpos.

Citemos aún algunos otros ejemplos.

3°. Si se quema una porción de plomo ó de cualquiera otro metal, (excepto el oro y la plata) en contacto con el aire, inmediatamente pierde sus propiedades primitivas y se transforma en una substancia polvorienta, en una especie de ceniza ó cal. Mas recogiendo estas cenizas, que son el resultado de *la muerte del metal* y calentándolas en un crisol, con grasa de queso, renace el metal recobrando su forma y sus propiedades primitivas. Luego el metal que el fuego destruye, se vivifica con la grasa del queso y por la acción del calor.

4°. Si se echa un ácido fuerte sobre el cobre, al cabo de cierto tiempo desaparece el último y el líquido adquiere un hermoso

color verde y una transparencia comparable á la del agua pura. Sumergiendo en ese licor una lámina de hierro, se advierte que el cobre vuelve á aparecer con su aspecto ordinario, al mismo tiempo que el hierro se disuelve. ¿Qué conjetura más natural que la de deducir de este fenómeno, que el hierro se convierte en cobre?

Ya tenemos, pues, explicado el origen de la famosa teoría de la transmutación de los metales, que los alquimistas adoptaron después dando origen á los desvaríos de la *piedra filosofal;* teoría fundada en algunos hechos reales, aunque mal comprendidos y peor interpretados. Es curioso notar aquí, que la gran división de los cuerpos en orgánicos é inorgánicos, es de origen relativamente moderno, pues los antiguos, creyendo imitar á la naturaleza, comparaban los metales á los animales y á los vegetales, atribuyéndoles una vida propia. Si todo en la vida se reduce á transformaciones, decían ellos, porque no son otra cosa la germinación, la florescencia, etc., ¿por qué no comprenderlo todo en la misma ley, imitando el principio de unidad que preside á todos los fenómenos naturales? Los metales mueren, se vivifican y se transforman, como todo en la naturaleza.

Ctemos aún, para concluir esta parte de

nuestro estudio, hechos que confirman las anteriores observaciones.

Los vapores de arsénico blanquean el cobre. Conocido este fenómeno, era lógico deducir, mientras no se tuviera un conocimiento más perfecto de la naturaleza íntima de estos dos metales, que el uno podría transformarse en el otro.

Finalmente, cuando se analizan las substancias orgánicas en un aparato de destilación, se obtiene residuo sólido, ciertos líquidos que se destilan y gases que se desprenden. Tales resultados apoyaban la antigua teoría de que la *tierra*, *el agua*, *el aire* y el *fuego* formaban los cuatro elementos del mundo. El residuo sólido (carbón) representaba la *tierra*, los líquidos de la destilación, el *agua*, y los *espíritus* el *aire*. El fuego era considerado unas veces como un medio de purificación, y otros como el alma ó vínculo invisible de todos los cuerpos.

Partiendo de tales principios, la ciencia química da un paso más, denominándose alquimia, pero envolviendo siempre en el misterio los hechos que posee; y fiel á su origen místico, concentra todos sus esfuerzos, durante la Edad Media, en tres grandes aspiraciones, objeto constante de sus desvelos y de sus afanes: la *piedra filosofal*, la *panacea universal* y el *alma del mundo*.

Búscase en la primera la riqueza material tratando de convertir en oro todos los metales; en la segunda, una larga vida y el medio de curar, todas las enfermedades, y en la tercera, la dicha en el seno de la Divinidad ó en el comercio de los espíritus.

En esta extraña mezcla de lo natural y lo sobrenatural se descubre desde luego el origen místico atribuido á la ciencia química. El éxtasis de los filósofos alejandrinos parece haberse transladado al espíritu de los alquimistas de los tiempos medios, quienes, no encontrando satisfecha con los medios naturales de que podían disponer, su insaciable sed de ciencia y de poder, trataban de identificarse con el *alma del mundo* para gozar anticipadamente de una dicha que de otra suerte no podrían conseguir. Por otra parte la ciencia, si tal nombre puede darse á semejantes extravíos, en medio de la confusión en que se encuentra, permanece fiel á este principio fundamental: *la supremacía del espíritu sobre la materia*. Por eso el alquimista, antes de emprender su obra, al ir á ejercitar ese poder extraordinario y soberano de cambiar la naturaleza de los cuerpos, invoca un poder superior y sobrenatural y trata de hacerlo propicio por medio de ritos y ceremonias de carácter religioso. Hé aquí por qué su arte se

llama *magno* y la ciencia que cultiva *sagrada y divina.*

Sería curioso seguir la historia de la ciencia química por este camino, hasta la época en que vino á confundirse con lo que se llamó *magia*, comprobando nuestras afirmaciones con las doctrinas de Porfirio, Jámblico y algunos filósofos de la Edad Media, que encontramos citados en los autores que han escrito sobre este asunto; pero basta, en nuestro concepto, lo que llevamos dicho para nuestro objeto, que no ha sido otro que presentar á nuestros lectores, algunas consideraciones generales acerca de los más remotos y primeros orígenes de una ciencia que, nacida en la obscuridad de los templos antiguos, á la sombra de las instituciones religiosas, empleada después por el paganismo expirante para contrariar las nuevas doctrinas, fomentada en todos tiempos por los delirantes extravíos de la razón humana, y aun alimentada por las aspiraciones incesantes del hombre á librasre de los males que le agobian y á alcanzar una felicidad perfecta, ha conquistado un puesto tan distinguido en el inmenso campo de los conocimientos humanos.

Por lo demás, es harto sabido que los árabes por el estudio que habían hecho de las virtudes de las plantas, contribuyeron efi-

cazmente al adelanto de la Química; así como que la mayor parte de sus descubrimientos fueron debidos al tenaz empeño de los alquimistas en la realización de sus vanas ilusiones. A Armando de Villeneuve, Paracelso, Agrícola y otros iluminados somos deudores del conocimiento de varias de las propiedades del fierro, del mercurio, del antimonio, de la sal amoniacal, del nitro, etc. Buscando la *piedra filosofal* se descubrió el ácido sulfúrico, etc. y se inventaron varios procedimientos para la destilación de los licores fermentados, la preparación del opio y la purificación de los álcalis.

En nuestros días, la inmensa extensión que ha adquirido la ciencia de la composición y descomposición de los cuerpos, y las múltiples aplicaciones que de ella pueden hacerse, nos obligarían á dividirla en:

1º. Química general, que será aquella parte de la ciencia que abrazando todos los hechos generales en que se apoya, así como las leyes de estos hechos, nos pueden conducir al conocimiento íntimo de los cuerpos.

2º. Química mineral ó inorgánica, que se ocupa sólo de lo que tiene relación con el gran reino que lleva este nombre.

3º. Química vegetal y

4º. Química animal, de las cuales puede decirse lo mismo.

Y atendiendo á sus aplicaciones: en química médica, química judicial, química manufacturera y química económica, cuyas denominaciones dan á conocer por sí mismas el punto de vista en el cual se considera la ciencia sin necesidad de más amplias explicaciones.

Tan extensos así son los dominios de la ciencia de que hablamos, la cual aun no ha terminado sus conquistas, y parece hasta cierto punto, destinada á llegar á realizar aquellos locos sueños á que debió su nacimiento, dando al hombre el poder de transformar la naturaleza, haciéndolo participar, dentro de ciertos límites, del poder creador.

II.

En un primer artículo publicado en este Boletín, dimos á nuestros lectores algunas noticias acerca de los orígenes de esa ciencia admirable que está llamada á ejercer, y que ejerce ya, una influencia tan poderosa en los progresos del comercio, de la industria, y consiguientemente en el aumento del bienestar físico del hombre. Hablamos de la Química por la cual ciencia, aunque sin co-

nocerla en toda su extensión, hemos tenido siempre una predilección especial. Todas las ciencias, en efecto, son útiles al hombre, todas se relacionan entre sí, prestándose mutuo apoyo; todas ponen de manifiesto el poder de la inteligencia humana. Pero, teóricamente consideradas, ninguna penetra más hondamente los secretos de la naturaleza, ninguna participa en mayor grado, del poder creador, hasta donde es dado ejercerlo al sér finito y limitado, porque ninguna llega á penetrar la composición íntima de los cuerpos, descubriendo las fuerzas que unen sus moléculas, las leyes que rigen y determinan su manera de ser. Si la Química lograse dar un paso más habría descubierto las misteriosas é impenetrables leyes de la vida.

Continuando, pues, estos nuestros incompletos é imperfectos estudios, proponémonos ahora contestar á esta sencilla pregunta: ¿cuándo nació verdaderamente la ciencia química? ¿cuál de tantos maravillosos descubrimientos puede considerarse como el verdadero fundamento de todas las teorías que han venido á separar con linderos infranqueables los desvaríos de los alquimistas de la Edad Media, de las doctrinas modernas, verdaderamente científicas?

Es cosa harto sabida, y que no hay nece-

sidad de repetir aquí, que la Química es una ciencia nueva, que juntamente con la Geología, la Filología, etc. puede considerarse como hija de nuestro siglo. Es igualmente cierto que una ciencia no se forma de una sola vez, ni es la creación de un hombre solo, sino el resultado del trabajo acumulado de varias generaciones. Todo esto es verdad; pero ello no impide que recordando los fecundos descubrimientos que en el campo de las ciencias naturales se realizaron á fines del pasado siglo y á principios del presente, podamos señalar alguno que más directa y eficazmente haya contribuido á dar á la ciencia una base sólida sobre la cual apoye sus teorías fundamentales. Nosotros desearíamos, para llenar cumplidamente el objeto que nos hemos propuesto en el presente estudio, poder señalar en la historia de la Química un principio tan general y tan fecundo como lo es la historia de la Física, la admirable teoría de la atracción universal. Cuando Newton dijo que todos los cuerpos se atraen recíprocamente con una fuerza proporcionada á sus respectivas masas y á las distancias que los separan, puede decirse que quedó explicado en dos palabras todo el sistema del Universo.

Si en la historia de la Química no podemos citar un principio tan general y tan fe-

cundo, sí podemos considerar, siguiendo la opinión de un sabio tan distinguido como Liebig, el descubrimiento del oxígeno, realizado en 1774 por Priestley, y casi al mismo tiempo por Scheele, como el punto de partida de todos los descubrimientos posteriores que han servido para hacer de los conocimientos químicos una verdadera ciencia.

"A la manera que la semilla se desprenda del fruto maduro, decía Liebig, (1) así la química se separó de la Física, hace sesenta años, para costituirse en ciencia independiente, y dar principio á esta nueva era con los Cavendish y los Priestly. La Medicina, la Farmacia y la Tecnología prepararon el suelo en que debía desarrollar y fructificar la semilla. Su punto de partida fué, como se sabe, una teoría en apariencia muy sencilla, la combustión. Las consecuencias que ha tenido, su utilidad, los beneficios que ha prodigado el descubrimiento del oxígeno han sido tales, que el mundo civilizado ha venido á sufrir una revolución en sus hábitos y costumbres. De este descubrimiento datan el conocimiento de la composición de la atmósfera, el de la corteza sólida de nuestro globo, el del agua y su influencia en la vida de los animales y de las plantas,

---

[1] Cartas químicas.

las ventajas introducidas en la dirección de una serie de fábricas y de profesiones, y en la extracción de los metales. A aquella fecha puede decirse que se refiere el aumento siempre creciente de la prosperidad material de los Estados y de las comodidades privadas de cada individuo. Todos los descubrimientos químicos anteriores han tenido por resultado efectos análogos, y cada aplicación de sus leyes puede producir en cualquier sentido utilidad para las naciones, aumentando su fuerza y prosperidad."

Procuremos, pues, para poder apreciar toda la exactitud de los conceptos anteriores, formarnos una idea clara del fenómeno de la combustión, tan íntimamente ligado al descubrimiento del oxígeno, diciendo algunas, aunque breves palabras, acerca de sus muchas aplicaciones.

Comenzaremos por recordar que la Química es una ciencia esencialmente experimental. La presencia de un cuerpo ó las modificaciones que se verifican en las composiciones de un conpuesto químico no siempre afectan nuestros sentidos, pero las reconocemos si estudiamos sus manifestaciones y sus efectos. Viene después la explicación del hecho por medio de la generalización que expresa una ley química, y conocida la ley que rige los fenómenos y agrupando

después todos los hechos que la observación directa ha podido apreciar, se llega á una espresión abstracta de los mismos fenómenos, esto es, á formular una teoría. De esta suerte, como dice el escritor á quien hemos citado anteriormente, el experimento del químico no es mas que un pensamiento hecho accesible á los sentidos por la forma objetiva, por un fenómeno; sus pruebas y refutaciones se expresan por experimentos que no son mas que la interpretación de los fenómenos que hemos producido voluntariamente.

Hecha esta observación, veamos cómo la explicación del fenómeno tan conocida de la combustión y el descubrimiento del oxígeno que con él se relaciona, pudo ser tan fecundo para los progresos de la ciencia.

En el sentido vulgar de la palabra se llama combustión al cambio total que se opera en la natutaleza de la mayor parte de los cuerpos con emisión abundante del calórico y de la luz; pero en Química no siempre se le ha dado esta acepción. Ya en 1630, Juan Rey, médico francés, habiendo notado que el plomo y el estaño aumentaban de peso por la calcinación, explicaba este fenómeno por la absorción del aire; el inglés Roberto Hooke, dió la siguiente explicación del mismo fenómeno: "el aire en que vivimos, dijo, es el disolvente de todos los combustibles,

á los cuales disuelve, cuando se calientan, dando lugar á la alta temperatura que llamamos fuego. Una parte del cuerpo que arde se transforma en aire, y se volatiliza, mientras que otra se combina con el aire que nos rodea y forma un *coagulum* ó precipitado cuyas porciones ligeras se evaporan mientras que las más groseras quedan fijas."

Como se ve, este autor sólo había puesto su atención en la combustión de los cuerpos ordinarios, de lo cual se había formado una idea más clara que muchos de sus contemporáneos. Pero otros de sus experimentos posteriores hicieron ver que esta explicación lejos de ser general, parecía estar en contradición con otras muchas experiencias, hasta que por el descubrimiento del oxígeno, por Priestly en Inglaterra y por Scheele en Suecia, vino á conocerse la composición del aire atmosférico, así como la diferencia entre el ázoe y el ácido carbónico, dando origen á una nueva teoría de la combustión. Lavoisier, en 1777, probó que esta consistía en una absorción de gas oxígeno y que el aumento de peso en los cúerpos era igual al peso del oxígeno absorbido, lo cual bastó á su elevado genio para dar á la ciencia una dirección enteramente nueva, que expuso, en forma de doctrina, en su *Tratado elemental de Química*, publicado en 1789.

La incertidumbre en que, á pesar de esta teoría, quedaba la producción de la luz durante la combustión, no dejó de suscitar numerosas objeciones; pero dado el primer paso en la explicación experimental del fenómeno, los progresos de la ciencia no podían detenerse. Hoy se da el nombre de combustión en Química, á toda combinación que se efectúa con el concurso del oxígeno ó de cualquier otro cuerpo, el cloro, el azufre, el bióxido de ázoe, por ejemplo, la cual resulta de una reacción entre los diversos átomos que constituyen la molécula de un cuerpo compuesto (ejemplo, la nitroglycerina) y que no es otra cosa sino la pérdida por parte del combustible de toda ó parte de la energía actual que posee, pérdida que encuentra su equivalencia en la producción de cierta cantidad de calor. Si el calor es luminoso, como en la combustión del carbón con el oxígeno, se llama *viva;* en el caso contrario se le da el nombre de *lenta*, como en la oxidación del fierro por el aire húmedo.

Comprendido de esta suerte el fenómeno de la combustión, veamos brevemente, porque los estrechos límites de este artículo no nos permiten mayor amplitud, la multitud é importancia de los hechos que ha venido á explicar, y la influencia que ha ejercido en

la Fisiología, en la Geología, en las artes y en la industria.

Viene desde luego el importantísimo fenómeno de la respiración y de la alimentación, ambos relacionados estrechamente con el asunto de que venimos tratando. La respiración en su acepción más general no es otra cosa, sino el cambio de gases entre el organismo y el medio exterior. La sangre venosa se purifica al contacto del oxígeno del aire y se convierte en sangre arterial. Bajo este aspecto se la puede considerar como una combustión, y así se la ha considerado, en efecto, por muchos fisiólogos, aunque en realidad consiste en una absorción de oxígeno por la sangre y una eliminación de ácido carbónico.

«Las primeras condiciones para el sostén de la vida animal, dice Liebig, son la absorción del oxígeno del aire (respiración) y la introducción de los alimentos en el cuerpo (alimentación.) El hombre y los animales durante la vida absorben constantemente oxígeno por medio de los órganos respiratorios; ni por un instante puede interrumpirse esta función mientras el animal vive.»

«Las observaciones de la Fisiología demuestran que el cuerpo de un hombre adulto, alimentado de un modo conveniente, no aumenta ni disminuye de peso en el espacio

de veinticuatro horas, sin embargo de ser muy considerable la cantidad de oxígeno que en este intervalo se ha introducido en su organismo. Según los experimentos de Swisien un hombre adulto extrae anualmente 746 libras de oxígeno de la atmósfera. ¿Qué se ha hecho, se puede preguntar, de esa enorme peso? A esta pregunta se ha contestado de una manera segura y satisfactoria. En el cuerpo no queda ninguna molécula del oxígeno absorbido; después de haber penetrado en el organismo, es expelido en forma de combinación carbonosa ó hidrogenada. El carbono y el hidrógeno de ciertas partes del organismo se han combinado con el oxígeno introducido por la piel y los pulmones, y luego fueron eliminados por los tegumentos y el aparato respiratorio bajo la forma de ácido carbónico y vapor de agua. A cada movimiento respitorio se separa del organismo animal cierta cantidad de sus principios constituidos, después de haberse combinado dentro del mismo cuerpo con el oxígeno del aire atmosférico. Este fenómeno se repite incesantemente mientras dura la vida.»

Así, pues, la acción recíproca de los elementos nutritivos y del oxígeno, transportado al organismo por la circulación de la sangre, es lo que sostiene la vida, siendo al

mismo tiempo la fuente *del calor animal*: y desde luego se comprende qué influencia tan fecunda debe haber tenido el conocimiento de estos fenómenos, tan íntimamente relacionados con el fenómeno de la combustión, en los progresos de la Fisiología, la Higiene, la Medicina, etc.

Pasando después á otro orden de fenómenos sólo señalaremos, por ser de grande importancia, los de la putrefacción y las fermentaciones, que podemos considerar también como comprendidos en lo que hemos dicho respecto de la combustión, porque en efecto unos y otros no son químicamente considerados sino combustiones lentas, como lo demuestra la experiencia.

Extinguida la acción vital, los átomos órgánicos conservan sólo en virtud de la inercia, su estado, su forma y sus propiedades. Al formarse los tejidos vejetales y animales la fuerza vital está como en pugna con las demás fuerzas, la cohesión, el calórico y la electricidad, que, cuando actúan fuera del organismo se oponen á que los átomos se reunan en grupos complejos de un orden más elevado; pero cuando aquella deja de existir, prevalece la influencia de estas últimas, y esto determina las alteraciones que experimentan en sus propiedades las combinaciones orgánicas sustraídas por la

muerte al imperio de la fuerza vital. Se ha llegado á comprobar experimentalmente que no existe en el organismo parte alguna capaz de fermentar ó podrirse espontáneamente, y que esta suerte de descomposiciones es siempre provocada por el calórico, ó por una acción química, tal como el contacto del oxígeno.

Así por ejemplo, el zumo de la uva, mientras está preservado del aire, no experimenta alteración sensible, y el racimo se seca gradualmente; pero una pequeña lesión, efectuada con una aguja en la película que lo proteje, es suficiente para que se alteren todas las propiedades del zumo. La fermentación de los jugos vegetales, la acidificación y la coagulación de la leche son fenómenos que pertenecen á la misma clase, bien que difieren en la forma

La putrefacción es también una combustión lenta. La causa primitiva y más importante de todas las metamórfosis que experimentan los átomos orgánicos, es, según lo demuestra la experiencia, la acción química que el oxígeno ejerce sobre ellos: la fermentación y la putrefacción, dice Liebig, se desenvuelven únicamente á consecuencia de los fenómenos de una disolución incipiente: su complemento es el restablecimiento del estado de equilibrio. Cuando el oxígeno se

combina con uno de los elementos del cuerpo orgánico, se destruye el estado primitivo de equilibrio que existía en la atracción recíproca de todos los elementos, y esta acción disolvente no cesa sino cuando se ha agotado la aptitud de los elementos orgánicos para combinarse con él, pues en realidad la fermentación ó putrefacción de un cuerpo no es otra cosa que la tendencia de los elementos que lo constituyen á combinarse con el oxígeno, de tal suerte que podemos decir con la Química que los fenómenos de la descomposición orgánica no son más que una especie de combustión que se verifica lentamente á la temperatura ordinaria, durante la cual los productos de la fermentación y de la putrefacción de las plantas y de los animales se combinan sucesivamente con el oxígeno del aire. Extinguida la actividad vital, no existe organismo, ni parte alguna vegetal ó animal, capaz de resistir á la acción química que sobre ella ejercen el aire y la humedad, pues con la muerte se destruye completamente toda la resistencia que el organismo poseía de un modo transitorio, como sostén y agente intermedio de las manifestaciones de la vida; sus elementos obedecen otra vez al imperio exclusivo é ilimitado de las fuerzas químicas.

Se comprende sin necesidad de grande esfuerzo intelectual cuán fecunda en resultados debió ser esta teoría, y cómo la ciencia química ha podido ejercer una influencia tan poderosa en ciencias, que como la Geología tratan de explicar la aparición de la vida en el globo terrestre, ó que, como la Biología procuran explicar los fenómenos que la constituyen y presiden á su desenvolvimiento, no menos que en las artes y las industrias que tienen por objeto evitar la descomposición de los cuerpos, precaviéndolos del contacto del aire atmosférico ó acelerar su descomposición para que sirvan de abono á las tierras agotadas, como lo hace la Agricultura. La simple exposición de ciertos cuerpos al aire libre con el objeto de blanquearlos, no es mas que una aplicación industrial del fenómeno de la descomposición orgánica por la acción del oxígeno.

Si se reflexiona, por otra parte, que esta vasta teoría que sirve al mismo tiempo para explicar la fermentación, la putrefacción y la disolución de los cuerpos, como fenómenos del mismo orden, por la acción química de los cuerpos, principalmente del oxígeno, ha dado lugar á que se llegue á afirmar que nada perece en la naturaleza, se vendrá en conocimiento de cómo el es-

tudio del simple fenómeno de la combustión puede conducir á nuestra mente hasta las consideraciones filosóficas más generales y más elevadas. Todos los fenómenos de la naturaleza, puede decirse, se reducen pura y simplemente á una serie de descomposiciones, cuyo resultado definitivo es la disolución de los principios constitutivos del organismo, ó la restitución de sus elementos al estado en que se hallaban antes de someterse al influjo de la fuerza vital. Mientras tiene lugar esa serie de fenómenos, los átomos, compuestos orgánicos, que pertenecen á un orden de combinación superior, pasan á formar combinaciones de orden inferior, esto es, se restituyen á su punto de partida.

Creemos, por lo tanto, en vista de lo que brevemente hemos indicado en este artículo, que hay razón para considerar el fenómeno de la combustión, claramente explicado desde que Prestley y Scheele descubrieron el oxígeno, como uno de los más generales en la naturaleza, pudiendo decirse que en cuanto es posible señalar la fecha precisa del nacimiento de una ciencia, el de la ciencia Química data del precioso y fecundo descubrimiento del oxígeno, en el último tercio del pasado siglo, debido á los dos eminentes químicos que acabamos de

nombrar, Así se enlazan y relacionan los conocimientos humanos, y cuando la ciencia se apodera de un fenómeno tan común como la combustión, y logra explicarlo satisfactoriamente, se encuentra con una explicación mucho más general, que ni siquiera sospechaba, debido esto á la admirable sencillez de los procedimientos que la naturaleza emplea en la producción de todos los fenómenos. La sencillísima ley de la atracción universal formulada por Newton, dijimos antes, explicó el sistema del mundo; la simple teoría de la combustión, que es la forma más general de las composiciones y descomposiciones químicas, añadimos, ahora, puede en nuestro humilde concepto, contener la explicación de todos los fenómenos que se relacionan con la naturaleza íntima de los cuerpos, y el secreto de todas las transformaciones que se verifican en la naturaleza.

LORD BYRON.

CONFERENCIA DADA POR SU AUTOR
EN LA
VELADA LITERARIA DEL 11 DE FEBRERO DE 1888.

SEÑORAS Y SEÑORES:

LA Sociedad Sánchez Oropesa, firme en sus propósitos y fiel á sus compromisos, reanuda en esta noche, después de una breve interrupción, la serie de sus veladas. Háme tocado en suerte ser el primero que os dirija la palabra en este año, y al hacerlo, debo, en nombre de la Sociedad, manifestar á las personas que me escuchan, nuestro sincero agradecimiento, al ver que continúan, como en los años anteriores, honrando con su presencia estas modestas reuniones, tal vez alentando con sus benévolos aplausos, nuestros humildes esfuerzos.

Un acontecimiento desgraciado fué causa de que, á última hora, la Junta Directiva hu-

biese suspendido la velada ya anunciada para la noche del 21 del pasado. Fué esta suspensión una justa manifestación de simpatía y de cariño á uno de nuestros consocios más queridos, y un homenaje de respeto al acerbo dolor que en aquellos momentos oprimía su corazón.

A consecuencia del mismo suceso, el Sr. Delgado que es la persona á quien aludo, no tomará parte en la velada de esta noche, y esto ha ocasionado cambios importantes en nuestro programa. En la distribución que habíamos hecho de los trabajos para organizar la velada del mes de Enero, especialmente consagrada á celebrar el centenario del nacimiento de Lord Byron, se me había señalado como asunto de esta conferencia la parte puramente biográfica, quedando á cargo del Sr. Delgado, persona más competente que yo por sus talentos naturales y su estrecho comercio con las Musas, el estudio de las obras literarias del gran poeta de Inglaterra.

Pero cambiado, como he dicho, este programa; he debido cambiar también el plan que me había propuesto seguir en esta conferencia, añadiendo algo que no me tocaba decir. Voy á ocupar por algún tiempo vuestra atención, refiriendo, primero, siquiera sea á grandes rasgos, los acontecimientos

más notables de la vida del poeta, para que esas noticias sirvan como de introducción, al ligero estudio que me propongo hacer de sus obras, de su carácter literario y de la influencia que ejerció en la literatura contemporánea.

I.

Jorge Gordon Byron, nació en Londres el 22 de Enero de 1788, siendo sus padres Juan Byron, Capitán de Guardias y descendiente de una ilustre familia de Inglaterra, y Catarina Gordon Gight, rica y noble heredera de Escocia. Parece ser que los desórdenes y prodigalidades de su padre trajeron á la familia á un estado cercano á la miseria, hasta que la muerte de Lord Guillermo Byron, hombre estrambótico y duro, culpable de un homicidio, y tío abuelo del poeta, hizo recaer en éste, niño de pocos años, juntamente con el título de Lord, tan codiciado en Inglaterra, la propiedad del Castillo de Newstead, en el Condado de Nottinghan, mansión austera y sombría; pero al mismo tiempo poética y pintoresca, que los versos del poeta habían de inmortalizar en años posteriores.

La mala conducta de su padre, primero,

y después su muerte, obligaron á la familia á trasladarse á las montañas de Escocia, de donde pasó después el futuro poeta á tomar posesión de sus nuevos dominios; y en este intervalo de tiempo, cuando no contaba mas que diez años, Byron, como Dante, amó con un amor tierno y apasionado, aunque menos constante, á una joven llamada María, cuyo nombre vino después á mezclarse frecuentemente á los delirios de sus otras pasiones.

Era la nueva mansión de Byron, un viejo castillo gótico habitado en otro tiempo por monjes, y que había pasado á su familia en tiempo de las confiscaciones de Enrique VIII. Estaba bañado, de una parte, por un lago, y rodeado de otra, por algunas fortificaciones arruinadas. Circundábanlo tierras estériles y privadas de vegetación En el interior había conservado la forma de antiguo monasterio, una larga serie de pequeñas celdas próximas á caer, vastos salones de paredes desnudas y ennegrecidas por el tiempo. En estos lugares, á la vez tristes y pintorescos, pasó Byron sus primeros años.

Los cuidados de su educación hubieron de apartarle de aquellos sitios que tan vivamente le habían impresionado con sus fantásticas escenas. Comenzó sus estudios en la célebre escuela de Harrow, seminario privilegiado donde se educaba la aristocracia

inglesa, y de allí pasó á la no menos célebre Universidad de Cambridge. Desde sus primeros años dió muestras de un carácter apasionado y desigual, dedicándose á veces con incensante ardor á los estudios clásicos que forman hoy todavía en Inglaterra la base de una sólida educación literaria, y entregándose otras, sin freno y sin reserva, á las agitaciones de una vida inquieta y disipada. En medio de estos desórdenes dió á luz, cuando contaba apenas veinte años, sus primeros versos, dándoles un título que creo podríamos traducir libremente, cambiándolo en este otro: *Ocios Poéticos.* (1)

La crítica, no sólo severa, sino injusta que «La Revista de Edimburgo» hizo de esta obra y de su autor, llenó á este de indignación. Su estro se elevó á grande altura y contestando á tan amargas censuras con una sátira que intituló: «Los Bardos de Inglaterra y los Críticos de Escocia,» hizo conocer al mundo que la Gran Bretaña contaba entre sus hijos un poeta más, un verdadero poeta. En esta sátira, alzándose contra toda superioridad de fama ó de talento, de riqueza ó de nacimiento, hirió profundamente á sus contemporáneos.

El tumulto que levantó en el Parnaso bri-

(1) Hours of Idleness.

tánico esta nueva y vigorosa producción de aquel joven hasta entonces ignorado, determinó sus primeros viajes, y su ausencia de Inglaterra. Pero antes se verificó su entrada al Parlamento.

Fué esta una ceremonia silenciosa y triste. Byron no tuvo ni un introductor, ni un amigo que le acompañase en aquel acto solemne en que iba á tomar posesión de un puesto á que tenía derecho por la nobleza de su origen. Prestó el juramento exigido por la ley en medio de una frialdad aterradora, con la cual la aristocracia inglesa se vengaba de la herida que había recibido, y después de sentarse por breves momentos en los bancos de la oposición, salió de aquel recinto que hubiera ilustrado con su elocuencia, humillado, pero no abatido.

Pocos meses después emprendió su primer viaje, despidiéndose de su injusta patria con aquellas estrofas tan sentidas, cuyos últimos versos resuenan todavía como un gemido de dolor, en el corazón de todos los desterrados.

Fare well, á long farewell
To thee my own my native land.

La guerra que en aquellos momentos conmovía á la Europa entera, no le permitió recorrer sino algunos países del Mediodía;

Portugal, la parte más pintoresca de España, Gibraltar y Malta, y después Albania, Turquía y Grecia.

A su vuelta á Inglaterra trajo, como fruto de estos viajes, los dos primeros cantos de *Child Harold*, poema admirable, lleno de fuerza y de pureza, que fué recibido con aplauso universal, dando lugar á que se le proclamara el primer poeta de su siglo.

Para comprender este acontecimiento de la vida literaria de Lord Byron conviene saber que la poesía inglesa se hallaba en aquel entonces, según opinión de los críticos, en un período de decadencia. No había quien por aquellos días empuñara con mano firme el cetro de la poesía. Los dos últimos genios originales, Cowper y Burns, habían bajado á la tumba; el primero atormentado por pensamientos sombríos, nacidos de un exagerado misticismo, víctima de terrores imaginarios que nos hacen recordar los últimos días de Pascal; el segundo, á quien sus contemporáneos llamaron el Tirteo de Escocia, después de haber encantado á sus compatriotas con sus tiernas baladas y enardecido su amor á la vida libre é independiente de las montañas, con sus cantos guerreros.

La escuela de los poetas *Lakistas* así lla-

mados porque habían elegido como teatro de sus excursiones sentimentales el lago de Cumberland, era una escuela de poesía puramente descriptiva, incapaz de herir con fuerza la imaginación de los ingleses, hondamente impresionada por la grandeza de los acontecimientos que entonces pasaban en Europa.

El célebre Walter Scott, que tan ricos tesoros había de encontrar después en los dominios de la ficción, aun no había adoptado su forma definitiva, y consagraba, como dice un crítico, todo su ingenio pintoresco y descriptivo á poetizar una ciencia de anticuario *en Marmión, La Dama del Lago,* y *El Canto del último Bardo*.

No obstante los pesares domésticos que afligían á Lord Byron, por causa de la muerte de su madre, ocurrida casi en los momentos en que aquel desembarcaba en Inglaterra, esta fué la época más venturosa de su vida. Todo cambió para él con la aparición de Child Harold. El entusiasmo fué universal, y el joven Lord rodeado de una aureola romancesca y de una gloria verdadera, gozó por algún tiempo, de la embriaguez del favor público. La sociedad inglesa, tan medida, tan reservada, tan escrupulosa en la observancia de las fórmulas impuestas por el respeto social, olvidó por un momento las

debilidades del hombre, para celebrar los triunfos del poeta.

Por este tiempo se verificó su casamiento con miss Milbanke, rica y noble joven, cuya mano se disputaban numerosos pretendientes. Tal vez esta joven le aceptó como esposo, seducida por la noble ambición de fijar para siempre, aprisionándole en los lazos de un amor puro y virtuoso, aquel corazón apasionado é incostante. Pero el poeta no debía de disfrutar de las dulzuras del hogar doméstico, y pronto la tranquilidad del domicilio conyugal se vió turbada por escandalosas disensiones.

Después de un año, durante el cual nació una niña á quien se llamó *Adda*, y que vivió casi siempre alejada de su padre que la amaba ardientemente, se verificó entre ambos esposos, una separación legal. Mucho se ha escrito acerca de este pasaje de la vida de Lord Byron; pero lo cierto es, que el más severo de sus biógrafos, el célebre historiador Macaulay, respetando los secretos de la vida íntima, no encuentra ni suficientemente probados todos los hechos que al poeta se atribuyen, ni debidamente justificado el encono con que, á causa de ellos, fué visto por sus compatriotas.

Vino, pues, la reacción, violenta y ciega como todas las reacciones. Tan caprichosa

y extremada en su indignación, como antes lo había sido en su benevolencia, la sociedad británica pareció querer vengarse de los homenajes de entusiasta admiración que había tributado á su favorito. Byron se vió insultado y calumniado, y tuvo que abandonar en el año 1816 las playas de Inglaterra, que no debía volver á ver.

En este segundo viaje recorrió Bélgica, Suiza é Italia, y se estableció por último en Venecia, dejándonos, como recuerdo de sus impresiones en cada una de aquellas comarcas, obras maestras de poesía, y fijándose por último en Venecia. Allí en medio de los placeres de una vida disipada, á los que no eran extrañas las intrigas políticas en favor de la libertad italiana, consagrábase también á algunos estudios serios. Todas las mañanas, veiásele visitar el monasterio armenio de San Lázaro en Venecia y pasar allí largas horas, dedicado, con los sabios religiosos, á descifrar los misterios de la lengua armenia.

Pasando en silencio otros acontecimientos de la vida privada de Lord Byron y haciendo apenas recuerdo de sus amores con una noble dama italiana, la condesa Guicoli, si no más legítimos sí más dignos de mencionarse por el mérito de la persona amada, que los otros muchos, fugitivos y

pasageros que mencionan sus biógrafos, llegamos á la época más triste, pero al mismo tiempo más gloriosa de su agitâda existencia.

Era el tiempo en que la lucha prolongada y dolorosa de los griegos por sacudir el ominoso yugo de la Puerta Otomana, atraía las miradas, despertando vivas simpatías en todos los corazones generosos. Las noticias de aquellos sucesos fueron para Lord Byron como un sacudimiento eléctrico: pelear en aquel bello país que tenía todos los encantos de la poesía y todos los atractivos de los recuerdos, bajo aquel cielo tan límpido; en aquel pedazo de tierra sembrado de tantas ruinas augustas y bañado por las azules aguas del Mediterráneo, que traían á su memoria los hechos heróicos de las repúblicas antiguas, y las grandezas de la civilización helénica; y pelear por la libertad de un pueblo oprimido por dura servidumbre, el cual tendía á regenerarse y á conquistar en la historia del mundo el alto puesto que por derecho de herencia le pertenecía, era una tentación demasiado fuerte para una alma ardiente, entusiasta y generosa como la suya.

Decidióse, pues, á llevar á los griegos el eficaz concurso de sus talentos, sus riquezas y su valor, y aunque pronto desengaña-

do y abatido, al ver los desórdenes y la anarquía que reinaban en el campo de los defensores de la independencia y de la libertad de Grecia, no quiso desistir de su noble empeño. Estaba convencido de la esterilidad de aquella lucha; pero cansado de vivir, mirando tal vez con amargura los días pasados en frívolos amores y escandalosas orgías, resignábase, tal vez, á recibir la muerte en defensa de una causa justa, al mismo tiempo como expiación de sus debilidades y coronamiento digno de su existencia turbada y borrascosa. *Los turcos, el clima ó la fatiga,* decía, *acabaron conmigo*, y otras veces, lleno de indignación: *yo no saldré de aquí, me ahogo en este mar de cieno.*

Todos saben como murió el poeta el 19 de Abril de 1824 en la ciudad de Missolonghi, herido de mortal y breve enfermedad. Los griegos celebraban la Pascua en aquel día, y hubieron de suspenderse los regocijos acostumbrados. Se hicieron rogativas públicas en los templos por la salud del poeta; los habitantes de la ciudad recorrían las calles gritando *el grande hombre se muere.* Se le hicieron los honores fúnebres debidos á su rango y su cadáver fué transladado á Inglaterra.

Por una rara casualidad que acaba de

marcar con un sello novelesco cuanto con Lord Byron se relaciona, al atravesar la comitiva fúnebre el camino de Nottinghan, hubo de encontrarse con ella una noble señora que pasaba á caballo por el mismo sitio. Se acerca, reconoce el escudo de armas de la familia de Byron, da un grito y cae privada de sentido; su mente se turba, y llevada al castillo que habita, aquel delirio que se había creído pasajero, se hace permanente. Era una joven que había amado en otro tiempo con pasión al poeta, y se había visto abandonado por él. Su amor desgraciado y mal comprendido la había hecho perder antes su honra; ahora la privaba de la razón.

Tal es, señores, brevemente narrada y omitiendo multitud de pormenores interesantes, la vida de Lord Byron, vida extraña y singular, principiada en el abandono y el infortunio, continuada entre los placeres y las orgías y terminada en el heroísmo; no exenta, como habéis visto, de gravísimas faltas, pero también embellecida por acciones heróicas; alumbrada á veces por el sol radiante de la gloria, y á veces oprimida por el peso de la injusticia y de la calumnia. Conociéndola, podemos juzgar mejor las obras del poeta.

II.

No sé, señores, cómo la persona que debiera hablar después que yo y cuya falta sin duda alguna tendréis motivo para lamentar, tendría imaginado hacer el estudio crítico de las obras de Lord Byron. No creo que se hubiese limitado á hacer de ellas un estudio superficial, analizando sólo la belleza de las descripciones, el brillo de las imágenes y la tersura y limpidez del estilo. La crítica moderna es mucho más exigente: sin desdeñar el examen de las formas literarias se fija más particularmente en el fondo; cuida de la expresión, pero consagra particular empeño á penetrar el pensamiento; quiere encontrar una fórmula que dé á conocer la significación poética del autor á quien estudia; introduciéndose, por decirlo así, en la parte más secreta y profunda del alma humana, trata de darse cuenta del desarrollo del ingenio poético, estudiando la influencia de las circunstancias exteriores en cada uno de esos hombres extraordinarios, que son para ella como la personificación gloriosa de la época en que vivieron. Este procedimiento que seguramente el Sr. Delgado hubiera empleado con más acierto que yo, es

el que me propongo seguir en esta segunda parte de la presente conferencia, en cuanto me sea posible, atendiendo al corto tiempo de que puedo disponer.

Porque, en efecto, señores, aun moderando lo que puede haber de excesivo en esas teorías según las cuales las circunstancias exteriores pesan sobre el hombre con peso irresistible, no podemos desconocer la influencia que lo que hoy se llama *el medio* en que se vive, ejerce sobre nosotros. No puede negarse, que todos más ó menos, somos hijos de nuestro siglo, el cual, como decía Guizot, es nuestra patria, en el tiempo, así como el lugar en que nacimos es nuestra patria en el espacio.

Considerada bajo este aspecto la vida de Lord Byron es sobremanera interesante é instructiva. Juzgándolo conforme á este criterio, forzoso es tener en cuenta su carácter personal, la educación que recibió, y los acontecimientos dolorosos que atormentaron sus primeros años, y sobre todo el tiempo en que le tocó vivir. Sin esto sería imposible conocerlo.

Había en su naturaleza y hasta en las circunstancias exteriores que le rodearon mucho de excepcional y contradictorio. Un ilustre crítico, dice de él: "Las dotes más estimables que la naturaleza puede dar, y

las satisfacciones más halagüeñas que la sociedad puede ofrecer, se encontraban reunidas en él; pero aquellas mezcladas con defectos involuntarios, y éstas, acompañadas de accidentes inevitables, de que él no era responsable, resultando de aquí el carácter más contradictorio y la existencia más atormentada que se puede imaginar. La graciosa fábula por medio de la cual la Duquesa de Orleans, explicaba el carácter de su hijo el Regente, podría, con ligeras variaciones, aplicarse á Byron. Todas las hadas, á excepción de una sola, fueron invitadas á presidir á su nacimiento, prodigándole sus dones, concediéndole, una la nobleza, otra el ingenio, y la tercera, la hermosura. Pero la hada málevola que no fué invitada, quiso vengarse y no pudiendo privar al recién nacido, de los dones que sus hermanas le habían hecho, mezcló una maldición á cada uno de ellos. En las relaciones sociales de Byron, en sus talentos, y hasta en su persona, había una extraña reunión de cualidades opuestas. Poseía, por razón de su nacimiento, todo lo que los hombres anhelan ó admiran; pero á cada una de estas ventajas iba unido algún motivo de miseria y humillación. Era su familia noble y antigua; pero empobrecida y degradada por una serie de crímenes y de locuras que

habían alcanzado una publicidad escandalosa: tenía grandes facultades intelectuales; pero había algo de enfermizo en su talento, estaba dotado de un corazón generoso y sensible; pero su carácter era caprichos é irritable. Tenía una cabeza escultural, una de esas hermosas cabezas que los artistas se complacen en copiar, y un pie deforme como los que los mendigos arrastran por las calles. (1)

En estas breves palabras está compendiado todo el enigma de la vida del poeta, y en los acontecimientos y en los accidentes de su vida encontraremos los elementos que deben servirnos para trazar su fisonomía literaria.

Educado en la religión protestante debemos suponer que la lectura de la Biblia fué para él, como para todos sus correligionarios, el alimento intelectual de su niñez. Su tierna imaginación debe haberse sentido vivamente impresionada con aquella poesía áspera y ruda; pero al mismo tiempo grandiosa é imponente de los Profetas. Uno de sus biógrafos (2) cree encontrar en las poesías de Byron, algo como la huella de ese genio severo y monótono como el *simoum*, uniforme como el desierto, pero solemne

---

[1] Lord Macaulay.—Ensayos Literarios.—Lord Byron.
[2] Castelar.—Vida de Lord Byron.

como la inmensidad, y sublime como la idea de Dios, de la poesía hebráica.

Recibió también, como antes os he dicho, una educación clásica. Las bellezas del mundo helénico, dormidas en la soledad de las bibliotecas; pero dispuestas á renacer, cuando una fantasía poderosa evoca su gloriosa grandeza, cautivaron desde bien temprano su alma apasionada, produciendo en ella el sentimiento de la belleza estética. Las relaciones maravillosas del Oriente, que leía en su niñez, según él mismo refiere, le hicieron soñar con aquel mundo de placeres y de luz, de pasiones indomables y de voluptuosas y bellísimas mujeres.

Sus viajes contribuyeron igualmente á perfeccionar su ingenio poético. Tenía apenas veinte años, cuando por primera vez abandonó su patria para recorrer las comarcas más bellas y pintorescas de Europa, con esa curiosidad insaciable, con esa sed de placeres y de emociones, con que la juventud toma, por decirlo así, posesión de la vida.

Fruto de este primer viaje suyo fué el poema de *Child Harold*, que un crítico ingenioso (1) compara al itinerario de Rutilio, poeta del siglo V. Es notable, en efecto, la analogía que se advierte entre los dos via-

---

[1] Villemain.—Biografía universal.—Lord Byron.

jeros; ambos precedidos del azote de la guerra, atravesando Rutilio los campos que acababan de recorrer en el siglo V, las huestes de Alarico, y esquivando Byron á principios del siglo XIX el encuentro con los formidables ejércitos de Napoleón, abriéndose los dos, paso por decirlo así, entre los escombros de la devastación, en medio de tantas ruinas materiales y morales, aterrorizado el uno al presenciar la destrucción de la civilización romana, indiferente el otro al contemplar la caída de tantas instituciones seculares; recogiendo aquel los últimos gemidos del paganismo moribundo, y éste los primeros vagidos de la libertad naciente, y consignando ambos sus impresiones, sin orden ni concierto, en páginas admirables.

Mas esta analogía es más aparente que real. El viaje de Child Harold y el Itinerario de Rutilio son poemas descriptivos; pero la poesía descriptiva, que es según la opinión común de los críticos, una poesía de decadencia, adquiere en Byron una fuerza, una viveza, una energía de sentimiento que coloca á éste en un puesto muy alto, superior al que han ocupado todos los poetas del mismo género. Para él los cuadros de la naturaleza y los accidentes exteriores de la vida no son más que el fondo, unas veces

animado y risueño, y más frecuentemente tempestuoso y sombrío, de donde se destaca la figura sublime del poeta, sólo con su pensamiento, con sus pasiones volcánicas, con esa melancolía desdeñosa y altiva que forma el rasgo más notable de su fisonomía literaria, personificando así todo el pensamiento de su época, todas las dudas y todas las inquietudes, todos los rencores y todos los desalientos de una sociedad descreída y descontenta, heredera del excepticismo del siglo XVIII, sin tener la fe que éste tenía en su obra de demolición y de reformas sociales.

Porque Byron fué, en efecto, considerado literariamente, el poeta menos dramático y más subjetivo; y estudiado filosóficamente, el más genuino representante del tiempo en que vivió. Todos los caracteres que ha trazado: Harold contemplando con desdeñosa tristeza las playas de su patria, de la cual cree separarse para siempre; Giaour de pie, aislado en un rincón de su sombrío monasterio, arrojando una mirada siniestra á los que le aconsejan el arrepentimiento, *oyendo los acentos de la oración, sin tomar parte en ella* (1) Manfredo, azotado por los vientos y mojado por las lluvias en medio de los precipicios de Berna; Caín ofreciendo

(1) And hear the prayer, but utter none. *Giaour.*

al cielo un sacrificio que no puede ser aceptado; Lara sonriendo en medio de danzas lascivas; pero gustando con amargura los placeres que embriagan su alma sin saciarla; Conrado descansando altivo y desdeñoso sobre el puño de su espada, después de haber desafiado las iras del mar y la cólera de los hombres, son en el fondo idénticamente los mismos. La variedad no existe, dice Macaulay, sino en las edades, las situaciones y las apariencias exteriores.

Lo mismo sucede con el carácter femenino. Byron no ha concebido ni pintado á la mujer sino apasionada y sumisa, tal como él la deseaba, para hacer de ella la compañera de sus placeres y la esclava de sus locas pasiones.

Mas en cambio, si Byron no puede llamarse como Shakespeare el poeta de las grandes pasiones; sí, por el contrario, podría decirse de él que es el cantor de una pasión única, ¡cuán honda emoción produce en nuestras almas la descripción de esa única pasión que le atormenta! ¡Cuánta profunda verdad hay en aquel pensamiento *infinito como el espacio ilimitado, en el cual se resumen males sin nombre, sin esperanza y sin fin!* (1) ¡Qué

(1) For infinite as boundless space
The thought that conscience must embrace,
Which in itself can comprehend
Woe without name, or hope, or end *Giaour*

inagotable variedad de escenas supo sacar el poeta de su rica fantasía para que sirviesen de cuadro al carácter soberbio y sombrío, altivo y desdeñoso, apasionado y profundamente egoísta de todos sus personajes! Sabido es que Lord Byron dió á las creaciones de su ingenio tanto vigor y tanta vida que muchos confundieron los hechos reales de su vida con los de sus personajes ficticios.

Byron fué, pues, un poeta subjetivo, para quien todo se convertía en substancia de poesía, desde sus estudios más severos hasta sus más locas pasiones. Cada una de las comarcas que recorre; cada uno de los accidentes de su vida le inspira una obra maestra que lleva impreso el sello de su propia personalidad. En las montañas de Suiza, en medio de los ventisqueros y de los lagos agitados por frecuentes tempestades, escribe su *Manfredo*, creación extraña y simbólica, á la manera del *Fausto* de Gœthe, sobre la cual se cierne como un débil crepúsculo de esperanza, la idea de la inmortalidad: (1) la desolación de Venecia le inspira una oda sublime, y la historia tormeutosa y agitada de la Reina del Adriático, las trágicas esce-

(1) Wilson díce refiriéndose al desenlace del Manfredo. "En esta agonía, en estos dolores, y estas sombrías evocaciones, apercibimos, aunque confusos y obscuros, los elementos de una existencia mas pura."

nas de *Marino Faliero*; el sol esplendente de Grecia y la vida aventurera y libre de los piratas de las Islas Jónicas, el poema del Corsario; un episodio de los tiempos turbulentos de la República de Ginebra, hace brotar de su mente esas tristes y desesperantes páginas de *El Prisionero de Chillon* que nos traen á la memoria el episodio del Conde Ugolino en la Divina Comedia; sus estudios serios, en el monasterio de San Lázaro de Venecia, le sugieren tal vez, la idea de proponer en su *Caín*, bajo una hermosa forma poética, las dudas que como relámpagos sombríos, surcaban su mente, planteando uno de los más hondos problemas que turban el espíritu y llenan de congoja el corazón.

Es que, como antes he dicho, Byron era un genio verdaderamente poético, y todo para él se convertía en substancia de poesía. Uno de nuestros compañeros de trabajos, en una de esas gratas conversaciones á que solemos entregarnos los que tenemos alguna afición á este género de estudios, me decía que en su concepto toda la vida de Byron podría encerrarse en esta breve fórmula: fué antes que todo, poeta; podría llamársele el poeta por excelencia; buscó la belleza en todo y quiso realizarla, así en las obras de su ingenio como en las acciones

de su vida; sus mismos extravíos no nacían de otra causa sino de no haber logrado saciar esa ardiente sed de belleza, que es doloroso privilegio concedido á los verdaderos poetas.

Yo encuentro buena esta fórmula y la acepto; pero adicionándola, porque tal como la he enunciado abrazaría en su generalidad á todos los hijos favoritos de las Musas, y no señalaría lo que constituye el rasgo más particular, el carácter distintivo del que fué con especialidad el cantor de los dolores, de las dudas, de las inquietudes, y de las contradiciones de una época literaria, que juntamente con las poesías de Byron, produjo el Werther de Gœthe y el Renato de Chateaubriand; época de cansancio y de hastío, de lasitud moral, en la cual los espíritus de los hombres superiores, cansados de las bajezas de este mundo, y sin tener una fe bastante viva que se las hiciese soportables, pugnaban, por una parte, por elevarse al cielo, y se sentían, por otra, á su pesar, atados por lazos que creían inquebrantables, á las miserias de la tierra.

Byron fué sin duda un poeta eminentemente subjetivo. No cantaba sino lo que tenía dentro de sí, pero dentro de sí tenía, todas las grandezas y todas las miserias de su tiempo.

Háse ordinariamente creído que el mérito poético de Byron depende únicamente de la energía de sus pasiones. También se le ha juzgado tomando sólo en cuenta su carácter personal y los accidentes de su vida. Mucho se ha hablado de aquel espíritu de independencia que le hizo revelarse contra todas las preocupaciones de su patria, de aquel orgullo que pudiéramos llamar satánico, si no hubiese estado acompañado de su sensibilidad esquisita que le hacía bendecir el llanto y despreciar á los que no saben llorar, (1) y de aquella vanidad pueril que no le permitió consolarse nunca de un leve defecto físico y ampliamente compensado con la artística belleza de su rostro; y esto, al mismo tiempo que se nos obliga á recordar el abandono de sus primeros años, las disensiones del hogar doméstico y las injusticias de que fué víctima en el curso de su agitada existencia.

Mas en mi humilde concepto, hay en Lord Byron algo más que el amor á la belleza; y es el pensamiento indagador de su siglo, que continuamente le atormenta amargando todos sus placeres. Y algo también que es extraño á sus pasiones individuales y á los sucesos de su vida, y que es como la revela-

---

(1) Scorn he proud man that shame to wheep.

ción del estado de perturbación moral en que se hallaban los espíritus á principios de este siglo.

En efecto, señores, si prescindimos por un momento de las formas poéticas y nos fijamos en las ideas que constituyen, por decirlo así, el fondo de todas ó casi todas las composiciones de Lord Byron, ¿qué encontramos en ellas? Siempre el mismo pensamiento de rebelión sin las ilusiones y las esperanzas de los reformadores; el mismo orgullo unido al mismo desaliento, el descontento de todo lo que le rodea, sin señalar lo que deba substituirlo, el cansancio de una vida que no encuentra objeto digno de llenarla.

Todos saben, y por lo mismo no hay necesidad de recordarlo aquí, cnáles fueron los vientos que, en filosofía y literatura, soplaron en el siglo XVIII. Siglo de discusión y de análisis, conmovió todas las creencias, llamó á juicio á todas las instituciones, sembrando la vacilación y la duda en los espíritus; pero osado y presuntuoso al mismo tiempo, atrevióse á prometer un remedio radical y eficaz á todos los males que aflijen á la pobre humanidad. Desgraciadamente los resultados no correspondieron á tan halagüeñas esperanzas.

Bien pronto se hizo sentir en los corazo-

nes el hondo vacío que produce la ausencia de toda convicción seria y profunda; aquella filosofía materialista y excéptica no podía dar paz á las almas, ni descanso á las conciencias; en materias literarias se determinó una reacción de la cual fueron iniciadores en Francia Madame Stael y Chateaubriand, en contra de la literatura sensual y licenciosa de la época anterior.

En estos momentos apareció Lord Byron. Preocupada su mente con los grandes problemas que el siglo anterior había planteado sin resolverlos; participando de todas las dudas de los que le habían precedido, sin participar de sus ilusiones; agitado por esa curiosidad inquieta que en tiempos de poca fé impele al hombre á sondear los profundos abismos de su corazón y de su conciencia y aclarar, si le es posible, el triple misterio del origen, de las condiciones y del destino de la vida humana; no encontrando luz que le alumbrara, en su camino, cayó en esa misantropía altiva y desdeñosa, en ese desprecio de la propia vida que experimentan las almas nobles y apasionadas cuando, sintiéndose capaces de grandes cosas, no encuentran un objeto digno que llene por completo su existencia, comparando la esterilidad de sus obras con la grandeza de sus aspiraciones.

Un análisis detenido de las obras de Lord Byron para descubrir en ellas el pensamiento filosófico del poeta, pondría de manifiesto la exactitud de la observación que acabo de hacer. Pero me limitaré á citar un solo ejemplo.

En la composición extraña que llamó *Misterio de Caín*, Lord Byron se aparta, en el sentir de un juicioso y sagaz crítico, de la manera como este asunto había sido tratado anteriormente. «Hay tres maneras diferentes de representar la historia de Abel y Caín, dice Mr. Saint Marc Girardin, (1) que es el crítico á quien aludo; se la puede representar, según el espíritu de la Biblia, como el primer misterio de la Historia Santa; se la puede representar según el espíritu de la literatura como el primer drama de la humanidad; y se puede, en fin, representarla según el espíritu de curiosidad descontenta, que es propia de ciertos siglos, como uno de los más grandes problemas que atormentan á la razón humana. Esta es la manera de Lord Byron.

El interés dramático de su composición no estriba, como observa el mismo crítico, ni en la envidia de Caín por su hermano Abel, ni en el crimen causado por esta en-

(1) Curso de Literatura Dramática.

vidia, sino en el espíritu de curiosidad y de orgullo que forma el carácter del protagonista.

"*¿Qué es la muerte*, exclama Caín, *y quién ha podido someter á los séres á tal calamidad?*"

Así la existencia del mal, inevitable, universal, que por do quier oprime al hombre; las desgracias que pesan sobre la humanidad, y entre ellas la mayor de todas, la muerte, es lo que atormenta al poeta. En este sentimiento de duda y de desesperación, encuentra un resorte dramático más poderoso, que en los tormentos de la envidia y en la primera sangre que manchó la tierra.

Y es que Byron fué poeta como Pascal filósofo. Ambos, turbados por el espectáculo del mal en el mundo, quisieron medir la honda sima de la miseria humana; nada más que lo que fué en uno, hijo de un siglo creyente y religioso, lucha terrible en medio de terrores fantásticos, terminada en misticismo consolador y melancólico; fué en el otro, representante de un siglo orgulloso y descreído, excepticismo cruel y punzante, desdén melancólico y altivo que terminó en cansancio de la vida, y en profundo abatimiento, en el cual el desengaño se anticipa á la experiencia y el hastío al goce del placer.

Con tales antecedentes fácilmente se comprende la influencia que las obras de Lord Byron ejercieron en la literatura de su época. Chateaubriand habla de él con elogio, Lamartine completó el poema de Child Harold añadiéndole un último canto, y en la literatura española, no hay quien ignore que toda una generación poética, cuyo más distinguido representante fué Espronceda, rindiendo homenaje al genio de Lord Byron se inspiró en sus poesías, saboreando lo que en el lenguage poético de aquella época se llamaba *la amargura de la vida, el éxtasis del dolor.*

No sólo sus obras fueron objeto de imitación, sino también su persona y sus debilidades. La imaginación popular forjó un Byron ideal. Su popularidad, como dice Lord Macaulay, no tuvo límites, especialmente entre los jóvenes que no leen sino obras de pura imaginación. Compraban sus retratos, coleccionaban sus menores reliquias, aprendían de memoria sus poemas y hacían los mayores esfuerzos para escribir como él é imitar sus maneras.

Más de cuarenta años han pasado desde la muerte de Byron, y dentro de algunos años, esa gloria fantástica que se quiso unir á las aventuras novelescas de su vida, habrá desaparecido por completo. El Lord Byron

ideal cederá su puesto al Lord Byron verdadero, pero éste seguirá siendo, como dice Macaulay, un hombre joven, noble y desgraciado, y sobre todo, un gran poeta, un poeta de primer orden, cuyas obras durarán tanto, cuanto dure la lengua en que fueron escritas sus admirables poesías.

ALOCUCION

Dirigida á los Alumnos

del

COLEGIO DE ESTUDIOS PREPARATORIOS

DE ORIZABA

en la distribución de premios que se verificó

el 22 de Febrero de 1890.

SEÑORES:

UNA prescripción de nuestro reglamento que debemos tener como laudable, ordena que en el acto solemne de distribuir á los alumnos del Colegio Preparatorio los premios que hayan merecido, se les dirija la palabra para felicitarles por los triunfos que han alcanzado é inspirarles nuevo aliento en la carrera de sus estudios. En cumplimiento de esta prescripción y en sustitución de la persona encargada de desempeñar tal encargo, vengo á este lugar, si en todas ocasiones digno de ser ocupado por personas dotadas de superior talento y animadas de la más recta intención, mucho más cuando el auditorio está principalmente formado de jóvenes de uno y otro sexo, á quienes se trata de hacer comprender la grandeza de las ciencias y la be-

lleza de la virtud. Un orador de Atenas pedía á los dioses, al subir á la tribuna, que no le permitiesen decir nada que no fuese útil, nada que no fuese conveniente. ¿No tendríamos nosotros razón para pedir lo mismo, cuando atraídos por nuestra inclinación ú obligados por nuestros deberes, venimos á este sitio, que tiene algo de la grandeza de la cátedra, por la superioridad que supone en quien le ocupa, y mucho de la responsabilidad del magisterio por las enseñanzas, que desde él se imparten á las multitudes, ansiosas de escuchar la palabra del orador, ya grave y solemne como los consejos de la vejez, ya vehemente y apasionada como las aspiraciones de la juventud, y también á veces tierna y sencilla como las primeras palabras que balbute la niñez?

Mas sea de ello lo que fuere, es lo cierto que los que hemos tenido, no sé si la dicha ó la desgracia de dedicarnos á la enseñanza de la juventud, no podemos prescindir, cuando hablamos en este recinto, ni de la autoridad que imprime el magisterio, ni del cariño que engendra la comunidad de vida. Nos parece -tal vez por ilusión de nuestro amor propio—que cada palabra que brota de nuestros labios, va á resonar hondamente en el pecho de nuestros jóvenes oyentes; y

aun se nos figura que en tiempos lejanos cuando nosotros hayamos dejado de existir; cuando los que fueron nuestros discípulos hayan acrecentado el tesoro de la experiencia agena con los amargos frutos de la experiencia propia, nuestras exhortaciones y nuestros consejos resonarán como un eco lejano, perdido allá en las tristes soledades de su conciencia.

Por eso, señores, en las palabras de un maestro, como en las de un padre, hay siempre tanto de grave y de solemne; y por eso también, en las que yo voy á pronunciar, á falta de otra cualidad, encontraréis la solemnidad que imprime á todos nuestros actos la convicción profunda de la santidad de nuestros deberes y la ternura que engendra un amor sincero, y nunca desmentido, en bien de los alumnos cuya dirección tengo á mi cargo. En la influencia de este doble sentimiento he buscado siempre y buscaré en la ocasión presente, toda mi inspiración.

Señores: Breve será mi discurso: teniendo presentes los fines que nuestro reglamento se propone, será encaminado, como antes he dicho, á animar á los jóvenes que me escuchan, á exhortarlos y felicitarlos.

Los campos de la ciencia son vastísimos y la vida de un hombre nunca será suficiente para recorrerlos todos. Hoy, después de

tantos siglos de contínuos adelantos y de constantes progresos, nos vemos todavía obligados á repetir las palabras de un filósofo de la antigüedad: sólo sabemos que lo ignoramos todo; palabras que, si no pueden tomarse al pie de la letra, cuando se trata de la explicación de algunos de los fenómenos de la naturaleza, nada han perdido de su antigua verdad, si queremos inquirir las causas primeras de las cosas. Ya el poeta latino lo había dicho: *felix qui potuit rerum cognoscere causas.*

Mas esto no quiere decir que el estudio de las ciencias sea inaccesible á nuestra mente. Por el contrario, la ciencia reina como soberana en el mundo. Por ella el hombre se ha convertido en verdadero rey de la creación; vence las resistencias que le oponen las fuerzas ciegas de la materia; encadena y gobierna los elementos; salva los límites del tiempo y del espacio y comunica á sus obras, hasta cierto punto, el don de la inmortalidad, legando á las generaciones futuras el secreto de sus descubrimientos. ¿Qué hubiera sido del mundo sin la Ciencia?; ¿qué sería de nuestra actual civilización, si la privásemos de uno solo de sus auxiliares, del sencillísimo arte de la imprenta?

La Ciencia, pues, Maestra y Señora de las gentes, abre á nuestra mente amplísimos

horizontes. Todo en ella se liga, se relaciona y se fecunda; los progresos alcanzados en uno de los ramos de los conocimientos humanos sirven para hacer adelantar los otros; el estudio de las leyes físicas, facilita el conocimiento de los fenómenos químicos; la Mecánica y la Astronomía, no hubieran dado un solo paso sin el auxilio de las Matemáticas; en la observación de los fenómenos biológicos no puede prescindirse, ni del conocimiento de las leyes mecánicas que rigen á los cuerpos, ni del estudio de las leyes psicológicas que nos dan á conocer el modo de obrar de las facultades que adornan nuestro espíritu. Por eso, cuando se quiere comprender en una sola palabra todo lo que hay de grande, de soberano, de atrayente en ese conjunto asombroso de conocimientos, inmenso por los anchos espacios que domina y por los sacrificios que ha costado el conquistarle, si bien pequeño por lo mucho que aun nos queda por conocer, nos servimos de un nombre general y que en su admirable sencillez lo comprende todo, y no decimos *las ciencias* sino *la Ciencia.*

Ved, por lo tanto, si no debéis consideraros felices, y si no hay motivos bastantes para animaros, exhortaros y felicitaros, puesto que, aunque muy de lejos, os hallais

iniciados en los asombrosos misterios de la Ciencia humana. Habéis dado los primeros pasos que conducen á su augusto templo. Newton no hubiera llegado á descubrir la admirable ley que rige el mundo y á cuyo imperio están sometidos así los átomos de polvo que nuestra vista apenas percibe en un rayo de sol, como esos astros colosales que, á inmensas distancias de nosotros, nos alumbran con su luz y nos vivifican con su calor: hermosas flores del campo de los cielos, como les llama un poeta, si no hubiera comenzado, como vosotros, por aprender los primeros principios de la Ciencia; ni Leibnitz hubiera asombrado al mundo con la profundidad de sus concepciones y la inmensa variedad de sus conocimientos, si hubiera desdeñado, por mezquinas, las primeras nociones científicas que sus maestros le transmitieron.

En las sociedades antiguas, constituidas teocráticamente, como el Egipto, la ciencia era el privilegio de unos cuantos; en las sociedades modernas, la ciencia es la herencia común, de la cual puede libremente disponer todo el que se siente dotado de inteligencia y animado de buena voluntad.

Pero si en este sentido puede decirse que, al venir á recibir aquí la enseñanza que se os prodiga, reclamáis lo que por derecho os

pertenece, lo que nadie se atrevería á negarnos, no por eso dejáis de ser los favoritos de la fortuna, ó mejor diré, los predestinados de la Providencia.

¿Cuántos, en efecto, quizá mejor dotados que vosotros, no habrán encontrado la ocasión de instruirse? ¿Cuántos, sumidos en ignorancia involuntaria, codiciarán las riquezas intelectuales que vosotros tal vez menospreciáis? ¿Cuántos, como yo, envidiarán los tiempos que os han tocado en suerte, al ver que, con un corto esfuerzo de parte vuestra, podéis adquirir noticias y conocimientos que no hace mucho tiempo no se llegaban á alcanzar sino en edad más avanzada y á costa de aislados y muchas veces infecundos sacrificios?

Tenéis, pues, una inmensa deuda de gratitud que satisfacer; de gratitud á los gobiernos que tanto se afanan por vuestros adelantos; de gratitud á vuestros padres que os sostienen en vuestros estudios, luchando quizá con los embarazos de la pobreza ó las angustias de la miseria; de gratitud á vuestros maestros, que, vinculando en vosotros las esperanzas de su fama y la gloria de su nombre, consagran á vuestra enseñanza la parte más florida de su vida y se sienten enorgullecidos con vuestras victorias y humillados con vuestras derrotas.

La sociedad entera—ya lo véis—os estimula con sus aplausos; nuestra modesta casa se engalana para celebrar vuestros triunfos. ¡Grande debe ser el fin á que aspiráis, puesto que no se alcanza sin constantes sacrificios; nobles deben ser vuestras tareas, puesto que así se ven recompensadas! objeto sóis de las esperanzas no sólo de vuestras familias, sino también de vuestra patria, porque ella se interesa en que seais instruidos, honrados y laboriosos.

Estas breves palabras bastan para que comprendáis la magnitud de vuestros deberes.

Y por lo que hace á las jóvenes que van á ser premiadas, y que tienen, por razón de su sexo, tanto derecho á nuestro afecto y á nuestra solicitud, todo lo que he dicho á los alumnos del colegio debe entenderse también dirigido á ellas, porque ellas también necesitan de la ciencia cuyos brillantes resplandores, aunque de lejos, han podido vislumbrar. También ellas han participado de vuestros sacrificios, y como recompensa de ellos vienen igualmente á recibir la corona de la victoria. Si sus deberes de esposas ó de madres las han de tener alejadas del estrépito del mundo, ¡cuánto bien pueden hacer en su modesto existir, si á los atractivos de su sexo saben unir la hermosu-

ra de una alma ilustrada por la ciencia y fortificada por la virtud!

Debo, pues, felicitar á unas y á otros, y si en las palabras que he dicho no habéis encontrado ni la fogosa elocuencia del tribuno, ni las mágicas harmonías de la obra del poeta, sírvanme al menos de escusa la sinceridad de los afectos que las han dictado y mi voluntad constante de procurar, en cuanto de mí dependa, el bien de la juventud.

¡Alumnos del Colegio preparatorio! Tenéis tradiciones gloriosas que conservar. Dirigid la vista por todas partes y encontraréis en las imágenes que la gratitud ha conservado y en los nombres que os hemos enseñado á pronunciar con respeto y con veneración nobles modelos que imitar. "Por turbados y azarosos que sean los tiempos, no puede haber porvenir obscuro para un corazón honrado" Tales fueron las palabras que yo escuché en mi juventud de los labios de quien ocupaba entonces el lugar que hoy ocupo en el colegio; y tales son las que yo os transmito para que os den aliento y valor para luchar con las adversidades de la vida.

¡Jóvenes de la Escuela superior! No veais en lo que acabo de decir la expresión de sentimientos que no sean sinceros, impropios de este lugar y agenos á mi carácter.

¿Cómo pudiera ser indiferente á vuestros adelantos ó dudar de vuestro anhelo por saber, quien sabe, por experiencia propia, cuán precoz es la inteligencia de las niñas cuán dócil es su carácter y cómo su corazón late de entusiasmo cuando se les enseña á pronunciar por primera vez el nombre augusto de la Ciencia!

Con un afecto que pudiera llamar paternal, si no temiese que tan augusto nombre fuese una usurpación de derechos más sagrados, á todos os felicito y á todos os animo para que sin dejaros vencer por las dificultades que podéis encontrar, continuéis, con propósito firme y varonil constancia, la carrera que tan honrosamente habéis comenzado.

BREVES REFLEXIONES

ACERCA DEL

ESTADO ACTUAL DE LAS CIENCIAS.

De algún tiempo atrás viene verificándose un fenómeno que merece particular atención, y es el predomi-io que paulatinamente han ido adquiriendo as ciencias exactas y las ciencias naturales, obre las ciencias filosóficas y morales.

Todos saben, que Francisco Bacon, Can-iller de Inglaterra, Barón de Berulamio, ió un golpe de muerte á la filosofía escolás-ca que por tantos siglos había dominado in rival en las escuelas, señalando la expe-iencia como base indispensable de nuestros onocimientos.

Sus palabras son tan claras y tan signifi-ativas que no podemos dejar de copiarlas extualmente. "Debemos por otra parte, di-e, olvidar lo que sabemos, y colocarnos,

como los niños, frente á la naturaleza. Porque acontece con el reino de la naturaleza, como con el reino de los cielos; es necesario hacerse niño para entrar en él. Por el contacto inmediato con la creación y por la observación atenta de los hechos y de los fenómenos naturales y no por medio de axiomas y de hipótesis, es por donde el naturalista debe elevarse al conocimiento del orden y de las leyes que rigen el mundo físico." (1)

En nuestros días este predominio ha llegado al extremo de excluir del campo de la ciencia á la metafísica que se ha considerado inútil, según los modernos sistemas de filosofía positiva.

Esta tendencia de nuestra época, se ha hecho sentir de dos maneras; primero, en el régimen de los estudios; y segundo, en la estimación que ordinariamente se hace de los conocimientos que los hombres de ciencias han adquirido, ó de las obras que diariamente se publican acerca de los variados ramos de los conocimientos humanos. Temerario sería el negar que á esta tendencia débense en gran parte los asombrosos adelantos que son un título de gloria para la civilización moderna.

---

(1) Novum Organum.

Otro de los rasgos característicos de nuestra época, es la aplicación práctica que hoy se hace de todos los conocimientos científicos. La línea divisoria que antiguamente separaba las ciencias de las artes va borrándose día á día, y hoy se advierte una tendencia muy marcada, á sujetar todos los procedimientos de la vida industrial, fabril, y aun económica á principios científicos. Claro está que no debemos hacer mención de esta propensión sino para elogiarla cual merece. En nuestros días el arte no puede definirse: una operación hecha conforme á principios conocidos de antemano, fundados puramente en la experiencia; llegará un tiempo, tal vez no lejano, en que no existan las artes, sino ciencias aplicadas, nombre que hoy va sustituyendo en muchos casos á las antiguas denominaciones de artes fabriles, industriales, etc.

"En nuestros días, dice Figuier, la Ciencia interviene en todo; la hallamos en nuestras vías de transporte rápido, en nuestros medios de correspondencia instantánea, en la distribución y comodidades de las habitaciones que nos abrigan, en la luz artificial que nos alumbra y hasta en la chimenea que nos calienta. Llevando á todos los ramos de la industria su fecunda enseñanza, la ciencia ha enriquecido á las generaciones actuales.

Ha aumentado en proporciones inesperadas su bienestar material; cooperando á su poder físico, ha extendido la esfera de su actividad intelectual; ha llegado á ser, por último, una de las principales fuerzas de los Estados modernos.

Otro rasgo, por último, que conviene señalar aquí, característico de la época presente, es la creación de nuevas ciencias. La ampliación que éstas han adquirido (hablamos con especialidad de los naturales) ha hecho indispensable la división y subdivisión que de muchas de ellas se ha hecho, hasta el punto que sería difícil reducirlas á número. Esto no es sino una consecuencia natural de la inmensa extensión que han adquirido en la edad moderna los conocimientos científicos.

Los antiguos comprendían bajo el nombre general de Física todas las ciencias naturales. ¿Cuántas divisiones se han hecho después de esta inmensa ciencia?

Quede, pues, consignado que las divisiones y subdivisiones que hoy se hacen de las ciencias, no son caprichosas y arbitrarias, sino una necesidad ingente de nuestra época; necesidad que se hará sentir más cada día, y que no podemos predecir hasta dónde llegará, porque no podemos prever hasta dónde llegarán las conquistas de la inteligen-

cia sobre la naturaleza, que es lo que forma el vasto dominio de las ciencias. Cada descubrimiento nuevo da la clave para nuevos descubrimientos; cada conocimiento que se adquiere facilita la adquisición de nuevos conocimientos; cada ley de la naturaleza que se descubre abre el camino para descubrir otras leyes, antes desconocidas. Si hubiéramos de reducir á una fórmula exacta nuestro modo de pensar acerca de esto, diríamos que los conocimientos científicos están en relación con el tiempo en que se adquieren como una proporción geométrica con relación á una aritmética, ó lo que es lo mismo, que son como los términos logarítmicos del tiempo que se emplea en adquirirlos.

Así, pues, el movimiento científico de nuestra época está caracterizado por estos tres rasgos distintivos: primero, predominio de las ciencias exactas y naturales; segundo, aplicaciones prácticas de los conocimientos científicos, cada día más marcado; y tercero, división y subdivisión de las ciencias hasta un punto que no es dado concebir.

Estas triviales reflexiones que al parecer, por ser tan sencillas, no merecerían ni el trabajo de consignarse por escrito, serán, no obstante, objeto de estudio para las edades futuras, cuando nuestros descendientes

quieran darse cuenta del camino que las ciencias han recorrido y de lo que ha caracterizado á cada una de las épocas anteriores, como hoy nosotros tratamos de investigar y de explicarnos los adelantos científicos alcanzados desde los principios de nuestra civilización y de conocer lo que hicieron en pro de la Ciencia las edades que precedieron á la nuestra.

ESTUDIO LITERARIO

leído en la

VELADA LITERARIA EXTRAORDINARIA

dedicada por la

SOCIEDAD SANCHEZ OROPESA

á celebrar el
centenario del nacimiento del poeta mejicano
D. MANUEL CARPIO
la noche del 4 de Abril de 1891.

SEÑORAS Y SEÑORES:

OS es ya conocido el objeto á que está especialmente consagrada esta velada literaria. Nuestra sociedad, que sostenida por vuestra constancia y alentada por vuestros aplausos, ha visto sucederse, con toda regularidad, estas familiares y agradables reuniones en el espacio de más de cuatro años, y que ha tenido ocasión de celebrar en el transcurso de este tiempo el centenario del nacimiento de dos poetas extranjeros de los más grandes que ha producido nuestro siglo. Lord Byron y Lamartine, y el de otros dos poetas mejicanos, el P. Ochoa y D. Manuel Eduardo de

Gorostiza; no podía dejar de aprovechar la oportunidad que hoy se le presenta de honrar de una manera especial la memoria del Sr. D. Manuel Carpio, uno de nuestros poetas más preclaros, nacido en el territorio veracruzano.

Motivos que no es necesario referir impidieron que esta velada se verificase el primero del pasado mes de Marzo, día que de antemano teníamos señalado; mas si en ello hubo falta de nuestra parte, queda ésta ampliamente reparada, puesto que, merced á tal demora, podemos hoy unir á los justos homenajes que vamos á tributar á tan egregio compatriota nuestro, los de un huésped distinguido á quien nuestra sociedad mira con particular estima, y cuyos dictámenes literarios tienen una autoridad de que sin duda alguna carecen nuestras humildes producciones. (1)

Sirvan estas breves palabras de premábulo al presente estudio, y para aprovechar un tiempo que por su brevedad es precioso para mí, entraré desde luego á tratar del asunto de esta conferencia, suplicándoos que me concedáis vuestra benévola atención.

La crítica literaria puede emplear diver-

---

(1) Alude el autor á la presencia del Sr. D. José María Roa Bárcena, quien se dignó asistir á esta velada y leer en ella un elogio de Carpio.

sos procedimientos para alcanzar su objeto, porque también son varios los elementos que debe tomar en cuenta cuando trata de quilatar el mérito de un poeta ó de un escritor determinado. Puede estudiarse éste en sus obras, haciendo completa abstracción de la época en que le tocó vivir, de las circunstancias que le rodearon, y de lai nfluencia que haya ejercido en sus contemporáneos; ó bien, atendiendo á todos estos accidentes, estudiando con exquisita diligencia todas estas circunstancias, que no por ser exteriores é independientes de nuestra voluntad, dejan de tener grande influjo en las obras del arte, señalarle el puesto que debe ocupar entre los poetas ó escritores de la misma clase. Posible es también, y con más especialidad si de un poeta lírico se trata, examinar sólo la forma exterior del pensamiento, la obra puramente artística, prescindiendo de las ideas y sentimientos en ella expresados; pero se puede también –y aun parece que es obligación del crítico el hacerlo,—penetrar en las profundidades del alma del poeta, sorprender los secretos de su conciencia, vivir con su propia vida, para determinar su carácter literario y darle la parte de gloria que le pertenezca en la obra grandiosa que la poesía tiende á realizar, que no es otra, sino elevar el pensa-

miento y el sentimiento del hombre á regiones más serenas, donde reina la belleza y donde el arte brilla con toda la majestad de su hermosura.

Basta el buen sentido para comprender que el empleo exclusivo de cualquiera de estos procedimientos podría ser causa de gravísimos errores. Por el contrario, todos los elementos que he indicado deben entrar en la crítica literaria, si esta ha de corresponder á la grandeza y dignidad de su oficio. Pero como no todos ellos entran en la misma medida, de aquí procede la diversidad de dictámenes y pareceres, lo cual hace que aun estando todos de acuerdo en la parte principal, como sucede en esta vez, teniendo cada uno su manera especial de estimar las cosas, podamos todos emitir libremente nuestra opinión sin temor de fatigar á nuestro auditorio con repeticiones enojosas.

Así yo, por ejemplo, sin dejar de confesar que en la época en que Carpio se formó aun se conservaban en la literatura española, de la cual la nuestra no había sido hasta entonces más que un pálido reflejo, muchos resabios de la escuela prosaica que prevaleció á fines del pasado siglo, lo cual hace mayor su mérito por haberse librado de tan funesto influjo; sin negar la saludable in-

fluencia que ejerció en nuestra naciente literatura por medio de sus enseñanzas y su ejemplo, en la Academia de Letrán, al lado de Quintana Roo, Pesado y otros célebres literatos; elogiando, como es debido, el raro acierto que tuvo Carpio en consagrar todo el vigor de su inspirado numen á la poesía descriptiva, para la cual tenía maravillosas aptitudes, y admirando, como admiro, la frescura y lozanía de su imaginación, la abundancia de sus recursos poéticos y la naturalidad y pureza de su estilo, doy con toda la preferencia, al emitir mi humilde juicio acerca de él, á otra cualidad suya que me parece ser la que le caracteriza y le distingue, imprimiendo á sus producciones un sello especial que no permite que se les confunda con las de ningún otro poeta. Los versos de Carpio son á mi modo de ver originales, no con esa originalidad que buscan algunos y que erróneamente hacen consistir en expresar ideas y sentimientos extraños á la generalidad de los hombres, sino con esa originalidad de buena ley, que consiste en que la obra artística reciba y conserve el sello de la personalidad de su autor. Lo que admiro y aplaudo en Carpio es lo que, á falta de otra expresión más propia para haceros comprender mi pensamiento, me atrevería á llamar el concierto dicho.

que se advierte en todas sus facultades, la completa y constante sinceridad del sentimiento que le anima, la unidad moral de su carácter literario, la identificación del poeta con su obra; de cuyas cualidades procede la elevación y espontaneidad del pensamiento, la verdad de los afectos y la viveza y naturalidad de las imágenes.

Las poesías de Carpio son sin duda un reflejo fiel de su alma, y su alma era hermosa, porque encontrándose en posesión tranquila de la verdad, y sometiéndose á la ley severa del deber, no se veía turbada ni por las agitaciones de la duda, ni por el embate de pasiones desordenadas. Esa admirable y feliz armonía entre las facultades del alma, que tan raras veces se alcanza, no es sólo condición indispensable de nuestra dicha, sino también fuente de donde nace toda belleza real y duradera. El arte griego no encontró medio más apropiado para expresar la suprema belleza, sino imprimiendo en el rostro y en la actitud de sus dioses esa serena hermosura que los modernos en vano se han esforzado en igualar. El dolor mismo, esa honda perturbación del ánimo, rebelde por su naturaleza á toda ley, y de la cual brotan en la lira de otras poetas acentos de patéticos efectos y á veces de desesperación sublime, es en

Carpio, como veremos después, un sentimiento mesurado y contenido, que estando en perfecta armonía con los demás afectos que el poeta expresa, realza, en vez de turbar, la belleza del conjunto.

El Sr. D. Bernardo Couto, en el prólogo que puso á las poesías de Carpio, nos da á conocer la teoría que éste se había formado del arte. "Pensaba—dice el respetable literato—que la poesía se encierra toda en imágenes y afectos, y que el pensamiento propiamente dicho pertenece á otro distrito, el de la filosofía." Esto, á mi modo de ver, sería negar á la poesía todo fin trascendental, y aun pudiera confundirse semejante opinión con las teorías modernas que sostienen que el arte tiene en sí su propia finalidad, lo cual enuncian con el conocido apotegma de *el arte por el arte.*

Mas yo veo la cuestión de otra manera. Para mí la teoría poética de Carpio no era ni podía ser otra cosa sino una consecuencia lógicamente deducida del concepto general que tenía formado de la vida, del origen y de los destinos del hombre, porque la concepción artística, á causa de la unidad fundamental de nuestro espíritu, corresponde ó debe corresponder siempre á las demás concepciones de la mente. Es cierto que el poeta puede cantar, y de ordinario

canta las turbaciones pasajeras de su espíritu, y que disfruta del raro privilegio de dar calor y vida, por sólo el esfuerzo de su poderosa imaginación, á ideas y sentimientos que no son sus ideas ni sus sentimientos personales; pero esto, lejos de destruir, no hace mas que confirmar el carácter esencialmente subjetivo que se ha atribuido á la poesía lírica, porque sólo se puede expresar bien y sentir bien lo que nuestra mente acepta como verdadero, aunque sea de una manera transitoria y temporal.

En Carpio, ni como ficción poética se encuentran empleados tales recursos, y esto es lo que he sido osado de llamar la constante verdad y sinceridad de sus afectos, la unidad moral de su carácter reflejándose en la unidad poética de sus obras.

Encontrándose en posesión plena y tranquila de la verdad religiosa, amándola como se ama lo que forma parte de nuestra propia vida, mirando en ella la solución de todas las dudas y el consuelo de todos los dolores; caminando, por decirlo así, y mirando caminar á los hombres y á los pueblos bajo la mirada protectora de la Providencia, ¿qué otra cosa podía ser para él la poesía, sino el medio de comunicar á los hombres, revestidos con el brillante ropaje de la imágen, los afectos sencillos, tiernos y

puros que abrigaba su alma? ¿Para qué pedir al pensamiento filosófico sus inquietudes, á la conciencia sus terrores, al dolor sin esperanza sus amarguras, á la vida, en fin, insondable y pavoroso misterio si no se la contempla á la luz de la fe, el secreto aterrador de su origen, de su destino y de su fin?

¡Cosa curiosa y digna de notarse! Carpio que tuvo tan especial predilección por los asuntos bíblicos, hasta habernos dejado una preciosa serie de cuadros en que ha pintado con vivísimos colores, copiando, por decirlo así, del natural, el aspecto físico de aquellas comarcas que presenciaron los primeros crímenes de los hombres y sus primeras catástrofes, haciéndonos sentir, ya la tristeza y soledad del desierto, ya la frescura de aquellos valles

Poblados de frondosos tamarindos,
De palmeras ruidosas y flotantes,
De naranjos altísimos y lindos
Con blancas flores y hojas resonantes;

Carpio, que parece haber sido testigo presencial de aquella escena, en la cual

Anegada la tierra con sus montes
De cristal una esfera parecía,
Y el Arca blandamente se mecía,
Pasando de horizontes á horizontes;

Carpio, que parece haber escuchado la cólera del Señor, cuando para castigar el orgullo del Faraon

El Nilo bramaba, bramaban los mares,
Bramaban sus costas, silbaban los vientos;
De Tebas y Tanis los hondos cimientos
Del rayo temblaban al rudo estallar.

Carpio, finalmente, que hizo su lectura favorita de ese libro admirable que inspiró al Maestro Fray Luis de León su sencillez sublime, á Herrera su elevada entonación, á Rioja (1) las lúgubres lamentaciones llenas de pompa y henchidas de tristeza que dejaban caer sobre los campos marchitos y las ciudades destruidas; (2) no era, en mi concepto, un poeta bíblico en la genuina significación de esta palabra. Es digno de notarse que en la colección de sus poesías no se encuentre una sola imitación ó traducción de algún pasaje de Job, el poeta sublime del dolor humano, que llega hasta la blasfemia para venir después á la adoración, ni del

---

[1] Bien sabemos que la famosa canción á Las Ruinas de Itálica á que aquí se alude ha sido atribuida, á lo menos en cuanto á sus rasgos principales á Rodrigo Caro según un manuscrito descubierto en la Catedral de Sevilla; pero conformándonos á la costumbre, hemos citado á Rioja como autor de dicha composición, porque en ello no hemos encontrado inconveniente.

(2) Palabras de Donoso Cortés en su discurso sobre la Biblia.

Miserere, ese canto del alma humillada y arrepentida, cuyas frases como dice un escritor, [1] cuando resuenan en el ámbito de nuestros templos, parece que se arrastran de rodillas por los suelos, con la faz en tierra, pronunciando el *deleiniquitatem meam*.

Carpio tomó de la poesía hebraica mucho del colorido y de la viveza de las pinturas; poco de la rudeza y osadía de la expresión; casi nada del elemento dramático que palpita en las páginas obscuras y misteriosas de ese libro divino que contiene el drama eterno del hombre en sus relaciones con la divinidad, porque Carpio era no sólo un poeta religioso, como se ha dicho de ordinario, que buscaba su inspiración en la poesía del pueblo hebreo, sino un poeta esencialmente cristiano. Resueltos para él los hondos y pavorosos problemas que á la humanidad aterran; iluminado por los resplandores de la fe más viva y más completa, ni la duda le agita, ni el dolor le espanta. Dueño por la misma fe de la clave misteriosa que abre las arcanas puertas de lo pasado y de lo porvenir, del tiempo y de la eternidad; poseedor, si podemos expresarlo así, de los secretos del hombre y de los secretos de Dios, no discute ni se revela co-

[1] Felipe Picatoste. Estudio sobre la Frase, en Religión, Ciencias, Literatura, etc.

mo Job, no vacila como los Israelitas, no desfallece como David, sino que sencillamente cree y adora, haciendo de la poesía, la más bella entre las bellas artes, porque es la más completa, la más universal y la más humana, el medio de hacer participar á los demás hombres de la grandeza de sus pensamientos y de la pureza de sus afectos.

Este me parece que es el verdadero sentido de la teoría poética de Carpio, y así creo que deben entenderse las palabras del Sr. Couto que he copiado más arriba, las cuales comprendidas de otra manera contendrían un absurdo, porque no puede existir la poesía sin un pensamiento filosófico ó religioso que la informe. Así se explica igualmente la predilección de Carpio por la poesía descriptiva, la cual, como todos sabemos, nació ó tuvo su mayor desarrollo bajo la influencia del Cristianismo, cuando tranquilo el hombre respecto de su origen y su destino, descifrado para él el misterio de la creación, pudo comprender y estimar las inagotables hermosuras de la naturaleza. (1)

Carpio no es, pues, como con frecuencia se ha dicho, solamente un poeta religioso, sino un poeta creyente y piadoso, inspirado

---

(1) Vease nuestro modesto estudio sobre la poesía descriptiva, que se publicó en los *Anales de la Sociedad Sánchez Oropesa.—1881.*

siempre por la idea cristiana, como es fácil demostrarlo, recorriendo rápidamente sus poesías. Así, por ejemplo, y eligiendo como objeto de nuestro estudio la composición al *Sér Supremo*, con que comienza el tomo de sus versos, desde luego se nota la diferencia entre ésta y las composiciones de otros poetas sobre el mismo asunto.

Carpio, en quien la idea del poder y de la grandeza de Dios iba siempre unida á la de su bondad infinita, no se eleva, es cierto, en la composición que acabo de citar, hasta la magnífica entonación de Fray Luis de León, cuando, interpretando los acentos sublimes de David, exclama lleno de lírico entusiasmo: (1)

Bendice ¡oh alma! á Dios,
Señor, tu alteza,
¿Qué lengua hay que la cuente?
Vestido estás de gloria y de belleza,
Y luz resplandeciente.
Encima de los cielos desplegados
Al agua diste asiento,
Las nubes son tus carros, tus alados
Caballos son los vientos.
Son fuego abrasador tus mensajeros
Y el trueno y torbellino...

También es cierto que en la poesía de

[1] Salmo 103.--Benedic, anima mea, Domino.

Carpio la idea de la grandeza de Dios comparada con la pequeñez y fragilidad del hombre no se graba en nuestras almas de una manera tan enérgica como en aquellos hermosísimos versos de Lamartine, que en su laconismo sublime parecen haber agotado cuanto pudiera decirse para dar una idea del Sér infinito y eterno que nuestro espíritu no puede concebir sino con una existencia necesaria.

Il est; tout est en lui; l'inmensité, les temps
De son être infini sont les pures elements;
L'espace est son sejour, l'eternité son âge,
Le jour est son regard, le monde est son image.

Mas en cambio, ¿quién no descubre en los versos de Carpio los afectos de un poeta profundamente cristiano, que canta porque se desbordan de su alma tiernamente agradecida, los sentimientos que le inspira la contemplación de la Bondad Divina, sus inmensos beneficios, atestiguados por toda la creación. Se siente luego que su alma está llena de la idea de Dios, cuando se le oye exclamar:

O tienda yo mi vista en la llanura
Que va á perderse allá en el horizonte,
O penetre la lóbrega espesura
De algún oculto y pavoroso monte;

Ya contemple del mar la vasta anchura
O á la espléndida esfera me remonte,
¡Grande y sublime Sér! en todo ello
Contemplo absorto tu divino sello.

Luego se ve que el Dios de Carpio no es como el Dios de los filósofos, una idea laboriosamente elaborada por el pensamiento, confundiéndose con la idea absoluta de lo Infinito, sino el Dios de la conciencia, el Dios de la humanidad, cuya existencia y cuya grandeza proclaman en concierto todas las lenguas y publican en variado y harmonioso lenguaje todas las criaturas; menos todavía el Dios abstracto de los panteístas, rey solitario, como dice Cousin, relegado más allá de la creación, en el trono desierto de una eternidad silenciosa, sino el Dios personal de los cristianos, el Dios clemente y bueno, á quien el poeta puede dirigir, con toda la efusión de su alma confiada y conmovida, las siguientes palabras:

Tú tiñes las adelfas y las rosas
Aun en botón, en púrpnra brillante;
Las azucenas puras y olorosas
Colocas en su tallo vacilante;
Las amapolas frescas y pomposas
Se abren, Señor, bajo tu soplo amante;
Y del tomillo en las pequeñas ramas
Mil flores hermosísimas derramas.

Haces nacer el cedro en las montañas,
Y el sauce á las orillas del torrente
Do nacen los helechos y las cañas,
Y yerbas mil en la estación ardiente:
De la tierra fecundas las entrañas
Con el calor y el agua dulcemente,
Y así los campos de verdor revistes,
Tornando alegres los que fueron tristes.

Sería necesario recitaros todo esta hermosa composición en la que siempre he encontrado belleza y novedad, no obstante tratarse de un asunto cantado por tantos poetas, para comprobar el juicio que he emitido. Nunca he podido leerla, sin que se vengan á mi memoria, por el contraste que con ella forman, aquellos otros no menos hermosos versos de Bermúdez de Castro en los cuales el poeta supone que su alma angustiada, envuelta en las sombras de la duda, busca á Dios por toda la creación sin poder encontrarle, seguramente porque su nombre adorable había sido borrado del fondo de su corazón.

Carpio, ni por una ficción poética hubiera podido exclamar como el poeta español: (1)

---

(1) Bermúdez de Castro.—Poesías.—Los versos que he copiado confirman lo dicho en el texto: el poeta puede cantar una agitación pasajera de su espíritu, y Bermúdez de Castro estaba muy lejos de expresar en estos versos una duda real y verdadera de su espíritu. En la misma composición canta después las bellezas y los consuelos de la

¿En dónde? ¿En dónde estás? ¿Por qué tu frente
Entre las sombras del misterio velas?
¿Dónde á la vista ansiosa te revelas
Del mortal que te busca por doquier?
¿Cuándo esta duda horrible que me abrasa,
Disipará tu gloria refulgente?
Escucha ¡oh Dios! mi súplica ferviente,
Ven á mi voz, Omnipotente sér.
He recorrido la llanura inmensa
A los trémulos rayos de la luna,
Ni un árbol, ni una flor; fuente ninguna
Derramaba sus ondas de cristal:
Te llamé, te llamé, y el horizonte
Los cielos con la tierra confundía;
Pero silencio general cubría
La extensión del tristísimo arenal.

Menos hubiera podido añadir como el mismo poeta después de haber buscado á Dios vanamente en los altares que la humanidad levanta, y en el santuario augusto de la conciencia:

¡Ay! ¿Dónde estás? Junto al altar en vano
La noche me miró, me alumbró el día;
Ni el alba clara, ni la luna fría
Te llevaron mis lágrimas jamás.
En la frente buscaba del cadáver
Una sola verdad, una creencia.....

---

fe; mas, en nuestra pobre opinión, esta última parte es débil comparada con la primera. El grito de alegría del alma al encontrar á Dios, debía ser tan apasionado y vehemente como lo fué el grito de angustia y de dolor al buscarle vanamente, interrogando á la creación.

Y nada me indicaba tu presencia;
¿En dónde, Sér Supremo, en dónde estás?

No, repetiré por último, para poner término á esta comparación que en el punto de vista de la belleza artística pudiera ser sobremanera interesante, entre dos composiciones que revelan dos estados diferentes del alma; no, del corazón de Carpio nunca hubieran podido brotar esos desgarradores acentos, que tan hondamente nos conmueven porque nos hacen sentir el frío intenso de la nada; en su poética no podía entrar la negación y la duda como elementos de belleza, porque en su alma tampoco podían tener cabida, ni constituir un estado psicológico que consideraba imposible. (1)

---

(1) Este estudio comparativo entre las poesías de Carpio y las de algunos otros poetas sobre los mismos asuntos, sería por demás curioso, y en mi concepto, confirmaría la verdad del juicio que he emitido. Además de las poesías que he citado, pudiera también traer á este cotejo el Himno á la Divinidad, de Arolas, no destituido de mérito, que comienza así:

Señor, tú eres Santo; yo adoro, yo creo:
Tu cielo es un libro de páginas bellas,
Do en noches tranquilas mi símbolo leo
Que escribe tu mano con signo de estrellas,

Otra poesía de Meléndez Valdés *La presencia de Dios*, pudiera también servir para un estudio semejante. Su primera estrofa expresa la misma idea que las de Carpio, salvo el sentimiento de inquietud, que en Carpio está sustituido por la confianza. Dice así:

Doquiera que los ojos
Inquieto torno en cuidadoso anhelo,
Allí, gran Dios, presente
Atónito mi espíritu te siente.
Allí estás, y llenando
La inmensa creación, do en alto empíreo
Velado en luz te asientas
Y tu gloria inefable á un tiempo ostentas.

Este sentimiento de fe robusta y de tierna piedad cristiana resplandece en todas las demás composiciones de Carpio. Sin tomar en cuenta aquellas que por la naturaleza de sus asuntos no podían ser de otra manera, y cuyos hermosos versos todos hemos aprendido á repetir de memoria desde niños; sin necesidad de recordar aquí aquel triste y melancólico paisaje que pudiera ser trasladado al lienzo de un artista, en el fondo del cual se destaca la augusta figura del Redentor del Mundo, llenando de asombro y de pavor á los ángeles y á los hombres.

Caminando con paso vacilante
Entre soldados de robustas cotas;

sin traer á la memoria aquellas estrofas á cuya lectura parece que se siente el fuego abrasador del medio día y el vapor de la caliente arena que hace torcer el cuello del espinoso cardo, y que sirven de fondo al cuadro en que se pinta la desolación y el dolor sin semejante de la Madre del Verbo; puede asegurarse que Carpio nunca deja de ser el poeta profundamente cristiano, aun cuando trate de asuntos que parecen, extraños á los afectos piadosos que le inspiran.

Así, en una de sus poesías patrióticas, la que lleva por único título *Méjico*, poesía en

que como en todas las suyas predomina el elemento descriptivo, después de pintar con variados y vivísimos colores, en versos que han llegado á ser populares, la hermosura incomparable de nuestro cielo, nuestros campos siempre cubiertos de verdura, nuestros volcanes coronados de eternas nieves, el poeta que no puede olvidar que es creyente, exclama al terminar:

Es mi voto postrero patria mía,
Pedirle al cielo que dichosa seas,
Pedirle al cielo que otra vez te veas
Como en un tiempo cuando Dios quería.

El te devuelva tu riqueza y galas,
Y te enjugue tus lágrimas hermosas;
Y te corone de laurel y rosas,
Y te cubra benigno con sus alas.

Y en la otra, *Méjico en* 1847, escrita, como su título lo indica, bajo la impresión de amargura y tristeza que causó en el ánimo del poeta la desgraciada guerra con los Estados Unidos del Norte, mirando los desastres que al fin sufrimos, como un castigo del Cielo por nuestras guerras fratricidas, dice movido de santa indignación:

¿Cuál es el campo que la guerra impía
Una vez y otra vez no ha ensangrentado?

¿Y cuál de las montañas no ha temblado
Al trueno de pesada artillería?

¿Qué ciudades, qué pueblos ó desiertos
No han visto los más bárbaros estragos?
¿Dónde están los arroyos y los lagos
Que no tiñó la sangre de los muertos?

En medio á tanto mal, el incensario
Llenó de humo los templos ofendidos;
Y cánticos, y lloros, y gemidos
Sonaron en el lúgubre santuario.

En vano todo; el indignado cielo
A Méjico en su angustia desampara,
Y el terrible Jehová vuelve la cara
A los pueblos sencillos de otro suelo.

Aun en sus poesías puramente históricas, en esa preciosa colección de sonetos, que es como una hermosa galería de cuadros en que nos dejó pintados de mano maestra el amor de Fedra, la despedida de Héctor, la muerte de César, etc., así como en los otros en que figuran personajes históricos modernos, se advierte, en cuanto la naturaleza de los asuntos lo permite, y lo consiente la estrechez de la forma, que es un poeta cristiano quien juzga de los hombres y de las cosas. Es un error el suponer que de la poesía descriptiva esté desterrado de una manera absoluta el elemento personal; tal suposición

es absurda porque el hombre todo lo llena con la inmensidad de sus afectos, todo lo anima con la intensidad de sus pasiones; y la naturaleza y la historia, como asuntos de puras descripciones, serían, la primera, un templo vacío en que no se levantaría ni una sola voz para adorar al Creador, y la segunda, una ruina gigantesca cuyo silencio no se vería turbado ni por el ronco zumbar del huracán, ni por el agudo silbido de los vientos. Carpio, en los sonetos primeros que he citado, no toma de los asuntos paganos sino aquellos sentimientos que por su universalidad pertenecen á todas las regiones, y al tratar de los asuntos históricos propiamente dichos, en nada desdice de aquella gravedad templada y triste, de aquella superioridad serena con la cual, conforme al criterio cristiano, se juzgan los sucesos de la historia.

Me falta tiempo para hablaros de Carpio como poeta erótico; pero todos saben que la primera entre sus composiciones de esta clase se distingue por la suavidad, ternura y pureza de los afectos; cualidades todas que sólo pueden concebirse en el amor, mediante la transformación que este sentimiento universal sufrió bajo la influencia saludable del Cristianismo. El *Turco*, de Carpio, como se ha dicho en són de censura, es un

cristiano disfrazado con el traje de los sectarios de Mahoma; y yo diré más todavía; es el poeta mismo que aun privando á su composición del calor que puede dar la expresión de los sentimientos personales, y ocultándose, por una especie de pudor que prueba la limpieza de su alma y la severidad de sus costumbres, bajo un personaje ficticio, ha sabido expresar en hermosos y encantadores versos, la intensidad de una pasión casta y pura, contenida por el respeto debido á la mujer á quien se ama, y aumentada por los tormentos de la ausencia. ¿Quién no recuerda aquellas estrofas tan naturales, tan sencillas, que parecen haber brotado espontáneamente de la pluma del poeta, y que una vez leídas se graban para siempre en la memoria?

Tanto, sin tí, me agobian los pesares,
Que á veces en la noche me importuna
Ver levantarse la redonda luna
Allá detrás de los hirvientes mares.

¿Qué me interesa en el distante cielo
El centellante Orión y Cinosura,
Si tan lejos estoy de tu hermosura
Unico bien que sin cesar anhelo?

¿Qué me importa sin tí la blanca nube
Volando incierta por el aire leve?

¿Qué los grandes y verdes platanares
Que fresco el viento vagaroso mueve,
Si nos separan los inmensos mares?

¿De qué me sirven los jacintos rojos,
El lirio azul y el loto de la fuente,
Si no los han de ver aquellos ojos,
Si no han de coronar aquella frente?

Por último, señores, y para concluir este ya cansado estudio, diré que, á mi juicio, la filosofía toda de Carpio, tomando la palabra filosofía no en el sentido de la inquieta investigación de la verdad, sino como criterio de nuestra inteligencia, sabiduría de nuestra vida y guía de nuestra conducta, se encuentra admirablemente compendiada en el siguiente soneto, con que termina sus poesías sagradas, que parece haber salido de la mística pluma de San Juan de la Cruz El último grito del hombre, aun del hombre rebelde, cuando la mano de Dios no le ha abandonado por completo, es siempre un grito de adoración, de sumisión y de respeto, ¿con cuánta mayor razón no debe serlo el postrer gemido de un alma tierna y piadosa:

Yo tengo un Padre allá en el alto cielo,
Que á los hijos de Adán ve con ternura
Y, si les da su copa de amargura,
Les da también su celestial consuelo.

Tengo un Hermano que en el triste suelo
Por el hombre vertió su sangre pura,
Y aquel Consolador que en gran ventura
Cambia las tibias lágrimas y el duelo.

Hoy que me hace llorar naturaleza,
Y me cerca de sombras y de horrores,
Me vuelvo á tu benévola grandeza.
Y si á tí no dirijo mis clamores,
¿A quién he de ocurrir en mi tristeza?
¿A quién he de ocurrir en mis dolores?

Conocido ya, en cuanto la brevedad del tiempo y la cortedad de mis talentos lo han permitido, el elemento que predomina de una manera casi exclusiva en las poesías de Carpio, y que comunica á sus obras un carácter especial, haciendo brillar en ellas una admirable unidad de pensamiento, tiempo es ya de que nos preguntemos: ¿cuál es el puesto que en justicia le corresponde entre nuestros poetas líricos contemporáneos?

¿Tienen sus composiciones poéticas un mérito real que las haga durables y que aumente el brillo de nuestra literatura nacional? ¿Será verdad, como algunos han dicho, que correspondiendo á otros ideales, que pasaron para no volver, esos hermosos versos, que fueron el encanto de una generación próxima á extinguirse, serán arrebatados por los vientos del olvido?

No sé realmente lo que deba contestar á estas preguntas. Refiriéndome á mis sentimientos personales, diré: que admiro sin reserva el carácter moral de Carpio; que para mí es de donde procede su originalidad poética, no sólo porque fué formado con las enseñanzas cristianas que constituyen el consuelo y las esperanzas de mi vida, sino también, y esto es lo que más importa cuando de la belleza artística se trata, por la pofunda y constante sinceridad que se revela en todos sus escritos y que da fuerza, vigor y vida á todos los sentimientos que conmueven su alma y que comunica á sus lectores. En Carpio el hombre es el poeta y el poeta es el hombre.

Hay épocas desgraciadamente en la historia, en que la sinceridad es una rara y extraordinaria virtud. Fórmanse, á veces, ideas ficticias, sentimientos artificiales que en nuestra ceguedad tomamos como la expresión sincera de lo que pensamos ó sentimos. Todos, más ó menos, solemos participar de este estado de perturbación moral, tomando como una situación permanente de nuestro espíritu lo que sólo es un desfallecimiento pasajero de nuestra fe, la agitación tumultuosa y transitoria de nuestras pasiones ó una ilusión de nuestro amor propio. Encontramos ó creemos encontrar cierta apa

rente grandeza en colocarnos, como individuos ó como pueblo, fuera del círculo de verdades, que á ratos nos parece estrecho, en que por tantos siglos se ha encerrado la vida de la humanidad. De aquí nacen en filosofía las dudas, las incertidumbres y las contradicciones, y en poesía y en todas las bellas artes, las concepciones poco vigorosas, los sentimientos falsos ó exagerados, las expresiones hiperbólicas y la falta de un criterio cierto y seguro para comprender y estimar la belleza verdadera. El poeta puede, es verdad, colocarse en situaciones excepcionales, y esto es precisamente lo que constituye el elemento dramático del arte; pero lo excepcional debe encontrarse en las circunstancias exteriores que tienen su origen en las múltiples y variadas relaciones de la vida, no en el sujeto en quien reside la facultad de pensar y de sentir. Si lo contrario sucediese, el poeta aparecería como un sér extraño á los demás y su voz se perdería en el vacío sin encontrar un eco en el corazón de los otros hombres.

Cuando con más ó menos claridad este es el espectáculo que de ordinario se presenta á nuestra vista; cuando observamos tendencias muy marcadas á apartarnos de la sencillez sublime que constituye la verdadera poesía, porque buscamos también la comple-

jidad en vez de la simplicidad de las pasiones; cuando solemos dejarnos deslumbrar por la descripción de sentimientos artificiales y por lo mismo falsos; grato es para nosotros dirigir nuestra mirada hacia atrás, y contemplar una existencia tan llena, tan armónica, cuya unidad no fué jamás interrumpida, reflejándose en la obra imperecedera del poeta.

Bien sé que Carpio no es uno de aquellos poetas de primer orden, como Homero y Dante, que pertenecen á todas las épocas y á todas las civilizaciones, ante cuyo altar se arrodillan atónitos los hombres de todas las edades, pero sé también que la crítica le ha señalado un lugar excelso entre nuestros poetas descriptivos; [1] sé también, y esto vale para mí más todavía, que su nombre ha sido ensalzado y bendecido durante muchos años por todos los que hemos nacido bajo este cielo cantado por él en inolvidables estrofas, y que aun hoy día su recuerdo es objeto de veneración y de amor para todas las almas tiernas y piadosas. Si alguna duda abrigara acerca de su mérito poético, me bastaría decir al que pretendiese negarle una larga vida en la memoria de

---

(1) Tal es la opinión del Sr Pimentel en su Historia Crítica de la Literatura y de las Ciencias en Méjico.

las generaciones venideras: leed sus versos, y admirando al poeta, aprenderéis á amar al hombre. Si como se ha dicho, no hace muchos días, en la Academia Francesa, la mejor literatura es la que transportada á la vida real crea una noble vida, nosotros podemos decir que la poesía más sublime es la que, siendo el reflejo de un existencia honrada, ha servido para inspirar á los hombres nobles pensamientos y sentimientos tiernos y virtuosos.

EL CARDENAL MEZZOFANTI

Artículo extractado de la REVISTA DE EDIMBURGO. (1)
Núm. 205 de Enero de 1855,
y leído en la Sección literaria de esta Sociedad,

---

[1] «La Revista de Edimburgo.» uno de los periódicos más acreditados de Europa, fué fundado en los primeros años de este siglo. siendo sus fundadores Jeffrey, Sidney, Smith, Horner, Walter Scott y Lord Coekburn. Su primer número apareció el diez de Octubre de 1802.—*Dic. Universal de Larousse.*

HE elegido como asunto de mi lectura de esta noche, las noticias contenidas en el acreditado periódico intitulado «La Revista de Edimburgo,» acerca del Cardenal Mezzofanti, uno de los hombres más notables de nuestra época, por su maravillosa aptitud para aprender y hablar diversas lenguas. Quizá no pueda citarse en los tiempos modernos un caso más extraordinario, y bajo este concepto, he creído que escucharéis con agrado lo que acerca de este personaje se escribió en uno de los periódicos más afamados, tanto por su antigüedad, como por la reputación literaria de los individuos que en él han escrito. El presente extracto os servirá también para conocer la manera concienzuda y la erudición con que está redactado ese periódico.

En el artículo á que me refiero se comienza por recordar que la aptitud para el conocimiento de los idiomas extranjeros, constituye una aptitud especial, de la cual no pueden citarse muchos ejemplos. Carecemos también, según el mismo articulista, de los medios indispensables para poder apreciar hasta qué grado llegaron los antiguos en este género de conocimientos. Si hemos de dar crédito á Aullo Gelio, dice el articulista, el poeta Enio no estaba poco pagado de su saber como lingüista, pues acostumbraba á decir, en son de alabanza, que tenía tres cabezas, puesto que hablaba tres idiomas diferentes: el latín, el griego y el osco.

Debemos deducir de aquí, que el estudio de las lenguas no fué muy cultivado por los antiguos; y como según el autor de este estudio, ni Bayle en su famoso diccionario, ni Gibon en sus conocidos trabajos históricos, admirables en el punto de vista de la erudición, ni otros curiosos investigadores, como Feijó, Disraeli, ni aun los mismos filólogos, como, Adelung, Pallas y Vater, procuraron reunir las noticias esparcidas en innumerables obras, comparándolas entre sí, para poder conocer los adelantos de los estudios lengüisticios de la antigüedad; parece conveniente, al tratarse de un ejemplo

tan extraordinario, como el que el Cardenal Mezzofanti nos ofrece, traer á colación lo que sabemos de otros personajes celebrados en los tiempos antiguos por su aptitud para el estudio de las lenguas.

El primer ejemplo extraordinario que se nos presenta, es el del célebre Mitridates, rey del Ponto, de quien dice Aullo Gelio que hablaba corrientemente con los individuos de todos los pueblos que tenía bajo su Imperio, que eran veinticinco. Otros historiadores sólo hacen mención de veintidós. Algunos comentadores han considerado esta noticia como exagerada, y otros han querido amenguar el mérito de Mitridates, diciendo que no se trata de lenguas propiamente tales, sino de dialectos de un mismo idioma. Pero la verdad es que no hay razón fundada para poner en duda el hecho. Plinio, refiere, como cosa perfectamente cierta, que Mitridates acostumbraba hablar con cualquiera de los súbditos de su Imperio, personalmente, sin necesidad de intérprete, expresándose con tanta propiedad como si hablase su propio idioma.

Después de este personaje notable, hay que bajar hasta los tiempos posteriores al Cristianismo, encontrándonos con San Jerónimo, cuyos estudios críticos de la Biblia, nos demuestran que estaba versado en

el estudio, no sólo del griego, el latín, y el hebreo, sino que también conocía el ilírico, que era su lengua patria, y otras lenguas orientales. Debemos creer que la mayor parte de los padres de la Iglesia, tuvieron iguales ó semejantes conocimientos, dado que así lo requerían los estudios á que se habían dedicado. Este período de la historia literaria de Europa, fué favorable al estudio de las lenguas, el cual comenzó á declinar desde la muerte de Constantino.

Las cruzadas deben haber favorecido algún tanto estos estudios, por la comunicación con los pueblos del Oriente; y debemos suponer que muchos caballeros, que tuvieron que sufrir largas prisiones durante las Guerras Santas, volvían á Europa con no escasos conocimientos prácticos en los idiomas Persa, Arabe, Siriaco y Turco.

Más adelante (en 1428) un soldado húngaro, prisionero de los turcos, que volvió á Europa después de una ausencia de treinta y dos años, publicó la relación de sus aventuras, y tuvo la feliz idea de añadir á la narración de sus viajes, como muestra de los idiomas que hablaban los pueblos que había visitado, la oración del Padre nuestro vertida en estos idiomas. Este ejemplo fué seguido por otros viajeros ó escritores curiosos, hasta haberse llegado á publicar, en

años posteriores, colecciones análogas que contenían la misma oración en cincuenta idiomas.

Pero estos estudios, no obstante su utilidad como materiales para la formación de la ciencia filológica, no pasaban de ser curiosos, puesto que ninguno de ellos contenía el estudio comparado de la estructura y formación de las lenguas, ni observación alguna que pudiera servir para fundar la ciencia que hoy conocemos con el nombre de filología.

El verdadero ensayo de este género, fué debido al sabio jesuita español D. Lorenzo Hervas y Panduro, cuyo mérito nunca será bastante elogiado, puesto que, con razón, puede llamársele el fundador de una ciencia nueva. Su colección comprende la oración del Padre nuestro en trescientas siete lenguas diferentes, además de algunos himnos y otras oraciones en otros veintidós dialectos adicionales; todo con análisis y notas gramaticales, acerca de la estructura y carácter particular de cada idioma. Ya he dicho que este es el primer trabajo importante en la ciencia filológica.

Casi contemporánea á ésta, fué la compilación de Pallas, sabio filólogo, bibliotecario de la biblioteca Imperial de San Petersburgo, quien puso su obra bajo la protec-

ción de la célebre Catalina II, Emperatriz de Rusia. Vino después Adelung, sabio alemán autor de la compilación llamada Mitridates, obra escrita con mejor método, miras más filosóficas y verdadera base de los estudios etnográficos.

Pero nuestro articulista advierte que las noticias que nos ha dado se refieren más bien á la ciencia de la filología y no al conocimiento práctico de los idiomas. Los autores citados no hablaban todas, ni siquiera una pequeña parte de las lenguas que citan, y de las cuales traen ejemplos, por lo cual no pueden servirnos de punto de comparación para estimar la extraña y prodigiosa aptitud del Cardenal Mezzofanti á quien el mismo articulista considera superior, en cuanto al conocimiento práctico de las lenguas, á cuantas personas han tenido la misma habilidad. Aquellos han sido filólogos y nosotros debemos buscar noticias acerca de los lingüistas solamente.

Después del renacimiento de las letras, la mayor parte de los sabios se dedicaban al estudio de las lenguas muertas; siendo cosa común entre ellos, el conocimiento del griego, del hebreo y algunas otras. La biblia políglota complutense (1517) es una prueba del celo que se ponía en el estudio de las lenguas orientales en aquella época.

Cita después varios nombres de eruditos ingleses, de algunos de los cuales llegó á decirse, que conocían hasta veintiocho idiomas; pero advierte que no hay pruebas suficientes para poder asegurar que las hablasen corrientemente en la conversación, así como también los de algunos sabios viajeros alemanes y rusos, distinguidos naturalistas que se hicieron notables por sus estudios lingüísticos, no menos que por sus descubrimientos científicos; pero acerca de cuyos conocimientos prácticos en las lenguas de los muchos países que recorrieron, no pueden estimarse por falta de seguras noticias.

Preciso es, pues, que nos fijemos en aquellos de quienes tenemos más amplios y seguros pormenores. Entre ellos figura, en primer término, el célebre Juan Pico de la Mirandola, nacido en 1463. Desde sus primeros años fué considerado como la maravilla de su siglo. Antes de que cumpliese diez años, daba lecciones de Derecho Civil y Canónico y era reputado como un prodigio de elocuencia. Sus conocimientos en las lenguas era tan extraordinario, como en todo lo demás. A los dieciocho años se decía que conocía veintidós lenguas diferentes, la mayor parte de las cuales hablaba correcta y fácilmente. Murió de treinta y un años.

El Rabino G. Pertel, aunque de una fama menos universal, parece que no le era inferior en esta clase de conocimientos. Después de haber vivido en Francia, fué enviado al Oriente por Francisco I, con una misión científica, y aunque no se sabe con certeza cuántas lenguas hablaba, se dice que eran muchas, y él mismo se vanagloriaba de ello, diciendo que podía dar la vuelta al mundo sin necesitar intérprete.

Otro sabio notable de la época fué el conocido Justo Scalligero, de quien se refieren cosas que parecen fabulosas. Dícese que leyó la Iliada y la Odisea completas en veintiún días y todos los poetas griegos en cuatro meses; que hablaba el hebreo con notable facilidad; que podía leer en la oscuridad; que le era fácil repetir ochenta estrofas de una poesía oyéndolas una sola vez, y que nunca olvidó una cosa que había visto ó sabido. Hablaba correctamente trece lenguas, enumeradas en la siguiente estrofa de un poeta contemporaneo suyo:

Scalliger, merveille de notre age
Soleil des savants qui parle eleganment,
Hébreu, Grecois, Roman, Espagnol, Allemand,
Francois, Italien, Nubien, Arabique,
Syriaque, Persian, Anglois, Chaldaïque.

Otro lingüista muy notable fué Crichton,

á quien se dió el epíteto de admirable. Su vasta inteligencia abrazó todas las ciencias y los conocimientos de su época. Se decía de él que antes de llegar á los dieciseis años, sabía diez idiómas y que al llegar á los veinte, poseía igual número de lenguas diferentes. La noticia más segura que de sus conocimientos en esta materia ha llegado hasta nosotros, es su célebre tesis sustentada en la Universidad de París, en la que ofrece disputar en doce idiomas, Hebreo, Syriaco, Arabe, Griego, Latín, Español, Italiano, Francés, Inglés, Alemán, Flamenco, y Slavo.

Después de algunos ejemplos, llega el autor del artículo que vengo extractando, al personaje que es el objeto principal de su estudio.

José Gaspar Mezzofanti, nació en Bolonia en 1774, en una clase por demás humilde. Fué educado en una escuela de caridad y su padre, que era artesano, le dedicaba á seguir el mismo oficio que él. Sucedió felizmente, que el tinglado donde su padre tenía su banco de herrar caballos, estuviese, como es común en Italia, delante de una pequeña casa habitada por un eclesiástico que daba lecciones á algunos niños, enseñándoles el griego y el latín. El jóven Mezzofanti, que escuchaba algunas palabras á través de

la puerta ó la ventana, se aprovechó tan bien de la instrucción que á aquellos se daba, que un día sorprendió á su inconsciente maestro con el descubrimiento de que sin haber visto un solo libro en griego ni conocer el alfabeto de esta lengua, había adquirido tal copia de palabras, y las pronunciaba con tal propiedad, que sobrepasaba en mucho al aprovechamiento que los otros alumnos habían alcanzado. Aquel sacerdote se declaró su protector, le enseñó el griego y el latín y le envió al Seminario donde concluyó sus estudios, dedicándose á la carrera eclesiástica.

Sin salir de su ciudad natal, aprendió en breve tiempo, durante el curso de sus estudios, sin contar el griego y el latín, que ya sabía, el árabe y el alemán, con un sacerdote alemán, el francés con otro, el sueco con un médico de esta nación, y el copto con el erudito canónigo Mingarella. Tenía una memoria prodigiosa, citándose entre otras pruebas de ello, el haber repetido palabra por palabra, una página entera de las obras de San Juan Crisóstomo, infolio, después de una sola lectura.

Se ordenó de sacerdote en 1797 y fué nombrado profesor de árabe en la Universidad. Su fama llegó á ser después tan general, que Napoleón quiso llevarle de profesor de len-

guas á París en 1808, y en 1812 le nombró el Sumo Pontífice Pío VII bibliotecario y regente de estudios de la Universidad.

Con el transcurso de los años adquirió nuevos conocimientos en otros idiomas, para lo cual se prestaba admirablemente la situación de la ciudad donde vivía y los acontecimientos de la época. Bolonia era entonces el punto de parada de todos los viajeros distinguidos que se dirigían á Roma, y el tránsito contínuo de los ejércitos franceses, austriacos y rusos por el norte de Italia, era por demás favorable á sus propósitos de enriquecer más su mente con este género de conocimientos. Todos saben cuantos idiomas diversos se hablan en el Imperio de Austria, así como que, en los ejércitos de principios del presente siglo, cuando las guerras napoleónicas, se encontraban hombres de todas las naciones de Europa. Pues bien, el abate Mezzofanti era llamado en Bolonia, su patria, el confesor de los extranjeros (confessore dei forestieri), porque no había uno entre los innumerables soldados heridos ó enfermos que se encontraban en los hospitales, á quien él no pudiese administrar los últimos auxilios religiosos, por falta de conocimiento de su idioma. La conducta caritativa que con ellos observaba, le valió la amistad del General ruso Suwarrow.

El mismo refiere, con encantadora sencillez, á qué debió en gran parte sus progresos en las lenguas vivas. "Vivía yo en Bolonia, dice, durante las guerras. Era entonces nuevo en el ministerio y acostumbraba á visitar los hospitales militares. Me encontraba entre los enfermos, húngaros, eslavos, alemanes, bohemios, etc., á quienes, aunque peligrosamente enfermos ó heridos, no podía confesar, ni reconciliar con la iglesia. Mi corazón sufría mucho al verlos. Me dediqué al estudio de estas lenguas, y fácilmente adquirí los conocimientos indispensables; no necesitaba más. Comencé á acercarme á su cama. Uno pedía confesión, conversaba con otro, y de esta manera, ayudado de mi memoria, con el favor de Dios, llegué á conocer no sólo estos diversos idiomas, sino aun los dialectos de las diferentes provincias. Algunos jesuitas españoles, portugueses y mejicanos, me proporcionaron la ocasión de aprender estos idiomas; me formé el propósito de estudiar toda nueva gramática y todo nuevo diccionario que en mis manos cayese, y debo confesar que aprendí con poco trabajo, porque aparte de una excelente memoria, Dios me otorgó la gracia de dotar de una increible flexibilidad, mis órganos vocales."

El autor del artículo de "La Revista de

Edimburgo" hace en seguida grandes elogios del personaje cuya historia nos refiere; pero no queriendo juzgar ligeramente y resistiéndose á dar crédito á las maravillosas noticias que de él conocía, se propone seguir en su estudio, un método que lo acredita á nuestra vista de erudito compilador no menos que de escritor concienzudo. Reune los testimonio de los viajeros distinguidos de todas las naciones de Europa, que conocieron y visitaron al Cardenal Mezzofanti, con cada uno de los cuales habló en su propio idioma, y ¡cosa admirable! en esa larga lista, en la cual figuran Lord Byron y otros hombres igualmente distinguidos, sólo se encuentra una mujer que no quedó del todo satisfecha de la manera como el Cardenal le habló en su idioma.

Después de citar, el articulista, las palabras textuales de diez á doce viajeros de diferentes naciones, hace el siguiente resumen:

Las autoridades que hemos citado, no nos permiten dudar que este hombre extraordinario hablaba casi todos los principales idiomas de Oriente y Occidente, con toda propiedad y corrección, como si fuera el suyo propio. Todos los viajeros que hemos citado, atestiguan su perfección en el idioma que les concierne. La Baronesa de Ulmens-

tein, le tomó por alemán; el Príncipe de Volkonskï «se hubiera preciado de hablar el ruso tan bien como él»; el viajero Rose Smyniete, nos declara: «que el Cardenal podía pasar por griego ó turco en todos los dominios del Gran Señor;» el Barón von Zach, confiesa su sorpresa de haberle oído hablar con toda perfección la lengua de los Magyares;" Molbech encontró que hablaba el danés, con completa corrección;" y Fleck refiere que le oyó hablar griego moderno con un joven de esta nación que visitaba la biblioteca, hebreo con un rabino que recorría el Vaticano, ruso con un magnate que estaba de paso, latín y alemán con él mismo, danés con un jóven arqueólogo dinamarqués, y francés, inglés é italiano, con muchos viajeros y visitantes. A estos muchos testimonios pudiéramos añadir nosotros el de nuestro compatriota el Sr. Peón, quien refería que había conversado con el Cardenal en lengua maya, que como es sabido es lengua indígena de la península de Yucatán.

Cítanse, además, admirables ejemplos que prueban sus conocimientos gramaticales en cada uno de los idiomas que hablaba. Conversando con unos ingleses, uno de estos vacila al pronunciar una frase, porque no encuentra el giro propio, á causa de haberse interrumpido la conversación que an-

tes seguían en alemán; el Cardenal al punto le indica el giro y la expresión más propia en inglés; otro viajero cuenta que fué atraído por la fama á visitarle, y preciándose de saber dos ó tres dialectos tártaros, se quedó maravillado al ver que el Cardenal los conocía todos; el Dr. Baines tiene una ligera discusión con él acerca de la verdadera pronunciación de una palabra inglesa, y cuando vuelve á Inglaterra, dice él mismo, se encuentra con que su pronunciación era antigua y que el Cardenal tenía razón en haberle hecho notar aquella falta; y una señora por último añade, esta curiosa anécdocta: "Estaba yo con él, dice, cuando le trajeron una biblia, en la lengua del país de Gales. ¡Ah! dice, esto es lo que deseaba, necesito aprender esta lengua. Seis semanas después le encuentra y á su pregunta contesta: «*ahora si ya la sé*»; otro viajero refiere, que habiendo solicitado del Cardenal que le dijera cuantas lenguas sabía, le envió escrita de su propia mano, una lista en la cual estaba el nombre de Dios escrito en cincuenta y seis lenguas, de las cuales treinta eran europeas, sin contar sus respectivos dialectos, diecisiete asiáticas, también sin contar los dialectos, cinco africanas y cuatro americanas.

El autor de nuestro artículo cita después

el testimonio de los mismos ú otros viajeros para poner en claro el número exacto de las lenguas que hablaba este hombre extraordinario. Nota la vaguedad con que algunos de ellos se expresan, y por lo mismo, la variedad que resulta de sus diversas narraciones, circunstancias que se explican bien, por las diferentes épocas en que fué visitado. Pero sea de ello lo que fuere, lo cierto es que el número de ellas, varía desde trinta hasta setenta y ocho según las diversas versiones de los viajeros.

Dedúcese de aquí el mérito extraordinario de este hombre, dotado de tan especiales y maravillosas aptitudes para el aprendizaje de las lenguas, de una memoria tan asombrosa, y cuya vida humilde y cristiana, estaba además consagrada al cumplimiento de las graves atenciones de su ministerio. Debemos naturalmente suponer, que dedicó no escasa parte de su tiempo, al estudio de la ciencias eclesiásticas y al cumplimiento de sus deberes sacerdotales.

Murió siendo Cardenal de la Santa Iglesia Romana y bibliotecario del Vaticano, el 15 de Marzo de 1849 á los 75 años de su edad, universalmente sentido por sus virtudes y su saber. Su memoria como hombre sabio, y especialmente como lingüista, no se perderá, porque siempre será citado como uno

de los más raros ejemplos de las especiales aptitudes, con que Dios suele, de tiempo en tiempo, agraciar á alguna de sus criaturas.

Los periódicos de estos días traen las siguientes noticias que creemos conveniente copiar, para completar este trabajo. "El monumento que próximamente se levantará al Ilustre Mezzofanti, en el palacio Valentiniano de Roma, consistirá en una losa de mármol, con la siguiente inscripción:

"Joseph Mezzofanti, de Bolonia, el políglota más grande del mundo, vivió aquí y aquí terminó sus días, el 15 de Marzo de 1849. O. P. Q. R. para perpetua memoria. Erigido en 1884."

RECUERDO DE NÁPOLES Y POMPEYA.

I

CONSAGRADAS estas breves líneas á avivar uno de los más agradables recuerdos de nuestra vida, no intentamos describir en ellas toda las bellezas que encierra la antigua *Parthenope*, ni dar á nuestros lectores noticias estadísticas que á mano encontrarán en cualquier diccionario geográfico ó guía del viajero; y menos todavía, detenernos en consideraciones políticas acerca del estado actual del nuevo Reino de Italia; que á tanto no llegan ni nuestros alientos ni nuestras pretensiones. Queremos solamente hacer participar á nuestros lectores de las impresiones gratísimas que experimentamos al desembar-

car en Nápoles el 7 de Mayo de 1888, consignando aquí nuestros recuerdos personales.

Fué para nosotros un doble motivo de placer el llegar á la ciudad por la parte del mar, pues si bien todos los viajeros pueden embarcarse y se embarcan de ordinario, para contemplar desde la bahía el hermoso espectáculo que la ciudad ofrece á sus miradas, las impresiones que entonces reciben, vienen ya debilitadas por todas las anteriores; mientras que para el que descubre por primera vez la ciudad de Nápoles, desde la cubierta de un navío, que le ha servido de morada durante los días tediosos de la navegación, todo es sorprendente, todo es admirable. Al placer que causa siempre el saltar á tierra, sobre todo si la navegación ha sido larga y penosa, se une el de admirar uno de los más hermosos espectáculos que es dado contemplar. Es opinión común de los viajeros, que la bahía de Nápoles, sólo puede compararse en hermosura á la bahía de Constantinopla.

Habiendo tenido á la vista todo el día seis las costas de Cerdeña, en las cuales descubríamos una cordillera de montañas más ó menos elevadas, pero desnudas de vegetación, el día siete pasamos cerca de la poética *Ischia* y más tarde llegamos á percibir la

célebre *Capri*, presentándose poco después á nuestra vista la majestuosa mole del Vesubio.

Es esta como todos saben, una montaña de forma cónica, desnuda de vegetación, de color sombrío, que se eleva á una altura de 1,200 á 1,300 metros sobre el nivel del mar Cuando la contemplamos por primera vez, al llegar á Nápoles en una hermosa tarde de Mayo, sirviendo de límite por el S. E al arco que la ciudad describe, un tenue penacho de humo salía de su cráter, semejando á la ligera nubecilla que se escapa de un inmenso vaso funerario. En la noche la vimos arrojar algunas llamaradas cárdenas y azuladas.

No es fácil describir la impresión que causa en el ánimo la contemplación de aquel magnífico panorama La ciudad, que se extiende en forma de anfiteatro tendida en la falda de hermosas y verdes colinas, en un espacio de veinticuatro kilómetros, comprendiendo los pueblos que la rodean y que casi han llegado á confundirse con ella, desde *Pozzilipo* hasta *Castellamare*, presentáse á la vista asombrada del viajero, como uno de esos cuadros encantadores que difícilmente se borran de la memoria. Jardines, preciosas arboledas, colinas cubiertas de verdura, á cuyos pies se miran agrupadas formando una extensa línea y en vasta gra-

dería, casas de campo, palacios y templos magníficos, sirviendo de remate á este cuadro las alturas que circundan el mar, entre las cuales se distingue, por un lado, la colina en que está asentado el castillo de San Telmo, cerca de la Cartuja de San Martín, y por otro la que ocupa el sitio real de Capo di Monti; y al pie, las aguas siempre tranquilas de aquella bahía, más azules que las demás azuladas aguas del Mediterráneo. Siéntese placer tan vivo y tan intenso que desearía uno prolongarlo indefinidamente, sin tener que ocuparse de los preparativos del desembarco; y apenas si puede el viajero defenderse del verdadero asalto que los bateleros y *fachinos* dan al buque, trepando con admirable agilidad la escala, agrupándose sobre cubierta y metiéndose en los camarotes, á pesar de las prohibiciones del capitán, para apoderarse á viva fuerza del inexperto viajero, de sus baúles y maletas, hasta llevarlo casi en peso á su barca, ufanándose de ello cada uno de aquellos solícitos y nada desinteresados servidores cuando lo ha logrado; y todo esto en medio de atronadora vocería, de gritos y de juramentos, de risas y puñetazos.

Una escena semejante á la que acabamos de describir puso término á nuestro arrobamiento, cuando sin sentirlo y sin tiempo

para protestar, nos vimos transladados á una ligera barca, surcando la bahía, y después de enojosas discusioness con los empleados de la aduana, nos entregamos, juntamente con nuestro equipuje, á la discreta solicitud de un calesero que nos llevó por su propia voluntad, porque no tuvimos tiempo de indicarle nuestras intenciones, ¿á donde? A uno de los más hermosos barrios de Napoles, al *Hotel Royal des étrangers*, situado á las orillas del mar, en el barrio de *Santa Lucía*. Debemos advertir á nuestros lectores, que siendo Nápoles la primera ciudad europea que visitábamos, pues en Gibraltar sólo estuvimos unas cuantas horas, todo nos sorprendía, y carecíamos, además, de la pericia que distingue á los *turistas* y que sólo se adquiere después de viajes repetidos.

Las indicaciones de nuestro *Manual*, se borraron como por encanto de nuestra memoria el placer tan vivo que nos había causado la contemplación serena y tranquila de la ciudad desde la cubierta del buque, se trocó en una sensación de estupor y aturdimiento, al vernos arrastrados, contra nuestra voluntad, por aquel inmenso torbellino que formaban todos los pasajeros que acababan de desembarcar, considerablemente aumentado, con las voces de los empleados de la aduana, los gritos de los bateleros y cocheros, y de

la multitud de curiosos que estorbaban nuestro paso y aturdían nuestros oídos. Confesamos ingenuamente que estos primeros momentos de nuestra llegada á Nápoles fueron harto desagradables para nosotros, que á cada paso temíamos ver desaparecer de entre tantas manos nuestro exiguo equipaje, encontrándonos, además, separados de nuestros compañeros.

El hotel donde la casualidad nos llevó á hospedarnos, si no puede compararse por su extensión con los grandes hoteles de Nueva York y algunos de París, es notable por su elegancia y su belleza arquitectónica. La entrada principal forma una hermosa fachada, que mira hacia el mar, teniendo delante la amplia vía de Santa Lucía, de que hablaremos después, á un lado el *Arsenal* y al otro el malecón de *Chiatamone,* que va á unirse á la *Villa Nacionale* que es uno de los más hermosos paseos públicos de Europa. El cuerpo del edificio se compone de tres pisos, con amplias y cómodas habitaciones y otros tantos corredores ó pasillos, que circundan lo que debía ser patio del hotel, y es un hermoso salón comedor, de estilo morisco, semejante á un teatro, al cual sirven como de palcos, los mismos pasillos que conducen á las habitaciones y que son ocupados á la hora de comer, por músicos y cantantes, que

deleitan los oídos de los viajeros mientras dura la comida. Satisfechos y contentos del albergue que habíamos encontrado, y destinados nuestros primeros momentos al aseo de nuestra persona para asistir á la mesa, á donde éramos llamados por el estrepitoso sonido de una campana chinesca al estilo de los Estados Unidos, salimos, después de comer, á recorrer las calles más cercanas. Un *cicerone* que nos declaró presa suya, desde que bajamos del carruaje en la puerta del hotel, y del cual no pudimos deshacernos sino hasta el siguiente día, y eso con no poca dificultad, se encargó de guiarnos por aquel camino, en verdad nada difícil de seguir, y de indicarnos lo más notable que encontráseinos á nuestro paso.

La playa de Santa Lucía comparte con la *Riviera di Chiaja* el privilegio de dar albergue á los numerosos extranjeros que visitan la ciudad de Nápoles, principalmente en la estación del invierno. Multitud de hoteles que rivalizan entre sí en elegancia y comodidad, pueblan uno y otro lugar; pero con esta diferencia: la *Riviera di Chiaja* que se encuentra á la extremidad Occidental de la ciudad, y que es sobre manera agradable por las hermosas perspectivas que desde ella se disfrutan, teniendo al frente la *Villa Nacionale*, es preferida por la gente rica

especialmente por los ingleses, que tienen la intención de residir toda la temporada en Nápoles, mientras que Santa Lucía, por estar más cerca del centro y ser los hoteles de menos lujo, es el lugar donde por lo común se hospedan los comerciantes y demás hombres de negocios.

Salimos, pues, aquella primera noche, á dar un vistazo á la ciudad, y tomando, como era natural, la dirección que más rectamente debía conducirnos al centro, tuvimos ocasión de admirar el espacioso y hermoso malecón de Santa Lucía, calle en otro tiempo muy sucia, habitada por pescadores, pero convertida desde el año 1846 en un espacioso muelle, en cuyo parapeto, del lado de la playa, ostentan los vendedores napolitanos sus variadas y curiosas mercancías: así las ostras, cangrejos, langostas y demás comestibles que ellos llaman con harta propiedad *frutti di mare*, como los objetos más curiosos y artísticamente trabajados de concha, carey, coral, y algunos también de paja, que pueden competir con los de la misma clase que se fabrican en Florencia. Entre ellos se encuentran también no pocos *aguajoli*, ó vendedores de aguas frescas. Un paseo por aquel lugar, es uno de los entretenimientos más agradables para el viajero. Llegando á una fuente formada por

una elegante portada, debajo de la cual se halla colocada sobre un plinto de mármol una estatua de Neptuno, hay que tomar á mano izquierda la *Strada del Gigante*, que debe probablemente su nombre á dicha estatua, y que conduce en línea recta á la plaza del Plobiscito, en otro tiempo *Largo del Palazzo* (1) La vista es sorprendente, sobre todo para el que, como nosotros, visita por primera vez una ciudad europea. La plaza de que hablamos, si no iguala en magnificencia á otras plazas célebres de Europa, como la de la Concordia de París, no carece de belleza. El pórtico circular que forma uno de sus lados, y en el centro de el cual se levanta la iglesia de San Francisco de Paula, de construcción moderna, las dos estatuas ecuestres que la adornan, una de Carlos III, de Cánova, y la otra de Fernando I, así como la preciosa fuente que ocupa el centro, concluída en 1883, le dan un aspecto de majestad y elegancia que sorprende al que por primera vez la visita, principalmente en la noche, alumbrada por los hermosos focos de la luz eléctrica. El otro lado de la plaza está formado por el Palacio Real, magnífico edificio de grandes proporciones, y en el ángulo septentrional tiene

(1) La palabra *largo*, se traduce plaza.

principio la famosa calle de Toledo, hoy de Roma, en cuya primera esquina se encuentra el célebre café de Europa, de que nos habla Alarcón en sus viajes, punto de reunión de todos los viajeros ilustres, y tan afamado por las discusiones políticas que en él suelen entablarse, como por los renombrados helados y sorbetes de reputación universal.

Recorrimos á la ligera toda la plaza, entramos á un café cantante, donde escuchamos por primera vez una de esas preciosas bacarolas, cantadas por los marineros; dando un rápido paseo por la calle de Toledo y de San Carlos, entrevimos los jardines del Palacio Real á través de las magníficas rejas de hierro dorado que lo circundan, y nos volvimos á la media noche á nuestro albergue, á descansar de las fatigas de un día tan lleno de emociones.—La ciudad ofrecía todavía á aquella hora escenas llenas de animación y de vida: músicas y cantos por todas partes, los tranvías en continuo movimiento y todo el estrépito y el bullicio de una populosa ciudad meridional, donde los ardores del día son compensados con las frescas y suaves brisas de la noche. Un aire tibio y embalsamado soplaba de la parte del norte, veíanse á intervalos brillar como relámpagos las llamas del Vesubio, y se

oía el suave rumor de las ondas que se mecían á nuestros pies, divisándose en la bahía las movibles luces de los buques anclados en la bahía, y otras más pequeñas ó más lejanas que parecían perderse allá á lo lejos en la profundidad del horizonte, acusando la presencia de alguna nave pescadora. Todo era poesía y encanto para nuestros sentidos embriagados. Al llegar á nuestro hotel recordamos los siguientes versos de un poeta español, que sin quererlo se venían á nuestra memoria.

Las parras de uvas cargadas
chispean; sonrié el cielo;
rosas alfombran el suelo
sobre las piedras doradas;
todo respira vigor;
todo reboza alegría:
es un lujo, es una orgía
de aire, de luz y color.
Las damas al despertar,
tienen jardines por mantos,
y suenan danzas y cantos
en la tierra y en el mar.
Vierte zumo embriagador
el relucido sarmiento
¡qué orgía, qué movimiento
de aire, de luz y color!
Allá una barca velera
se va acercando á la playa

como paloma que ensaya,
su vuelo por vez primera;
aquí un talle encantador
á los ojos desafía;
todo en torno es una orgía
de aire, de luz y color.
El pueblo dicha completa
gozando, sin ambiciones
entona alegres canciones
al són de la pandereta.
De noche rojo fulgor
al cielo el volcán envía,
no cesa jamás la orgía
de aire, de luz y color.

El despertar de un nuevo día en una ciudad desconocida, proporciona siempre agradables medios de satisfacer la curiosidad. Por más que una mujer célebre, Madame Stael, haya dicho en un momento de mal humor, que los viajes no son otra cosa sino una agitación sin dignidad, lo cierto es que la variedad y novedad de los objetos que se presentan á la vista, el ahinco de ver con nuestros propios ojos lo que tal vez durante muchos años ha dado alimento á nuestra imaginación, el anhelo de disfrutar de los placeres que otros han disfrutado antes que nosotros, describiéndolos con más ó menos viveza en la relación de sus viajes, y aún el amor propio satisfecho de haber ensancha-

do la esfera de nuestros conocimientos, recorriendo nuevas comarcas, respirando nuevo ambiente y contemplando las bellezas naturales ó artísticas que otros climas y otras ciudades pueden ofrecernos, son otros tantos motivos de placer y satisfacción para el viajero.

Todo ello contribuyó á hacer para nosotros sobre manera agradables las primeras horas del día que siguió al de nuestra llegada á Nápoles. El alboroto natural en tales casos nos hizo despertar muy de mañana, y abriendo las ventanas de nuestro cuarto volvimos á contemplar de nuevo, llenos de entusiasmo, aquella hermosa bahía, poblada de numerosos buques, surcada por multitud de naves pescadoras, alumbrada por un sol radiante y embellecida por los grupos de islas encantadoras, que cubiertas de verdura, semejan otras tantas canastillas de flores, colocadas sobre una superficie azulada, tersa y brillante como un espejo.

La brevedad de nuestro viaje no nos permitía perder el tiempo. Acompañados de nuestro *cicerone*, á quien conservamos durante todo el día, salimos apresuradamente del hotel, para visitar los monumentos más notables de la ciudad.

Nápoles, que desde el punto de vista artístico es inferior á Florencia y á otras ciuda-

des de la Península, es, no obstante, en cuanto á su población, la primera entre las ciudades italianas. Como todas las grandes capitales de Europa, ofrece á la consideración del estadista este doble fenómeno: un aumento siempre creciente en el número de sus habitantes, y un mejoramiento notable en las condiciones higiénicas y en el embellecimiento de la ciudad. Lo primero puede ser un mal, porque demuestra el abandono lento, pero sensible de las ocupaciones agrícolas y de las costumbres sencillas de la vida del campo; lo segundo, es una prueba palpable de los progresos de la civilización.

Nápoles, como todas las capitales europeas, ha aumentado considerablemente su población durante este siglo. En 1830, su censo era de 350,000 habitantes; 15 años después contaba 400,000; y en la actualidad llega á medio millón.

Barrios como el de Santa Lucía, que antes eran citados por los viajeros como un foco de suciedad y de inmundicia, son hoy hermosas y amplias avenidas donde se han levantado magníficos hoteles y bellos edificios. *La Villa Nazzionale*, el más hermoso y aristocrático paseo de la ciudad, aunque data de 1880, ha recibido en años posteriores considerable aumento. Situado antes á la orilla del mar, hoy se halla separado de

él por un amplio malecón. Hánse derribado manzanas enteras de casas para alinear las calles y construir nuevos edificios; el corso *Vittorio Emmanuele*, que es una basta avenida de cuatro kilómetros de longitud, que partiendo de la ribera de *Chiaja* se eleva por la colina y rodea la base del castillo de San Telmo hasta descender en la calle de *Salvator Rosa* [antiguamente de la *Infrascata]* será, cuando esté concluído, uno de los más famosos paseos de Europa. Por las magníficas perspectivas que presenta, y su situación en una altura, dominando el mar, si no por la magnificencia de sus edificios, será superior á los celebrados *boulevards* de París.

A esto hay que agregar las grandiosas obras llevadas á cabo en *Capo di Monti* para abastecer de agua á la ciudad, y una galería que según hemos sabido, se ha construído últimamente, comparable por su grandeza y magnificencia, á la famosa galería (pasaje) *Vittorio Emmanuele*, en Milán, incomparablemente más hermosa que las de la capital de Francia, y sólo inferior, según se dice, á una semejante que hay en Viena.

Todo esto revela un lujo y un afán de mejoramiento material que constituye una emulación, una especie de rivalidad entre las ciudades europeas. Cada Municipio se

afana en mejorar las condiciones higiénicas de las ciudades que administra, en adornar y embellecer sus paseos, en ensanchar las vías de comunicación, en enriquecer sus mercados y en dotar de nuevos y más amplios edificios, los establecimientos de benificencia pública que tiene á su cuidado. Son verdaderamente fabulosas las sumas de dinero que para atender á estos diversos objetos salen todos los años de las arcas municipales.

Entretenidos en estas reflecciones nos dirigimos á visitar los edificios más notables así civiles como religiosos, de la ciudad de Nápoles. Subiendo por la antigua calle de Toledo, y notable por la riqueza y variedad de los establecimientos de comercio que en ella se encuentran y el incesante movimiento que en ella se advierte, aunque poco merecedora de su fama, por su estrechez y escasa amplitud, tomando desde la plaza del Dante la calle de los Tribunales, llegamos á la del *Duomo* donde está situada la catedral.

La circunstancia casual de celebrarse en aquel día una de las tres fiestas que se verifican en el año con motivo de la liquefacción de la sangre de San Genaro, patrono de la Catedral y de la Ciudad de Nápoles,

no nos permitió, por el gran concurso de gente que en ella había, visitar esta iglesia, con la comodidad y sosiego que hubiéramos deseado. En los momentos en que llegábamos á sus puertas atravesaba la ancha nave del centro para dirigirse á la capilla del Santo, comunmente llamada del *Tesoro*, el Sr. Arzobispo y Cardenal Monseñor San Felice, con todo su séquito oficial. Era este personaje el primer Príncipe de la Iglesia Romana que se presentaba á nuestra vista, con sus rojas vestiduras y las insignias de su alta dignidad.

Dirigiéndose toda la gente á la Capilla en la cual no pudimos penetrar, tuvimos ya ocasión de recorrer la Iglesia. Es este un edificio levantado por Carlos de Anjou sobre el lugar que ocupaba en la antlgüedad un templo consagrado á Neptuno. Aunque destruído y restaurado en tiempos posteriores, conserva su estilo primitivo, que es gótico francés, con altas torres y bóvedas en ojiva. Tiene tres naves, la del centro con techos adornados de antiguas pinturas, y las de los lados, de bóvedas ojivales. Llamónos particularmente la atención, la disposición común á todas las Iglesias de Italia, las cuales delante del altar mayor tienen una especie de capilla destinada á contener las reliquias del santo patrono, á la

cual se baja por peldaños de mármol, y está de ordinario adornada con notable magnificencia. Esto es lo que se llama la *Confesión* y en la de Nápoles, que guarda en riquísima urna el sepulcro de San Genaro, circundado de pilares de mármoles esculpidos y con puertas de bronce doradas, se encuentra una estatua de tamaño natural que representa, orando ante las reliquias del santo, al cardenal Oliverio Caraffa que hizo construir esta capilla de 1492 á 1506. Un monaguillo que hacía de *cicerone*, oficio común á todos los italianos, se empeñó en hacernos admirar todas sus bellezas, especialmente la estatua, la cual nos aseguró que era obra de Miguel Angel. (1)

Después de la capilla del Tesoro, que como hemos dicho, no pudimos visitar, una de las cosas más notables es la capilla *Minutoli*, la cual se supone que es algunos siglos anteriores á la catedral, pues se asegura que su fundación, que data del siglo VIII, se debe á Esteban Layant, Duque y Obispo de Nápoles. Un sacerdote que tiene á su cuidado este monumento notable por su antigüedad, se encarga de dar á los visitantes las explicaciones necesarias, ampliando de viva voz, las que contiene un cuaderno

(1) No hemos encontrado comprobada esta noticia en ninguna parte.

impreso, que allí se vende, con el título de «Noticias históricas y artísticas de la Capilla Minutoli, de la Catedral de Nápoles.» Realmente es muy curioso este edificio desde el punto de vista del arte, pues además de los preciosos sepulcros que contiene, se muestran en sus muros algunas pinturas atribuídas á Giotto.

Al salir de la iglesia para visitar otros lugares tuvimos ocasión de observar la multitud de edificios religiosos que se encuentran en esta parte de la ciudad, así como las columnas, coronadas con las estatuas de algún santo, que adornan las plazas y plazuelas, advirtiéndose por todas partes señales visibles de la influencia que el culto católico ha ejercido durante siglos en este pueblo de viva imaginación y pasiones ardientes, heredero, hasta cierto punto, de las virtudes y de los vicios de los griegos. Cuaéntanse en la ciudad 237 iglesias y 57 capillas, llamadas *seratinas*. (1)

---

[1] De "será» tarde ó noche; son las capillas ú oratorios donde se reunen de noche á ciertos ejercicios piadosos, los pescadores y la gente del pueblo. Habiéndonos tocado en suerte visitár Nápoles en el mes de Mayo, uno de nuestros más gratos y poëticos recuerdos es el de la visita que hacíamos durante las primeras horas de la noche á las capillas de pescadores, que se encuentran en la calle de Santa Lucía, á orillas del mar. Allí veíamos á las mujeres de los pescadores arrodilladas ante el altar de María, adornado de flores, entonando dulcísimas canciones. En el punto de vista de las costumbres populares y de la observación de las costumbres, estas visitas nos fueron sumamente agradables y provechosas.

La historia de Nápoles está escrita en sus monumentos religiosos. Desde la Catedral, levantada, como hemos dicho, sobre las ruinas de un templo de Apolo, y en cuya entrada principal se encuentran los sepulcros de Carlos I de Anjou y de otros personas célebres hasta *San Domenico Maggiore* donde se miran, no sin cierto pavor cualrenta y cinco urnas cubiertas de paños negros, colocadas sobre una pared en la sacristía, las cuales contienen los restos de los miembros de la familia de Aragón y de otros personajes célebres, entre ellos el famoso Marqués de Pescara, general del Emperador Carlos V, á quien se dice que se debió la gran victoria de Pavía; por todas partes se encuentran monumentos y sepulcros que recuerdan la sucesiva dominación que sobre este hermoso país ejercieron los monarcas extranjeros. Nombres de extraña pronunciación traen á la memoria otros tiempos y otras épocas en que esta poética comarca de Italia se vió disputada, como una presa, por los que no nacieron en ella, no quedando á los naturales otro derecho que el de elegir entre varias servidumbres. Hoy duermen en paz, á la sombra de las obscuras bóvedas de aquellos antiguos y venerables templos, los príncipes de la casa de Anjou, y los de la casa de Aragón, su-

cesivos dominadores de aquel reino. A la entrada de la sacristía de la Catedral se muestra la tumba de Andrés, Rey de Hungría, muerto el año de 1345 por Juana su mujer. ¿Qué queda hoy de tantas y tan vehementes pasiones? La ambición desenfrenada de aquellos personajes, las luchas encarnizadas que costaron la vida á tantos hombres, las hondas perturbaciones que mantuvieron en continua agitación al mundo....todo ha pasado, y sólo quedan tumbas mutiladas ante las cuales medita tristemente el viajero, deplorando la vanidad de las glorias humanas.

De estas tristes reflecciones hubo de sacarnos un espectáculo que no esperábamos encontrar en una de las más populosas ciudades del Nuevo Reino de Italia. Creíamos que allá, como aquí, estuvieran prohibidos los actos públicos del culto externo. Pero no es así. A lo menos en Nápoles, nos encontramos con una procesión que tenía por objeto llevar el Sagrado Viático á los enfermos. Lo pintoresco de los trajes de los jóvenes seminaristas que lo acompañaban, la multitud de flores que regaban al paso los niños que iban delante, y las gratas armonías de la música, nos causaron una impresión agradable. Descendimos del carruaje que ocupábamos y acompañamos un buen

trecho la procesión para observar de cerca las costumbres religiosas de aquel pueblo. En obsequio de la verdad debemos decir, que si el espectáculo era serio é imponente como lo son todos los que la religión ofrece, no observamos el respeto que hubiérámos deseado entre la multitud de transeuntes, quienes á penas si detenían su paso y se tocaban distraídamente el sombrero, ó lo conservaban puesto, sin dar muestras de fijar su atención en lo que delante de ellos pasaba.

En la mañana de este día visitamos algunas otras iglesias, todas situadas en el mismo rumbo, algunas de ellas muy notables, como la de Santa Clara que contiene el magnífico mausoleo de Roberto el Sabio, varios sepulcros góticos de los reyes normandos y pinturas de mérito, anteriores al Rnacimiento; la de Santo Domingo, enriquecida con los recuerdos de Santo Tomás de Aquino que habitó en su convento; las de San Felipe Neri y los Jesuítas, afamadas por la riqueza de su ornamentación; viniendo á terminar nuestra excursión de la mañana en la pequeña capilla de *Santa María de la Pietá de'Sangri*, anexa al Palacio de San Severo, por lo que se conoce también con este nombre. Los napolitanos tienen en grande estima esta capilla, por cuyas tres principales estatuas aseguran que se han ofrecido canti-

dades considerables; pero los críticos, sin desconocer la habilidad técnica mostrada en éstas y las demás estatuas que la adornan, tachan su estilo de *barroco* por haber cuidado más los artistas que las ejecutaron de presentar grandes dificultades vencidas, que de la belleza estética. Una de ellas representa á un hombre envuelto en una red, de la cual no puede desenredarse, y dicen que simboliza al vicio convencido, y la otra llamada del *Pudor* representa á una mujer cubriendo la desnudez de su cuerpo con un gran lienzo que lo envuelve completamente. Se dice que la primera hace alusión á Antonio de Sangri, Príncipe de San Severo que renunció al mundo y vistió el hábito monacal después de haber perdido á su esposa, y la segunda, á ésta misma señora llamada Cecilia Gaetani. En el altar mayor hay un magnífico descendimiento de mármol, en alto relíeve, y un Cristo amortajado, de la misma piedra, tenido en mucha estimación. Sobre la puerta de entrada, notamos un pequeño monumento que no hemos visto citado en ninguna descripción, y á cerca del cual sentimos no haber tomado nota, por lo curioso de la tradición que con relación á él nos refirieron en aquel lugar. Es un guerrero armado que abriendo la tapa de su ataud, parece acometer á otro personaje que se encuen-

tra cerca de él. Si no recordamos mal se refiere á algún suceso trágico de los Príncipes que fundaron esta capilla, pero no conservamos en la memoria los pormenores del suceso que nos pareció bastante novelesco.

Para cambiar de objetos quisimos destinar lo que nos quedaba de aquel día á la visita del Museo Nacional, llamado antes Borbónico, situado en la plaza de Cavour. Este hermoso edificio fundado en 1790, debe gran parte de su celebridad al número considerable de objetos que en él se conservan, extraídos de las excavaciones de Pompeya y de Herculano. En este punto de vista no tiene rival en Europa, y puede asegurarse, como dice un viajero, que unos cuantos días pasados dentro de sus muros nos harán conocer mejor las costumbres, las artes y la vida de los romanos, que años enteros pasados en estudiar los libros y revolver las bibliotecas.

Es el museo un edificio de grandiosa é imponente fachada, en cuyo vestíbulo se encuentran cuatro estatuas colosales procedentes del Teatro de Pompeyo en Roma, á saber: Alejandro Severo, Flora, el Genio de Roma y Urania. Siguen en el piso bajo los salones que contienen las pinturas murales de Pompeya y Herculano, las cuales son poco anteriores á la era vulgar, y además mosai-

cos antiguos, antigüedades egipcias é inscripciones cristianas. Las pinturas son puramente decorativas, y entre ellas se distinguen las que formaban la decoración de la casa de Diómedes en Pompeya, y todas sorprenden por la belleza y variedad de los colores, el brillo que aun conservan y la diversidad de objetos que representan. Vénse allí frutas, flores, animales y otros objetos, todos los cuales han servido de modelo al género de pintura que hoy está en uso y que ha recibido el nombre de estilo pompeyano.

Como no intentamos hacer aquí una descripción de los preciosos monumentos que éste museo encierra, sino consignar en el papel nuestros recuerdos é impresiones personales, diremos que no siéndonos bastante el resto del día para estudiar con alguna atención la multitud de curiosos objetos en él contenidos, hubimos de dedicarnos á aqullos que no creíamos fácil encontrar en otras partes. Así es que apenas si nos detuvimos á contemplar las coleciones de cuadros de pinturas italianas, ni las estatuas antiguas, los bustos y las inscripciones, porque esperábamos ver mucho de todo esto en Roma; pero sí dedicamos largo espacio de tiempo á las antigüedadades egipcias, que por primera vez veíamos, á la estatua colosal del Toro, llama-

do Farnesio, y á la multitud de objetos procedentes de las excavaciones de Pompeya y Herculano. Todos los utensilios de la vida doméstica, todos los instrumentos científicos que conocían los antiguos, algunos de ellos muy semejantes á los modernos; todo lo que puede servir de adorno ó de utilidad á un pueblo que ha alcanzado un alto grado de cultura y civilización se encuentra allí reunido. Hasta los boletos que servían para la entrada á los teatros, las balanzas que empleaban los mercaderes para pesar sus mercancías, los granos de trigo, y los huevos que empollaba una gallina. Puede decirse que este museo es la más completa restauración de la vida de los antiguos en todos sus pormenores.

Llama también mucho la atención el *Museo reservado*, cuya entrada está prohibida á la generalidad del público y sólo se permite á algunos viajeros. Las estatuas son pornográficas, pero trabajadas con tal arte, con tan exquisita perfección que queda uno sorprendido de la pericia de aquellos artistas ignorados. Hay también estatuas de raro mérito en el pórtico primero, ó pórtico de las obras maestras, *pórtico di capolavori*, como dicen los italianos, las cuales figurarían dignamente al lado de las mejores que se guardan en los museos de Roma. Entre

otras Orestes y Electra, grupo notable por su pureza y sencillez, Diana, Minerva y la Venus llamada *victoriosa*.

Hay también en este museo, enriquecido con todos los objetos que antes se hallaban en el Palacio Farnesio de Roma, otra clase de objetos, como monedas (la colección pasa de cuatro mil, de las antiguas ciudades de Italia, de la Gran Grecia, de Sicilia y de la edad media) armas, alhajas, etc.

Salimos del Museo con el espíritu fatigado por la contemplación de tantos y tan diversos objetos, después de habernos formado una idea anticipada de las excavaciones de Pompeya por haber visto allí reproducido al natural y en pequeña escala todo lo que hasta ahora ha sido descubierto de la ciudad tanto tiempo oculta bajos las lavas del Vesuvio. Es un precioso trabajo, en el cual se ha tenido el cuidado de representar por una capa que semeja la tierra, la parte que aun no se descubre, y que permite ir reproduciendo fielmente lo que se encuentra de nuevo á proporción que va apareciendo.

El peso de tantas emociones y la necesidad de proporcionarnos algún descanso nos hizo volver á nuestro alojamiento, dando por compensado nuestro cansancio y nuestras fatigas con lo que habíamos visto en este primer día.

En la noche asistimos, en el Teatro Bellini, á una representación, proporcionándonos este espectáculo la oportunidad de observar las costumbres italianas. Nos llamó algo la atención el que en una parte del patio, en la cual no hay asientos, los espectadores permanezcan de pie conservando los sombreros puestos, entregándose á conversaciones en voz alta que quitan la atención á los espectadores. Sin embargo, debe decirse en obsequio de la verdad, que ya no son los teatros italianos lo que eran antiguamente, si hemos de dar crédito á lo que refieren algunos viajeros. Antes, según se dice, había en ellos tan poco respeto á los concurrentes, que sólo podría compararse lo que allí pasaba á lo que hoy vemos en las plazas de toros. El Teatro Bellini, está situado, si no recordamos mal, en la plaza del Dante.

Nuestra visita á los monumentos de Nápoles fué interrumpida, al día siguiente, por la expedición á Pompeya de que hablaremos después para no cortar el hilo de nuestra narración. Así es que sin sujetarnos al orden rigurosamente cronológico diremos que entretenidos con tanta diversidad de objetos y sin saber á cuál de ellos deberíamos dedicar preferentemente nuestra atención, visitamos en los días siguientes, la Iglesia de San Francisco de Paula, que tiene la forma

de una vasta rotonda con treinta magníficas columnas de mármol y otras tantas pilastras, sobre las cuales descansa un ático igual en la forma y proporciones al del Pantheón; el Palacio Real, obra del célebre arquitecto Fontana, mandado construir en 1600 por el Virrey Conde de Lemos, insigne protector de Cervantes; la Biblioteca Nacional que encierra 300,000 volúmenes y 6,000 manuscritos, entre los cuales se encuentran algunos autógrafos de Santo Tomás de Aquino y del Taso, ediciones curiosísimas de la Biblia, y copias antiguas de las cartas de San Jerónimo, de la Historia Natural de Plinio, y otras muchas; el Gran Teatro de San Carlos, uno de los más afamados de Europa, y otros varios edificios. No tuvimos tiempo de visitar los castillos, el arsenal, la Cartuja de San Martín, ni las Catacumbas de Nápoles.

En cambio hicimos dos deliciosos paseos, el uno al sitio real de *Capo di Monti* y el otro á Posilippo, de los cuales daremos breves noticias á nuestros lectores.

Subiendo por la calle de Toledo y pasando delante del Museo se llega á la colina de Capo di Monti, en la cual está el Palacio, dominando desde aquella altura toda la bahía y gran parte de la ciudad: la perspectiva es magnífica y no puede uno menos de elogiar el buen gusto del Rey Carlos III, que eligió

este sitio para construir un Palacio de recreo para él y sus sucesores. A pesar de las bellezas artísticas y de la magnificencia de los salones y demás departamentos, lo que sobre todo nos encantó hasta hacernos olvidar todo lo demás, fué la hermosura y poesía de los jardines. Aquellas largas avenidas sombreadas por majestuosos álamos, no menos que las estrechas callejuelas cubiertas de mirtos y enredaderas, que vienen todas á converger á un punto céntrico desde el cual la mirada se pierde en aquellas bóvedas de verdura entre las cuales resalta lo blanco de las estatuas de mármol que representan náyades y ninfas; todo es allí poético y seductor. Disfrútase de una calma y de un bienestar completo en medio de los parques, de los bosques de flores raras y preciosas, que la mano del hombre, perfeccionando la obra de la naturaleza, ha hecho nacer en uno de los sitios más pintorescos de la ciudad. Las brisas del mar que refrescan la atmósfera, el aire tibio y perfumado que se respira, los dilatados horizontes en que la vista se extiende hasta ver confundido el azul verdoso de las olas con el azul límpido del cielo; todo causa un suave y dulce placer, comparable sólo en su intensidad, si no en su naturaleza, al que se siente al visitar después la tumba de Virgilio situa-

da en otra colina, en la parte occidental de la ciudad.

Este es, en efecto, uno de los más poéticos lugares que pueden encontrarse, con todo y ser tantos y tan hermosos los que circundan esta encantadora población. Raros son los viajeros que dejan de visitarlo, y la mayor parte de las vistas en que el grabado ó la fotografía reproducen la incomparable perspectiva de Nápoles, están tomadas de este sitio. Siguiendo, pues, toda la *Riviera di Chiaja*, pasando por la *Villa Nazzionalle* se llega á los arrabales de *Piedigrotta y Margellina*. Antes de descender á este último, mírase una iglesia que data del siglo XIII llamada *Santa María di Piedigrotta*, y en una pequeña eminencia desde la cual se domina todo el golfo y se mira toda la ciudad, se encuentra el sepulcro de Virgilio. Imposible es describir los sentimientos que experimentamos, cuando llamando á una puertecilla, un muchacho mal vestido, que cuidó de ocultar entre las vides, antes que llegase su amo, una botella de vino recién cosechado, nos facilitó la entrada á aquel lugar ilustrado por el poeta más tierno y más amable de la antigüedad. Sea ó no cierto que en aquel sitio fué sepultado, no puede dudarse que habitó allí, en una quinta donde escribió su hermoso poema de las

Geórgicas, y corrigió la *Eneida*. Trepamos llenos de emoción por aquellos estrechos senderos que conducen á una pequeña esplanada, que forma el más hermoso *belvedere* que es dado imaginar. Allí encontramos al que supusimos que sería dueño de aquel terreno, con quien tuvimos que sostener un altercado, porque nos pedía anticipada la propina que habíamos ofrecido al muchacho que nos facilitó la entrada. Mientras que los otros compañeros de excursión discutían y aclaraban este punto, bien poco interesante, nos dirigimos al lugar señalado como sepulcro del poeta. Es una pequeña excavación, á la cual, se puede penetrar fácilmente, y en cuyo fondo se lee la célebre inscripción: *Mantua me genuit*, etc. y algunos nombres ilustres grabados en la piedra. Permanecimos largo rato contemplando aquel lugar, y cortando con mano reverente una pequeña rama de la vid que le da sombra, la guardamos cuidadosamente en la cartera para conservarla como uno de los más gratos recuerdos de nuestro viaje á Nápoles. Todavía al volver al lugar adonde nos esperaban nuestros compañeros, hubimos de permanecer largo espacio de tiempo arrobados ante aquella encantadora perspectiva.

El sol había bajado, se acercaba la hora

del crepúsculo, la inmensa bahía se encontraba bañada por los últimos resplandores del sol poniente; las olas se movían á impulsos de una brisa tibia y perfumada; multitud de naves con sus velas desplegadas surcaban la tersa superficie de la aguas; por otro lado, la ciudad con sus torres y cúpulas, y sus largas calles, se ofrecía á nuestra vista, noblemente reclinada en un lecho de verdura. Todo era incomparablemente poético y encantador. Era aquel uno de esos espectáculos que superando, en su género, á cuanto la imaginación puede fingir, nunca podrán ser descritos en toda su grandeza y hermosura.

Descendimos de aquel sitio para atravesar la famosa gruta de *Posilippo*, más comunmente llamada gruta de *Pozzuoli*. Aunque lleva este nombre, es un verdadero túnel, como los que se practican en los caminos de hierro, que tiene 689 metros de largo y 26 de alto, perfectamente enlozado, y atravesado por dos vías férreas que sirven para lós ferrocarriles urbanos. Está constantemente alumbrado con luces de gas, y en el momento en que lo atravesábamos una manada de cabras guiadas por un pastor, aumentaba el ruido ensordecedor que producían el rodar de los carruajes y los gritos de los transeuntes. Ya hemos dicho que

el pueblo napolitano es el pueblo más bullicioso del mundo; allí todos hablan á gritos, como si estuvieran disputando; y como el piso de las calles es de lava volcánica, los ca, rruajes hacen un ruido insoportable que por el eco se hace mayor en el interior del túnel.

El origen de éste es muy antiguo y se cree que fué abierto por los habitantes de Cumes para comunicarse con Nápoles, ó Neapolís (ciudad nueva) como era llamada. La colina donde está la gruta, y que le da su nombre, se halla cubierta de quintas y de jardines, donde abundan sobre todo, las vides, y debe su nombre á una preciosa casa de campo que perteneció á Pollion y fué luego propiedad de Augusto. Parece ser que *Pausilypon,* quiere decir *sin cuidados*, y si es así, carece de originalidad la idea de Federico de Prusia, de haber llamado *Sans souci,* á uno de sus palacios de recreo.

Después de haber andado algo más por el pueblecillo de Piedigrota, donde se percibe ya el olor á azufre de las *solfateras*, y cuya agua de un sabor desagradable, tuvimos el capricho de probar, regresamos á la ciudad, quedándonos aún tiempo, para dar una rápida mirada al *aquarium* que está en la *Villa Nazzionale*, y que es superior, según se dice, al de Roma, y al de París.

Aun nos quedaba mucho que ver en Ná-

poles, pero era forzoso partir, y antes de hacerlo, consagrar un día entero á la visita de las ruinas de Pompeya.

Al regresar á nuestro hotel, comunicándonos nuestras gratas impresiones, ponderando cada cual la belleza de lo que había visto, alguno de nuestros compañeros recordaba aquel dicho célebre de los napolitanos, que en aquellos momentos nos pareció plenamente justificado: «verá Nápoles y después morir.»

Pero nosotros contestamos, con un viajero español: "ver á Nápoles y después. . . .volverlo á ver."

De dos maneras puede hacerse la excursión de Nápoles á Pompeya, en ferrocarril, que es obra de una media hora, ó en carruaje de sitio; en este caso se emplea algo más de dos horas. También hay tranvías que partiendo de la plaza de San Fernando llegan hasta Herculano donde hay que tomar el ferrocarril.

Nosotros preferimos ir en carruaje, no obstante el mayor tiempo que debíamos emplear en la expedición, por disfrutar de una libertad completa y aprovechar al mismo tiempo la oportunidad de recorrer la parte oriental de la ciudad, que nos era en su mayor parte desconocida. Salimos, pues, llenos de alborozo del Hotel Real de los Ex-

tranjeros, situado, como tenemos dicho, en la playa de Santa Lucía, á las primeras horas de la mañana y pasando delante de la *Piaza del Mercato*, y *Santa María del Carmine*, lugares ilustrados por los recuerdos de *Massanielo* y que tanto deséabamos conocer por lo mucho que se hace mención de ellos en la Historia de aquel su levantamiento popular, escrita por el Duque de Rivas, llegamos á la plaza del Puente de la Magdalena (*Largo del Pontto della Madalena*). En este lugar, ó cerca de él, tuvimos el capricho de bajar del carruaje para andar un poco á pie y estudiar mejor las costumbres populres. Este barrio es muy populoso y parece que fué el que más sufrió en la última invasión del cólera. Lo encontramos sucio y desaseado, pero mucho menos de lo que nos habíamos imaginado y de lo que de ordinario refieren los viajeros. Nápoles debe de haber mejorado mucho en cuanto á la higiene pública en estos últimos años.

Prosiguiendo nuestro camino disfrutamos de un tiempo agradabilísimo, atravesando un camino delicioso. Hemos dicho un camino y creemos haber dicho mal, porque no merece tal nombre, sino el de vía pública, el que va de Nápoles á Pompeya. Todas las pequeñas poblaciones por las cuales se pasa, *Portici*, *Torre del Greco y Torre de la*

Anunciata, creciendo en población han llegado á unirse entre sí y con Nápoles, de tal suerte que casi puede decirse que son otros tantos barrios de esta populosa ciudad, que de esta suerte viene á terminar en la falda meridional del Vesubio.

En Portici se encuentra un palacio comenzado en 1736 por orden de Carlos III, en el cual habitó el Sr. Pío IX en 1848, cuando la revolución de Roma; y un poco más allá de este lugar, se disfruta de una vista preciosa, dominándose el golfo de Nápoles. En todo el camino se ven hermosas *villas* ó casas de campo, bosques de olivos y grupos de vides. Alguno de estos pueblos es notable por su comercio, especialmente en la fabricación de los célebres *macarroni*. Mucho nos llamó la atención ver las calles todas del lugar embarazadas con una especie de perchas semejantes á las que entre nosotros se usan para colgar las velas de cera en tiempo de Todos Santos, de las cuales pendían, puestos al sol, los célebres macarrones en gran cantidad. Estas gentes, como las de Nápoles, consideran las vías públicas como parte de su domicilio.

Llegamos, por último, al deseado término de nuestra expedición. Era tan grande nuestro afán de visitar las ruinas, que no quisimos detenernos á almorzar, sino que deja-

mos la comida para después, y sin entrar al hotel Diomedes, que es el más frecuentado por los viajeros por ser el más antiguo y estar casi á la entrada de la ciudad destruída, penetramos á esta por una pequeña excavación, bajando unos cuantos escalones. Allí se encuentran los guardianes, pagados por el Gobierno para cuidar de la conservación de tan preciosos monumentos como son los que allí se hallan, y tomando un guía dimos principio á nuestro paseo, comenzando por visitar el pequeño museo que hay á la entrada. En él encontramos objetos todavía más curiosos que los que habíamos visto en el museo de Nápoles, pero lo que sobre todo nos llamó la atención fueron las momias. Los cadáveres carbonizados de aquellos infelices á quienes sorprendió la catástrofe, cuando se encontraban entregados á sus ocupaciones habituales, causan una impresión penosa; mas lo que llena el alma de terror es el cadáver de un individuo que se hallaba aprisionado. Vénse en aquel cuerpo, ennegrecido por el tiempo y por la acción de la lava, las contorsiones, los esfuerzos supremos del que lucha por salvar la vida. La muerte de aquel infeliz debió ser horrible.

La mayor parte de los objetos que allí se encuentran pertenecen al uso doméstico,

así como los que se han transladado á Nápoles, son principalmente artísticos. Vimos algunas puertas carbonizadas, restos de cañerías rotas ó medio fundidas por el fuego, lámparas, muebles, utensilios de cocina, etc. etc, y por último, los preciosos manuscritos en forma de royos, enteramente carbonizados, á los cuales la paciencia y la sagacidad de un erudito fraile ha encontrado la manera de arrancar los secretos que habían ocultado durante siglos.

Hondamente conmovidos por este espectáculo, pasamos á visitar las ruinas. Todos conocen la historia de Pompeya, primera estación del helenismo italiano, como la llama un viajero, y todos saben poco más ó menos la manera casual como se encontró el lugar donde estaba sepultada. Baste decir que cubierta la ciudad por una erupción del Vesubio, en el año de 79 de nuestra era habíase perdido hasta su memoria, cuando trabajando la tierra algún campesino, por los años de 1738, bajo el reinado de Carlos III, encontró varios objetos de arte, lo cual, como era natural, llamó la atención, y determinó la intervención del Gobierno en las excavaciones que se hicieron. Desde entonces se han continuado éstas, con mayor ó menor empeño, y en la actualidad se han descubierto como las dos terceras partes

de la ciudad quedando todavía sepultada bajo las lavas como una tercera parte de ella próximamente.

Por más preparado que esté el viajero por la lectura y las noticias anteriores, para las impresiones que espera recibir, son éstas tan vivas y tan intensas que superan á lo que uno esperaba. El silencio que por todas partes le rodea, los vestigios visibles de una vida tan agitada y tan bulliciosa, suspendida repentinamente por una de las más horribles catástrofes que la historia registra en sus anales, y formando estupendo contraste con la desolación y la muerte que reina en aquellas vastas ruinas, causan en el ánimo tan honda emoción, que sin quererlo se detiene uno á cada paso, no tanto por la curiosidad de examinar los objetos que se presentan á la vista, como para entregarse á las meditaciones que aquellos lugares inspiran. Es aquel el sepulcro, no de un hombre, ni de una familia, sino de una ciudad entera, sorprendida por la muerte en la plenitud de su vida, en el delirio de los placeres, en la embriaguez de las orgías, tal vez también, para muchos de sus habitantes, en los dolores de la esclavitud, en los sufrimientos de la enfermedad y en las angustias de la miseria.

¡Espectáculo conmovedor, único en su género!

Entregados á estos pensamientos recorrimos la parte explorada de la ciudad empleando en ello más de cuatro horas. Las calles tienen aceras como las nuestras, y son rectas y angostas. Su anchura pocas veces llega á siete metros y algunas no llegan á cuatro, todas empedradas con grandes trozos de lava. En las boca-calles hay pasaderas para el paso de los transeuntes en tiempo de lluvias, y tamblén ranuras en las piedras para el tránsito de los carros cuyas huellas, así como las de los caballos, se encuentran en algunos lugares marcadas en el pavimento.

Recorriendo las calles de Pompeya, se notan dos clases de edificios, unos con fachada á la calle, y otros sin ella. Los primeros son los que estaban destinados á algún comercio y se llamaban *tabernæ*, y los segundos eran viviendas particulares. En aquellos se encuentran todavía las ánforas ó vasijas que contenían el vino, el aceite y otras mercancías, y como su número es bastante crecido, los eruditos han deducido de este dato, que Pompeya era una ciudad de no escaso comercio.

Las dimensiones de las casas son muy variadas, así como su distribución, depen-

diendo una y otra circunstancia de la riqueza del propietario, de la extensión del terreno, etc. En lo general tienen la construcción y distribución de las casas griegas. Se entra á ellas por un pequeño corredor (*vestibulum*) que conduce al patio (*atrium*) rodeado de una galería cubierta, en medio de la cual se encuentra el *impluvium*, especie de concha, destinado á recoger las aguas pluviales. Detrás del *atrium* tienen una gran sala, llamada *tablinum*, lugar destinado por el amo de la casa á recibir á sus clientes, á despachar sus negocios, etc. Había después un patio rodeado de columnas, llamado *perystilum*, al rededor del cual se encontraban las piezas consagradas á la vida doméstica, á la vida de familia, los dormitorios, comedores, etc.; y por último, las habitaciones de los esclavos, generalmente muy reducidas. Parece que era común el pasar la mayor parte del día en los patios, donde se trabajaba y se desempeñaban todos los quehaceres, no ocupándose las habitaciones sino en los usos absolutamente necesarios. A espaldas del *perystilum* suele encontrarse una segunda sala llamada *æcus*, destinada igualmente á la vida doméstica; así como también suele encontrarse un segundo patio, convertido en jardín, ro-

deado de columnas el cual tenía el nombre de *sixtus*.

Muchas de las casas se hallan en un estado admirable de conservación, hasta el punto de que las pinturas murales conservan todo el brillo y viveza de su color primitivo, pueden leerse fácilmente las inscripciones, y el pavimento de mosaico está tan bien conservado como si fuera un trabajo reciente.

Sabido es que las numerosas inscripciones que se han descubierto han permitido restaurar enteramente la ciudad, no sólo dándose nombres á las calles que la forman sino hasta designando el nombre y profesión de los habitantes de las casas. Así se distinguen las calles de la *Fortuna* de la *Abundancia* etc, y los guías se encargan de mostrar á los viajeros la casa del *Poeta-trágico* en cuyo mosaico están representadas escenas de la Iliada; la casa de *Panza* más amplia que la anterior, adornada en algunas de sus habitaciones con pinturas licenciosas, y la casa llamada de *Salustio* que es una de las más hermosas, entre las que se han descubierto, la cual tiene anexo un establecimiento de panadería con hornos y molinos. Nosotros las visitamos todas y en esta última nos llamó la atención la semejanza de los procedimientos empleados por

los antiguos en la elaboración del pan, comparados con los que nosotros usamos. Una persona del oficio hubiera podido señalar con toda precisión la oficina destinada á cada una de las diversas faenas. Vése allí lo que nosotros llamamos amasijo, los cernidores, el lugar para conservar la leña y las cañerías de plomo que servían para llevar el agua al punto donde se necesitaba.

Abajo de esta casa hay cuevas abovedadas adonde se baja por unas escaleras. Se refiere que en ellas se encontraron dieciocho cadáveres, entre los cuales se hallaba el de un niño abrazado á una persona grande; lo que ha hecho suponer que en aquel lugar subterráneo se refugiaron los habitantes de la casa, huyendo del peligro, en los momentos de la erupción. El que se cree que era el dueño de la casa, se encontró cerca de la entrada del jardín con una llave en la mano, y á su lado el cadáver de un esclavo que llevaba dinero y otros objetos de valor.

También nos llamó mucho la atención la casa de un mercader de vinos, por encontrarse en ella las ánforas intactas, siendo éstas de diversas formas y tamaños, las medidas que servían para despacharlo á los compradores y otros objetos curiosos.

Hay además, las casas llamadas de *Me-*

leagro, de *Apolo*, del *Fauno*, de *Cecilio Jucundo*, del *Fauno ebrio*, y otras muchas. En la de *Marco Lucrecio*, se encontró una inscripción con el nombre del propietario.

Entre los edificios públicos merecen citarse los templos de *Venus*, de *Mercurio*, de *Augusto*, de *Júpiter* de la *Fortuna Augusta* y algunos otros. Estos templos son por lo general grandes areas de terreno con hermosas y elegantes columnas en derredor, con plataformas y escalinatas, entre cuyas ruinas se han encontrado magníficas estatuas que han sido transladadas al Museo de Nápoles, habiéndose cuidado de dejar indicado el lugar que antes ocupaban. En algunos de ellos hay detrás de la cela un pórtico que circundaba las habitaciones de los sacerdotes ó sacerdotisas.

Uno de los más notables edificios públicos es la Basílica que era el lugar donde se administraba justicia. Tenía una hermosa fachada que veía al Foro, el vestíbulo se cerraba en el exterior por cinco puertas y en el interior había un pórtico de veintiocho columnas dividido en tres naves, en el fondo una plataforma donde estaban las tribunas de los *decemviros* ó jueces. Delante de la Tribuna se veía sobre elegante pedestal una estatua ecuestre de bronce.

Al salir de la Basílica se encuentra el *Forum civile*, vasto monumento que comprendía una área de ciento cincuenta y siete metros de largo por treinta y tres de ancho, todo enlozado de mármol y rodeado de pórticos, el cual servía para las reuniones públicas. Hay también restos de otro Foro, bastante amplio, llamado *Forum triangulare*, por la forma que tenía.

Las *Termas* públicas que ocupan una grande superficie de tierra, son también sumamente notables y merecen una detenida visita. Hoy no quedan más que las salas de los baños, pero aún es fácil distinguir el *frigidarium*, baño frío, del *tepidarium*, baño tibio, distinguiéndose todavía en las bóvedas de estos vastos salones las pinturas que las adornaban. El caño conductor del agua se conserva en perfecto estado. Pueden también visitarse otras *Termas* recientemente descubiertas.

Son por último, muy notables, entre los edificios públicos de que venimos hablando, el *Gran Teatro*, y *Teatro Pequeño* y el *Anphiteatro* destinado á los combates de los gladiadores y de las fieras. Menor que el de Roma, tiene con éste grande semejanza, en cuanto al orden de la construcción, y se calcula que cabían cómodamente en él más de doce mil espectadores.

Después de haber recorrido todos estos sitios, no quisimos dar por terminada nuestra expedición sin visitar otros dos lugares de que hablan con interés los viajeros, porque ambos son interesantes para el estudio de las costumbres, aunque por diferentes motivos. El barrio donde estaban las casas públicas ó de prostitución y la calle llamada de los sepulcros.

El primero merece visitarse porque al recorrer las casas que en él se encuentran, al contemplar las pinturas de esos lugares de disolución se llega á comprender, mejor que con la lectura de los historiadores, á qué grado había llegado la corrupción de las costumbres en los pueblos entregados á los errores del paganismo. Cuando se leen algunos pasajes de los autores clásicos, especialmente de los poetas, cree uno que hay exageración en lo que refieren. Pero al visitar á Pompeya queda uno convencido de que han dicho la verdad.

La calle de los sepulcros, que está muy cerca de la Puerta Herculana, es una de las ocho puertas que daban entrada á la ciudad, y es igualmente interesante, aunque por un motivo como hemos dicho muy diferente. Ofrece á nuestra consideración una doble ruina, nos presenta la imagen de una doble destrucción: la destrucción del hom-

bre por la muerte, y la destrucción de una gran ciudad, por efecto de una de las más grandes catástrofes de que hace mención la historia. Si es triste recorrer con lento y mesurado paso aquellas calles desiertas donde en otro tiempo se agrupaba una multitud bulliciosa, penetrar en aquellas habitaciones vacías que todavía nos dan á conocer en sus pinturas y en sus inscripciones el lujo de sus antiguos moradores; no es menos honda la emoción que agita nuestro espíritu cuando contemplamos aquellos monumentos fúnebres donde los muertos no encontraron el reposo que buscaban. Después de tantos siglos aun viene la mano del hombre, movida por disculpable curiosidad, á remover sus cenizas, y si los que allí descansan no fueron testigos de la gran catástrofe, una calamidad común ha venido á confundir, ante las nuevas generaciones, las habitaciones de los vivos y los sepulcros de los muertos. Tales son, poco más ó menos, los pensamienfos que ocupan la mente del viajero, cuando cansado de recorrer aquellos tristes sitios se detiene á descansar en el banco de piedra que está junto al sepulcro de la sacerdotisa *Mamia.*

Abandonando, aunque con pena unos lugaaes donde habíamos experimentado tan profundas emociones, y satisfecha algún

tanto, si no del todo, nuestra curiosidad, antes de dirigirnos al hotel Diomedes donde debíamos almorzar, dimos todavía un corto paseo sobre la parte de la ciudad que aún permanece oculta bajo una capa de tierrra de origen volcánico. Es esta tan deleznable y tan fina que los piés se hunden al pisarla. Vimos algunas excavaciones que aún se estaban practicando, no sabemos si por los campesinos que habitan aquellos contornos ó por los empleados del gobierno La perspectiva que allí se disfruta es magnífica, y si los ardores de un sol abrasador no nos lo hubieran impedido, habríamos prolongado algo más nuestro paseo.

Con un apetito fenomenal llegamos al hotel, en uno de cuyos departamentos están expuestos para su venta, multitud de objetos curiosísimos y admirablemente trabajados unos de lava del Vesubio, otros de piedra y otras materias duras; éstos figurando antigüedades recogidas entre las ruinas, aquellos fabricados conforme al gusto moderno. Experimentaría grande embarazo el viajero que quisiese comprar todo lo que le llamase la atención.

Ya en la fonda supimos, para nuestra satisfacción, según el dicho del posadero, que en aquel mismo comedor y en la misma me-

sa se había sentado el Emperador D. Pedro del Brasil, el cual, como nosotros, viajeros desconocidos, había ido pocos días antes á visitar las ruinas de Pompeya, buscando en aquellos restos del pasado los medios de satisfacer su imperial curiosidad.

Frente al hotel Diomedes está situado otro, cuyo nombre no recordamos, y más abajo se encuentra la población llamada *Nueva Pompeya*, la cual no debe ser tan pequeña, pues tiene una hermosa catedral, recién construída, según parece. No tuvimos tiempo de visitarla; pero sí nos llenó de admiración el valor de aquellas gentes que construyen sus casas, edifican monumentos y se establecen de una manera permanente, á los pies del coloso que sin cesar los amenaza, pudiendo decirse sin faltar á la verdad, que en la obscuridad de la noche se ven alumbrados por las llamas cárdenas que salen de la boca del volcán.

A nuestro regreso á la ciudad nos esperaba una agradable sorpresa que no formaba parte de nuestro programa. Poco después de haber salido de Pompeya comenzamos á encontrar, unos después de otros, varios carros adornados con follaje y banderolas de diversos colores, y tripulados por una multitud de hombres, mujeres y niños, que tocando diversos instrumentos y dis-

parando petardos y armas de fuego, daban muestras de la más bulliciosa alegría. Nuestro cochero nos informó que eran vendimiadores que celebraban las primeras ventas que iban á hacer á Nápoles del vino cosechado en aquel año. Difícil es describir un cuadro tan animado como el que se presentaba á nuestra vista. Pasaban de seis los carros que á diferentes distancias iban delante de nosotros ó nos seguían; todos ellos, como ya dijimos, adornados de mil maneras y ocupados por personas vestidas con los trajes más pintorescos. Mucho celebramos haber encontrado esta oportunidad que no esperábamos, de conocer una de las costumbres características de los campesinos napolitanos.

Mas bien pronto nuestro placer se convirtió en angustia, porque estimulado nuestro cochero por los gritos y los clamores de aquellos sus alegres compatriotas, comenzó á azuzar á sus caballos más de lo debido hasta entablar con los conductores de los carros una verdadera competencia en la cual cada uno pretendía salir vencedor. Momentos hubo en que creíamos ver volcado nuestro caruaje ó desbocado el tiro que lo arrastraba; y todo en medio del estruendo de la música, de los gritos de los competidores, de las risas de los muchachos y de

las mujeres, y de los disparos de las escopetas. Felizmente para nosotros, el carro guiado por el más entusiasmado de nuestros émulos cayó hecho pedazos en la mitad del camino y acudiendo sus compañeros á levantar á los caídos y ayudarles á reparar el daño que habían sufrido, salimos nosotros vencedores de tan empeñada contienda.

Uno de nuestros compañeros reprendió vivamente al cochero por habernos convertido en héroes contra nuestra voluntad y así terminó aquella divertida, aunque peligrosa escena.

Entre las condiciones ajustadas con el cochero entraban la de que á nuestro regreso debía traernos por diverso camino del que á la ida habíamos llevado, Esto nos hizo pasar por *Resina*, donde se encuentra la entrada á las excavaciones de Herculano, que no tuvimos tiempo de visitar. Después, ya, en la ciudad, tomamos la *Strada de Marinella* hasta llegar á la *Villa del Popolo* paseo encantador que no habíamos tenido oportunidad de visitar. Este paseo está formado sobre una isleta, unida á la tierra firme por una estrecha lengua de tierra. Es propiamente una península en miniatura, y fácil es comprender qué aspecto tan agradable ofrecerán las arboledas, las flores, las

frutas y las estatuas que forman este paseo, brotado, por decirlo así, del fondo de las aguas. Fué sin duda un pensamiento muy acertado aprovechar aquella isleta en la formación de un paseo público, que si no iguala en extensión y en magnificencia á la famosa *Villa Nazzionalle*, seguramente le supera en poesía y en encantos naturales.

Dadas las ocho de la noche llegamos á nuestra posada, empleando el siguiente día en visitar algunos otros monumentos de que ya hemos dado noticias á nuestros lectores.

No cabe dudar de ello, Nápoles, por la suavidad de su clima, la hermosura de su cielo, su incomparable golfo y su exuberante vegetación; por los ricos monumentos que encierra, por los recuerdos hitóricos que despierta, y por su importancia marítima y comercial, es digna de la admiración del viajero y debe colocarse entre las grandes capitales de Europa.

LA NOVELA EN MEXICO.

CON MOTIVO DE LA "CALANDRIA"

DE

D. RAFAEL DELGADO

I.

LA nueva edición que se ha hecho de «La Calandria,» novela realista de nuestro compañero de redacción el Sr. Delgado, publicada por primera vez en la "Revista Nacional de Letras y Ciencias" y la acogida tan favorable que el público le ha dispensado, nos dan motivo para escribir estas breves líneas, en las cuales nos proponemos hacer un estudio medianamente detenido de una obra literaria que tanto ha llamado la atención, entrando, al mismo tiempo, en algunas consideraciones generales que quizá no carecerán de interés y servirán, cuando menos, para estimular á los jóvenes que sintiéndose con vocación para ello, se dediquen á este género de estudios.

Que la curiosidad haya entrado por mucho en el éxito alcanzado por el Sr. Delgado, es cosa que no podemos desconocer; se trata de un joven literato ya ventajosamente conocido, paisano nuestro, y con el cual la mayor parte de los lectores del Estado de Veracruz cultivan relaciones de amistad. Además, las escenas que pinta, las situaciones que describe y los caracteres que ha creado, son no solamente nacionales, sino que tienen un color local que no permite que se confundan ni con las escenas pintadas en otras novelas, ni con otras situaciones semejantes, ni con los héroes ideados por otros novelistas. Toda esto ha dado motivos suficientes para despertar de una manera vivísima la curiosidad del público, siempre más dispuesto á dejarse impresionar por lo que tiene ó cree tener á la vista, y de lo cual se considera en aptitud de juzgar según su propio criterio, que por lo que le es poco conocido.

Mas esto no quiere decir que la novela del Sr. Delgado carezca de mérito real, pues lo tiene, y muy grande, desde el momento en que eligiendo su autor, por ese instinto que forma parte del verdadero talento, un asunto al alcance de los lectores de todas clases, y decidiéndose, después de detenido estudio, á seguir las corrientes que hoy señalan

á la novela contemporánea los grandes maestros del arte, ha podido dar cima á una empresa que á muchos parecerá fácil; pero que ha debido presentar. y de hecho ha presentado al novelista orizabeño, gravísimas dificultades.

Vamos, pues, á darnos cuenta de ellas, para que comparándolas con la manera cómo el Sr. Delgado ha desempeñado su trabajo, de esta comparación resulte demostrado el mérito que nosotros atribuímos á la obra. Así quedará explicado también un éxito literario poco común entre nosotros y que no es, en verdad, debido, ni á una fácil admiración, ni á débiles complacencias, sino la recompensa justamente reservada al que trabaja con fe y constancia en el ameno, pero también escabroso campo de las letras.

II.

No es mucho lo que se ha escrito acerca de la novela en México, y no es ciertamente porque hayan faltado novelistas entre nosotros, sino porque en lo general, ni los estudios críticos se han cultivado lo bastan-

te, ni se ha prestado la ateución debida á un género literario que ha sido visto como cosa frívola y baladí por los mismos que le han cultivado. Además, arrastrados nosotros por el ejemplo de otras naciones, siendo, por decirlo así, tributarios de las literaturas extranjeras, muy particularmente de la literatura francesa, sin haber hecho ningún esfuerzo serio, para crear una literatura nacional, hemos sido, generalmente hablando, imitadores de los novelistas más afamados de allende los mares. No es que nos hayan faltado hombres de talento original y poderoso, que hubieran podido hacer mucho en bien de la literatura nacional; sino que desconfiando éstos de sus fuerzas, y obedeciendo á una ley ineludible de toda sociedad nueva, quisieron más bien seguir el camino abierto por los novelistas extranjeros, convirtiéndose en imitadores suyos, halagados tal vez por los triunfos por éstos alcanzados.

Hay además de esta timidez, muy propia de quien es el primero en aventurarse en senderos desconocidos, una circustancia que al mismo tiempo disculpa y explica este hecho y la cual apuntaremos desde ahora porque tendremos que hacer mención de ella cuando hablemos con especialidad de la novela del Sr. Delgado.

En los hombres dotados de verdadero ta

lento literario, así como en los que tienen verdadero talento político, hay un instinto, ciego, irreflexivo como todos los instintos, pero como ellos firme y seguro que les hace comprender las dificultades de una empresa y conocer el momento oportuno de realizarla.

La novela es entre todas las formas literarias, la que corresponde á un grado mayor de complejidad en las pasiones y en los hábitos sociales. Por eso precisamente es la forma predilecta de las sociedades modernas, porque la vida moderna es esencialmente compleja en las pasiones que la animan, en los móviles que la dirigen y hasta en las costumbres que la constituyen. La poesía épica que fué para los pueblos primitivos lo que la novela es para nosotros, abraza en su vasta comprensión las creencias, las ideas, los sentimientos, las aspirasiones de un pueblo ó de una época, pero de una manera uniforme y general, como sentimientos ó ideas colectivas, y arrebata nuestra admiración á causa precisamente de su grandiosa simplicidad. La poesía lírica, igualmente grata á nuestra época, aunque no más que la novela, porque no tiene un campo tan vasto donde extenderse, corresponde menos á la complejidad de sentimientos y de ideas que constituyen nuestra

vida; la poesía dramática, en fin, más poderosa, sin duda, que la novela misma para conmover á las multitudes por la ilusión de la escena, lo patético de las situaciones y el acento de la voz humana, tiene sin duda alguna limitada su acción á un espacio de tiempo y á un lugar determinado, no pudiendo por lo mismo comprender los sucesos de la vida en su inmensa complejidad.

Si la novela, pues, ha adquirido un inmenso desarrollo en otras naciones, es porque corresponde más que ninguna otra de las formas literarias á las necesidades de la vida moderna; pero al mismó tiempo porque ésta le presta en la misma complicación de los accidentes que la forman, en la complejidad de las naciones que la agitan, y en los múltiples y variados afectos y sentimientos que la animan, amplio campo para extenderse y desarrollarse.

Ahora bien, nuestra patria, aun después de consumada la independencia y á pesar de las agitaciones de los partidos políticos que por muchos años turbaron la paz de la República, no ha podido brindar á los novelistas con tales elementos. Nuestra sociedad, uniforme, hasta hace poco tiempo en sus creencias, morigerada en sus costumbres tímida en sus aspiraciones y no ofreciendo sino como raras excepciones profundas pa-

siones individuales, no podía ofrecer al novelista ese campo inmenso de observación que le ofrecen las naciones europeas, las cuales por un exceso de civilización han llegado á un grado de refinamiento apenas concebible. He aquí el motivo, en nuestra humilde opinión, por qué los ensayos hechos antes de la época presente, en este género de composiciones, han sido en lo general poco felices, si se exceptúan algunas novelas, como las de Florencio Mª del Castillo, en las cuales todo el interés nace de un sentimiento individual, cual es el amor. Los que quisieron seguir los rumbos indicados por la novela francesa, después de la revolución de Febrero de 1830, haciendo de la novela una obra de propaganda, un medio de reformas sociales, no lograron, á pesar del talento con que algunas de sus obras están escritas, sino hacerse ininteligibles para la mayor parte de sus lectares.

El sensualismo excéptico de Orozco y Berra en su extraña novela de la *Guerra de Treinta Años*, y el excéntrico humorismo de José Mª Ramírez, en su novela *Una rosa y un harapo*, no fueron comprendidos y esto explica por qué una y otra novela, no obstante su indisputable mérito, sólo son conocidas por los hombres de letras.

III

Mas hé aquí que en nuestro tiempo se ha verificado una evolución de grave trascendencia en el modo de concebir y escríbir la novela. Esta forma literaria poco conocida en la antigüedad, y que había comenzado, á lo menos en Francia y en España, por ser la pintura y la sátira de las costumbres, para convertirse después en dogmática y ser empleada como vehículo de las nuevas ideas, como medio de propaganda de todas las utopías, y campo abierto para la discusión de todos los problemas que la ciencia social ha planteado, ha llegado en estos últimos tiempos, á ser considerada por los propugnadores de las nuevas escuelas, como una forma impersonal y un medio de reproducir con fidelidad y exactitud los accidentes todos, así los más comunes y sencillos, como los más complicados que forman la trama inmensa de la vida. De esta suerte los tiempos actuales son más propicios á los novelistas mejicanos, porque el público, cuyo gusto se ha formado ya en las novelas de Pérez Galdós, la Sra. Pardo Bazán, Pereda y otros novelistas contemporáneos,

no gusta ya de que se le presenten, como objeto de estudio ó como medio de seducción, los grandes problemas que turban nuestras conciencias y llevan la inquietud á nuestras almas, sino que se conforma con que se le haga ver la realidad, embellecida, pero no desfigurada, por los suaves resplandores que sobre ella derrama el talento del autor. El público moderno, contándose entre él el público de nuestra patria, no busca sólo la verosimilitud, cualidad en todos tiempos requerida para la perfección de una obra literaria, sino que quiere la verdad, hechos reales y positivos que pueda haber presenciado alguna vez, caracteres vivos y existentes con quienes se haya encontrado ó podido encontrarse en el mundo real, y situaciones que por ser ordinarias y hasta vulgares le sean conocidas y despierten su interés como lo despierta todo lo que de cerca nos atañe.

No entra ciertamente en nuestro propósito examinar aquí los títulos que se abrogan los defensores de las nuevas teorías para proclamar la supremacía de éstas sobre las teorías anteriores, ni siquiera nos atreveríamos á afirmar que ésta sea, como creen algunos, la evolución definitiva de la novela, ni el grado supremo de perfección á que pueda llegar; nos basta para el objeto que

nos proponemos, hacer constar la existencia del hecho, y añadir que, en efecto, las novelas que han pintado la realidad, aquellas que mejor han retratado las costumbres de la época en que se escribieron, como las novelas del género picaresco, en la literatura española, son las que han sobrevivido á tantas otras producciones en las cuales predominan el ingenio y la imaginación del escritor.

Diremos más todavía, y es que según nuestro juicio, esta nueva evolución de la novela, obedece á causas más hondas que el placer del público ó los inconstantes caprichos de la moda. Haciendo á un lado la novela pornográfica que muchos confunden malamente con la novela realista, y que nosotros condenamos con todas nuestras fuerzas, no puede dudarse que al preferir el público la realidad á las más bellas ficciones, y los accidentes más comunes á los casos excepcionales, da á conocer claramente el predominio que en las socidades modernas va adquiriendo la idea democrática. No es la democracia, como vulgarmente se cree, una simple forma de gobierno; es una manera especial de ser de las sociedades actuales, y el punto al cual, con más ó menos prisa, por medios más ó menos violentos, se dirigen las naciones contemporáneas. La democra-

cia como forma, si no definitiva, por lo menos durable, de las sociedades contemporáneas ha penetrado ya en los hábitos, en las costumbres y aun en las aficiones y los gustos literarios de los pueblos. Esto ha pasado en el teatro con las dos formas que hoy podemos llamar clásicas, aunque una de ellas no haya sido conocida por los antiguos: la tragedia llena de sublimes terrores, la que conmoviendo al público con los infortunios de los grandes personajes es hoy apenas cultivada y casi ha caído en desuso, y el drama que reproduciendo la vida tal como es en nuestros días, ofreciéndonos situaciones que podrían considerarse comunes y ordinarias entre personas iguales á nosotros, va adquiriendo mayor boga cada día. Esto mismo pasa con la novela realista y las novelas de pura imaginación, ya hayan sido de propaganda como las de Eugenio Sué, ó bien con teorías filosóficas y trascendentales como las de Jorge Sand.—La literatura como todas las otras formas de expresión del pensamiento tiene que sufrir la influencia de las ideas predominantes en la sociedad.

Dicho esto se comprende cómo la época presente debe ser más propicia que las anteriores para la novela en México. Sin que nuestros novelistas puedan contar, como los novelistas extranjeros, con tan variados

puntos de observación, teniendo que reproducir una vida menos rica en accidentes, por la uniformidad de nuestras costumbres y luchando también con no pocas preocupaciones que entre nosotros no permitirían penetrar muy hondamente en los arcanos del corazón y en las perturbaciones de las conciencias, sin peligro de crear tipos falsos que no correspondan á la realidad ó caracteres excepcionales que pudieran tomarse como retrato de personas determinadas; nuestros novelistas modernos, si están dotados de un talento sagaz y reflexivo, si al espíritu de observación saben unir la habilidad en describir y las galas de una dicción sencilla y natural, pero correcta y animada, podrán competir, á nuestro juicio, si no con los grandes maestros del arte, sí con muchos de los más afamados novelistas extranjeros.

Requiérese para ello estudio atento y reflexivo, conocimiento profundo de las dificultades del arte; y se necesita también un público que aliente con sus aplausos el verdadero mérito, y una crítica juiciosa y sosegada, igualmente extraña á las complacencias de la amistad y á las reticencias de la envidia.

El autor de «La Calandria,» á quien seguramente no han faltado las cualidades que

nosotros señalamos como indispensables en el novelista para hacer una obra durable, ha tenido también la buena suerte de contar con el aplauso unánime de sus lectores. Hemos visto no pocos artículos encomiásticos en los periódicos, y no tenemos noticia de que á su novela se haya señalado defecto alguno grave que pudiera hacerla desmerecer en el concepto del público.

Esto, según nuestra opinión, ha consistido, primeramente, en que el Sr. Delgado, tal vez instintivamente, pero sin duda dando en ello prueba de su buen sentido literario ha comprendido que llegó ya el momento oportuno de que la novela se cultive con éxito entre nosotros; y también, en que antes de exponerse á los azares de la publicidad, no arrostrados por él en este género de composiciones, ha estudiado con detenimiento y atención las teorías modernas y las aficiones del público, escribiendo su obra con pleno conocimiento de los medios que iba á emplear para darle la mayor perfección posible.

Este estudio concienzudo y reflexivo que para la generalidad de los lectores pasará tal vez inadvertido, pero que el crítico imparcial tiene el deber de señalar, como uno de tantos méritos del autor, así como la oportunidad de la publicación, recomiendan

desde luego al autor de ella, y le hacen merecedor de los aplausos que ha conquistado. Mas como ésto no basta para explicar el éxito brillante que ha coronado sus esfuerzos, nos veremos obligados, para desempeñar cumplidamente la tarea que nos hemos impuesto, á entrar, en el artículo siguiente, al estudio concreto de la novela en que nos hemos venido ocupando, después de haber establecido en el presente las consideraciones generales, que servirán para ilustrar nuestro criterio.

Dijimos al comenzar el presente estudio que la novela del señor Delgado, que nos proponemos analizar, pertenece al género realista y queremos ahora, antes de pasar adelante, explicar en qué sentido le atribuimos tal calificativo, que para muchos habrá sido como título de recomendación y para no pocos motivo de escándalo literario.

Sin entrar aquí en disquisiciones que harían demasiado largos estos apuntes y que algunos creerían ociosas, aunque para nosotros no lo sean tanto, remiteremos á nuestros lectores á lo que acerca de este interesante asunto ha escrito la señora Dª. Emilia Pardo Bazán, en su opúsculo intitulado *La Cuestión Palpitante*. Allí verán cómo las discusiones sostenidas acerca del naturalismo y del idealismo en literatura, han inva-

dido los campos de la filosofía, y vienen por último á resolverse en la afirmación ó en la negación de la libertad humana, y el predominio de una de las dos substancias que forman nuestro sér, el espíritu ó la materia. Planteada la cuestión en este terreno, no cabe duda que el *naturalismo* en literatura correspondiendo á las tendencias materialistas de la filosofía moderna, es censurable y digno de reprobación, sin que, á nuestro juicio, pueda hacerle triunfar, en un espíritu desapasionado é imparcial, el notable ingenio con que le ha defendido el célebre novelista Zola, uno de los talentos artísticos más poderosos de nuestra época, aunque cohibido desgraciadamente, por los mezquinos límites que él mismo ha trazado al arte, y los cuales, según parece, intenta ya salvar. (1)

Pero en esta cuestión ha acontecido lo que de ordinario acontece en toda clase de cuestiones científicas ó literarias, y es, que los mismos enemigos de las nuevas ideas comienzan á participar más ó menos de ellas, resultando de aquí que, atenuando cada uno de los contendientes lo exagerado de sus

---

(1) Zola expuso claramente sus teorías literarias en el opúsculo intitulado *Le romance experimental*, y según han anunciado algunos periódicos parece que está escribiendo ó intenta escribir una novela idealista.

pretensiones, y saliendo del exclusivismo en que se había encerrado, se llegan á echar las bases de una conciliación, dentro de la cual, y sin pasar los límites que la prudencia y el buen sentido del público verdaderamente ilustrado señalan, caben todas las aspiraciones de los que antes se consideraban como irreconciliables enemigos.

Esto ha pasado con las cuestiones de que venimos hablando. Puestas á discusión las teorías de Zola, atraída la atención de los hombres pensadores hacia un género de investigaciones á las cuales antes no daban mayor importancia, se ha llegado, por último, á una concepción más amplia, más completa y más perfecta del arte, que es lo que en la actualidad se llama *realismo*. Comprende y abarca éste, dice la citada escritora, lo natural y lo espiritual el cuerpo y el alma, y concilia y reduce á unidad la oposición del naturalismo y del idealismo racional. En el realismo cabe todo, menos las exageraciones y desvaríos de las dos escuelas extremas, y por precisa consecuencia, exclusivistas.

De esta suerte la escuela realista, cuya importancia hemos tenido alguna vez ocasión de señalar, aunque condenando siempre lo que tiene ó puede tener de común con el naturalismo, expresión en literatura de una

concepción filosófica que consideramos falsa é incompleta, comprende dentro de sus anchos linderos todas aquellas obras literarias en las cuales, equilibrándose perfectamente la razón y la imaginación, se reproduce la vida real, tal cual es, sin que el poeta ó el escritor sustituya ó trate de sustituir la concepción de tipos ó de situaciones ideales, á la expresión ó al retrato de situaciones ó caracteres que tienen como mérito principal y como motivo de atracción para los lectores, el ser en todo conformes á la verdad. Considerada así la novela realista, no hay motivo para excluir de ella ni las agitaciones interiores del alma, ni las aspiraciones del hombre á una belleza ideal, ni la lucha de las pasiones con el deber, porque todo ello forma parte de la realidad. Siempre que un hecho real, pudiéramos decir con la ilustre autora de *El Nuevo Teatro Crítico*, sea del orden espiritual ó material, sirve de base al arte, basta para legitimarle.

Pero si lo dicho hasta aquí es suficiente para justificar el sentido en que hemos llamado á la novela del Sr. Delgado una novela realista, haciendo cesar toda prevención que le fuera desfavorable, no será bastante quizá para que nuestros lectores, á alguno de los cuales suponemos poco versados en este género de estudios, puedan formarse

una idea clara y precisa de los procedimientos seguidos por la nueva escuela, y de la manera cómo el autor de *La Calandria* ha hecho uso de ellos para dar á su obra cuanta perfección le ha sido dable. Por este motivo, y para llenar cumplidamente nuestro objeto, en cuanto nos sea posible, insistiremos en este punto, diciendo qué elementos se ven hoy excluidos, y en qué sentido y hasta qué punto son aceptables, de la composición literaria que llamamos novela, y para deducir de aquí cuál es la forma hoy día preferida del público, tratándose de una composición literaria que antes se había considerado como obra de pura imaginación, y en la cual entran ahora, dentro de cierta medida, la observación y la experiencia. Este breve estudio preliminar nos facilitará el análisis de la obra de que con especialidad tratamos, ó mejor dicho, formará por sí solo el juicio crítico de ella, puesto que no nos restará otra cosa, al concluir nuestro trabajo, sino hacer breves aplicaciones de lo que anteriormente hayamos dicho.

V.

Sin llevar las cosas hasta el extremo de decir con uno de los más decididos defen-

sores de la literatura realista (1) *que el arte da un grande egoismo que impide al artista fijar su atención en las pequeñas discusiones que agitan á las sociedades*, sí podemos afirmar que la novela contemporánea se distingue por la exclusión de toda tendencia dogmática ó docente. En este sentido se puede decir que se ha verificado una reacción saludable contra la novela tendenciosa y filosófica, la cual, según dice el escritor á quien hemos hecho alusión anteriormente, sólo pudo prevalecer en Francia, merced al talento de Diderot, de Voltaire y de Rousseau que fueron los que la hicieron popular. El arte moderno pretende que el autor desaparezca, hasta donde sea posible, de su libro; no le pide cuenta de sus opiniones religiosas, filosóficas ó políticas, y tan sólo exige la fidelidad y exactitud en la reproducción de los múltiples hechos y de las variadas situaciones que constituyen la vida humana. A las enseñanzas que parecen calculadas por el autor y que hoy se consideran insuficientes para producir el efecto que se desea, pretende sustituir la enseñanza de los hechos.

Comprendida así la cuestión, no vemos por qué deba ser objeto de alarma ó de

---

(1) Chamfleur: «Reálisme»

censura el procedimiento empleado por los novelistas contemporáneos, y aun nos parece que el criterio con que hoy se juzga esta cuestión no dista mucho del que ha servido á algunos críticos para fundar su juicio acerca de la literatura dramática. Recordamos, con este motivo, la justa censura que se ha hecho de las tragedias de Eurípides y de Voltaire por sus tendencias filosóficas, que desnaturalizaban el arte, destruyendo la emoción estética, echándose de menos en las del primero el vigor de concepción de Esquilo y la serena sencillez de Sófocles y en la del segundo la sabia osadía de Corneille y la rara perfección artística de Racine, (1) Lo que se ha dicho del teatro ¿por qué no podría decirse de la novela, que es una de tantas formas del arte literario?

Mas esto no quiere decir que en la novela realista esté desterrada del todo la enseñanza. Esto no sería posible, porque siendo ó debiendo ser la reproducción fiel de la vida, tener tal pretensión sería tanto como querer excluir de la existencia humana uno de los más preciosos elementos con que el hombre cuenta para alcanzar su perfección, cual es la experiencia. Nuestra vida entera no es más que una serie no interrumpida

---

[1] Puede verse á Burette-*Cahiers d'histoire litteraire.*

de enseñanzas, de las cuales no siempre, por desgracia, sabemos aprovecharnos.

La experiencia que adquirimos por los sucesos que diariamente presenciamos, y que no en vano hemos calificado con el epíteto de amarga, es una enseñanza, nunca interrumpida, y de cada uno de los accidentes que forman nuestra existencia surge una lección moralizadora que sólo es perdida para el que no sabe aprovecharse de ella. No es por lo tanto, responsable la novela realista de la falta de moralidad, ó más bien, de la inmoralidad que se le atribuye, sino en tanto que el autor, obedeciendo á una idea preconcebida, intenta disimular las funestas consecuencias del vicio, inspirando á sus lectores la indiferencia entre el bien y el mal, ó infundiéndoles ese amargo escepticismo que muchos confunden en las rudas pero siempre saludables experiencias de la vida.

Tampoco es cierto que esté desterrado de la literatura realista el elemento dramático. Es verdad que en las novelas puramente idealistas, presentándose casi siempre la pasión en lucha con el deber, el conflicto nacía, por decirlo así, espontáneamente de la situación misma ideada por el autor; y como de ordinario el deber triunfaba y la virtud recibía su recompensa, el combate

de las pasiones era visible y la moralidad de la obra perfectamente comprensible para la generalidad de los lectores. Es igualmente cierto que debilitado el sentimiento del deber en las sociedades modernas, por la relajación general de las costumbres, vense privados los novelistas modernos de este resorte tan poderoso en una sociedad moralizada, para producir una emoción profunda por medio de la narración de los sucesos qne refieren; y que no pocos de ellos (los que pertenecen á la escuela llamada naturalista) han llegado hasta pretender interesar al público con simples descripciones que no tienen más objeto que encender las pasiones más innobles, ó someter las acciones del hombre á una especie de fatalidad materialista (la herencia, el medio social) con la cual todo combate es imposible.

No negaremos que el procedimiento empleado por los novelistas anteriores era más propio para despertar en el alma humana el amor á la virtud y la admiración hacia ella, la esperanza del premio y el temor del castigo, dadas las condiciones de la sociedad en la época en que tales novelas se escribieron; así como tampoco intentaremos disimular el daño causado por los que, cediendo á las sugestiones desmoralizadoras de una falsa ciencia, justifican an-

ticipadamente todas las faltas y todas las rebeldías de la voluntad, haciendo imposible toda lucha, y sacrificando por completo el principio de la libertad humana y el sentimiento de la responsabilidad introducidos en la literatura moderna por el elemento cristiano.

Pero entre estos dos extremos, y estudiando la cuestión sólo desde el punto de vista literario con relación al conflicto que resulta del combate de las pasiones con el deber, hay un procedimiento medio que consiste en contraponer unas pasiones á otras, reproduciendo así por la ficción, el espectáculo real y verdadero que la vida nos ofrece. No siempre el deber se presenta á nuestra mente claramente definido, ni es cierto, por desgracia, que triunfe siempre, en las resoluciones que el hombre toma. Por el contrario, es harto frecuente, en el estado actual de nuestras costumbres, que aun los caracteres mejor templados tengan sus desfallecimientos; y no vemos inconveniente en que el novelista describa tales combates y aun pinte con vivísimos colores tan tristes derrotas, reproduciendo fielmente la realidad siempre que quede á salvo el gran principio de la libertad humana, sin el cual la vida nos parecería incomprensible.

Resulta de lo dicho, que no tienen razón

los que juzgan que la novela realista, por estar desterrada de ella toda enseñanza moralizadora, y por no dar cabida al elemento dramático, ó por lo menos por darle una importancia secundaria, viene á quedar reducida á un simple relato, que sólo puede cautivarnos por la belleza del lenguaje y la exactitud de las descripciones. Tampoco creemos que están en lo cierto los que, como Zola, abrigan la quimérica esperanza de hacer de la novela la demostración experimental de esas leyes inflexibles á las que, según ellos, está sometida la vida individual, y que suponen trazadas de antemano por la ciencia. Unos y otros, aquéllos por una concepción incompleta del arte, y éstos por extender sus dominios más allá de sus verdaderos límites, convirtiéndole en auxiliar de una ciencia no bien comprobada, y cuyas teorías muchos ponen en duda, tienden á desnaturalizar la novela. Si en ésta no ha de haber acción, ó si la acción ha de ser tan vulgar que á nadie interese; si de la lectura de la novela no ha de resultar ninguna enseñanza provechosa para dirigir nuestras acciones en el curso de nuestra existencia; si el hombre está fatalmente condenado á ceder á la fuerza irresistible del temperamento, de la herencia, ó del medio en que vive, ¿qué interés, qué emoción es-

tética puede despertar en nuestras almas el espectáculo real ó ficticio de la vida humana?

De esta noción incompleta ó exagerada de lo que es y debe ser la novela en la época presente, proceden, en nuestro concepto, las dos tendencias que se advierten en muchos de los novelistas contemporáneos. Los unos, haciendo á un lado, ó por lo menos, dando un lugar muy secundario al elemento dramático, se empeñan en describir, con una minuciosidad desesperante, hasta las cosas más pequeñas, y á veces asquerosas, con todos los primores de un estilo, que en fuerza de querer reproducir las sensaciones materiales por medio de la palabra, suele degenerar en confuso y alambicado, sin producir honda sensación en nuestras almas; los otros, queriendo explicarlo todo por los datos de la ciencia experimental, se complacen en poner á nuestra vista los caracteres más abyectos y las escenas más repugnantes, desterrando del mundo toda idea de moralidad. Ya hemos dado á comprender muy claramente que, á nuestro juicio, ni los unos ni los otros pueden servir de ejemplo de la novela realista. Esta puede reproducir la vida tal como es, y si es verdad que hay mucho cieno en el fondo de las sociedades modernas; si es cierto que los ma-

los instintos de lo que se ha dado en llamar la *bestia humana* encuentran poderoso incentivo, en nuestros días, en la relajación general de las costumbres, y se muestran indómitos y salvajes, aguijoneados por la ignorancia y la miseria; no es menos cierto que todavía existen, aun en las clases sociales más humildes, rasgos admirables de abnegación, heroísmos sublimes que llenan el alma de consuelo y no nos permiten desesperar de la suerte futura de la humanidad. El concepto pesimista de la vida, que informa muchas de las novelas modernas, falso como concepción filosófica, no es tampoco aceptable como elemento estético en una forma literaria que hoy busca sus inspiraciones en la realidad, sin plegarse á las exigencias de las diversas escuelas que se disputan la victoria en los campos de la filosofía.

Las consideraciones anteriores, dando á conocer á nuestros lectores lo que en nuestro concepto debe ser la novela realista, bastan para dejar demostrado que dentro del género que se ha propuesto cultivar el Sr. Delgado puede haber, y de hecho hay, novelas dignas de estimación, y tanto más agradables para el público, cuanto que con una acción de ordinario breve y sencilla describiendo situaciones naturales y hasta

comunes, y haciendo hablar y obrar á personajes que pueden llamarse reales por estar fielmente copiados del natural, reproducen escenas y accidentes que pasan diariamente á nuestra vista. Hay ó puede haber en ellas interés dramático, porque el hombre se apasiona y se interesa por todo lo que á su suerte atañe, y hasta saludables lecciones, porque acrecentando nuestra experiencia propia con la experiencia agena, que á tanto puede llegar la ficción que se confunda con la realidad, nos obligan á reflexionar en los sucesos, ya prósperos ya adversos, que, sucediéndose en el curso de la existencia, hacen de la vida de cada hombre un asunto de seria meditación y un manantial fecundo de útiles enseñanzas.

VI

Establecidos estos antecedentes, fácil nos será exponer nuestro juicio acerca de la novela del Sr. Delgado que ha dado motivo á que escribiésemos estas líneas, y explicarnos la acogida favorable que el público le ha dispensado. Parecida "La Calandria," en cuanto á la forma, á las novelas más estimadas de los modernos novelistas españoles,

se distingue, sin embargo, de ellas, por el carácter, no sólo nacional, sino hasta local, que el Sr. Delgado ha sabido dar á sus personajes. Nacidos éstos, por decirlo así, no de la imitación, ni tampoco de la inventiva del autor, sino de la observación atenta de los hechos, hay en ellos tal verdad, que el lector cree tener ante su vista, no personajes ficticios, sino reales y existentes. Lo mismo puede decirse de las descripciones de sitios y lugares que tanto encanto dan á la narración, y que están hechas con verdadero *amor*, como suele decirse. Se conoce que el Sr. Delgado ha contemplado con el placer de artista la hermosa naturaleza de los lugares donde ha nacido y en los cuales ha pasado la mayor parte de su vida. La descripción del jardín de la plaza de Pluviosilla, en el cap. X, la del pueblo de Xochiapan en el XXIII, y la de aquella noche lluviosa, triste y fría en que Gabriel tuvo una entrevista con Carmen, pueden citarse como modelos de exactitud.

Había, sin embargo, en todo esto un peligro que el Sr. Delgado ha sabido evitar con una rara habilidad, y este peligro consistía en que los tipos generales que describe se tornaran en tipos individuales que pudieran señalarse con el dedo. No ha sucedido así, y gracias al talento con que

están combinadas las circunstancias, y los matices variados que se advierten en los diversos caracteres, si cada uno de los lectores puede decir: yo he conocido muchas personas como D. Eduardo Ortiz de Guerra, como Jurado, ó como Dª. Pancha, ninguno sería osado á suponer que el autor había tenido la intención de retratar á determinadas personas.

Salvada esta dificultad, que no es pequeña, cuando el novelista ha tenido un teatro tan limitado para sus observaciones, como lo es una pequeña ciudad de segundo orden, quedaban otras inherentes al carácter mismo de la obra y al género á que ella pertenece. Ya hemos dicho que es propio de la novela realista elegir como asunto de sus cuadros escenas comunes y personajes vulgares, y hemos añadido, además, que en ella no debe advertirse designio alguno preconcebido por el autor con el objeto de enaltecer ó deprimir á ninguna de las clases sociales ó favorecer determinadas tendencias. Este es un grave escollo, y lo que se llama impersonalidad del autor es tan difícil de lograr, que algunos han llegado á creerla irrealizable, y otros, por una lamentable confusión de ideas, han juzgado que en la novela realista debe estar desterrado por

completo todo elemento subjetivo, lo cual es imposible.

El Sr. Delgado que, seguramente, ha estudiado bien esta cuestión, le ha dado, á nuestro juicio, una solución acertada, probando prácticamente en su novela, cómo el interés de una obra de esta clase no depende ni de lo encumbrado de los personajes, ni de lo raro de los sucesos, ni de lo complicado de las situaciones, y ha hecho más todavía: sin caer en lo vulgar, ha podido conmover á sus lectores con las desgracias de una joven de humilde nacimiento, haciendo recaer la responsabilidad de su muerte sobre personas de la mejor posición social sin inspirar odio hacia ellas, y embelleciendo el carácter de Gabriel, tipo exacto de nuestros jóvenes artesanos, con todo lo que puede hacerle interesante, sin dejar de ser verdadero.

La buena elección del asunto y la ausencia de toda tendencia en favor de determinadas ideas, han dado por resultado en «La Calandria» la holgura con que el autor ha podido desenvolver gradualmente la acción, manteniéndose fiel al principio de unidad en los caracteres que ha trazado, esto es, haciendo que sus personajes hablen y obren en el curso de la novela conforme al carácter que desde el principio les ha

atribuído, resultando de ello la belleza y regularidad que la verosimilitud produce.

El carácter de Gabriel es franco y resuelto; pero al mismo tiempo digno y levantado, como convenía al protagonista de la obra. Es un joven artesano, como hay muchos entre nosotros, dotados de una honradez natural que sólo llegan á perder en fuerza de los malos ejemplos que reciben de las clases superiores. Ama apasionadamente á Carmen, pero el amor, en su alma, tiene algo de noble y de elevado que no le permite abusar de la debilidad de una mujer, y además, su dignidad le impide aceptar las caricias de quien ya no es merecedora de su estimación. A su vez, Carmen es una joven, como tantas otras, de esas que vemos todos los días luchando entre los atractivos de un afecto virtuoso que podría darles la felicidad aun en medio de la pobreza, y los halagos de la vanidad, las seducciones del lujo y el bienestar pasajero que podrían proporcionarle sus relaciones ilegítimas con el joven Alberto Rosas.

Cármen es el verdadero tipo de las jóvenes de nuestra clase pobre, hoy deslumbradas por los ofrecimientos interesados de los seductores de profesión; mañana abandonadas hasta tocar las lindes de la miseria y terminar su vida en una casa de prostitu-

ción ó en un hospital. Salvo la catástrofe final que, aunque verosímil, dado el carácter y circunstancias de la protagonista y la habilidad con que supo prepararla el autor, no es común en todo lo demás; la suerte de Carmen es la de tantas otras jóvenes desgraciadas, á quienes los atractivos del lujo y los halagos de la vanidad conducen irremisiblemente á la perdición.

Con tales elementos, el Sr. Delgado ha podido darnos un cuadro de las costumbres actuales de nuestra sociedad, que ha llamado justamente la atención del público por su admirable exactitud, reproduciendo lo que hoy se llama la *realidad de la vida*, en los caracteres que ha creado y en las situaciones que ha descrito. Por esta causa su novela ha tenido tan favorable acogida y alcanzado tantos elogios.

No era menos difícil trazar con igual habilidad los demás caracteres. D. Eduardo, padre natural de Carmen; tenía que ser, no el padre tiránico y despiadado de las novelas antiguas, sino el hombre de mundo de los tiempos modernos. Responsable de una falta que la sociedad actual mira con culpable indiferencia, creyendo como creen muchos, que un puñado de duros basta para reparar todos los errores y redimir todas

las culpas, pudo decir en su entrevista con el padre González:

—"No es extraña esta pena. Pago con ella errores juveniles, faltas lamentables de irreflexiva edad. He subvenido á las necesidades de esa joven desde sus primeros años. Lleva mi sangre y la amo."

Pero el lamentable curso de los acontecimientos, las dificultades domésticas, y sobre todo, la falta de su sombra paternal y del respecto que su nombre habría inspirado en favor de quien por ser su hija tenía el derecho de llevarle, vienen á demostrar lo erróneo de sus juicios. La muerte desgraciada de Carmen debió pesar sobre la conciencia de D. Eduardo, como la más negra de sus faltas, y el más horrible de sus crímenes.

Si es triste y doloroso el espectáculo de Gabriel labrando el ataúd que ha de guardar el cuerpo yerto de la mujer que fué su amor primero, tal vez único, no es más honda la impresión que causa en nuestro ánimo la consideración de lo que, en un caso semejante, debe experimentar el corazón de un padre que ve morir á su hija en el abandono y en la desesperación; porque si los recursos pecuniarios que le ha proporcionado pudieron librarla de la miseria, no fueron ni pudieron ser suficientes

para salvarla de la deshonra. En el primero se revela el dolor, intenso, cruel, desgarrador de un primer amor burlado; en el segundo el remordimiento de la conciencia y la vista perceptible y clara de las consecuencias funestas de una falta irreparable.

Del desarrollo gradual de los caracteres resulta la naturalidad del diálogo, la verosimilitud de los sucesos y lo dramático de las soluciones, cualidades todas que revelan el talento artístico del autor, y explican el grato placer que el público ha encontrado en la lectura de "La Calandria." En algunas de las escenas descritas y hábilmente preparadas, se advierte claramente el predominio del elemento dramático. La última entrevista de Gabriel y Carmen, de que se trata en el capítulo XXI, está descrita con tal pasión, con tal viveza de colorido, que causa en el lector una impresión profunda. Los caracteres de los dos amantes están en ella tan bien pintados, que cualquiera cosa que el autor hubiera añadido, sólo habría servido para debilitarlos. Vése en ella la verdad, se siente en esta tan patética entrevista palpitar la realidad y la vida.

Dejando aparte el estudio de los personajes secundarios como el padre González, Malenita, el monaguillo, etc., porque deseamos ya poner término á este largo estudio,

terminaremos diciendo: que la novela de "La Calandria" es, en nuestro sentir, uno de los ensayos más felices que en este género de composiciones, se han hecho entre nosotros; y que el aplauso con que el público le ha acogido es una prueba del interés que hoy despiertan los estudios literarios, especialmente tratándose de la novela hasta ahora tan poco cultivada. Si nuestro juicio no es errado, y si hay verdad en las observaciones que nos han servido de base para fundar nuestra opinión acerca de la novela del Sr. Delgado, debemos esperar, que siendo más propicios los tiempos actuales á este género de composiciones, contando los novelistas con los estímulos de un público ilustrado y de una crítica sensata é imparcial, y teniendo á mano tan buenas novelas que estudiar en muchos de los novelistas extranjeros contemporáneos, la Literatura Nacional se enriquecerá con nuevas obras escritas contanto acierto y tan profundo conocimiento de los preceptos del arte, como la que nos ha dado asunto para escribir estos renglones.

DISCURSO CIVICO

pronunciado en el

TEATRO LLAVE, DE ORIZABA

la noche del 15 de Septiembre de 1889.

CONCIUDADANOS:

AL presentarme ante vosotros en vano intentaría disimular la emoción que en estos momentos me domina. Acostumbrado á refrenar mis sentimientos siempre que vengo á este lugar, para poner en concierto mis ideas y poder expresar con libertad mis pensamientos, experimento ahora no poca dificultad en conseguirlo. Y es que la grandeza del objeto que aquí nos ha reunido abruma de tal suerte nuestro espíritu, el espectáculo de un pueblo entero congregado para recordar sus antiguas des dichas y sus glorias pasadas conmueve tan profundamente el alma, que la mente se turba, el corazón palpita agitado por encon-

rados afectos y falta la voz para expresar lo que se siente. La festividad de esta noche tiene para mí, como tiene también para vosotros, toda la solemnidad de un recuerdo toda la hermosura de una esperanza; es al mismo tiempo un gemido de dolor y un grito de alegría; el homenaje de admiración, de respeto y gratitud tributado á nuestros Libertadores, y un acto de varonil firmeza, por medio del cual, encontrándonos en posesión tranquila de nuestra dignidad y nuestro derecho, tal parece que olvidamos nuestros antíguos infortunios para lanzarnos, osados y altivos, en busca de nuevos y desconocidos horizontes.

Tal es, á mi modo de ver, el significado de esta festividad, en la cual, como en otras veces, he recibido de la Respetable Junta Patriótica el honroso encargo de dirigiros la palabra. Formado este concepto, no he tenido necesidad de meditar largo tiempo lo que hubiera de deciros. Me basta recordar las primeras impresiones que recibí en mi infancia, porque todos hemos sido educados en el culto santo de la Patria, y precenciar ahora vuestro júbilo, vuestra alegría y vuestro patriótieo entusiasmo, para comprender todo lo que hay de universal, de permanente, de verdaderamente grande en esta fiesta, con la cual celebramos nuestro

advenimiento á la vida de los pueblos independientes, nuestro nacimiento á la vida de la libertad. Desdeñando, por esto, los auxilios de la erudición, haciendo á un lado los preceptos oratorios, y dejándome llevar de la espontaneidad del pensamiento, sólo buscaré mi inspiración en el espectáculo sublime que tengo ante la vista.

Si éste, por desdicha, no fuere tan grande como á mí me lo parece, dejadme, por favor, acariciar una ilusión que deseo que sea la última que me acompañe al sepulcro; porque si llegásemos á desesperar del porvenir de nuestra Patria ¿qué consuelo llevaríamos al dejar esta tierra para siempre?

Ya habréis comprendido el objeto de esta breve y sencilla alocución. Sin necesidad de recordaros hechos históricos que vosotros conocéis bastante bien, sin hacer apreciaciones que en último resultado no vienen á ser mas que la expresión del juicio particular del orador, me limitaré á hacer algunas reflexiones generales que os hagan comprender mejor el carácter verdaderamente sublime de esta festividad patriótica, avivando en vuestros pechos el culto sagrado de la Patria.

El principio de unidad es para los pueblos o que el principio de identidad es para los

individuos. Sin éste, las lecciones de la experiencia serían perdidas, el perfeccionamiento individual imposible, y la moralidad desaparecería del mundo. Sin aquel, los pueblos carecerían de historia; ese dulce y grato sentimiento que nos une al suelo en que nacimos, sólo podría explicarse por el hábito de recibir las mismas sensaciones, y nadie acertaría á comprender ni explicar la noción metafísica de la Patria; noción tan compleja que comprende en su vasta extensión todas las ideas que alimentan nuestra mente y todos los afectos que mueven nuestro corazón; así la lengua que hablamos como las leyes que obedecemos, la dulce tranquilidad del hogar doméstico y las nobles ambiciones del que se siente llamado á presidir los destinos de un pueblo; los recuerdos del pasado, los goces del presente, y las esperanzas del povenir.

Si yo no fuera el mismo que allá en mi infancia recibí de mis maestros las primeras nociones del saber y de mis padres los primeros ejemplos de virtud; si al llegar á la tumba no hubiesen de acompañarme los dulces recuerdos del poco bien que haya podido hacer en el mundo ó el cruel remordimiento de las faltas que haya cometido, decidme, os lo suplico, ¿qué sanción tendría la moralidad de mis actos? ¿Sobre qué base

descansaría el sistema de vuestras leyes civiles y penales, que suponen como condición esencial para su aplicación la identidad del individuo?

Lo mismo acontece con los pueblos. Tienen éstos una existencia aparte, independiente de la existencia de los individuos que los forman; son, como hoy se dice, organismos vivientes cuya vida se desenvuelve lógicamente en el transcurso de los siglos, y tienen también un destino providencial que cumplir en el mundo. Si no los consideráis de esta suerte, renunciad á explicar el progreso humano, romped las leyes todas de la Historia, suprimid toda idea de moralidad colectiva, y arrancad, si podéis, de vuestros pechos la raíz de ese hondo y profundo sentimiento que os hace ver en vuestra patria el centro de todos vuestros afectos, un título legítimo á vuestro orgullo, el motivo de vuestros constantes ahelos y el objeto de un culto tanto más ardiente cuanto ella sea más desgraciada.

¡Admirables resultados de la vida colectiva! ¡Manifestación grandiosa de los altos destinos del hombre! La sociedad civil vista á la luz del principio de unidad en virtud de cual los pueblos nacen, crecen y se perfecionan, no es ya como se ha supuesto alguna vez, el vínculo pasajero formado por los

hombres para repeler las agresiones exteriores, sino una necesidad inmanente de la naturaleza humana, y una de las más hermosas formas con que se manifiesta ese incesante afán de prolongar nuestra vida más allá del breve espacio que separa la cuna del sepulcro. Pasan las generaciones sucediéndose las unas á las otras con espantosa rapidez; nuestra vida se desliza breve y fugaz como la nube que el huracán deshace, como la estela que deja la ligera nave al surcar las aguas del océano; pero el pueblo de que formamos parte, la nación que un día nos contó en el número de sus hijos, vivirá muchos años, tal vez muchos siglos, después que nosotros hayamos dejado de existir.

De estas consideraciones generales, que nada tienen de abstracto y metafísico y que están al alcance de todas las inteligencias, resulta, á mi modo de ver, como una consecuencia necesaria, el derecho que tuvimos para proclamar nuestra independencia y los justos motivos que tenemos para celebrar con toda la embriaguez del entusiasmo y con toda la efusión de nuestras almas un acontecimiento tan grandioso, trayendo á la memoria los amargos sufrimientos, de nuestros Libertadores, su incomparable denuedo y heroicos sacrificios.

La independencia es la vida de los pueblos. Sin ella ¿qué otro bien podrían alcanzar? El venerable Cura Hidalgo y los primeros defensores de la Independencia Nacional sabían bien que la calumnia, el oprobio y el martirio serían el premio de su valor, de su abnegación y de su virtud; mas ¿qué importaba todo esto si sabían también que al caer atravesados por las balas en los campos de batalla, ó heridos por la muerte en afrentoso patíbulo, daban vida á un pueblo generoso, heredero en línea recta de la hidalguía castellana y de la tenaz bravura del azteca; primer representante en este continente, de la noble raza latina, dueña por muchos siglos de los destinos del mundo; á un pueblo alumbrado ya por los vivos resplandores de la civilización cristiana, y poseedor de una de las lenguas más armoniosas de la tierra; de un pueblo en fin, que si hasta hoy ha sido grande sólo por sus errores y extravíos, redimido, no obstante, por rasgos de heroico valor y de invencible constancia, mañana tal vez será más grande por los nuevos destinos que la Providencia le prepara.

Debemos, pues, nuestra vida como nación independiente, á los que con razón hemos llamado con el dulce y tierno nombre de Padres de la Patria. Nacimos á la vida

política de los pueblos el 15 de Septiembre de 1810, y hemos vivido durante más de medio siglo alentados siempre por aquel soplo de vida. Somos, como entidad colectiva los mismos que gimieron durante tres centurias en dura esclavitud, los mismos que lanzándose intrépidos á vindicar sus derechos, prefirieron según la hermosa expresión del historiador romano, los peligros de una libertad turbulenta á las tristezas de una servidumbre tranquila; somos los mismos que habiendo agotado nuestras fuerzas en estériles luchas y en guerras fratricidas, aleccionados por las rudas enseñanzas de la experiencia, nos sentimos ya dispuestos á reparar los daños causados por tantos errores y por tantos extravíos, dando así honra á nuestros Libertadores, gloria á nuestra Patria, y felicidad á nuestros hijos.

¿Hay, en vista de estas consideraciones, quien pueda dudar que esta sea la más grande de nuestras festividades, la más espléndida manifestación del amor á la vida, á la independencia y á la libertad que arde en nuestros pechos y que inflama nuestros corazones? Si un pueblo permanece siendo el mismo á pesar de las vicisitudes de la política, del cambio de las costumbres, de la instabilidad de las instituciones y de la ruina de los gobiernos, ¿no tenemos razón pa-

ra llorar en esta noche con amargo desconsuelo, el cruento sacrificio de nuestros Padres, para llenarnos al mismo tiempo de júbilo al presentir la grandeza y la gloria de los que más felices que nosotros vendrán á recoger los frutos de paz y prosperidad de una simiente sembrada en medio de tantas lágrimas, regada con tanta sangre y que sólo puede hacer fecunda el arrepentimiento y el perdón?

¡Ah, qué grande y hermoso es—vuelvo á repetir—el concepto sublime de la Patria, cuando se le considera así extendiéndose más allá de los estrechos límites de nuestros mezquinos intereses de un momento, en una esfera aun más amplia que el pequeño círculo que encierra nuestra existencia! ¿Qué importa entonces el desconocimiento de nuestros servicios, el desdén de nuestros contemporáneos, ni la calumnia de nuestros enemigos? Nuestra vida no es ya la vida de unos cuantos años, sino parte de la vida de un pueblo entero; nuestra patria no es ya el obscuro rincón del mundo donde nos tocó nacer, sino el conjunto armonioso de todos nuestros recuerdos y de todas nuestras esperanzas, la síntesis admirable de nuestros dolores pasados y de nuestras alegrías futuras, la prolongación indefinida de nuestros más vivos sentimientos y

de nuestros afectos más puros. Qué importa —lo repetiré de nuevo— que nuestro nombre desaparezca borrado por el olvido, si este pueblo de quien formamos parte, y del que serán parte nuestros hijos, vive, y vivirá próspero y dichoso, si cuerdos y sensatos, imitando las virtudes de nuestros Libertadores, sabemos sacrificarlo todo al bien de nuestra Patria?

—

He terminado, Conciudadanos. No puedo, no quiero decir más, porque temo haber fatigado demasiado vuestra atención.

Dentro de breves instantes, el ruidoso sonar de las campanas, el estruendo de la artillería, y los toques marciales de las músicas militares os harán recordar con más viveza que este fué el momento solemne en que el Venerable Cura de Dolores, proclamando ante la faz del mundo entero nuestro derecho á una vida independiente, decidió nuestros destinos.

Al contestar al tradicional grito que resume en una sola voz las emociones todas de esta noche y los deseos de toda nuestra vida, tened presente que ese grito resonó

hace ochenta años para anunciar al mundo el nacimiento de un pueblo nuevo, que ese mismo grito resonará en los tiempos futuros, para atestiguar ante la Historia la eternidad de nuestra gratitud, la permanencia de nuestro sér, y el cumplimiento de nuestros gloriosos destinos.

LA NOCION DE LA VIDA.

LO que la ciencia jurídica con sus fórmulas severas ha llamado *instinto de la conservación propia*, llámase ó puede llamarse en poesía de una manera menos exacta, pero más significativa, sed inextinguible de vida, anhelo incesante de vivir, aborrec-miento á la nada.

Para la filosofía alemana (doctrina de Hegel) la vida es la expansión, el desenvolvimiento del sér, primero inconsciente en la materia inorgánica, adquiriendo después conciencia de sí en el alma del hombre: para la filosofía cristiana es la vida un dón gratuito del Creador, y el aborrecimiento de la muerte, un fenómeno psicológico, que escapando al estrecho criterio de la moderna escuela positivista, demuestra la grandeza de nuestros destinos.

De todas maneras, el amor de la vida es un sentimiento enérgico é irresistible, que

nos hace preferir los padecimientos más crueles, la existencia más miserable, á la cesación del vivir.

Plutôt souffrir que mourir
C' est la devise des hommes

ha dicho Lafontaine.

O de otra manera:

Quédeme incapaz de bodas,
tullido, gotoso, manco;
todo lo llevo en paciencia
si libre el pellejo saco.

Los esfuerzos de la ciencia hasta ahora, han sido impotentes para definir la vida. Bichat ha dicho: "La vida es el conjunto de funciones que resisten á la muerte;" definición que peca contra las reglas de la Lógica, porque en ella entra, aunque en un sentido negativo, el término mismo que se trata de definir.

Sea como fuere, si á la ciencia toca definir ese conjunto de fenómenos que constituyen la vida; si la filosofía debe á su vez explicar la noción metafísica del sér, á la poesía ha correspondido siempre describir ese intensísimo placer, más para sentido que para explicado, que consiste en encontrarse en plena posesión de la vida. ¿Cómo la poesía de todas las edades ha salido de este empeño?

He aquí una pregunta, cuya contestación

daría materia para escribir volúmenes enteros. Desde la magnífica invocación del poema *De natura rerum*, del epicúreo Lucrecio, donde con tan vivo colorido se pinta el amor, fuente y origen de la vida, hasta los arrobamientos místicos de los poetas del siglo XVI, en los cuales la vida individual parece perderse en los anhelos sin fin de un alma sedienta de lo infinito, y desde los fáciles y agradables versos de la Anacreóntica, expresión fiel del sentido de la vida en aquellas edades, hasta las sombrías y tristes concepciones de Leopardi y de Schopenhauer, hay una distancia inmensa, que sólo un hombre de vastísima instrucción y de superior ingenio pudiera recorrer. Podremos estar equivocados; pero creemos que este sería un hermoso tema para un libro que no ha sido escrito todavía: *Estudiar el concepto, la noción de la vida, en todos los tiempos y su influencia en la literatura de todas las edades.*

Porque es claro que no se trata simplemente de describir un sentimiento que todos experimentamos, y que de una manera tan enérgica se da á conocer en las expansiones de un alma que tiende sin cesar á desplegar sus alas en más vastos horizontes, y en las dulces fruiciones del amor, y hasta en las terribles angustias, con que re-

cibimos la muerte, (que todos estos hechos y otros muchos, no son, en nuestro sentir, sino manifestaciones diversas del sentimiento inmanente de la vida); sino de estudiar sus diversos modos de revelarse y las diversas maneras como los hombres lo han expresado, según los tiempos y los varios grados de cultura de los pueblos.

La noción abstracta de la vida, es de por sí, bien difícil de explicarse y definirse; quizá el empeño de definirla sea propio de las épocas de refinamiento y de minucioso análisis, cual lo es la presente; pero la expresión poética del placer de vivir, hondamente sentido por el hombre mientras más cercano se halla de la naturaleza, ha debido brotar, por decirlo así, de una manera espontánea de los labios de los hombres en todos los tiempos.

Confundido con el sentimiento de asombro que debió causarle el encontrarse en posesión de la existencia, debe de haberse exhalado en forma de himno de acción de gracias á la divinidad, de plegarias y oraciones. Los primeros momentos de la creación del hombre tan admirablemente descritos por la elocuente pluma de Buffón, ¿qué otra cosa son sino la expresión ingenua de ese placer que el hombre experimenta por solo el hecho de vivir?

La vida es el sér; la muerte es la nada, de la cual tiende el hombre á escapar, elevándose en alas de su fé ó de su imaginación á otras regiones donde continuará viviendo eternamente. Tal es la intensidad del sentimiento que con fuerza irresistible nos apega á la vida. Amándola nos amamos á nosotros mismos, pues no nos es posible concebir la vida en los demás, sin concebir nuestra propia existencia. Sin concebir mi propio sér ¿cómo podré concebir el sér en sí?

Pero aun queda otra cuestión importante que sólo queremos apuntar. ¿En cuál de nuestras facultades radica esencialmente ese anhelo de vida de donde nace el intensísimo placer del vivir? Tal pregunta equivale á esta otra: ¿cuál es la esencia de nuestro sér?

¿Vivimos porque entendemos, porque sentimos ó porque queremos? He aquí una gravísima cuestión, que á nuestro juicio no tiene solución posible en los términos en que viene propuesta. El hombre es un sér, complejo, y no es posible separar lo que Dios quiso unir.

Hay quienes den la preferencia á la voluntad. Para estos filósofos querer es vivir; pero la voluntad sin la conciencia no es voluntad, y la conciencia es un fenómeno de la inteligencia. Aquí es el caso de repetir

con los escolásticos: *nihil inteligimus, nissi intellegamus, nos intelligere; nihil sentimus nissi sentiamus nos sentire.*

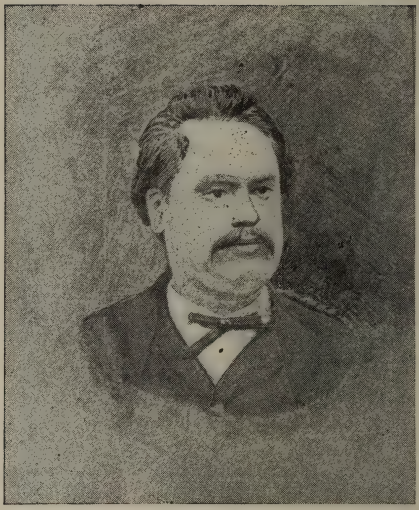
El lenguaje común, más sensato de lo que de ordinario se cree, lo ha comprendido así y ha resuelto la dificultad, atribuyendo una vida propia á cada una de las facultades de nuestro espíritu, á cada una de las diversas manifestaciones de nuestro sér; á cada paso decimos, la vida de la inteligencia, la vida del corazón, etc.

Dedúcese de lo dicho, que al placer de la vida tomado en su mayor extensión, atribuimos nosotros los placeres del espíritu, no menos que las gratas emociones del corazón; los halagos que sienten nuestros sentidos al ponerse en comunicación con el mundo exterior, no menos que la dulce satisfacción que resulta del comercio y comunicación de las ideas. Todo ello es vivir; y la vida, á nuestro juicio, sólo por ser vida, y sin tomar en cuenta los accidentes que forman su variado tejido, es una fuente fecunda de poética inspiración.

¿Nos habremos equivocado en este juicio? Fácil es que así sea; pero de todas maneras hemos querido apuntar estas extrañas y raras ideas, por si alguno de nuestros compañeros de estudios y trabajos, las considera dignas de alguna atención.

Al terminar de trazar estos renglones parécenos oportuno exclamar con el poeta Zorrilla:

Bello es vivir, la vida es la armonía
Luz, peñascos, torrentes y cascadas,
Un sol de fuego, iluminando el día,
Y flores por todas partes, animadas.



J. E. de J. Jimenez

NOTICIAS BIOGRAFICAS

DEL SR. DON

JOSE DE JESUS JIMENEZ,

Profesor de Filosofia

en el Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba.

EL carácter de esta publicación, con más especialidad consagrada á proporcionar á los miembros de la Sociedad "Sánchez Oropesa" lecturas que á la par que útiles y provechosas, les proporcionen grato entretenimiento, y mantengan en ellos vivo el sentimiento de gratitud al Colegio en que recibieron la enseñanza, nos obliga á escribir estas breves líneas, que creemos serán leídas con interés por todos los que conocieron y trataron á la persona, cuya modesta vida intentamos bosquejar.

Más que una biografía para la cual no se encuentra matera suficiente en la humilde existencia del hombre honrado y estudioso que consagró toda la actividad de su espíritu al estudio de las ciencias, las presentes líneas serán la relación sencilla y verídica

de los trabajos y vicisitudes de quien, nacido y creado en una posición tan pobre que llegaba á los lindes de la miseria, supo por sus talentos, no menos que por la nobleza de su carácter, conquistarse un puesto honroso en la sociedad, devolviendo, con usura, á las nuevas generaciones, el bien inestimable de la enseñanza, que en este Colegio recibió. Su ejemplo podrá ser provechoso á muchos jóvenes que se encuentren en las mismas ó análogas circunstancias.

El Sr. Jiménez nació en la ciudad de Orizaba por los años de 1835 á 1836, de una familia honrada, pero de escasísimos recursos. Siendo numerosa, no contaba para la satisfacción de sus necesidades, sino con las mezquinas ganancias que un padre anciano podía proporcionarse con la venta de billetes de lotería y de algunos objetos de escasísimo valor. Fué, pues, necesario, que el Sr. Jiménez recibiera las primeras nociones del saber en una escuela municipal, adonde por aquel entonces, sólo concurrían los niños sumamente pobres, siendo su maestro de primeras letras el Sr. D. Plutarco Amador, persona que vive todavía, y á quien siempre mostró un respeto sincero y merecido. En aquel tiempo aun no se establecía la costumbre de que los alumnos de las escuelas se examinasen al fin de año, ni se premiaban sus

adelantos, siendo, además de esto, tan limitada la enseñanza, que no pasaba de la lectura, escritura, las primeras operaciones de la aritmética y la doctrina cristiana. El talento precoz del nuevo alumno, no pudo ser estimado, ni éste distinguirse entre sus compañeros, por falta de un campo más vasto donde pudiera hacerse conocer.

Quiso, sin embargo, la buena suerte de Jiménez que en sus primeros años, hubiese tenido la ocasión de trabar relaciones con el Sr. Presbítero Lic. D. Francisco Javier Pineda, sacerdote del Oratorio de San Felipe Neri, y más tarde Provisor del Obispado de Veracruz, quien estimando en lo que valía su precoz inteligencia, disuadió á sus padres del proyecto que habían formado de dedicarle á otras ocupaciones, influyendo para que aquel siguiese la carrera de los estudios. Recomendado por este respetable sacerdote, que llevó su bondad hasta proporcionarle los libros que por su pobreza no podía adquirir, entró Jiménez á estudiar la Gramática latina en el Colegio de Orizaba, á principios del año de 1848.

Según se vé por los libros del Colegio, hizo en un solo año todo el curso de latín, que entonces se hacía en dos, habiéndose examinado de toda la Gramática en Noviembre del mismo año, y alcanzado muy

honrosa calificación. Desde entonces comenzó á conquistarse la fama de inteligente y estudioso que no desmereció después en todo el curso de sus estudios. La calificación que en este primer examen mereció fué la siguiente: "Muy aprovechado, con inteligencia é instrucción, recomendable por su aplicación y designado para tener examen público."

En el año siguiente de 1849 abrió curso de Artes, como entonces se decía, estudiando en los tres años de reglamento las materias señaladas por la ley, distinguiéndose en todos sus exámenes por su notable penetración, hasta el punto de ser considerado por todos como el primero entre los estudiantes de su época. Su conducta, además, era intachable, y grande á la par que merecido el aprecio que le dispensaban todos los superiores del establecimiento.

Ya por entonces comenzaron á bosquejarse los primeros rasgos de su carácter intelectual y moral. Una inteligencia clara, menos vasta que profunda; una imaginación poderosísima, hasta llegar por el exceso de su poder á convertirse en enfermiza y desarreglada; un corazón por demás sensible, acobardado y medroso por el continuo sufrir; sentimientos nobles y levantados que le hacían ver con disgusto toda acción baja

y mezquina: estas fueron las cualidades que hicieron tan estimable, desde sus primeros años, á la persona cuya vida nos hemos propuesto dar á conocer.

Desgraciadamente la amargura y el sufrimiento que si bien en una cierta medida sirven para fortalecer y templar las almas privilegiadas, cuando son extremados, pueden envenenar y dañar los más puros sentimientos.

Algo de esto pasó con Jiménez. Dotado de un carácter independiente y altivo, alguna vez se rebeló contra la disciplina demasiado severa, y no siempre juiciosa y prudente á que la inteligencia de los jóvenes se hallaba por aquel entonces sometida; luchando sin cesar con la miseria, más de una vez se levantaron en su corazón tempestades de odio que hubieran estallado de una manera terrible si no hubiese tenido al lado suyo personas bondadosas que le ayudasen á vencer estas rudas pruebas de la vida. ¡Cosa extraña! En la edad en que otros niños no piensan sino en juegos y fútiles entretenimientos. Jiménez, dominado por una melancolía letal, que era como el presentimiento de su infausto destino, no hacía otra cosa sino estudiar y llorar; estudiar de noche á la luz de los faroles del alumbrado público, porque su pobreza era tan grande que no

le permitía disponer de una mala lámpara en el interior de su casa; llorar, sin que él mismo pudiese explicar la causa de su llanto. Por esta época le conocimos y los hechos que referimos fueron harto sabidos por todos los estudiantes de aquel tiempo. Desde entonces comenzaron á notarse en él esos rasgos de amarga ironía, que aunque moderados por la bondad de su alma, conservó hasta los últimos años de su vida.

Su carácter fogoso y apasionado, le impelió á dirigir por entonces todo el ardor y la actividad de su espíritu á la consecución de un solo objeto: apartarse para siempre del mundo y dedicarse exclusivamente al estudio y á la práctica de la virtud en los claustros de un convento. Jiménez se apasionó á los catorce ó quince años, de la vida religiosa, como se apasiona un joven, á los veinte, de una mujer hermosa. Su anciano padre le recogió más de una vez, de los umbrales de la portería de San José de Gracia, donde permanecía ya muy entrada la noche, llorando y lamentándose de que no se le concediese la licencia necesaria para esconderse en la obscuridad del claustro.

Aquello, más que una vocación, parecía una enfermedad nacida de cierto desequilibrio de sus facultades mentales.

El desarreglo de su imaginación le hacía ver en aquella vida, á su parecer tranquila y sosegada, en comunicación íntima y contínua con Dios, una fuente inagotable de purísimos placeres.

Fué necesaria toda la prudencia del Rector del Colegio, eficazmente auxiliada por los consejos de otras personas, y por el gran cariño de sus padres, para lograr, no ya que Jiménez prescindiese por completo de su propósito, sino que emplazara la realización de él para cuando, teniendo más edad, pudiese comprender mejor la magnitud del sacrificio que trataba de imponerse. Justo es decir que los que tomaron mayor parte en disuadirle de su empeño, fueron las mismas personas que, encargadas de la dirección de su conciencia, mayor interés tenían en que se mantuviese vivo su fervor religioso.

Tal fervor no decayó por esta primera contrariedad, aunque le costó mucho esfuerzo sobreponerse á lo que él inconsideradamente veía entonces, como un llamamiento del cielo. Apenas terminó su curso de Filosofía en el año de 1851, cuando abriéndose un camino por sus solos esfuerzos, consiguió que se le admitiese, sin estipendio alguno, en el Seminario de Puebla á seguir le carrera de Teología.

Esta fué, quizá la época más amarga de su vida. Encontrándose allí, lejos de su familia, desprovisto hasta de los más mezquinos recursos, sin los amigos de su infancia, atormentado por esa sed inextinguible de saber, y comenzando entonces á despertarse en su pecho todas las pasiones propias de la juventud, su carácter sufrió notables aunque pasajeras transformaciones. Todas sus pasiones harto tiempo dormidas, estallaron á la vez. Se rebeló contra la disciplina del colegio; se hizo irrespetuoso con sus superiores, altivo y desdeñoso con sus compañeros; y su permanencia en aquel establecimiento de enseñanza, cuyo recuerdo todavía después de muchos años le llenaba de tristeza, llegó á ser imposible. Solo uno que otro nombre, el de alguno de sus maestros ó condiscípulos que se habían compadecido de su desgracia, recordaba después con ternura.

No hay exageración en lo que decimos. Nosotros, á quienes tocó ver muy de cerca las desgracias que turbaron los primeros años de su juventud, pudimos medir hasta qué punto le hacía sufrir el desarreglo de su imaginación. Por estos días se manifestaron en él los primeros síntomas de una enfermedad del corazón, que según la opi-

nión de los facultativos, no le dejaría vivir mucho tiempo.

Separado del Colegio Seminario de Puebla, donde se conservaba hasta hace pocos años todavía el recuerdo de la fama que alcanzó como estudiante de notable talento, y desengañado de que su pretendida vocación por el estado eclesiástico no había sido otra cosa sino el delirio de una imaginación exaltada hubo de reducirse Jiménez á vivir miserablemente en esta ciudad, al lado de sus padres, sin encontrar carrera ú ocupación que fuese de su agrado. Vagaba distraído por las calles, pálido, enfermizo, mal vestido, excitando la compasión de cuantos le veían, y más si tenían noticia de su clara inteligencia, y del provecho que de él pudieran sacar su familia y la sociedad. La lectura era su única distracción, pero aun en ella encontraba nuevos tormentos, porque dedicándose, de preferencia, como es natural en la edad de la juventud, á la lectura de novelas y poesías, su fantasía se exaltaba cada vez más, alejándose de las realidades de la vida para entregarse á los delirios de una imaginación extraviada. Por fortuna en este periodo crítico de su vida, no le abandonaron ni las creencias religiosas que había recibido en su niñez, ni el gusto que siempre mostró por los estudios serios.

Debido á las primeras, rechazó la idea del suicidio, que más de una vez vino á presentársele como el único medio de salvarse de las garras de la miseria y el infortunio, y gracias á los segundos, adquirió una instrucción notable, sobre todo en materias filosóficas y en ciencias sociales.

Los sermones de Masillon, obras maestras de elocuencia sagrada, las obras de Lamenais por quien tenía particular predilección, así como los escritos de Guizot, Cousin, Chateaubriand, Lamartine y otros filósofos, historiadores y literatos franceses, formaban sus lecturas favoritas.

La muerte de sus padres, acontecida en un breve espacio de tiempo, vino como á sacarle del estado de estupor en que se hallaba. Se encontró pobre, sin oficio, sin carrera, sin salud, sin recursos de ningún género y con la obligación de constituirse, en jefe de una familia, atendiendo á la subsistencia de sus hermanos menores, entre los cuales sólo uno era varón.

Esta imperiosa necesidad le obligó á abrirse un camino para vivir, dedicándose á la enseñanza.

En la posición más modesta que puede imaginarse, encargado de la dirección de una Escuela de primeras letras, olvidado de muchos y tal vez despreciado de no po-

cos, aquejado siempre por la enfermedad que padecía, continuó su amarga vida, sin olvidar el estudio, ansiando siempre por alcanzar una felicidad que no le había sido dado vislumbrar ni siquiera de lejos. En esta época de su vida comenzó á escribir algo serio, algo que no fueran ya los locos desvaríos de su imaginación. Lo que escribió, era no obstante, tan sentido, tan triste, tan amargo, como su existencia; y más de una vez alguno de los que entonces éramos jóvenes, y nos reuníamos en su casa, con pretexto de nuestras aficiones literarias, no pudimos contener las lágrimas al escucharle.

En aquellas malaventuradas reuniones, donde seis ó siete jóvenes nos congregábamos, llenos de ilusiones y de entusiasmo por el estudio de las bellas letras, aun á riesgo de que unos nos tuvieran por locos, y otros por perturbadores del órden público (1), sin maestros que nos guiaran, ni persona de algún respeto que por lo menos nos redujese al orden, la voz de Jiménez era siempre escuchada con religiosa atención, y todos nos empeñábamos en inspirarle aliento y darle valor para que cultivase los es-

(1) Esto pasaba por los años de 58 á 59, durante lo más terrible de la guerra llamada de Reforma La exaltación de los partidos políticos era tanta, que no faltó quien denunciase á la autoridad nuestras reuniones por creernos contaminados con las ideas liberales.

tudios á que se sentía llamado. Había en nuestro entusiasmo algo de admiración por la superioridad de su talento, y mucho de compasión por su infortunio.

Así pasaron algunos años, hasta el de 1863 que fué nombrado Jiménez, profesor de gramática española, y principios de literatura en el Colegio de esta ciudad. Ya desde años antes debió haber ocupado la cátedra de filosofía, á cuyo estudio se había dedicado con particular empeño; pero un rasgo de su carácter delicado y generoso le hizo privarse de este beneficio, no obstante su extremada pobreza (1).

Jiménez desempeñó los deberes de su encargo con inteligencia, eficacia y un tino especial, que puso de manifiesto cuán útil había de ser en lo sucesivo para la enseñanza de la juventud. Desde entonces fué considerado como uno de los Profesores más respetables del Colegio, y su opinión en todo lo que al régimen y gobierno de éste se refería, fué siempre tenida en grande

---

[1] Complácenos consignar aquí este rasgo del carácter de Jiménez para darle á conocer á nuestros lectores y como una prueba de nuestra gratitud personal. Por el año de 1856, siendo Rector del Colegio el Sr. D. Alberto López, se abrió una oposición para proveer la cátedra de Filosofía que estaba vacante: Jiménez no quiso oponerse á ella, no obstante que se hallaba en la mayor prbreza, para que la obtuviera el que esto escribe, amigo suyo desde la infancia, menos capaz que él, y que aunque pobre, contaba con otros elementos para vivir.

estima por el Rector de aquella época, como lo fué después por los Rectores que á éste sucedieron.

Más tarde y después de una separación temporal, por causa de los cambios políticos cuya influencia se hacía sentir en el Colegio, fué llamado Jiménez de nuevo á desempeñar la cátedra de Filosofía, para la cual tenía aptitudes especiales. Talento especulativo, más que práctico, veía con horror las ciencias matemáticas; pero se extasiaba con la lectura de las doctrinas filosóficas estudiando á conciencia y con completa libertad de espíritu, todas las teorías y todas las opiniones, desde las sutilezas de la escolástica hasta las doctrinas del buen sentido de la moderna filosofía escocesa. Tenía una verdadera pasión por este género de estudios, y como cuando una pasión le dominaba, le dominaba por completo, en el período en que tuvo á su cargo esta enseñanza, se entregó al estudio con un ardor que hizo no poco daño á su salud, y perjudicó un tanto á la claridad de su juicio, haciendo que su mente se perdiere en las nebulosidades de la filosofía alemana.

De algunos años atrás, varios de los amigos de Jiménez, que le quisieron bien y que sentían un verdadero pesar, al ver que la actividad de su inteligencia se gastaba inú-

tilmente en especulaciones metafísicas, sin que su posición pecunaria mejorase en lo más mínimo, le habían aconsejado que se dedicase al estudio de la Jurisprudencia para seguir la carrera del foro. Todo había sido en vano; reconocía lo juicioso de estas reflexiones; mas aun, encontrándose ya casado y con hijos pequeños, comprendía que era de su obligación asegurar siquiera, adquiriendo la posición independiente que sólo una profesión podría darle, los cortos recursos con que contaba para cubrir las necesidades de su familia; pero uno de los rasgos más notables de su carácter era una debilidad moral que le hacía incapaz de vencer sus propias inclinaciones. "¡Qué desgraciado soy!—decía algunas veces.—Conozco que debo ocuparme de los asuntos de la vida real porque tenga obligaciones que cumplir, y sin embargo no puedo dejar de entregarme á mis cabilosidades; ciertas ideas acerca del origen y del fin del hombre, del bien y del mal me atormentan como una pesadilla; no puedo echar de mi cerebro estas ideas que consumen mis fuerzas y que acabarán con mi vida.»

Una circunstancia casual y que prueba al mismo tiempo la influencia que en el ánimo de Jiménez tenía el sentimiento de la amistad, vino no obstante, á cambiar sus deter-

minaciones. Jiménez había estudiado sólo por afición y nunca con la idea de ser abogado, todas las cuestiones de derecho que se relacionan con las teorías filosóficas y forman parte de las ciencias sociales. Lo que hoy se llama Filosofía del Derecho, el Derecho político constitucional, la Historia, la Economía política, los Principios de la Legislación; nada de esto era desconocido para él, y como á una clara inteligencia unía una felicísima memoria, había sacado de todos estos estudios grandísimo provecho. Sólo el derecho civil, lo que podríamos llamar la parte *técnica* de la ciencia, le era antipática y aborrecible.

Cuando se abrieron nuevamente en este colegio por los años de 69 á 70 las cátedras de Jurisprudencia, que habían estado cerradas por algunos años, el que esto escribe hubo de tomarlas bajo su dirección. Esta sola circunstancia, el hecho solo de darse la enseñanza por un amigo y amigo íntimo de Jiménez, le hizo cambiar de propósito. En poco más de un año, con aquel tesón que él ponía en la consecución de un proyecto, y aquel incansable afán de saber que le hacía sacrificar su bienestar y su salud, Jiménez se puso en aptitud de sujetarse á examen de abogado.

Vencidas algunas dificultades provenien-

tes de la falta de recursos, porque Jiménez en toda su vida logró ver cien pesos juntos, se dirigió á Jalapa, lugar de la residencia del H. Tribunal de Justicia del Estado, y después de los exámenes de reglamento, á los cuales fué admitido á título de suficiencia por no haber hecho los cursos académicos, obtuvo el título de abogado, expedido por el Gobierno del Estado con fecha 14 de Agosto de 1874.

Los aplausos que mereció en ambos exámenes y la reputación que adquirió por su talento y conocimientos, le conquistaron un puesto envidiable en la consideración de las personas más caracterizadas del Estado de Veracruz. No habían pasado muchos meses de su recepción cuando se vió postulado para Magistrado del H. Tribunal Superior para el período constitucional que debía comenzar en Diciembre de 1875.

Poco después de su recepción y antes de que se verificasen las elecciones, á principios del año de 74, se había transladado el Sr. Jiménez á Córdoba á servir una cátedra en aquel colegio, porque lo precario de los sueldos en este de Orizaba y el poco caso que hacía de su nueva profesión, era causa de que no contase sino con recursos pecuniarios muy mezquinos y del todo insuficientes para atender á las necesidades de su fa-

milia ya bastante numerosa. No se separó sin pena de un establecimiento en el cual había hecho su carrera literaria, á cuyos progresos había eficazmente contribuído como uno de los Profesores más beneméritos, y en el que dejaba numerosos amigos y condiscípulos que siempre le mostraron el más cordial afecto.

Hubo, empero, de someterse á esta nueva necesidad que su situación precaria le imponía, encontrando una grata compensación en el aprecio y estimación que se le mostró en Córdoba. Allí recibió la noticia de haber resultado electo por mayoría de 22482 votos para 5°. Magistrado Propietario del H. Tribunal de Justicia del Estado, (1) y cuando la suerte, cansada de perseguirlo, parecía mostrarse con él menos esquiva, abriendo un campo más vasto á su talento, colocándolo en una posición á que tenía derecho de aspirar por su inteligencia y honradez, y mejorando su posición pecuniaria hasta entonces tan miserable, hubo de morir el día 9 de Noviembre del año de 1875, víctima de la epidemia del vómito, que en ese año hizo tantos estragos en la ciudad Córdoba.

---

[1] Declaración de la H. Legislatura del Estado, contenida en el decreto núm. 6 de 11 de Octubre de 1875.

Su muerte fué universalmente sentida en aquella población, y en Orizaba causó una consternación general entre todos los que tuvieron el gusto de conocerlo y ocasión de apreciar sus notables cualidades.

La reflexión que á todos ocurría de haber muerto en los momentos en que su suerte parecía haber cambiado, las tristes circunstancias en que se verificó su fallecimiento, (1) y la orfandad y la miseria á que quedaban reducidos sus tiernos hijos, fueron otros tantos motivos que aumentaron el dolor de sus verdaderos amigos, confirmando el juicio que se habían formado de que Jiménez había nacido predestinado para la desgracia.

Por fortuna el Estado quiso premiar en los hijos, los méritos del padre y cinco años después la H. Legislatura por su decreto núm. 54 de 13 de Octubre de 1880 concedió una, aunque pequeña pensión, á los hijos del C. José de Jesús Jiménez.

Hasta aquí hemos dado una idea aunque ligera de la vida de una persona con quien vivimos unidos por los vínculos de una amistad tan íntima como durable, que co-

---

[1] Al morir Jiménez, varias personas de su familia estaban atacadas de la misma enfermedad. Un hijo pequeño suyo murió al siguiente día y los demás escaparon felizmente.

menzó en el Colegio, y no terminó sino con su muerte.

Veamos, ahora, cómo los rasgos de su fisonomía moral se reflejan, por decirlo así, en sus escritos, de los cuales citaremos algunos entre los pocos que de él nos han quedado.

II

Tarea ardua y á la par penosa nos hemos impuesto al ofrecer á nuestros lectores en la parte final de nuestro artículo anterior, que en el presente nos ocuparíamos en estudiar los pocos escritos del Sr. Jiménez que se han salvado del olvido; y esta tarea es ardua, porque exige de nuestra parte una fuerza de atención superior á la que podemos tener, dedicados, como nos encontramos, á ocupaciones de otro género; y penosa, porque habiendo conocido íntimamente lo que pudiéramos llamar la vida intelectual del Sr. Jiménez, las constantes angustias de su espíritu, aquel incesante batallar de su mente, siempre inquieta y desasosegada, en presencia de los grandes y aterradores problemas de la vida, cada página que leemos de sus escritos, es para nosotros como un grito de dolor y de angustia salido de lo íntimo de su corazón. Si hubié-

ramos de decir en una sola palabra el juicio que tenemos formado de los escritos del Sr. Jiménez, diríamos, que más que por su forma literaria los recomendamos á nuestros lectores por la *verdad* y la *sinceridad* de los afectos que expresan. Nada hay en ellos que demuestre el esfuerzo del escritor, porque Jiménez escribía lo que pensaba y lo que sentía y de la manera que su mente lo concebía ó lo sentía su corazón. En este sentido creemos que respecto á él puede tener su más exacta aplicación la célebre sentencia de Buffon: "el estilo es el hombre mismo."

Felizmente para el Sr. Jiménez, tocóle en suerte vivir en una época que aunque no lejana de la presente, conservaba con mayor integridad que ésta, el tesoro de fe heredado de nuestros padres. Tocóle también una época en la cual, á lo menos entre nosotros, prevalecían las doctrinas de la Filosofía espiritualista llamada ecléctica, enseñada en Francia por Royerd Collard, Cousin y otros distinguidos filósofos, sin que en aquellos días fuesen conocidas las teorías positivistas que tanto ruido están haciendo en la época presente. Hombre más bien de imaginación y de sentimiento que de razón fría y calculadora, poca mella creemos que hubieran hecho en su espíritu,

las doctrinas de la escuela que hoy se llama científica; pero con todo, no es fácil calcular á qué extremo le hubiera conducido, si por acaso hubiese llegado á aceptar la negación, ó si se quiere, la eliminación de las verdades metafísicas, que él veía, y que son realmente para los hombres de su temperamento, la única áncora de salvación en medio de las agitaciones de su espíritu. El problema filosófico no era para él como para tantos otros, objeto de pura curiosidad; era la ocupación constante de su mente, la regla de su conducta, lo único que podía llenar el vacío de su existencia, derramando en ella consuelos y esperanzas ó engendrando la desesperación más espantosa.

Recibiendo, pues, la inteligencia de Jiménez esta doble influencia de la fe y de la filosofía espiritualista, revela en todos sus escritos una convicción de las verdades que proclama, tanto más arraigada en su alma cuanto que no llegó á formarse sino después de luchas dolorosas en el interior de su conciencia. Recordamos con este motivo, que aquel pasaje tristemente célebre del filósofo Teodoro Jouffroy, cuando abandonó la fe de sus padres, le llenaba de congoja y de amargura. (1)

---

[1] Teodore Jouffroy.--Nouveaux Melanges philosophiques.

Así es que, cuando el Sr. Jiménez se apodera de una de esas verdades del orden metafísico que son como otras tantas piedras angulares en que se apoya el edificio de la Filosofía, le vemos asirse á ella, cual si temiese que hubiera de escapársele, como se apodera un náufrago de la tabla que ha de salvarle; y dueño de esa idea la proclama en voz muy alta, como para que el eco de sus palabras pueda llenar el inmenso vacío de su corazón

Jiménez, filósofo espiritualista, y más todavía, filósofo católico, quería que la idea de Dios, la de la Providencia, la de la Inmortalidad del alma, permanecieran eternamente grabadas en el fondo de la conciencia humana. Para él, como para los filósofos cristianos, las ideas de inmensidad, de lo infinito, que no puede tener su origen en la sensibilidad eterna, son una demostración del origen divino y de los altos destinos de la humanidad.

Así dice en alguna parte: «Por poco que observemos los fenómenos interiores, y analicemos las facultades de nuestra alma; por poco, en una palabra, que estudiemos al hombre, encontraremos que hay en él ideas que no ha podido adquirir por los sentidos, como la de inmensidad, eternidad, perfección, infinito.....

"¿Qué podemos inferir de aquí? Cada uno inferirá lo que más cuadre á sus opiniones ó á las doctrinas de su escuela; en cuanto á mí, sólo diré, que este hecho constante, universal é indisputable me parece un fundamento bastante sólido para asegurar que en la cabeza del hombre ha caído alguna chispa de luz, desprendida de lo más alto de los cielos." [1]

Y en otra parte: "Cuando mi razón me presenta la idea de lo infinito, aunque envuelta en las temibles sombras de un misterio pasmoso, y mi voluntad quiere aunque desfallecida y enfermiza, asirse, abrazarse, unirse á ese infinito, objeto eterno de sus sueños y congojas; entonces digo; tengo una convicción firmísima de que no encerrarán mi último destino las húmedas paredes de un sepulcro, y que la muerte, aunque aparezca más negra que la noche, no es en realidad mas que el crepúsculo de un día indefinible, silencioso, eterno,"

Del mismo modo las ideas de verdad y de bien, son para el Sr Jiménez, como para todos los filósofos de su escuela, inseparables de la idea del sér, ó lo que es lo mismo, de la idea de Dios en quien vienen á confundirse como en substancia única las ideas

---

(1) Pensamientos filosóficos página 8.

universales de *verdad*, de *bondad* y de *belleza*, según las doctrinas de Mr. Cousin. (1) Así dice: "Las ideas de verdad y de bien son tan universales, como la idea de ente: en los cielos, en la tierra, en los espacios sin límites, en los abismos que ni la imaginación puede medir, en las regiones infinitas en que duermen los posibles; donde quiera se conciben la verdad y el bien, este mismo sér ocupando su lugar. Podríamos decir que la verdad y el bien son el sol que alumbra el eterno día de la vida." (2).

Las ideas del Sr. Jiménez acerca de la naturaleza del bien y del mal moral, están igualmente de acuerdo con las de la escuela metafísica, y vienen á ser como la consecuencia lógicamente deducida, de las doctrinas expuestas en los párrafos que acabamos de copiar. Las siguientes palabras parecen una página arrancada del célebre libro de Lamenais. (3)

"El hombre en medio de su limitación tiene un poder que poco llama la atención;

---

(1) Cousin. Curso de Filosofía sobre el fundamento de las ideas absolutas de lo verdadero, lo bello y lo bueno.

(2) Pensamientos filosóficos página 23.

(3) Estas ideas son las mismas que expone Lamenais en el capítulo V, Parte 2ª de su obra intitulada «La Indiferencia en materia religiosa,» obra que causó en su época tan profunda impresión en todos los hombres pensadores.

pero que en realidad es un poder terrible, el mayor poder que puede darse sobre la tierra: hablo del poder de obrar el bien ó el mal moral."

"Una acción moralmente buena, afirma el bien en sí mismo, éste al orden, el orden el sér, y el sér á Dios; por el contrario, una acción moralmente mala, niega el bien en sí mismo, esta negación supone la del orden, la del orden supone la del sér, y la negación del sér es la negación absoluta y completa de Dios; de manera que el hombre por el poder de obrar el bien ó el mal moral, tiene el poder de llegar á la afirmación más absoluta ó á la más absoluta negación; pero es preciso tener entendido, que llegando el hombre á la afirmación absoluta se ennoblece hasta donde puede ennoblecerse la criatura, y llegando á la absoluta negación se degrada, se envilece, se anonada más allá de donde es concebible; por medio de la negación absoluta, el hombre es todavía menos que la sombra fugitiva que se perdiera en los negros círculos de una obscuridad eterna."

Pero por muchas que fueran las aficiones del Sr. Jiménez á los estudios filosóficos y por más que al tratar estos arduos é intrincados problemas, se sintiese arrastrado, siguiendo las doctrinas de las escuelas

racionalistas á enaltecer el poder de la razón humana, y aun llegase muchas veces, á revelar en la angustiosa amargurade su palabra, que su espíritu se estremecía al sentir el soplo helado de la duda; por una reacción feliz volvía á los senderos de la fe y, filósofo creyente, proclamaba por una parte, la dependencia de la razón humana, y por otra, la necesidad de la revelación.

Así dice: «Si la razón humana no tuviera por fundamento una razón superior, sería una cosa más inexplicable que el misterio más elevado. Y, en efecto, ¿cómo explicar la existencia de una chispa de luz, en medio de tinieblas impenetrables cuando no ha salido de mayor foco? Escasísima, pero eterna; impotente pero necesaria, sería á la vez lo relativo y lo absoluto, lo finito y lo infinito, es decir, y permítasenos la expresión, la síntesis de lo absurdo."

"Los que han admitido la eternidad de la materia, tienen en mi concepto, más disculpa en su error, que los que de diversas maneras, y con frases estudiadas, proclaman la absoluta independencia, la infalibilidad de la raza humana."

Y poco antes: «La razón aunque infalible, podrán decir algunos, arroja escasa luz sobre el triste camino de la vida.»

"Sí, contestaría yo, porque su foco está

en el seno de la inmortalidad; el entendimiento no puede ver hasta allá, y de aquí la necesidad de la revelación que no es más que la palabra de la eternidad cayendo en el tiempo, y la de la fe que no es otra cosa que la adhesión del entendimiento á una razón superior, cuya luz clarísima no puede descubrir. (1)

Los párrafos transcriptos, tomados al acaso, son á nuestro juicio, bastantes para dar á conocer á nuestros lectores cuáles eran las doctrinas filosóficas profesadas por la persona á cuya memoria están consagradas estas líneas. Digamos ahora algunas breves palabras acerca de la forma literaria con que reviste sus pensamientos, concluyendo este desaliñado artículo con una noticia de las pocas obras que dejó escritas.

III

Lo que á nuestro juicio caracteriza el estilo del Sr. Jiménez, es el vigor del pensamiento y la energía de la expresión. Su estilo, con ser en lo general correcto, no se hace notar ni por la fluidez de la frase, ni

[1] Ibid página 15.

por la gallardía de la forma. Se descubre en él más al hombre pensador que al literato; todavía más, en nuestro humilde sentir, el Sr. Jiménez no tenía cualidades de escritor. Faltábale el arte de distribuir sus pensamientos, en un trabajo de alguna extensión; sus transiciones eran muchas veces bruscas y la tensión de espíritu en que mantiene á sus lectores, no puede durar mucho tiempo, bajo pena de hacer caer el estilo en lo trivial y amanerado. Abusaba, también, de lo que los franceses llaman *pathos*, es decir, de la pasión ó de las figuras que sirven para expresar el sufrimiento.

Mas en cambio de estos leves defectos, podemos notar en sus escritos profundidad de pensamiento, originalidad de concepción, corrección de estilo y una imaginación llena de vigor. Su estilo cortado y algunas veces duro tiene más afinidad con el estilo de algunos escritores franceses modernos, que con el de los buenos escritores españoles.

Conociendo seguramente esta propensión suya á encerrar en cada frase un pensamiento, prefería dar á sus escritos una forma sentenciosa más bien que expositiva. Sin embargo, cuando el asunto lo requería, solía emplear un estilo más llano y más acomodado á la simple exposición de las doctrinas, como lo prueban sus "Lec-

ciones de Filosofía" que quedaron inéditas, y que probablemente se han perdido para siempre, y algunos otros escritos suyos que conservamos.

Hay, no obstante, algunas frases en las cuales la profundidad del pensamiento va unida á una gran belleza de expresión, y que podrían parangonarse con las que hayan salido de las plumas mejor cortadas.

Citaremos el siguiente trozo:

«Hay un río cuyas aguas mansas corren por arenoso desierto bajo un sol ardiente y triste.»

«Ninguna flor nace en sus márgenes: el ligero viento de la tarde no riza sus ondas, las aves no han entonado allí sus melodiosos cantares, no se han escuchado siquiera los murmullos misteriosos de la soledad.»

«Triste, silencioso, monótono atraviesa un espacio inmenso para desembocar en un oceano desconocido de donde nadie ha vuelto.»

«Este es el río de la vida.»

«Todos los días son parecidos: unas horas suceden á otras con desesperante regularidad; cansa el trabajo, el ocio engendra fastidio, los placeres dejan en pos de sí remordimientos crueles, los dolores destrozan el corazón.»

«Y el alma, experimentando un malestar

indefinible, en medio del vacío que la circunda, se consume en deseos de encontrar lo infinito.

«¿Dónde está ese cielo en que soñábamos siendo niños? ¿dónde esos horizontes en que el alma se baña en olas de infinita alegría? ¿dónde esa atmósfera pura en que sólo se respira felicidad?»

La filosofía responde que todo eso existe, pero que para llegar á ello es preciso atravesar el tenebroso sendero del sepulcro.»

«Y, sin embargo, yo he visto rostros serenos que reflejan los rayos de una alegría celestial.

«Yo he visto miradas puras que revelan la paz del corazón.»

«He visto en días de infortunio y de negra tristeza elevar los ojos con una expresión sublime de amor y resignación.

«¿Cómo explicará esto la filosofía.»

De esta manera demostraba el autor de los Pensamientos Filosóficos su creencia en la virtud. Oigámosle en otra parte:

¿Qué es la vida, dice, para la generalidad de los hombres?

«Es un sueño fatigoso y desigual, entrecortado por risas estrepitosas, hondos suspiros, llanto y algazara.»

«Para algunos es una agonía dolorosa, semejante, si es lícita la comparación, á la

agonía del Cristo en el Huerto de los olivos.

«Para otros es la vida el sombrío carnaval del infierno.

«Pero el filósofo debe ver la vida como los israelitas veían el camino que habría de conducirles á la tierra prometida, es decir como la condición de la libertad y la dicha.

«El camino de la vida es muchas veces, arido y escabroso, no se encuentra en él esa nube que durante la noche alumbraba á los hijos de Jacob y que en el día les libraba de los ardores del sol; pero en cambio, si nuestros pies se sangran, si nuestros ojos se humedecen, sabemos que el sacrificio ennoblece y que son bienaventurados los que lloran.»

Pero el estilo del Sr. Jiménez sobresale como lo hicimos notar al principio, cuando expresa un solo pensamiento, generalmente profundo, empleando un tono sentencioso. Sirvan de ejemplo estos breves y hermosísimos pasajes, que nos recuerdan las conocidas palabras de Pascal, ó las más sombrías páginas de Lamenais.

«¡Oh hombre!, dice en alguna parte, ¿cómo siendo un átomo reflejas en tu luz todos los soles? dime ¿cómo siendo una sombra te circunda lo infinito?»

. . . . . .

«¿Qué es la muerte?»

«El desvanecimiento temible é instantáneo del espíritu cuando levantándose una ola del tiempo, lo lanza á los mares insondables de la eternidad.»

La emoción, como hemos dicho desde el principio, es siempre sincera y nunca ficticia. En sus palabras revela las angustias que expresa, que le atormentan y las esperanzas que abrigaba de que sus gritos de dolor no se perderían en el vacío. El quería que la idea de Dios, que resplandecía en el interior de su alma, iluminando con sus dorados resplandores los senderos de la vida, brillase también en el fondo de todas las conciencias. Así al tratar en una de sus lecciones de la cuestión tan debatida en la Filosofía, sobre el origen de las ideas, dice:

«Vemos lo que aparece y tratamos de saber lo que es: conocemos apenas los principios de una ciencia y ya vemos con enojo la impenetrable obscuridad de sus arcanos; tocando con planta vacilante los umbrales del templo del saber, quisiéramos penetrar en el santuario y tocar la divinidad que sólo los sacerdotes contemplan de cerca. Si se nos concediesen algunos grados más de inteligencia, y tuviésemos algún mayor conocimiento de los objetos, desearíamos tener una inteligencia más clara y profunda y una

ciencia más cabal. Si nuestra inteligencia fuera tan vasta como puede serlo la del hombre más privilegiado, y nuestra ciencia perfecta hasta donde fuera posible; aspiraríamos á la ciencia universal y desearíamos sumergirnos en el piélago de luz que brota de la verdad soberana.»

«Esta misma aspiración se manifiesta en el sentimiento y en la voluntad.»

«Contemplad, señores, en una de esas noches en que parece que lo mirada de Dios ilumina el mundo, contemplad la bóveda de los cielos: millones de estrellas brillan como cirios, con luz vivísima: muchas otras tienen un resplandor pálido, parecen piedras preciosas colocadas entre lámparas brillantes; aquí se encuentran apiñadas formando caprichosas figuras; por allá parecen simétricamente puestas en los puntos de la extensión señalados por el gran Géometra del mundo. Reflexionando que esos soles nacieron con el tiempo, que han visto pasar millares de generaciones, y verán pasar la nuestra, arrojando sobre los venideros la misma luz que hirió las pupilas del primer hombre; comparando con esa eterna inmovilidad la fugacidad de la vida, los sueños del amor, los delirios de la ambición, las hazañas de los héroes, los sucesos que han llenado el mundo de espanto ó admiración:

entregaos á todas las reflexiones que os inspire esa noche, mensajera amorosa de los grandezas del Creador; y sentiréis que vuestros ojos se humedecen, que vuestro corazón palpita dominado por una grata emoción, que vuestra alma traspasa el mundo conocido para entrar en las regiones ilimitadas en que se armonizan la imaginación, el sentimiento y la razón.»

....

«Sí, es incuestionable, digan lo que quieran los materialistas, que el alma sueña con otro mundo, y presiente la existencia de hermosos horizontes, bañados con luz indeficiente, no de otra manera que el que hubiera nacido entre cadenas y bajo el lóbrego techo de un calabozo, al ver un pálido rayo del sol ardoroso, adivinaría la existencia de una vida mejor, y suspiraría por la libertad aunque no conociese su nombre.»(1)

Y más adelante:

«Señores: cualesquiera que sean nuestros errores, y aunque la luz de la fe se extinguiese, por desgracia en nuestra alma, nunca jamás negaremos al Gran Sér; si su augusto nombre está escrito con caracteres de fuego en la bóveda de los cielos, está

---

(1) Lecciones de Gramática, Ideología y Lógica, dadas en el Colegio de Orizaba. Lección 9ª. Razón y experiencia.

grabado también en todo nuestro sér, de una manera no menos imborrable. Nos ilumina, nos habla, sentimos su presencia. ¡Sér de los séres, bendito sea tu nombre incomunicable!»

Así termina esta lección.

IV.

El Sr. Jiménez, además de numerosos artículos sobre asuntos de pura imaginación, escribió un Curso de Filosofía que sólo sirvió para la enseñanza de sus discípulos y que se ha perdido. Más adelante, sintiéndose en el Colegio la necesidad de un tratado corto y puramente elemental para los alumnos que no siguiendo la carrera científica, necesitaban adquirir algunas nociones del arte de pensar, por encargo del autor de estas líneas, escribió sus lecciones de Gramática, Ideología y Lógica, siguiendo en lo posible el plan del Sr. Obispo Munguía, en su obra intitulada "Del pensamiento y su enunciación." La corta extensión de esta obra permitió que se imprimiese en la tipografía del hospicio de esta ciudad, y hoy son muy raros los ejemplares que de ella quedan.

También se publicaron en la tipografía del Ferrocarril en el año de 1871, en un tomito de 46 páginas, sus "Pensamientos Filosóficos" que antes se habían insertado en las columnas de periódico literario intitulado «El Renacimiento.»

Publicó también el Sr. Jiménez dos tratados de Gramática Castellana, notables por la sencillez del método, la sobriedad de la doctrina y lo apropiado de los ejemplos. Estos breves tratados merecen estudiarse por las personas que se dedican á la primera enseñanza.

La primera de estas obras, esto es el Curso de Filosofía, como es fácil comprenderlo, no es una obra original en cuanto á las ideas que contiene. Es más bien el compendio de las mejores doctrinas de la escuela ecléctica, en su mayor parte tomadas de una obra intitulada «Curso de Filosofía por una sociedad de literatos.»

Esto no obstante, la conceptuamos de bastante mérito, porque todas las cuestiones principales de la Filosofía elemental, están expuestas en ella, con perfecta inteligencia del asunto, notable claridad y estilo acomodado al desarrollo intelectual de los alumnos. Es notable, además, por no haber escrito el Sr. Jiménez, por su propia mano ni una sola línea; el curso tal como quedó, fué

dictado por él á sus discípulos en las horas de clase, tal vez por este motivo no conservó ningún ejemplar.

Acerca de los Pensamientos Filosóficos, creemos haber dicho lo bastante, y aun nos hemos permitido copiar largos trozos que servirán para que nuestros lectores formen juicio por sí mismos de la importancia y el mérito de este trabajo.

Sólo nos resta añadir que el Sr. Jiménez, enemigo de toda ostentación, evitaba la publicidad. Era demasiado modesto para aspirar á ocupar un puesto que creía no corresponderle, en la literatura nacional. Por eso destruyó la mayor parte de sus trabajos literarios, y si sobre Filosofía dejó algo escrito, fué porque para él, escribir sobre estos asuntos que constantemente le preocupaban, era una necesidad para dar alguna forma á las ideas que sin cesar agitaban su mente y formaban el continuo tormento de su vida. Por lo demás, nunca hubiera llegado á imaginarse que esas tristes páginas que contienen todas las amarguras de su alma, llegasen á salir del olvido á que las creía condenadas.

Hemos pagado en estas breves líneas un tributo sincero de amistad á la memoria de una persona con quien vivimos unidos desde nuestra niñez por una constante comuni-

cación de ideas y de sentimientos, y á quien este Colegio de Orizaba debió mucho. A pesar de que disentiamos de sus opiniones en muchos puntos capitales, reconocimos siempre en el Sr. Jiménez, una capacidad intelectual notable, un carácter noble y levantado, incapaz de degradarse con ninguna acción mezquina. Creemos sinceramente que en otro teatro y en otras circunstancias, hubiera sido capaz de fijar la atención de todas las personas amantes de las letras y aficionadas á los estudios filosóficos. Tocóle vivir pobre, obscuro y desconocido. Justo es que los que fuimos amigos suyos, tratemos de dar á conocer sus méritos ignorados y las amarguras de una vida que pudo haber sido tan fecunda, en bien de sus conciudadanos.

Hemos procurado, no obstante, en estos ligeros apuntes, ser verídicos en la relación de los hechos, imparciales en la emisión de nuestro juicio. Si no lo hemos conseguido del todo, si hay algo de erróneo en nuestras apreciaciones ó de apasionado en nuestros elogios, téngase presente, para que nos sirva de disculpa, que el sentimiento de la amistad, aun sin quererlo nosotros, ofusca algún tanto nuestra vista y no nos permite ver ciertas imperfecciones que otros pudieran acaso descubrir. De todas mane-

ras, nos alienta la esperanza de que las personas que conocieron al Sr. Jiménez, aquellos discípulos suyos que hoy figuran en nuestra sociedad como miembros escogidos de ella, leerán con gusto estos breves renglones, que evocarán en su mente tantos recuerdos dormidos, tantas memorias no del todo olvidadas, pero algo obscurecidas por el paso de los años, de la edad tal vez más venturosa de su vida.

Orizaba, Enero 15 de 1885.

DISCURSO

pronunciado

EN LA VELADA LITERARIA

celebrada por la

SOCIEDAD SANCHEZ OROPESA

para conmemorar el centenario del descubrimiento de América, el de Octubre de 1892.

SEÑORAS Y SEÑORES:

LA Sociedad Sánchez Oropesa, que por justísimos motivos había resuelto suspender este año sus veladas literarias, ha faltado ahora á sus propósitos, disponiendo esta reunión, que asume desusadas proporciones, merced al eficaz empeño de la Junta Organizadora de estas fiestas. Mengua hubiera sido para nosotros, los que en el cultivo de las letras buscamos no sólo grato solaz y esparcimiento del ánimo, sino muy principalmente inspiraciones nobles y generosas para la juventud que crece á nuestra sombra, guardar silencio en un día de tan gloriosos recuerdos. Y hubiera cedido en desdoro de la ciudad de Orizaba,

que se precia de ser culta, no haber tomado parte en este regocijo universal, uniendo su voz á la de tantos otros pueblos que en diferentes latitudes, hablando diversas lenguas, en uno y en otro continente, entonan hoy un himno de acción de gracias al Todopoderoso, festejando de una manera que parece exceder los límites de la realidad para llegar hasta las encantadas ficciones de la fábula, el acontecimiento más trascendental y más grandioso que después del advenimiento del cristianismo, la Historia registra en sus páginas inmortales.

Cediendo á estas consideraciones, movido por vuestro entusiasmo, ansioso de vuestros aplausos, debidos en esta vez, no á la humildad de mis palabras sino á la grandeza del asunto que las motiva; con la vista fija en ese punto luminoso que se destaca en medio de la obscuridad de los pasados siglos para alumbrar espléndido y radiante los vastos horizontes de la civilización moderna; me atreveré á considerar en toda su magnitud tan extraordinario suceso, elaboración lenta y trabajosa del saber humano en pretéritas edades, conjunción admirable de la *Ciencia*, la *Voluntad* y la *Fe*, personificadas en la excelsa figura de Colon, linde gloriosa en la cual se cierran las puertas de los tiempos medios, y se abren

las amplias y anchurosas avenidas de la edad presente. (1)

Grande es, Señores, sobre toda ponderación, el poder de la mente humana. Llamar de nuevo á la vida á generaciones que desaparecieron del escenario del mundo barridas por el soplo helado de la muerte; hacer que surjan de sus sepulcros personajes de los cuales no queda más que la memoria; sentir que nuestros pechos se agitan, que nuestros corazones laten, que nuestra voluntad se mueve á impulsos del mismo entusiasmo, de los mismos sentimientos que á ellos agitaron y conmovieron, es en verdad una facultad sublime que nos hace en cierto modo participantes de la virtud creadora.

¿Os asombráis, acaso, de lo que acabo de deciros? Pues el poder intelectual del hombre va más lejos todavía. Si nos es posible por la inagotable fecundidad de la imaginación, dar una realidad tangible á perso-

---

1 Es sabido que el término de la Edad Media se señala ordinariamente en la toma de Constantinopla en 1453; pero aquí no se debe buscar la exactitud y precisión que se exige en una obra didáctica. Los tres grandes acontecimientos que inauguran la historia moderna son:

1° La toma de Constantinopla por los turcos en 1453.

2° El descubrimiento de América en 1492.

3° El descubrimiento del paso para las Indias por Vasco de Gama, doblando el Cabo de Buena Esperanza en 1498.

najes y sucesos que parecían haberse perdido para siempre en los obscuros senos del pasado, podemos también por la penetración de la inteligencia señalar las causas que determinaron los acontecimientos, predecir sus consecuencias, reconstituir los elementos que alimentaron la vida de la humanidad en una época determinada; seguir con el pensamiento el curso de esa chispa imperceptible, apenas vislumbrada por los que la tenían cerca de sí; pero que se convertirá para nosotros en sol esplendoroso y bello que inundará el mundo con los fulgores de su luz, ó en incendio voraz é inextinguible que devastará la tierra.

¡Tan grande así es el poder de la inteligencia humana aplicada al estudio de la ciencia histórica! Nada perece, nada muere y todo se transforma —dice la ciencia moderna. Los átomos impalpables que se desprenden de un cadáver se convierten en gases que alimentan las plantas, contribuyendo al mantenimiento de la vida universal. Ninguno de los pensamientos del hombre se pierde; la acción de nuestra voluntad se hace sentir más allá de los límites del sepulcro, podemos añadir, los que siempre turbados ante el pavoroso problema de la vida, preferimos á la contemplación de las magnificencias del mundo físico, el estudio

de las arcanas leyes y de las inefables armonías del mundo moral. El espíritu del hombre llena fácilmente los espacios de la naturaleza —ha dicho Chateaubriand— y todas las soledades de la tierra son menos vastas que uno solo de los movimientos de su corazón.

Si partiendo de estas ideas generales, descendemos á considerar el Descubrimiento del Nuevo Mundo, creo que no será difícil señalar los elementos que, formando por decirlo así, la atmósfera moral de aquella edad heróica, é influyendo en el espíritu y el carácter del desconocido y desdeñado Genovés, determinaron la realización de lo que hasta entonces se había tenido como un sueño, la satisfacción de un deseo vagamente sentido por los sabios, casi podríamos decir, el cumplimiento de misteriosa profecía que anunciaba la reaparición de inmensas tierras, sumergidas, según obscuras y místicas tradiciones, en las salobres aguas de insondables y pavorosos mares. La Ciencia que alumbra, la Voluntad que crea, la Fe que ilumina y fortifica: ved aquí lo que á mi juicio debemos considerar en aquella *loca y desatinada* empresa que llenó de asombro al mundo, y cuyo solo recuerdo trae ahora alborozados y conmovi-

dos á todos los pueblos que se apellidan cultos.

Porque en efecto, Señores, la Historia sería para nosotros un enigma indescifrable si pretendiésemos explicar los hechos sin relación con las ideas que los engrandan y determinan, sin tomar en cuenta las causas que los producen. Para los que no vemos en ella sino el cumplimiento de altísimos y providenciales designios, hay una Voluntad Soberana, que ordena y rige los sucesos en bien de la humanidad; para los que buscan aquí abajo la explicación de todo, es el desenvolvimiento lógico de una idea, la ley ineludible del progreso humano.

Mas para los unos como para los otros, en todo acontecimiento histórico hay algo más que el acontecimiento mismo; hay lo que hemos dado en llamar la dinámica de la historia, que no es otra cosa sino la relación constante entre las causas y los efectos, la combinación de las diferentes fuerzas sociales, algo que no es sensible y material como los hechos, pero sin lo cual éstos jamás se hubieran realizado.

Por este motivo, repito, nunca llegaremos á comprender cómo pudo llevarse á feliz remate la temeraria empresa de Colón, sin dirigir una mirada al movimiento científico de las épocas que inmediatamente le

precedieron, así como no sería posible seguir al osado mareante á través de procelosos mares sin elevar nuestras miradas hacia la luz que le alumbró en su camino, sosteniendo sus esperanzas nunca desfallecidas, dándole fuerza y valor para vencer las contradicciones de los hombres y el furor de los elementos, hasta lograr el último y supremo objeto de todos sus afanes y de todos sus anhelos.

La invasión de los árabes en la península ibérica trajo, á trueque de incesantes guerras y un continuo batallar, elementos civilizadores cuya influencia ha llegado hasta nosotros; su acción se hizo sentir en la filosofía de la Edad Media desde el tiempo de Carlomagno. Ellos dieron á conocer á la Europa occidental las obras de Aristóteles, el genio más universal y más comprensivo de que se gloría la antigüedad. Merced á las enseñanzas de sus famosas escuelas de astronomía, primero en Bagdad y después en Córdoba, (1) se determinó en los estudios filosóficos una corriente favorable á las ciencias exactas y á las ciencias naturales,

---

1 La influencia de los árabes en la civilización de la Europa occidental está generalmente reconocida; pero últimamente, se ha ponderado, tal vez en extremo, en la "Historia de la civilización de los Arabes" por Guilan Le-Bon.

que ya en el siglo XIII [1] se advierte claramente señalada en las obras de los tres más ilustres precursores del movimiento filosófico del siglo XVI: Alberto Magno, *maestro y hermano* de Santo Tomás de Aquino, según la expresión del Dante (2); el franciscano Rogerio Bacón, pretendido inventor de la pólvora, pero con más certeza autor del telescopio, por haber conocido las leyes de la refracción de la luz y el enigmático y misterioso fraile mallorquín, especie de aventurero filósofo, antes amante apasionado, después audaz especulador en las regiones del pensamiento, conocido en las escuelas con el nombre de *Doctor Iluminado,* y por último, apóstol y probablemente mártir de la fé cristiana en las playas berberiscas, cuya memoria ha sido recientemente glorificada por una escritora ilustre (3) que ha sacado del olvido

---

1 El carácter enciclopédico de los escritores que se citan ha sido notado por Hallam, "Introduction of the literature of Europa in the XX th and XVVI th centuries".
Puede verse también á Humboldt. "Cosmos ó Ensayo de una descripción física del mundo."

2 Questi che m' e a destra piu vicino
Frate e maestro fuim mi; et esso Alberto
E di Cologna, ed is Thomas d' Aquino.
Il Paradiss X–97–99.

3 La Señora Pardo Bazán en su reciente Conferencia «Colón y los franciscanos,» leída en el Ateneo de Madrid el 4 de Abril de este año.

ignorados textos, los cuales serán, de hoy más, copioso tema de sabias interpretaciones para los eruditos.

Vino después y en tiempos no muy lejanos del Descubrimiento de América, ese otro vivificante movimiento intelectual, ocasionado por la caída del veleidoso imperio bizantino, y las enseñanzas de los griegos fugitivos, que es conocido en la historia con el nombre de *Renacimiento*, y cuya avasalladora y universal influencia en las artes y las letras no és del caso señalar. El siglo XIII se hizo notable por el carácter enciclopédico que en él asumió la ciencia; el siglo XV por las admirables y fecundas invenciones que en él se realizaron. Allí contemplaréis el despertar de las inteligencias, el germinar de las ideas; luchas de ordinario estériles en resultados prácticos, pero siempre provechosos para dar fuerzas y vigor á los espíritus; aquí os asombrarán las conquistas alcanzadas en el terreno de los hechos, los conceptos abstractos convertidos en pasmosas realidades.

Mas en una como en otra época encontraréis la misma insaciable sed del saber que acosa al hombre; el mismo empeñoso afán de descorrer el velo que oculta los secretos de la naturaleza, el mismo atrevido vuelo de la mente humana por las regio-

nes de las hipótesis para encontrar una explicación á las aparentes imperfecciones del globo; en una palabra, los mismos resplandores de indeficiente luz que alumbran los caminos de la humanidad.

Porque mucho nos engañaríamos si quisiéramos caracterizar ese complejo y mal definido período filosófico que llamamos de la *escolástica* tan sólo por el atronador estrépito de sus escuelas, entregadas á vanas especulaciones; así como tampoco nos sería posible formarnos una idea cabal de los siglos que precedieron inmediatamente al descubrimiento de América sin tomar en cuenta otros principalísimos elementos que les dieron fecunda vida y que prepararon los maravillosos inventos con que se inauguró la Edad Moderna: la invención de la imprenta, las expediciones marítimas de los portugueses, el descubrimiento de América, los cambios introducidos en el arte de la guerra por el uso de la pólvora, y aquella épica navegación de Vasco de Gama para dar vuelta al Africa, cantada en imperecederos versos por insigne poeta lusitano.

Lo que brilla sobre todo en los tormentosos y agitados tiempos de la Edad Media, según observa un escritor profundo, tanto en la vida pública como en la vida privada, así en el claustro como en la corte, es la

grandeza y elevación del alma, lo que más abunda son los grandes caracteres, los grandos individuos. Sólo una mirada superficial puede ver como una época de irremediable servidumbre, aquella en que el poder público encontraba por todas partes legítimas resistencias. La imperfección misma de las instituciones sociales contribuía á fortificar en el individuo la conciencia de su fuerza y de su valer, porque no siendo las leyes bastante eficaces para protegerle, tenía que bastarse en muchos casos á sí mismo. Luchando con la rudeza de las costumbres, víctima con frecuencia de duras tiranías, defensor forzoso, casi siempre, de su honor y de su vida, tenía que contar ante todo y para todo, con el esfuerzo de su voluntad y la energía de su carácter. Este incesante combatir, unido á la confianza que inspiran la posesión de un dogma común y la sumisión á una disciplina moral universalmente aceptada, imprimió á aquellas edades, á pesar de sus imperfecciones, un sello tal de grandeza, que si hoy no pueden ser objeto de nuestra envidia serán siempre causa legítima de nuestra admiración.

Tales rasgos del carácter moral de los tiempos medioevales, notablemente alterados en los demás pueblos de la Europa occidental, al terminar el siglo XV, habían si

do más vigorosamente impresos y conservaban todo su relieve en la nación española. La continua comunicación con los árabes había acrecentado en sus escuelas las luces del saber, y el continuo guerrear con ellos había dado indomable energía á las almas, fomentando el espíritu de altas y peligrosas empresas é identificando la adhesión ardiente á la fe cristiana y la unidad religiosa con el santo amor á aquellas tierras arrebatadas palmo á palmo al poder morisco en una guerra ocho veces secular. Las corrientes místicas de abnegación, de sacrificio, de amor á Dios y á los hombres, de fervorosa caridad, que fecundaron la Edad Media, mitigando los rigores de tan calamitosos tiempos, en ninguna otra nación, quizá, tuvieron una duración más larga que en España, como lo prueba, entre otras circunstancias, la honda y luminosa huella que dejaron en la literatura castellana del siglo XVI

España, era, pues, la nación predestinada para recibir á Colón. Era, tal vez, la única capaz de comprenderle, y esto explica, á mi mi modo de ver, la cordial hospitalidad que encontró al llegar fatigado y sediento al convento de la Rábida; la cariñosa amistad que le dispensaron aquellos sabios y piadosos frailes y aun algunos personajes de la Corte; la poderosa protección de la magná-

nima Isabel, y toda esa serie de hechos admirables de la magnífica epopeya que comienza, al caer de la tarde, en las puertas de un monasterio retirado y silencioso, con la tierna efusión de dos almas capaces de amarse y comprenderse, para terminar, al nacer de brillante aurora, entre el rumor de las olas y los cantos de una naturaleza virgen, en la isla de San Salvador, con la unión de dos mundos igualmente asombrados.

Porque no es posible dudarlo, señores: si Colón llevando bajo sus polvorientas y usadas vestiduras, no sé qué discutidos manuscritos, llevaba consigo todo el acervo de la ciencia de su época; si oponiendo á los argumentos de los teólogos de Salamanca opiniones de los Padres de la Iglesia, juntamente con razones científicas, era el discípulo de la filosofía del siglo XV, alumbrado por los fulgores crepusculares de la Edad Moderna, é imponiendo á la Corte proposiciones que por excesivas fueron primeramente rechazadas, era el hombre de los pasados tiempos con la conciencia de su valer y de su mérito, exento de las hipócritas generosidades con que los modernos solemos ocultar nuestra ambición; Colón implorando antes de partir las bendiciones del Cielo, besando humildemente la tierra al

imprimir por primera vez la huella de sus plantas en un mundo tantas veces acariciado por él en los ardores de su fantasía, atribuyendo á Dios toda su gloria como el primer homenaje tributado á la Divinidad en aquellas playas ignoradas, era la personificación más completa y más grandiosa de la Europa cristiana y caballeresca de los tiempos medios, y lo era principalmente de la noble y generosa España, la cual, teniendo por suya la obra del Genovés y atribuyéndole una duración eterna, ha podido exclamar con justo orgullo:

Ahora y siempre el argonauta usado,
Que del mar arrastrare los furores,
Al arrojar el áncora pesada
En las playas de antípodas distantes,
Verá la Cruz del Gólgota plantada
Y escuchará la lengua de Cervantes. [1]

Señores, siéntome extraordinariamente fatigado. Fáltanme las fuerzas para concluir. El temor de abusar de vuestra indulgencia me obliga además, á dejar en la sombra otros mil rasgos admirables de la azarosa vida de ese hombre extraordinario, á quien no faltó ni la corona del martirio para elevarse á las excelsas regiones donde el genio resplandece con soberana majes-

1 El Duque de Frías. "Oda á las Nobles Artes."

tad. Representación grandiosa de la Ciencia de la Voluntad y de la Fe, en una época en que parece que la humanidad se estremecía, presintiendo las incomparables grandezas de los tiempos por venir, su recuerdo vivirá eternamente en la memoria de los hombres.

Mas si por acaso la acción destructora del tiempo en el transcurso de los siglos, llegare á derribar las estatuas que son irrefragable testimonio de nuestra admiración, ó la ingratitud de los hombres hiciere cesar los cantos que ahora entonamos en su loor, las etéreas cimas de los Andes, señoreando la inmensa extensión del continente que habitamos, serán monumento perenne de su gloria; y el incesante esordecedor estrépito de las cascadas americanas el himno eterno que la Naturaleza elevará en su alabanza.

REFLEXIONES

SOBRE LA NATURALEZA.

LA contemplación de la naturaleza nos inspira diversas ideas y diversos sentimientos, según la edad en que nos encontramos, y la situación de nuestro espíritu. Es cosa admirable, cómo esas escenas naturales, siempre antiguas y siempre nuevas, han sido diversamente sentidas, descriptas ó cantadas de diversas maneras, con diferentes colores, y en variados tonos, según los tiempos, los grados de cultura intelectual y aun las razas de los hombres.

La naturaleza es y ha sido siempre la misma. Serena y majestuosa en los cuadros que ofrece á nuestra vista y á los cuales sirven de fondo ó la inmensa bóveda del firmamento, ó enhiestas y lejanas montañas, ó dilatados horizontes; variada hasta lo infinito en las líneas que forman sus bellas

perspectivas; incansable en el incesante movimiento de los séres que la animan; nunca fatigada de producir esa inmensa variedad de sonidos, que son como las voces que de ella se levantan para llegar hasta el cielo; la naturaleza ha sido y será siempre objeto de muda admiración para el filósofo fuente de eterna inspiración para el poeta, causa de constante arrobamiento para las almas tiernas y sensibles. La naturaleza es como el velo misterioso á través del cual se vislumbra apenas la imagen de lo Infinito. No hay colores que puedan copiar exactamente su hermosura, ni palabras que basten á describir sus encantos, ni voces que imiten sus sonidos, ni espectáculos que remeden sus grandezas, ni conciertos que puedan reproducir el inefable conjunto de sus dulces armonías, ni mente que sea capaz de calcular la infinita variedad de sus escenas, ni alma que llegue á saciarse gozando sus inumerables placeres.

He aquí por qué siendo siempre la naturaleza la misma, el hombre no se ha cansado, después de tantos siglos de habitar el mundo, de admirarla y describirla. Desde las edades primitivas hasta los tiempos presentes, el hombre ha sentido siempre las más hondas y gratas emociones al contemplar la naturaleza, admirar sus perspecti-

vas, escuchar sus voces, respirar su aliento, y embriagarse con sus perfumes. La naturaleza no sólo es la madre próbida que alimenta á sus hijos; es también la matrona augusta que cambiando á cada paso los ricos y deslumbrantes trajes que realzan su belleza, aparece siempre con el mismo hermosísimo rostro, animado de expresiones diferentes. Cuéntase de los sacerdotes indios que pasan casi toda su vida en extática contemplación, sin preocuparse de las necesidades ni de los placeres materiales, arrobados, y como inertes ante la Madre Naturaleza. ¿Por qué no sentiríamos nosotros, hijos de una civilización más adelantada, igual admiración?

Mas la contemplación de los espectáculos naturales obra en nosotros de diferentes maneras Cuando niños el placer que sentimos es vago, inconsciente, difícil de analizar y describir: buscamos por instinto los horizontes dilatados, las soledades agrestes, las inmensas llanuras; cáusanos gratísima emoción la rápida corriente de las aguas, el sordo mugido de los torrentes, el agudo silbido de los vientos ó el ronco bramar de las tempestades; nuestra vista se extasía al contemplar el tinte azulado de las montañas lejanas, las formas vagas y caprichosas de las nubes, los inimitables

matices de los crepúsculos. Nuestra alma, virgen todavía de fuertes impresiones, al entrar en posesión de la vida, siente la necesidad de ponerse en contacto íntimo con la naturaleza, anhela por apurar de una vez todos los goces que ella le proporciona, de agotar, si posible fuera, todas las impresiosiones que de ella recibe, para vivir de su vida é identificarse con ella. He aquí el secreto de esa propensión irresistible que lleva á muchos niños al campo, lo más lejos que es posible de los lugares habitados; propensión que les arrastra hasta hacerles olvidar muchas veces sus deberes, y que no bastan á contener ni las reprensiones ni los castigos más severos.

Más tarde, cuando nuestro espíritu se ha nutrido con todas las enseñanzas que la práctica de la vida encierra, cuando fortalecidos por la ciencia, ó entristecidos por los pesares, ó agobiados por los trabajos del cuerpo ó del espíritu, volvemos á visitar los lugares que en nuestra infancia recorrimos, son diferentes aunque no menos gratas, las emociones que la naturaleza nos hace sentir. Ya no es el grito de admiración y asombro que exhalaban involuntariamente nuestros pechos conmovidos, sino el gemido de dolor y angustia que se escapa de un corazón profundamente lacerado.

Pero la naturaleza, madre siempre tierna y compasiva, responde á este gemido, derramando en nuestras almas el bálsamo del consuelo: á los espíritus inquietos y turbados por las agitaciones del mundo, les da la calma que tanto anhelan; á las almas acongojadas por las penas y amarguras de la vida, ó les proporciona dulce beleño que adormece sus pesares; á los que ven con mirada triste acercarse los días fríos de la vejez, y como que se despiden del mundo visible donde gozaron y sufrieron largo tiempo, háceles entrever un mundo mejor, más hermoso, más grande, más variado en sus formas y en sus colores, inundado de luces más esplendentes, que el que tienen ante su vista; háceles vislumbrar la Inmensidad, la Belleza Infinita, la Eterna y Serena Majestad Divina, objeto sublime de la constante aspiración del alma humana, á través de la inmensidad, de la belleza y de la majestad de la naturaleza creada.

¡Oh! bendita, mil veces bendita la Madre Naturaleza, que en todas las épocas de la vida y en todos los azares de nuestra trabajosa existencia, es para nosotros madre cariñosa y tierna, maestra sabia y discreta, que así cuida de la existencia de sus hijos en la vida presente, como de darles aliento y fuerza para atravesar sin miedo y sin temor

los umbrales de la muerte. He aquí por qué en nuestros grandes dolores, sin quererlo y como instintivamente volvemos hacia ella nuestros ojos nublados por el llanto.

La contemplación de la naturaleza es, pues, para nosotros, cuando niños, objeto de tierna y espontánea admiración; cuando hombres, motivo de consoladoras reflexiones. En nuesta primera edad la vemos como el palacio magnífico que la Providencia destinó para nuestra habitación; en nuestros últimos años, como el hermoso vestíbulo que da entrada á una morada más excelsa, dispuesta para recibirnos por toda la eternidad.

Mas en uno ú otro caso, niños ó viejos, y también tristes ó alegres, llenos de juventud y de entusiasmo, ó agobiados por la pena y la aflicción, si la naturaleza es para nosotros tan hermosa, y enciende en nuestras almas tan dulces afectos, y nos causa tan suaves deleites, y nos proporciona tan grandes consuelos, es porque tras ella se vislumbra á *Dios*, y también porque tenemos un alma racional dotada de la facultad de pensar y de la facultad de amar Para la materia inorgánica, y para el animal irracional, la naturaleza es una cosa muerta, sin sentido y sin atractivos: sus elocuentes voces sólo pueden ser escucha-

das por el hombre, dotado de inteligencia y de voluntad, capaz de entender y de sentir.

Con razón decía San Agustín: ¡Bendito seas, Dios mío! ¡Yo te bendigo porque pienso y porque amo!

Junio 19 de 1887.

LOS ANTIGUOS CÓDIGOS ESPAÑOLES

considerados como

MONUMENTO LITERARIO

DISCURSO

pronunciado en nombre

de la

ACADEMIA MEJICANA DE LA LENGUA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID,

en el concurso científico
convocado por la Academia de Jurisprudencia,
en el año de 1895.

SEÑORES:

NO debe pareceros extraño que al dirigiros la palabra en esta reunión solemne, para la cual se han dado cita las Corporaciones más preclaras y los hombres más distinguidos, entre los muchos que en nuestra Patria han consagrado su vida al estudio de las ciencias y al cultivo de las letras, sienta yo una turbación que en vano intentaría disimular. El encargo que he recibido de hablar en nombre de la Academia Mejicana de la Lengua, correspondiente de la Real Española, por más que sea superior á mis escasos merecimientos, es grato para mí; primero, porque me proporciona la ocasión de manifestar públicamente mi agradecimiento á aquella docta

asamblea que quiso contarme en el número de sus miembros correspondientes, y después, porque me ha tocado en suerte venir á representarla con motivo de la invitación que le ha hecho la Academia de Legislación y Jurisprudencia, que me ha dispensado igual favor, nombrándome socio suyo de la misma clase en el Estado de Veracruz. Obligado, pues, por un doble deber, y confundiendo en uno sólo los sentimientos de gratitud que embargan mi pecho, sólo reclamo de vuestra bondad que no juzguéis el corto y desaliñado estudio que os ofrezco, por su escasísimo valer, sino por los nobles motivos que me han determinado á emprenderle y me inspiran aliento para darle lectura ante vosotros, sometiendo cuanto voy á decir á vuestra docta y benévola censura.

El estudio de la lengua patria y de sus monumentos es, sin duda, uno de los más agradables y provechosos á que podemos dedicar el vigor de nuestra mente y la actividad de nuestra inteligencia. Tal estudio fué visto en todo tiempo con particular predilección por parte de los ingenios más ilustres, y en el nuestro es un deber imperioso que nos imponen, á la vez, el recuerdo de nuestras antiguas glorias literarias y el presentimiento de los grandes destinos que el

porvenir reserva á los pueblos de origen latino en el Continente Americano.

Hay, en efecto, una relación íntima entre el pensamiento y la manera de expresarle. Puede afirmarse que todo adelanto en la esfera de las ideas se hace sentir en el perfeccionamiento de la lengua, así como que la mayor riqueza de vocablos que ésta adquiere, las nuevas y más gallardas formas que la engalanan y embellecen, precisando y aclarando los conceptos, y encendiendo el fuego de la fantasía, no sólo perfeccionan el lenguaje y embelesan el oido, sino que fecundizan en gran manera nuestra mente.

Esta es la causa, sin duda de que los siglos llamados literarios se hayan distinguido por la copia de escritores de todo género que en ellos han florecido, en virtud de la arcana y maravillosa relación que existe entre todos los conocimientos humanos. El estrecho vínculo que liga el estudio de las letras al de las ciencias jurídicas es tan patente que sólo podría desconocer su existencia quien hubiese olvidado por completo nombres tan gloriosos como los de Jovellanos, Meléndez Valdez y no pocos más en España, y en nuestra patria los de Quintana Roo, Couto, Cuevas, Tornel y otros muchos.

Y no podría ser de otra manera, puesto

que la profundidad en los conocimientos históricos para desentrañar el espíritu que ha dado vida al texto de la ley, la rectitud en los juicios, el vigor en los raciocinios, la claridad en la expresión, la sobriedad en el estilo no ajena á los apasionamientos sublimes de la elocuencia, y tantas otras brillantes cualidades que deben adornar al jurisconsulto, como que le habilitan y preparan para los estudios igualmente serios de que son objeto los monumentos de nuestra antigua literatura, si no es ya que le convidan y abren el camino para recorrer los extensos y deleitosos campos de la amena literatura. Por este motivo he creído que no sería extraño á los estudios á que ambas Academias consagran sus desvelos, presentarles en esta vez algunas observaciones acerca de los antiguos Códigos de la Legislación Española, considerándolos como monumentos literarios, y particularmente en lo que se relaciona con la Lengua Castellana. De entre ellos he elegido los dos tenidos en mayor estima por la época á que pertenecen, por el mayor grado de cultura que revelan, y por lo mucho que influyeron en el perfeccionamiento de la lengua vulgar. Ya comprenderéis, señores, que me refiero al *Fuero Juzgo* ó *Fuero de los Jueces*, conocido también con el nombre de *Códi-*

go de los Godos, y al *Septenario* ó *Libro de las Siete Partidas*, como de ordinario le llamamos; obra inmortal del Rey poeta Don Alfonso X de Castilla, apellidado el Sabio.

Cualquiera que haya sido el origen, la procedencia, y la primitiva historia de los godos; ya sea que les demos por asiento la embocadura del Vístula en Germania ó los supongamos venidos de Escandinavia, ó sea, en fin, que adoptando la opinión hoy más generalmente seguida los consideremos procedentes de Escitia, como ya en el siglo VI lo conjeturaba el sabio humanista español San Isidoro de Sevilla; es lo cierto que arrollados por nuevas oleadas de pueblos bárbaros, invadieron las fronteras del Imperio Romano en tiempo del Emperador Valente, saquearon á Roma capitaneados por Alarico, y tomaron por fin asiento en ambas vertientes del Pirineo al comenzar el siglo V.

Sin ocuparnos en otros sucesos, cuya relación no atañe á nuestro intento, bástenos recordar que el Imperio godo en la Galia Meridional llegó á su mayor grado de esplendor en tiempo de Enrico, quien, según se cree, dictó las primeras leyes escritas, á cuya autoridad se sometieren aquellos pueblos rudos y guerreros que no conocían la propiedad, y á quienes hasta entonces ha-

bían bastado las tradiciones y las costumbres que sus mayores habían traído de las obscuras selvas que sus antepasados habitaron.

¿Cuáles fueron esas leyes, y en qué lengua se escribieron? No lo sabemos de cierto, pero razonable es suponer, según datos que nos suministra la historia, que fuesen muy imperfectas, dictadas sólo para los godos, no comprendiendo á los galos ni á los españoles, quienes continuaron sometidos á la legislación romana. Enrico ha sido, pues, tenido como el primer legislador de España, y su obra, en sentir de un escritor, es una de las más altas y más gloriosas de la época en que floreció, "Si el Imperio godo debió mucho á su energía, dice el escritor á que me refiero, por los anchos límites á que dilató sus términos, no debió menos á su prudencia y á los gérmenes fecundos que sembró para su progreso legislativo y moral en las edades venideras."

Ya he dicho que no cuadra á nuestro intento seguir paso á paso los progresos del Imperio godo en España, ni referir aquí la historia de sus desastres y turbulencias en tiempo de Alarico; la fusión verificada entre el pueblo godo y el español en los reinados de Chindasvinto y Recisvinto, los esfuerzos de Wamba por dar vigor y aliento

á la extenuada monarquía, ni su completa destrucción en la célebre batalla de Guadalete. Basta á nuestro propósito señalar como un notable progreso en su legislación, durante este período de su historia, la compilación de leyes mandada hacer por Alarico y refrendada por Aniano, ministro ó canciller del reino, por el cual motivo es conocida hasta nuestros días con el nombre de *Breviario de Aniano*. También es oportuno hacer memoria de los famosos Concilios de Toledo, en el 7º de los cuales se verificó la unidad de la legislación, por haberse abolido definitivamente el uso del derecho romano, instituyéndose una sola ley para los españoles y los godos. El combate por largo tiempo sostenido entre el principio electivo y el principio hereditario como base y fundamento del derecho de sucesión á la corona, terminó al fin, reconociéndose como parte del derecho público la transmisión del poder real por herencia, merced á los constantes esfuerzos de aquellas asambleas político-religiosas, en las cuales han visto algunos historiadores los más firmes cimientos de la monarquía española; si bien otros, sin negarles tal mérito por la influencia saludable que ejercieron en la legislación civil, han creído encontrar en ellas un germen de

decadencia, por la abdicación del poder real en manos de los obispos.

Sea como fuere, el hecho es que con los elementos acopiados durante este largo período se formó el célebre Código que es objeto particular de nuestro estudio. Compúsose éste de leyes romanas, acomodadas en su mayor parte á las costumbres de la época. Los Concilios de Toledo añadieron el rico caudal de sus disposiciones del orden civil; "pero su primordial elemento, como observa uno de sus más sinceros admiradores fueron las costumbres traídas de las selvas, y el verdadero legislador fué el pueblo mismo en su instintiva y ruda barbarie."

Se comprende desde luego cuán grande deba ser la importancia de tan precioso monumento considerado desde el punto de vista literario, porque la literatura en su amplia y genuina significación, no sólo comprende lo que atañe al cultivo y perfección de la lengua, sino todos los elementos que constituyen la civilización de un pueblo. Derecho público y privado, ideas y sentimientos religiosos, costumbres de la época, legislación penal y procedimientos jurídicos; tales son los datos que en él puedeu encontrarse y que nos dan á conocer una sociedad más culta y más ilustrada que la de los borgoñones y lombardos, en sentir del erudito y sa-

gaz historiador de la "*Decadencia y destrucción del Imperio Romano.*"

No debe, pues, causarnos asombro que la crítica moderna, más profunda y concienzuda que la del siglo XVIII, haya encontrado en este Código las excelencias que no alcanzó á descubrir el penetrativo ingenio de Montesquieu.

Además del juicio de Gibbon, á quien acabo de citar, debemos tomar en cuenta la opinión del ilustre autor de la "*Historia de la Civilización Europea,*" quien refiriéndose á las leyes visigodas, y con especialidad al Código de que os vengo hablando, se expresa en estos términos: "En España es otra fuerza, es la fuerza de la Iglesia la que emprende restaurar la civilización. En lugar de las antiguas asambleas germánicas y de las reuniones de los guerreros, son los concilios toledanos los que surgen y echan raíces, y si bien á ellos concurren altos señores del Estado, siempre son los eclesiásticos los que tienen la dirección y la primacía en los mismos."

"Abrase la ley de los visigodos, y se verá que no es una ley bárbara; evidentemente la encontraremos redactada por los filósofos de la época, es decir por el clero, abundando en ideas generales, en verdaderas teorías plenamente extrañas á la índole y á

las costumbres de los bárbaros. Sabido es que el sistema legislativo de éstos, era un sistema personal en que cada ley no se aplicaba sino á los hombres de un mismo linaje. La ley romana gobernaba á los romanos; la ley franca dirigía á los francos: cada pueblo tenía sus reglas especiales, aunque todos estuviesen sometidos á un mismo gobierno y habitaran el propio territorio. Pues bien, la ley de los visigodos no es personal; visigodos y romanos están sometidos á la misma ley. Si continuamos examinándola, hallaremos señales de filosofía aun más evidentes. Entre los bárbaros cada hombre tenía, según su situación, un valor determinado y diverso: el bárbaro y el romano, el hombre libre y el leudo no eran estimados en un precio mismo: había, por decirlo así, una tarifa de sus vidas. En la ley visigoda sucede todo lo contrario: establece el valor igual de los hombres en su presencia. Considerad, por último, el procedimiento: en vez del juramento de los compurgadores y del combate judicial, encontraréis la prueba por medio de los testigos y el examen racional de los hechos, como puede practicarse en cualquiera nación civilizada.—En una palabra, la legislación visigoda lleva y ofrece en su conjunto un carácter erudito, sistemático y social. Descúbrese bien en ella el influjo del mismo

clero que prevalecía en los concilios toledanos, y que influía tan poderosamente en el gobierno del país."

Como este estudio no tiene por objeto analizar el *Fuero Juzgo* desde el punto de vista jurídico, citaré sólo algunas leyes notables por el espíritu altamente filosófico que revelan, cuando llege la ocasión de copiar el texto, al hablar del lenguaje. Basta lo dicho para comprender la importancia de este Código como un monumento literario, el cual abre amplio y espacioso campo á las investigaciones del erudito, del historiador y del filósofo.

Mas queda todavía una cuestión por resolver, y es la siguiente: ¿en qué lengua fué escrita esta célebre compilación de leyes? El Códice que se tiene como original está escrito en latín, y hasta fines del pasado siglo era opinión corriente que las leyes que lo forman fueron redactadas primitivamente en esta lengua. Hoy algunos historiadores opinan lo contrario, alegando con mejor acuerdo, que no es creible que disposiciones legislativas de general observancia hubiesen sido escritas en un idioma que no era entendido por los que debían obedecerlas. Lo más probable es que muchas de sus disposiciones, si no todas ellas, hayan sido redactadas en el latín corrupto y degenerado

mezclado de voces góticas, del cual se formó el habla castellana. El texto latino impreso por primera vez en París en 1579 fué sin duda debido á un trabajo posterior.

Pero lo que viene á dar mayor celebridad al Código de los godos, en el punto de vista en que le venimos estudiando, es la célebre traducción que mandó hacer en el año de 1241 el Santo Rey Fernando III de Castilla. Hecha esta versión cuando la lengua vulgar había perdido mucho de su primitiva rudeza; cuando el uso de los afijos, ya simples, ya dobles, tomado de los dialectos orientales, le daba tanta soltura y gracia, y cuando se había enriquecido, en fin, con abundante caudal de voces arábigas, es tenida como uno de los monumentos más antiguos del habla castellana.

Ticknor en su estimada Historia de la Literatura Española, refiriéndose al Código mismo y á la traducción de que vengo hablando, dice lo siguiente: "Es un Código regular, dividido en doce libros que se subdividen en títulos y leyes, tan extenso y de lenguaje tan natural y florido, que por él se viene en conocimiento del estado de la prosa castellana en aquel tiempo, y de que sus progresos eran tan rápidos como los de la poesía contemporánea." Y D. Joaquín Francisco Pacheco en la Introducción que es-

cribió para la edición que de los Códigos españoles se hizo en Madrid en 1847, expresa su opinión respecto del lenguaje en estos términos: "Desde luego el romance ó castellano del Fuero Juzgo, descubre por su índole y caracteres que no se escribió en los primeros tiempos de la lengua. Sin ser castigado y bello como el de las Partidas, se encuentra ya á larga distancia de la rudeza original de todo primitivo idioma."

Admiran, en efecto, los progresos alcanzados por la lengua en el corto período de un siglo, poco más ó menos, que había transcurrido desde que se dieron el Fuero de Oviedo y la Carta-puebla de Avilés, que son los documentos públicos más antiguos escritos en romance, de que se tiene noticia hasta que se hizo la versión del Fuero Juzgo. Para que vosotros mismos podáis hacer el cotejo citaré breves palabras del texto original, y al copiar algunas de las leyes del Fuero Juzgo, elegiré las que os den á conocer más claramente el espíritu filosófico de que en lo general está animado el Código de que tratamos.

"*Toth homine* – dice uno de los artículos de la Carta-puebla de Avilés—*qui populador for ela vila del rey de quant aber quiser aver, si aver como heredad, de fer en tot suo placer de vender ó de dar, et á quien*

lo donar que se deat stabile si filio non haver et si filio aver dél, aeto á mano illo quis quiser é fur placer que non deserede de todo; et si todo lo deseredar, todo lo perdan aquellos á quien lo der."

Comparad ahora este lenguaje rudo é imperfecto, en el cual se descubren tan á las claras los elementos que forman el habla castellana, con los siguientes textos que del Código de los godos me permito leer en vuestra presencia:

La ley II, Libro 2º., tít. 1º. establece el principio de que la ley es superior á todo poder y debe ser obedecida por el mismo Soberano. "*Et por por ende -dice - nos que queremos guardar los comendamientos de Dios damos leyes en semble para nos é para nuestros sometidos á que obedezcamos nos é todos los reyes que vinieren despues de nos, et todo el pueblo que es de nuestro reyno generalmente.*"

"*Los príncipes*—dice otra ley, sancionando el principio de la no retroactividad del derecho - *an poder de enader leyes en este libro todavía é los pleitos que son ya comensados é non sean aun acabados, mandamos que seyan terminados según estas leyes et los pleitos que eran ya acabados antes que estas leyes fuesen emendadas non*

mandamos que en ninguna manera sean de cabo terminados."

No son menos notables las leyes que se refiren á los procedimientos judiciales y entre ellas la que prohibe que se dé tormento á los acusados, ordenándose, además, la publicidad del juicio; ley que se encuentra en uno de los manuscritos del Escorial, que fué incluída en la edición de la Academia, y que dice así:—*Mas aquel que es acusado estando en su ondra et en su estado..... sea aduzido delante de todos los sacerdotes et los ricos omes et de los infazones publicamente, et sea demandado en derecho, et examinado en plaza, et se fuere dado per fechor sealle dada la pena que mandan las leyes, et se non fuese culpado sea dado por salvo por inycio de todos.*"

El Fuero Juzgo nos suministra igualmente, en las leyes que tratan de la propiedad, del arrendamiento de las tierras y de los derechos fiscales, datos sobremanera interesantes, acerca de la primitiva desigualdad de condición entre el pueblo conquistador y el conquistado y de la completa igualdad de derechos que llegó á establecerse para la fusión de ambas razas en una nación y en una patria. "*Los montes*—dice la ley 9ª del tít. 2°, libro 10 - *que son entre los godos y los romanos por partir si el godo ó*

el romano toma ende alguna partida é por ventura ficiese hy alguna labor, manda mos que sí finca otra tanta en que se puede entregar el otro, dévese entregar en ella; é si non fincase en que se entregue, partan aquella tierra labrada."

A estas interesantes noticias sobre la organización de la propiedad, fundamento en todo tiempo del poder social, hay que agregar no pocas acerca de las costumbres contemporáneas, entre las cuales leyes merecen particular mención las que se contienen en el libro 11º, que trata de los *fisicos é de los mercaderes de ultramar é de los marineros.* Las leyes acerca de los primeros dan á conocer el espíritu de odio que animaba á aquellos pueblos contra los judíos, que eran los que ejercían la medicina, señalando uno de los caracteres más notables de una época en que el ardor de la fe daba mayor incentivo á la rudeza de las costumbres. *Si algún físico sangrare á un ome libre*—dice una ley—*si enflaqueciere por sangría, el físico debe pchare C e L sueldos é si muriere metan al físico en poder de los parientes que fagan del lo que quisieren.*

Excusado es añadir una palabra más á lo que llevo dicho. Fatigaría en vano vuestra atención sin que mi desautorizado juicio hiciese subir un solo punto la estimación que

en todo tiempo ha merecido este antiguo y respetable monumento de una civilización, que si llegó á desaparecer, no fué sin dejar hondas raíces en las costumbres, en el derecho público y privado y en el habla de un pueblo cuyas gloriosas empresas é ínclitas hazañas habían de ocupar, en tiempos posteriores, amplio espacio en las páginas de la historia.

Preciso es confesar que con razón los modernos escritores españoles elogian y enaltecen aquel período de la historia patria, cuando la monarquía goda tenía su asiento en la imperial Toledo, cuyas vetustas murallas y derruidos monumentos atestiguan hoy día su primitiva grandeza

"Sí,—dice alguno de ellos—fué aquella una grande época, fué un período no completamente estéril en los anales del mundo, el que se extendió por la Península desde el siglo V hasta el VIII. Fué una gran monarquía aquella cuyos gérmenes nos trajo Ataulfo, que asentó Teodoreto, que Enrico constituyó, que elevó tan altó Leovigildo, que sostuvieron con ingente ánimo Chindasvinto y Wamba. Fueron unas respetables, ilustres, distinguidísimas asambleas las de los Concilios toledanos por más que la falta de contrapeso hiciese perjudicial el espíritu que en ellas dominaba."—

Fué una gran nación la que venció á los romanos, rechazó á los hunos, sojuzgó á los suevos, y se estableció desde el Garona hasta las columnas del Calpe. Fueron una grande Iglesia y una gran literatura las que tuvieron á su frente á Ildefonso y á Eugenio, á Leandro y á Isidoro. Y fué más grande aún que todos estos elementos que le dieron vida, el célebre Código que nació en esa Sociedad, que ordenó esa monarquía, que caracterizó esa época; que fué redactado "por esos literatos y esos Obispos." Cuando faltas y yerros, por una parte, cuando la ley de la naturaleza por otra, acabaron con el pueblo y sus monarcas, con los próceres y los sacerdotes, con el poder y con la ciencia de aquella edad, el Código se eximió justamente de ese universal destino, y duró y quedó vivo en medio de las épocas siguientes, que no sólo le acataron como un monumento, sino que le observaron como regla y se humillaron ante su sabiduría."

El Imperio godo dejó de existir; pero el poderoso impulso que la legislación había recibido, los adelantos alcanzados en todo linaje de conocimientos, no podían detenerse, y la lengua elemento eficacísimo de cultura, y expresión genuina de la índole nativa de cada pueblo, continuó perfeccionándose, según hemos visto, habiendo salido

ya de aquel período de confusión, merced á los cambios lentos y silenciosos que suelen operarse en el carácter esencial de una nación, aunque sin dejar monumentos duraderos ni memorias exactas.

Pocos años habían pasado desde que se hizo la traducción del Fuero Juzgo, cuando subió al trono de Castilla el rey Don Alfonso, cuyo nombre ha pasado á la posteridad circundado del resplandor glorioso que la sabiduría derrama y que abrillanta el infortunio. Dotado este monarca de conocimientos superiores al saber de los hombres de su siglo, amante apasionado de las letras y fervoroso cultivador de las ciencias, emprendió la obra extraordinaria de dar á su nación un cuerpo completo de leyes *para que los omes conosciesen derecho é razón et se sopiesen guardar de non facer tuerto nin yerro et sopiesen obedecer á los Reyes é Señores.*"

Males sin cuento habían caído sobre la nación heroica que, si en tiempos lejanos supo resistir con indomable brío á los dominadores del mundo, en tiempos posteriores se vió sojuzgada, pero no vencida, por el poder de las armas musulmanas. De los escombros de la monarquía gótica se levantaron batalladores y triunfantes los nuevos reinos que, fundiéndose en uno sólo,

habían de venir á formar la España gloriosa del siglo XVI.

Las leyes góticas subsistieron á pesar de los disturbios que había experimentado España por causa de la invasión arábiga y de la guerra incesante que tuvo que sostener para sacudir el yugo de sus dominadores; mas no por eso dejaron de ocurrir grandes mudanzas que determinaron la formación de un nuevo cuerpo de leyes en armonía con el estado social y político de las gentes peninsulares.

Con motivo de aquel continuo batallar la autoridad real había perdido su fuerza y su vigor, y al lado suyo se levantaba una nobleza turbulenta y feroz que por un contraste singular era á la vez el sostén y la ruina del Estado: había nacido también el poder municipal y éste y los establecimientos de las hermandades, y la admisión del principio popular en las Cortes, fueron los principales elementos que determinaron la evolución lenta, pero de seguros resultados, que llegó á verificarse en la sociedad, y que por consecuencia forzosa debía reflejarse en la nueva legislación.

Es harto conocida la historia del rey D. Alfonso X de Castilla, hijo de San Fernando y padre de Sancho el Bravo. Sus desventuras domésticas y las turbulencias que agi-

taron su reinado, no fueron parte á desviarle del estudio de las ciencias y del amor á las letras, en cuyo cultivo encontró un lenitivo á sus desgracias. El grave historiador Mariana con su estilo azas epigramático nos ha trazado en breves palabras el caracter de este sábio cuanto desdichado monarca, diciendo en tono sentencioso: "era más apropósito para las letras que para el gobierno de los vasallos; contemplaba el cielo y miraba las estrellas, mas en el entretanto perdió la tierra y el reino."

Como no entra en nuestro propósito referir la historia de este rey, ni siquiera considerarle como astrónomo ni poeta, sino hablar solamente de su obra como legislador, oportuno será callar todas estas cosas y decir tan sólo que por encargo de su padre, y después de haber dado el cuerpo legal que se llamó el *Espéculo* ó *Espejo de todos los derechos* y el *Fuero Real*, emprendió su grande obra «El Setenario» en el año de 1256. Háse discutido si la redacción de este célebre Código es debida á la pluma del mismo rey ó si fué confiada á algunos de los jurisconsultos más notables de su corte. La primera opinión sustentada por la Real Academia Española, fundada entre otras razones, á la verdad poco convincentes, en la semejanza de estilo y de lenguaje que se

advierte en este libro, comparado con los demás del rey poeta, ha sido refutada por algunos escritores que atribuyen cuando menos grande intervención en este Código á otros personajes célebres de aquel tiempo.

Dejando aparte esta cuestión puramente histórica, lo que no puede dudarse es que el nombre del monarca de Castilla, que tanto amó las letras, como lo demuestran sus numerosos escritos, está identificado con el famoso cuerpo de leyes que durante tanto tiempo ha tenido autoridad legal entre nosotros y que hasta el día figura, ocupando uno de los primeros puestos, en la biblioteca de todos los jurisconsultos.- ¿A qué debió, pues, su universal celebridad, y la autoridad de que por tantos siglos ha disfrutado?

No me atreveré, señores, á contestar esta pregunta, sino copiando aquí el juicio que diversos escritores, así extranjeros como españoles, han formado de ese precioso monumento literario, considerado justamente como una amplia exposición del estado de las ciencias en el siglo XIII, muestra esplendente de las excelencias de la Le gua Castellana en época tan remota, y timbre de gloria para la Nación Ibérica.

«No son las Partidas—según el esclarecido autor de la «Historia de la Literatura

Española»—una colección de estatutos, ni un Código como los de Justiniano ó Napoleón, sino más bien una serie de tratados de legislación, moral y religión, divididos con la mayor gravedad según los asuntos de que tratan, en partes, títulos y leyes: éstas en vez de ser mandatos en forma imperativa, discuten en unas ocasiones los principios morales que establecen y en otras dan noticia de las opiniones y hábitos de aquel tiempo, lo cual hace de ellas una mina curiosa é inagotable para el estudio de las antigüedades españolas. Son en fin, una especie de resultado completo de las lecturas y opiniones de un monarca sabio y de sus colaboradores en el siglo XIII sobre los deberes relativos de un rey y de sus súbditos y sobre el sistema completo de legislación y policía eclesiástica, civil y moral que, á juicio suyo, debía regir en España, mezclado de disputas más festivas, á veces, que graves, sobre las costumbres y principios en que se funda, si no la obra entera, gran parte de ella.»

Y el juicio que emite acerca del estilo y de los adelantos de la lengua es todavía más favorable:—«Hay en esta obra—añade—una riqueza, una propiedad y á veces una elegancia de expresión verdaderamente admirables; vense en ella los grandes esfuer-

zos de su autor, dirigidos á que el Castellano fuese la lengua real y positiva del país, y se aplicase á la enunciación de las leyes y á la administración de justicia; esfuerzos que obtuvieron un éxito completo; su movimiento grave y mesurado, su entonación solemne, rasgos característicos que ha conservado siempre la prosa española, lo prueban de un modo incontestable; y no menos ponen en evidencia el carácter del mismo D. Alfonso, siendo testimonio perenne de su instrucción y filosofía, superiores á su edad, y de lo que pueda hacer una alma grande colocada ventajosamente para dirigir la lengua y la literatura de su patria, en época tan remota como el primer siglo de su existencia separada.»

El erudito Capmany considera Las Siete Partidas no sólo como un monumento venerable de la historia de la legislación, sino como una mina de subidísimo precio para el estudio de la lengua patria. «En este Código admirable—según él debemos buscar el tesoro del primitivo romance castellano, cuando se había ya formado la índole característica del idioma, y el estilo iba adquiriendo ciertas formas y aire más suelto y corriente. A pesar de la antigüedad de esta obra y de la tosquedad en que debe suponerse el lenguaje vulgar en aquel tiem-

po, reluce en ella cierto género de facilidad en el estilo, de cultura en la dicción, de majestad en los pensamientos que, en aquel siglo, ninguna lengua viva de Europa había llegado á alcanzar, habiendo tardado mucho la italiana en igualarla.»

«Cuando consideramos el estado de ignorancia en que gemían durante los siglos medios, las Naciones que hoy están al frente de la civilización del mundo—añade un ilustre jurisconsulto de nuestros días—parece imposible que se pudiera dar cima á un trabajo tan acabado en el punto de vista literario. Las producciones del entendimiento humano debidas á aquel período de nuestra historia, son hoy, con muy ligeras excepciones, insoportables por su desaliño, por su falta de artificio, por la puerilidad de los conceptos, por la confusión de las ideas y por el tedio que causa su lectura, seis siglos no han bastado, por el contrario, para privar á Las Partidas de la claridad y del interés que inspiraron desde que aparecieron. Su elocución castiza, correcta; elegante y didáctica á la vez, y sencilla á la par que majestuosa, nos presenta ya formado nuestro idioma, lleno de riqueza, de expresión y de armonía. La exactitud, mejor quizá, el rigor con que se emplean las palabras y el cuidadoso afán con que está

manejada la sintaxis, evitan interpretaciones torcidas y dan á las leyes una claridad de que por desgracia carecen las anteriores y posteriores á este Código inmortal.»

De tan autorizadas opiniones podemos deducir, que si la obra grandiosa del sabio rey, como cuerpo de Legislación no está exenta de defectos muy disculpables por cierto, teniendo en cuenta, según es de justicia, la época en que se escribió; como un monumento literario merece las alabanzas más cumplidas y el mayor enaltecimiento.

Bien comprenderéis, señores, que no entra en mis propósitos hablar aquí de las demás obras del rey astrónomo, si bien al pronunciar un nombre de sonido tan grato para oídos españoles, vengan á mi memoria aun sin quererlo sus tiernas Cantigas escritas primitivamente en lengua gallega ó los versos del libro del Tesoro. Si hubiera de llegar hasta allí salvaría los términos que deben limitar este discurso.

No es necesario tampoco justificar la verdad de la opinión que he sustentado copiando textos de leyes que os son harto conocidas, si bien no pueda resistir al embeleso que me causa repetir en vuestra presencia las solemnes y graves palabras que el sabio rey D. Alfonso puso al frente de su libro. "*Dios es comienso e medio e acabamiento de to-*

das las cosas, e sin él ninguna cosa puede ser, ca por el su saber son gobernadas e por la su bondad son mantenidas. Onde todo home que algun buen fecho quisiere comenzar, primero debe poner e adelantar á Dios en el, rogándole e pidiéndole merced que le de saber é voluntad e poder para que lo pueda bien acabar."

Señores: hemos llegado al término de este imperfectísimo y fatigoso estudio. Mucho más hubiera podido deciros, porque la materia es vasta, y fecunda en enseñanzas provechosas; pero vuestro saber, vuestra erudición y vuestro recto criterio, suplirán lo que la brevedad del tiempo me ha obligado á callar. El estudio de la Lengua Castellana y el de la historia de las letras españolas es para nosotros de imperiosa necesidad porque aquella lengua es la nuestra y esta literatura es el principio, la fuente y el origen de nuestra propia literatura. Si el castellano que hablamos abunda en provincialismos propios de este suelo, y si la lengua materna ha tenido sus épocas de decadencia y se ha visto, á veces, lastimosamente maltratada por la introducción de vocablos, de giros y de formas que pugnan con su índole libre, flexible y armoniosa, ni aquella circunstancia nos aleja por completo del hablar castizo de nuestros padres, ni esta lamenta-

ble decadencia ha sido de larga duración. Verifícase en España en estos momentos, según mi humilde sentir, una reacción saludable en lo que atañe al lenguaje. Escritores contemporáneos podría citaros, que emulando á los del siglo de oro de la literatura castellana, manejan la lengua con la misma soltura, con el mismo juicioso desenfado y tal vez con alguna mayor propiedad y corrección.

Juzgo muy difícil que las letras españolas puedan llegar á producir en nuestros días trozos tan preñados de ideas nobles y elevadas, tan ricos por la variedad de sus sonidos, tan abundantes en bien concertadas transposiciones, tan suaves al oído, como los que con tanto deleite encontramos á cada paso en los escritos de los tres Luises ó en la obra inmortal de Cervántes. Mas tengo para mí que si aquella época cuya grandeza hubo de reflejarse en el lenguaje, como en todas las manifestaciones de la actividad humana, pasó y no volverá; en la nuestra no faltan elementos para que el habla castellana recobre aquella su primitiva dignidad, su fresca lozanía, su incomparable soltura, aquel conjunto, en fin, de raras excelencias, hijas unas del ingenio nativo de los que la hablaban, y producto otras, de circunstancias exteriores, que hicieron

de ella, como dice uno de sus más fervientes cultivadores, «el trasunto de las preseas más excelentes de que puede hacer alarde el humano ingenio, la heredera legítima de la clásica grandeza y majestad, la maestra de toda urbanidad y cortesanía, el archivo de toda elegancia y gentileza.»

Laudables esfuerzos se han hecho en España en este sentido, y no serán perdidos para nosotros, porque debemos esperar que encuentren, si es que no han encontrado ya en nuestra patria, felices imitadores.

No podría ser de otra suerte puesto que los adelantos científicos de la época en que vivimos, el comercio y cambio de las ideas, hoy más universal que en tiempos pasados, y la necesidad en que las instituciones modernas nos ponen de expresar todo el linaje de ideas en una forma más ó menos correcta y literaria, ampliando la esfera del pensamiento, tiene que influir necesarimente en el perfeccionamiento de la lengua. El vínculo común que por virtud de la unidad del espíritu une y liga todos nuestros conocimientos, no permite, que concibamos el adelanto y la perfección de un lado, y la decadencia y la corrupción del otro.

Y puedo añadir sin mengua de los estudios que por referirse á las ciencias exactas y naturales se apellidan hoy científicos, que

ningunos como los jurídicos se relacionan tan estrechamente con el estudio del idioma. El abogado necesita exponer sus ideas con precisión y claridad; su estilo debe ser sereno, reposado y severo, exento de los ímpetus de la pasión, pero animado por el sentimiento de la justicia y de los deberes que le imponen la gravedad y la importancia del ministerio que ejerce. ¿Y dónde encontrará esa riqueza de vocablos propios y castizos, ya graves y majestuosos, ya usuales y corrientes, pero siempre significativos y á veces pintorescos que necesita para expresar sus conceptos?

¿Cómo podrá adquirir esa soltura que no es el desaliño, esa templanza que tanto dista de la frialdad, ese calor que no puede confundirse con la pasión; ese conjunto en fin, de nobles cualidades que harán de sus escritos una obra acabada, de lógica, de corrección y de lenguaje? La lengua debe ser para él instrumento dócil, suave y lleno de armonía, rico en expresiones propias, flexible en sus giros, variado en sus combinaciones y susceptible de recibir todas las galas y atavíos sin degenerar en rebuscado y artificioso, acomodándose al tono que requieran todos los asuntos.

Para lograr tan raras prendas, no tiene otro camino que el afanoso y constante es-

tudio de los monumentos de nuestra antigua historia literaria, y con especialidad, el de aquellos que por estar más cercanos á la época de la formación de la lengua materna, pueden darnos á conocer mejor los cambios y vicisitudes que ésta experimentó con el correr de los siglos, habiendo merecido, al mismo tiempo, universal estimación y singular alabanza.

Por este motivo, como os dije al principio, juzgué que sería de vuestro agrado el asunto elegido por mí para que sirviese de tema á este discurso, cuyas muchas imperfecciones de nuevo os ruego que os sirváis disimular.

Debemos, pues, felicitar á la ilustre Academia de Legislación y Jurisprudencia, correspondiente de la que en Madrid lleva el mismo nombre, por haber tenido el pensamiento feliz de convocar esta asamblea, presentándole nuestros sinceros plácemes por el éxito brillante que ha coronado sus nobles propósitos.

La presencia de los primeros y más altos funcionarios de la nación, el concurso de tantas personas doctas, y la resonancia que estas reuniones alcanzarán en todos los ámbitos de la República, son circunstancias que atestiguan la estimación con que son vistos sus trabajos. Todos, señores, nos sen-

timos movidos por el mismo estímulo; á todos nos da aliento el mismo afán; todos ansiamos alcanzar el mismo generoso resultado, contribuyendo al adelanto de la ciencia que respectivamente cultivamos, en bien de la sociedad y para honra de la patria. Si el amor á nuestra profesión como decía el ilustre Canciller D'Aguesseau es ya una prenda del acierto que presidirá á su ejercicio y una especie de virtud pública porque nos obliga á ejercerla dignamente, vinculando en ella nuestra propia honra, mucho lustre deben alcanzar los estudios jurídicos, y mucho provecho puede esperar la nación de los trabajos de la Academia de Jurisprudencia, que con tan generoso anhelo se empeña en inspirar á los abogados el amor desinteresado á la carrera del foro, de donde tienen que derivarse el progreso de la ciencia jurídica y la moralidad profesional.

Honra y muy grande dieron á la literatura nacional jurisconsultos tan insignes como Peña y Peña y Lacunza; literatos tan distinguidos como Quintana Roo y Gorostiza; preclaros humanistas como Couto y Arango y Escandón; matemáticos tan ilustres como Barreda y Díaz Covarrubias; sabios en toda ciencia médica como Lucio y Escobedo; historiadores profundos y eruditos como Orozco y Berra y el ilustre Direc-

tor de nuestra Academia de la Lengua, cuya reciente muerte nunca será sobradamente lamentada.

Imitemos, señores, tan nobles enseñanzas, honremos la memoria de los que nos precedieron en el áspero camino de la vida; leguemos á las generaciones que con creciente ahinco parece que nos empujan al sepulcro, los mismos sublimes ejemplos de laboriosidad, de abnegación y de virtud, y que el culto desinteresado de la ciencia y el amor ardiente á nuestra patria se confundan en un solo afecto en nuestros corazones, y den vigor á nuestras fuerzas, pujanza á nuestra flaqueza, aliento á nuestros frecuentes defallecimientos: que reuniones como la presente, sean al mismo tiempo un homenaje de gratitud á la memoria de nuestos predecesores y un ejemplo para nuestros hijos.

CONFERENCIA LITERARIA

Acerca de la

ELOCUENCIA CRISTIANA

con motivo de la velada que se celebró en el
Colegio Seminario de Jalapa,
el día del cumpleaños del Ilmo. Sr. Obispo de la Diócesi.

SEÑORES:

OBSEQUIANDO la cortés invitación del Señor Rector de este Colegio, vengo á tomar parte en la festividad de esta noche, uniendo mi voz á la de tantos otros admiradores sinceros del ilustre personaje en cuya honra se celebra. ¡Ni cómo hubiera yo podido negarme á contribuir en lo poco que me es dable al esplendor de una fiesta que tiene para mí tantos encantos, cuando recuerdo los años de mi vida pasados en el tranquilo retiro de un colegio, sin más amor que el del estudio, sin otro afán que el de corresponder dignamente, á la grandeza y dignidad del magisterio que ejercía, sin ambicionar otra recompensa que el cariño de mis discípulos y la satisfac-

ción que causa en el ánimo el cumplimiento de un deber! Y si estos no hubieran sido motivos suficientes para hacerme arrostrar los peligros de hablar en público, (siempre temibles aun para los más avezados en el arte difícil de la palabra,) lo habrían sido sin duda alguna el respeto y la veneración que profeso al ilustre Obispo de esta Diócesi, cuyo natalicio celebráis.

Movido pues, por un doble estímulo, mi amor á la vida de colegio y el sentimiento de una respetuosa amistad, he venido á este lugar, no á pronunciar un discurso sino á conversar familiarmente con vosotros hablándoos de una materia que interesa demasiado á los alumnos de este Seminario, y que espero será del agrado de todos mis oyentes. Os ruego me perdonéis si apartándome de las costumbres establecidas y siguiendo la que con beneplácito general logramos implantar en las veladas que daba cada mes la Sociedad "Sánchez Oropesa" de Orizaba, me permito dar á esta sencilla alocución la forma de una conversación literaria acerca de la elocuencia cristiana, asunto que me parece propio para ser tratado en este sitio ante un auditorio selecto é ilustrado. Evocando recuerdos de tiempos que pasaron, cuando me encontraba rodeado de amigos fieles de los cuales

me separa hoy la distancia y aun de algunos la muerte, tal vez logre conmover vuestros corazones presentándoos á la vista el espectáculo grandioso del poder de la palabra humana iluminada por la fe, fortalecida por esperanzas indeficientes y fecundada por ardorosa caridad, allá en los primeros siglos de la edad cristiana tan admirables por sus obras como por los altos y nobles caracteres que en ellos se formaron.

Grande es el poder de la elocuencia. Los antiguos la simbolizaban en la estatua de Hércules, dios de la fuerza, de cuyos labios pendían tenues cadenas de oro con las cuales traía aprisionados á todos los que le rodeaban. De esta suerte daban claramente á comprender que la elocuencia alumbrando las mentes, y moviendo las voluntades, se sobrepone á la fuerza bruta, subyuga los afectos, calma ó enciende las pasiones y ejerce su dominación por medios tan suaves como las doradas cadenas que pendían de la boca de aquella divinidad.

Pero la elocuencia necesita un amplio campo en que extender sus conquistas. El aura vivificadora de la libertad meció su cuna en tiempo de las repúblicas helénicas cuando la voz de Demóstenes se hacía escuchar disputando á su rival Esquino el premio de una corona cívica; en Roma

cuando Cicerón defendía en el Foro la libertad de la república ó denunciaba ante el Senado las depredaciones de Verres procónsul de Sicilia. Gloriosa es sin duda la historia de la elocuencia en estos sus primeros períodos que yo no debo sino recordar aquí rápidamente.

La elocuencia, al hacerse cristiana toma nuevas formas, adqui re mayor imperio y extiende su poder á todos los ámbitos del mundo conocido. Nunca como entonces pudo decirse con mayor razón que su dominación fué universal. Nunca, en ninguna época ni en ningún país ejerció mayor influencia no solo cambiando la naturaleza individual del hombre sino también modificando las instituciones sociales y renovando, por decirlo así, la faz del mundo entero. Yo bien sé que el cristianismo tiene un origen divino, pero si para extenderse y propagarse en el mundo hubo de emplear medios humanos, preciso es confesar que al servirse de la palabra como de instrumento eficacísimo de persuasión, elevó la elocuencia á un grado tal de grandeza y de esplendor que no había alcanzado en los pasados siglos y que difícilmente conseguirá en los tiempos venideros.

Y no podía ser de otra manera. La elocuencia á mi juicio necesita para desplegar

toda su magnificencia, tres condiciones indispensables: acontecimientos extraordinarios en los cuales busque su inspiración grandes intereses que discutir, y una multitud ansiosa de escuchar las palabras que se le dirijan, bien sea para acogerlas con respeto y sumisión ó bien para combatirlas con ardor. Ninguna de estas condiciones faltó á la elocuencia cristiana.

El advenimiento del cristianismo aun considerado desde el punto de vista puramente humano, es el acontecimiento más extraordinario y más transcendental que han presenciado los siglos. Se ha dicno que la cruz divide el mundo y así es en efecto.

Del lado del mundo antiguo el error y la incertidumbre en las inteligencias, la flaqueza en las voluntades, la frialdad en los corazones; en el orden social la esclavitud aceptada como ley de la naturaleza, los hombres divididos en dos grupos, el más numeroso el de los oprimidos, el menos numeroso el de los opresores; en una palabra, el completo predominio del egoísmo bajo sus formas más asquerosas y repugnantes.

Del lado del mundo cristiano una noción clara y bien definida del origen y del destino del hombre, la firmeza en los caracteres, la caridad en las almas, el dolor santificado y

bendecido, la igualdad de los hombres enseñada como un dogma y la abnegación proclamada como la base y el asiento de todas las virtudes.

En el campo en que combatían tan contrarios elementos, en medio del trastorno universal, entre los gritos de dolor y de rabia del paganismo moribundo y los primeros cantos de victoria del cristianismo naciente apareció la elocuencia cristiana. El espectáculo de los tormentos y los suplicios inspiró sus primeros acentos, porque ¿qué palabras puede haber más elocuentes que aquellas "christianus sum" "soy cristiano" de los primeros mártires? En su sublime sencillez encerraban todo un mundo de dolores y de lágrimas, pero también todo un mundo de esperanzas y de goces inefables.

Y no creáis que con el transcurso de los tiempos se modificasen tales condiciones. Es demasiado sabido que á los tres primeros siglos, llamados la era de los mártires, porque en ellos se derramó á torrentes la sangre de los cristianos en toda la extensión del imperio romano, que comp rendía en sus límites todo el mundo conocido, sucedió el siglo IV, designado en la historia con el nombre de Siglo de los Padres, porque durante él la elocuencia cristiana

se elevó á su más alto grado de esplendor.

A los gemidos que salían del centro de la tierra, sucedieron las voces elocuentes de los apologistas cristianos, y las doctrinas que antes se enseñaban en voz baja, en la obscuridad de las Catacumbas resonaron con insólita magestad en las grandiosas basílicas de Antioquía y Constantinopla. Ya en el siglo tercero los cristianos pudieron dirigir por boca de Tertuliano á los partidarios de las antiguas doctrinas, aquellas célebres palabras que en su desdeñosa altivez atestiguan la rápida propagación del Evangelio y anuncian el triunfo definitivo del cristianismo. "Somos de ayer," les decía, "y ya todo lo hemos invadido, vuestras casas, vuestras aldeas, vuestras ciudades; tenemos asiento en el foro, en el palacio y en los tribunales; sólo os hemos dejado vuestros templos vacíos."

Y no es que fuesen aquellos, como pudiera suponerse, tiempos de obscuridad y de barbarie. El combate entre las antiguas y las nuevas doctrinas se prolongó durante el siglo IV, el período más esplendoroso de la civilización romana: y el paganismo encontró voces elocuentes y sinceras para defender sus vacilantes derechos ó llorar sus lastimosas derrotas en Libanio, maestro y

admirador de San Juan Crisóstomo, en Simaco, sabio y ardiente defensor del politeísmo, teniendo como último representante suyo á la erudita, simpática y desventurada Hepatía á quien un escritor moderno ha llamado la casta musa del paganismo expirante.

Oid cómo un crítico (1) imparcial contemporáneo nuestro, describe aquella época memorable.—Cito sus conceptos sin reproducir textualmente sus palabras: La voz de aquellos hombres extraordinarios, dice refiriéndose á los Padres de la Iglesia, se hizo escuchar enmedio de la más asombrosa actividad de los espíritus, en Antioquía, ciudad del Asia Menor, la tercera entre las ciudades de imperio; en la turbulenta Alejandría, centro del comercio, patria de todas las sectas, poseedora de un magnífico observatorio fundado por Ptolomeo, enriquecida con inmensa biblioteca y en cuyos habitantes el mismo celo religioso tenía algo de sabio y erudito; en Constantinopla sede del imperio de Oriente donde el cristianismo hizo rápidos progresos, no obstante la sed de placeres que devoraba á sus habitantes; en Roma, la ciudad de los Césa-

---

(1) Villemain. Cuadro de la elocuencia cristiana en el siglo IV.

res, regada con la sangre de tantos mártires, y donde el paganismo herido de muerte libraba sus últimas y más cruentas batallas. La ciudad de Cartago, en un tiempo rival de Roma, sepultada durante siglos entre las arenas del desierto, cuando San Agustín fué á ella á estudiar las letras humanas, era una ciudad opulenta y populosa dotada de un magnífico puerto construído por Augusto, de ricos palacios y notable por su lujo y esplendor, no menos que por sus numerosas escuelas, á las cuales acudía una juventud ávida de saber á recibir lecciones de gramática, filosofía y elocuencia (1).

En medio de esta incesante actividad que se revelaba de mil maneras y se desplegaba bajo mil formas diversas, en las ciudades más opulentas, más ricas y más ilustradas del mundo romano, teatro de sus combates y de sus victorias, se desarrolló la elocuencia cristiana sometiendo todas aquellas altivas inteligencias y todas aquellas rebeldes voluntades al yugo de la fe.

Y si abandonando el campo de sus gloriosas conquistas nos detenemos un momento á examiuar los intereses que discute,

---

(1) Monseñor Bougand. Historia de Santa Mónica.

¿cuánto no deberá crecer nuestra admiración?

Ya no es la voz de Demóstenes defendiendo la libertad de Grecia contra las acechanzas de Filipo, Rey de Macedonia, ni la voz de los Gracos pretendiendo reivindicar los derechos de los plebeyos oprimidos por los patricios, ni la de Cicerón denunciando al Senado la conjuración de Catilina, sino la palabra inflamada y ardorosa de los oradores cristianos anunciando á los hombres una doctrina de la cual depende la salvación del mundo, más que eso: la salvación eterna de las almas.

La elocuencia religiosa se encuentra colocada en circunstancias excepcionales que le dan una superioridad indisputable sobre los demás géneros en que se divide la oratoria. Si la elocuencia forense defiende los fueros sagrados de la justicia; si la elocuencia parlamentaria asegura la libertad de los pueblos, la grandeza y prosperidad de las naciones, una y otra hablan con la autoridad de la razón, se dirigen á un grupo más á menos numeroso de hombres y sólo interesan vivamente durante un período de tiempo determinado. La elocuencia religiosa habla con la autoridad de Dios los intereses que discute son eternos y en su universalidad comprende á todos los

hombres, como observa un escritor, porque no hay uno solo que pueda escapar á la ley de muerte á que está sujeto el linaje humano Hasta la solemne obscuridad del templo y lo augusto de las ceremonias religiosas contribuyen á realzar su grandeza comunicándole un poder irresistible,

No debemos, pues, asombrarnos de que la palabra evangélica se hubiese propagado rápidamente enmedio del paganismo, ni de que hubiese encontrado gloriosos intérpretes en los primeros Padres de la Iglesia, en mi concepto, superiores en elocuencia á los más afamados oradores de la antigüedad.

Los antiguos habían definido al orador diciendo que es un ciudadano honrado perito en el arte del bien decir, con lo cual querían significar que entre las diversas cualidades que deben adornarle, la primera es la sinceridad de los afectos que expresa nacida de una convicción profunda. ¿Y qué mayor sinceridad que la de aquellos hombres que convertían al mundo con sus ejemplos no menos que con sus palabras, que enseñaban la virtud practicándola ellos mismos, y exhortaban á los fieles á derramar su sangre por la fe llevando muchos de ellos sobre sus cuerpos las huellas del martirio?

Siento, señores, que la brevedad del tiempo y el temor de haber fatigado ya

vuestra atención, no me permita hacer algunas citas, siquiera fuesen breves, para comprobar la exactitud de los conceptos que he emitido. Siempre he deplorado que en nuestra enseñanza clásica se haya tenido en tan poco, hasta haberse olvidado por completo, el estudio de los antiguos monumentos de la literatura cristiana.

El conocimiento de las obras oratorias de los Padres de la Iglesia debe ser á mi juicio complemento de toda educación literaria.

Si á lo menos hasta hace pocos años se ha considerado indispensable para formar el buen gusto de los que se dedican al cultivo de las letras poner ante su vista las óbras de Homero y de Virgilio enseñándoles á conocer y admirar la serena majestad del primero y la inimitable ternura del segundo; si se ha creído necesario para despertar su entusiasmo por los grandes triunfos oratorios presentarles como modelos dignos de su imitación la inflexible lógica de Demóstenes y la pompa y sonoridad de los períodos de Cicerón; ¿por qué dejar en el olvido esos otros admirables modelos que suelen encontrarse perdidos en el fondo de nuestras bibliotecas? ¿Cuánto encontrarían digno de estudio y admiración en las poéticas descripciones de las bellezas de la

naturaleza del mundo físico y de las armonías de la creacción en el *Hexamerón* de San Basilio, en los patéticos discursos del Nacianceno, de quien algún escritor ha dicho que si se le ha llamado el Teólogo de Oriente con más razón debiera llamársele el poeta del cristianismo oriental; y sobre todo, en la incomparable elocuencia del Crisóstomo al mismo tiempo sublime y familiar, arrebatadora y popular y con la cual tenía aprisionada la imaginación movible de los griegos en el recinto de Santa Sofía de Constantinopla después de haber conmovido profundamente las almas en las basílicas de Antioquía!

Felizmente, señores, tal olvido no puede tener cabida en un colegio como este, especialmente destinado al estudio de las cien cias eclesiásticas. Por el contario, en él debe estudiarse y en efecto se estudia, la elocuencia sagrada, no sólo en los períodos que ligeramente he bosquejado, sino también en todos los períodos de su historia.

Debo ya concluir. Os doy las gracias por la atención con que os habéis servido escucharme. La materia de que me propuse hablaros, es, sin duda, superior á mis fuerzas, pero me he dejado seducir por los atractivos que para mí han tenido siempre los estudios de este género.

La palabra humana empleada por la elocuencia no como simple expresión del pensamiento, sino como medio de convencer los entendimientos y persuadir las voluntades; de mover los afectos, de calmar y encender las pasiones, es instrumento poderoso de una dominación legítima. Es quizá el único poder ante el cual nos inclinamos sin sentirnos humillados, porque es ó debe ser en último análisis, el poder de la verdad, de la razón y de la justicia. Y si la elocuencia resplandece en tiempos tempestuosos, cuando las ideas combaten entre sí, las pasiones se agitan y la sociedad parece encontrarse á punto de perecer, entonces la figura del orador se destaca severa y majestuosa enmedio de tantas ruinas, calmando las tempestades, imponiendo silencio á las pasiones, señalando el sendero de la verdad, salvando á las sociedades y cambiando el curso de los acontecimientos. Ante un poder tan grande todas las cabezas se inclinan y un sentimiento de justa admiración y hasta de legítimo orgullo al contemplar la grandeza del poder que Dios ha comunicado al hombre, conmueve profundamente nuestras almas.

Tal fué la elocuencia cristiana, y por eso ahora, después de tantos siglos, cuando las costumbres han cambiado, se han modificado las instituciones sociales y preocupacio-

nes de otra índole agitan de ordinario á los hombres, todavía nos sentimos hondamente conmovidos al recordar los terribles combates y los triunfos gloriosos de los primeros Padres de la Iglesia. Y me atrevo á decir más todavía: nos haríamos culpables de ignara ingratitud los que vivimos hoy, hijos de la civilización cristiana, alimentados con sus doctrinas, herederos de sus glorias, poseedores del rico tesoro de enseñanzas y de ejemplos que nos legaron nuestros padres en la fe, si olvidáramos sus espléndidas victorias y sus obras inmortales.

Yo deseo vivamente que el estudio de la elocuencia cristiana florezca en este Colegio, y me atrevo á creer que dedicarse asiduamente á él, como sin duda se dedican los jóvenes estudiantes bajo la acertada dirección de sus dignos superiores, es el más valioso obsequio que pueden tributar á quien teniendo la conciencia de sus altos deberes episcopales, tanto se afana por los adelantos materiales y científicos de este Seminario que debe ser, según lo indica su misma denominación, *verdadero semillero* de sacerdotes sabios y virtuosos.

Agosto de 1898.

BREVE ALOCUCIÓN

pronunciada

al inaugurarse la estatua erigida en Orizaba al

Sr. Cura Don Jose Nicolas del Llano

el 4 de Diciembre de 1898.

SEÑORES:

POCO tengo que añadir á las elocuentes palabras que habéis escuchado en este día. Movido por entrañable afecto á la tierra natal y obligado á ocupar esta tribuna por la participación que se ha querido darme en la realización de un proyecto largo tiempo ha concebido y llevado hoy á feliz remate, sólo vengo, en nombre de los habitantes de Orizaba, á tributar un homenaje más de sincera admiración y de tierno agradecimiento al hombre extraordinario, ídolo un tiempo del pueblo orizabeño, cuya efigie, levantándose allí á la sombra de nuestra iglesia parroquial, centro de donde irradiaron los fulgores de su ardiente caridad, ha de ser en lo de adelante, testimonio patente y perdurable de que la gratitud no es una virtud desconocida entre nosotros.

Para dar cumplimiento á mi propósito no he necesitado escribir un discurso; me bastará solamente, durante los breves momentos en que debo ocupar vuestra atención, evocar mis recuerdos personales.

Era yo niño, y me encontraba todavía distante de la edad en que comenzamos á darnos cuenta de los sucesos que pasan á nuestro derredor y á medir su trascendencia. En la fúnebre y fría noche del 11 de Octubre de 1849, á través de una de esas nieblas otoñales, precursoras del invierno en nuestro suelo, que quitan al sol sus resplandores, cuelgan de nuestras montañas como largos cortinajes de luto, y haciéndose después más densas, envuelven la ciudad como un sudario, ví pasar ante mi vista, conmovido y aterrorizado, un fúnebre cortejo.

La luz incierta y vacilante de las hachas que alumbraban su paso apenas si bastaba para atenuar aquella profunda obscuridad, y el pavoroso silencio que reinaba en todas partes, sólo era interrumpido por el fúnebre tañer de las campanas y los sollozos comprimidos de la multitud de personas de todas clases y condiciones que formaban aquella triste procesión. Era el cadáver del Sr. Cura D. José Nicolás del Llano, que se veía transladado de la casa mortuoria á la Iglesia de la Santa Escuela, mientras se

disponían las fúnebres exequias que debían celebrarse al día siguiente.

¿Por qué, me he preguntado después, ese duelo universal? Bien lo sabéis, señores, es que el Sr. Cura del Llano amó á su pueblo con entrañable amor, se identificó con él compartiendo sus tristezas y haciendo suyas sus alegrías; alivió al necesitado en su miseria; dió consuelo al desvalido en sus cuitas y amarguras, y consejo al poderoso en sus incertidumbres; fundó escuelas y cátedras para la enseñanza de la niñez y la juventud; realizó obras de comodidad y ornato para la población; se interpuso como mediador pacífico entre vencedores y vencidos en el largo y funesto período de nuestras disensiones civiles; desarmó la injusta ira de un invasor extranjero, y con sublime abnegación y espíritu verdaderamente evangélico, ofreció su vida en holocausto por la salvación de su pueblo, cuando una peste asoladora y terrible amenazaba la ciudad.

Esto bastó para explicarme aquel general quebranto, aquel duelo universal que en mi niñez no había alcanzado á comprender. En tiempos posteriores pude medir la intensidad del amor que los orizabeños profesaron al Sr. Cura del Llano. Puedo atestiguarlo de ciencia cierta y conmigo innumerables personas, hasta hace pocos años

no se entraba á una casa, en Orizaba, por pobre y miserable que fuese, sin que se viese en ella, colocada en lugar preferente, una de esas litografías que contienen el retrato del Sr. Cura del Llano, de las cuales quedan ahora tan raros ejemplares.

Pues bien, señores, esas lágrimas que regaron nuestras calles el 11 de Octubre de 1849, no se han secado del todo; esos gemidos que algunos de vosotros escucharías, como yo los escuché, en aquella fúnebre noche, cuyo recuerdo conservo grabado en mi memoria, han encontrado un eco en una generación venida al mundo en tiempos posteriores. Cuando tan sólo quedan, como soldados dispersos en un día de batalla, uno que otro individuo de los muchos que conocieron al Sr. Cura del Llano; cuando nosotros los que sólo de vista le conocimos y apenas si como entre sueños recordamos su noble fisonomía, no vemos lejano el término de nuestra vida; cuando las costumbres han cambiado y preocupaciones de otra índole embargan nuestras mentes, una nueva generación se levanta, y fiel á las tradiciones de nuestros antepasados, viene hoy á pagar la deuda de amor y agradecimiento que nuestros padres contrajeron.

¿No es verdad, señores, que es este un espetáculo consolador para el espíritu tantas

veces abatido al contemplar la indiferencia y el desdén que de ordinario son la recompensa, de la abnegación y la virtud? Es que en el orden moral como en el orden físico del mundo, en ese incesante trasegar de nuestra vida, en medio de ese cúmulo de miserias que forman nuestru existencia, para gloria del linaje humano, hay siempre algo que se va y algo que se queda; alguna cosa de noble y levantado que se oculta en el fondo de nuestro sér: las flores del sentimiento y de la gratitud se marchitan, es verdad, pero secas y deshojadas conservan todavía el suave perfume con que en un tiempo, frescas y lozanas, perfumaban el ambiente.

Hé aquí, señores, por qué en ésta que podemos llamar una fiesta de familia, á la cual bondadosamente han prestado su concurso personas distinguidas á quienes podemos contar entre los nuestros por la hidalguía de sus sentimientos y la nobleza de sus afectos, veo no sólo justísimo homenaje tributado al mérito, sino también motivo de legítimo orgullo para todos los orizabeños

Aunque tarde, hemos cumplido una obligación sagrada; la memoria del benemérito Párroco de Orizaba, conservada hasta ahora en el recinto del hogar domésti-

co, perpetuada sólo por las conmovedoras escenas que las madres referían á sus hijos, oculta, por decirlo así, bajo el modesto velo de una tradición privada, se ha hecho patente á todos, presentándose con los esplendores de un duelo universal. Ya no es la gratitud de un individuo ó de una familia, sino el agradecimiento de una ciudad entera, lo que se ofrecerá á la vista del viajero y de las generaciones futuras, simbolizado en la hermosa obra artística que hoy, después de tantos afanes y de no pocas contrariedades, hemos tenido la satisfacción de inaugurar.

Os felicito por ello cordialmente; y en vista del ejemplo que acabáis de dar, mostrando que sabéis estimar la virtud y recompensar el mérito, abrigo la esperanza de que nunca faltarán en Orizaba ciudadanos honrados y generosos que promuevan su engrandecimiento, hombres sabios y sensatos que nos ilustren con sus consejos y nos fortifiquen con sus ejemplos, sacerdotes llenos de abnegación y caridad que compartan nuestros dolores, enjuguen nuestras lágrimas, y derramen el bálsamo suavísimo de la caridad cristiana en las heridas que todos, ricos y pobres, poderosos y desvalidos, recibimos de continuos en los rudos combates de la vida.

INDICE.

Págs.

Apuntes biográficos del autor V

Discurso leído al inaugurar sus trabajos la sección literaria de la Sociedad Sánchez Oropesa, en la noche del día 31 de Diciembre de 1880..... 1

Discurso leído con motivo de la inauguración de los nuevos salones á los cuales fué trasladada la biblioteca del Colegio de estudios Preparatorios de Orizaba.—Septiembre de 1881..... 25

Estudio sobre la poesía descriptiva, leído en una de las sesiones de la sección literaria de la Sociedad Sánchez Oropesa.. 45

Discurso pronunciado en el Teatro Llave, de Orizaba, el 2 de Julio de 1882, con motivo de la solemne distribución de premios entre los expositores que concurrieron al Primer Certámen Veracruzano. 71

La poesía dramática de la India (estudio literario)..... 85

Apuntes biográficos del Sr. D. Mateo Botte-

Págs.

ry, Profesor de Historia Natural en el Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba..... 103
Discurso oficial pronunciado en la solemne distribución de premios á los alumnos de los Colegios y de las Escuelas del Cantón de Orizaba, verificada la noche del 2 de Enero de 1883..... 121
La literatura realista. Estudio leído en una de las sesiones de la Sociedad Sánchez Oropesa..... 135
Alfonso de Lamartine. Artículo literario.. 157
Enrique Pestalozzi. Estudio biográfico.... 171
Consideraciones generales sobre la historia de la Química..... 199
Lord Byron. Conferencia dada en la velada literaria del 11 de Febrero de 1888.. 229
Alocución dirigida á los alumnos del Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba en la distribución de premios que se verificó el 22 de Febrero de 1890..... 263
Breves reflecciones acerca del estado actua de las ciencias..... 275
Estudio literario leído en la Velada extraordinaria dedicada por la Sociedad Sánchez Oropesa á celebrar el centenario del nacimiento del poeta mexicano D. Manuel Carpio, la noche del 1 de Abril de 1891. 283
El Cardenal Mezzofanti, artículo extractado de la Revista de Edimburgo, y leído

Págs.

en una de las sesiones de la sección literaria de la Sociedad Sánchez Oropesa.. 315
Recuerdo de Nápoles y Pompeya..... 335
La novela en México, con motivo de "La Calandria," de D. Rafael Delgado..... 391
Discurso cívico pronunciado en el Teatro Llave de Orizaba, la noche del 15 de Septiembre de 1889..... 429
La noción de la vida..... 443
Noticias biográficas, del Sr. D. José de Jesús Jiménez, Profesor de Filosofía en el Colegio de Estudios Preparatorios de Orizaba..... 453
Discurso pronunciado en la velada literaria celebrada por la Sociedad Sánchez Oropesa para conmemorar el 3er. centenario del descubrimiento de América, el 12 de Obre. de 1892..... 495
Reflecciones sobre la Naturaleza..... 513
Los antiguos códigos españoles considerados como monumento literario. Discurso pronunciado en nombre de la Academia Mexicana de la Lengua, correspondiente de la Real de Madrid, en el concurso científico convocado por la Academia de Jurisprudencia en el año de 1895... 523
Conferencia literaria acerca de la elocuencia cristiana, con motivo de la velada que se celebró en el Colegio Seminario de Jalapa el día del cumpleaños del Ilmo.

Págs

Sr. Obispo de la Diócesi, en Agosto de 1898 559

Breve alocución pronunciada al inaugurarse la estatua erigida en Orizaba al Sr. Cura D. José Nicolás del Llano, el 4 de Diciembre de 1898 577

PAUTA PARA LA COLOCACION DE LAS LAMINAS.

Retrato del autor I

Mateo Bottery 103

José Jesús Jiménez 453

FE DE ERRATAS.

Pág.	Lín.	Dice.	Debe decir.
7	14	el de alguna oveja..	el balido de alguna oveja
15	17	el encontrársela....	encontrarla,
17	19	representado.....	representada
25	8	hacia.....	hácia
27	2	sobre asunto	sobre un asunto
35	26	nos ligan con.....	nos ligan á
39	10	sabremos	sabemos
39	12	distantes.....	distante
54	20	la poesía verdaderamente	la poesía fué verdaderamente
65	9	Homilias.....	homilías
65	10	que llevan el nombre de Hexameron. La obra de los seis días....	que llevan el nombre de Hexameron, la obra de los seis días,
68	Nota.	Villemaine	Villemain
74	17	no son en mi concepto.....	no son en mi concepto nuevos
77	2	Norte americana...	Norte Americana

Pág.	Lin.	Dice.	Debe decir.
88	17	en	con
107	19	moderno	moderna
110	2	notable	notables
127	14	lo guie	le guie
128	28	penosa	penoso
134	11	al	el
138	3	pueden	puede
145	28	su poesía: que.....	su poesía que
146	12	se	sé
148	11	los	lo
149	17	tendrá.....	tendrán
168	22	De Gurry.....	Deguerry
170	5	experimentemos...	experimentamos
182	21	ciri optimo.....	civi optimo
184	19	viscisitudes.....	vicisitudes
187	2	su.....	la
188	1	nacer	hacer
189	15	veses.....	veces
190	27	de la paz.....	de la Paz
208	20	otros	otras
211	23	nos pueden	nos puede
242	14	acabaron	acabarán
281	21	aplicaciones prácticas de los conocimientos científicos cada día más marcado	aplicación práctica de los conocimientos científicos, cada vez má marcada

Pág.	Lín.	Dice.	Debe decir.
286	21	premábulo.....	preámbulo
318	21	Gibon.....	Gibbon
331	12	antiguo.....	anticuado
341	20	de nuestra memoria.....	de nuestra memoria,
352	16	y notable.....	notable
354	21	anteriores.....	anterior
398	7	determinado.....	determinados
398	17	naciones.....	pasiones
410	26	V.....	IV
413	21	en.....	con
419	18	VI.....	V
424	5	no es común en todo lo demás;....	no es común; en todo lo demás
425	22	más.....	menos
426	10	soluciones.....	situaciones
439	9	puede.....	pueden
447	10	de la anacreóntica.	de Anacrente
451	7	I flores.....	Flores
455	5	que si bien.....	si bien
461	7	auxiliada.....	auxiliado
480	26	raza.....	razón
502	6	engrandan.....	engendran
510	14	usado.....	osado
510	15	arrastrase.....	arrostrase
535	8	llege.....	llegue
548	13	pueda.....	puede
553	21	tiene.....	tienen
573	14	las basílicas.....	la basílica

LS
M8427

Moreno, Silvestre
Obras. Vol.1.

400637

NAME OF BORROWER.

DATE.

University of Toronto
Library

DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED